

CÉSAR AIRA

Canto castrato



Lectulandia

En 1738 las naciones de Europa se alzan en una escalada de absolutismo y frivolidad. La muerte de Luis XIV ha abierto un vacío que poco a poco llenarán las ambiguas criaturas del rococó. Ha llegado el momento de máximo esplendor de emperatrices y reyes galantes: Catalina, María Teresa, Federico el Grande, Luis el Bienamado... Y sobre los más altos poderes se cierne un canto sublime e inquietante: el de los castrati.

Canto castrato nos conduce, en medio de un encendido clima de romanticismo, tras los pasos de un divo de la ópera dieciochesca, el Micchino; desde Nápoles hasta San Petersburgo pasando por Viena, *Canto castrato* es un viaje artístico en el que asistimos al triunfo de la ópera italiana en las cortes nórdicas. Pero también es un recorrido por el clima político de la época, pues alrededor de la música se teje una maraña de intereses... Y, sobre todo, es una travesía amorosa: el Micchino repite los pasos de Orfeo para rescatar a la joven Amanda del infierno de un matrimonio desdichado. Que lo logre al fin no es el menor de los milagros de esta novela seductora y apasionada.

Lectulandia

César Aira

Canto castrato

ePub r1.0

lenny 25.03.2019

Título original: *Canto castrato*
César Aira, 1984
Imagen de cubierta: Diego Mallo
Diseño de cubierta: Nora Grosse

Editor digital: lenny
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Canto castrato

Primera parte: Nápoles

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Segunda parte: Viena

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Tercera parte: San Petersburgo

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo: Roma

Sobre el autor

PRIMERA PARTE

NÁPOLES

1

En los años inmediatamente posteriores a 1735, cada viajero del norte que bajaba por los soleados caminos al sur de Roma y se internaba en los fulgores siempre dichosos de la bahía napolitana era interpelado por los habitantes del sitio con una pregunta que tenía menos de filosofía que de actualidad: ¿qué somos esta vez?, ¿a quién pertenecemos? Y así como ningún europeo podía dejar de sumergirse en la delectación de una respuesta sabihonda, tanto era el interés que despertaba la política después del deceso del Rey Sol, así también ninguno dejaba satisfecho a su interrogador, por informado que pareciera o por mucha intensidad que pusiera en la afirmación de su dictamen... Porque un viajero anterior, o uno que pasaría un día después, les daría probablemente con la misma certeza un dato contrastante. Nápoles era de alguien, y no había más que decir. Quién era ese alguien, podían discutirlo hasta la noche. Algún rey, probablemente...

Por supuesto, no era el único rincón del continente donde la gente se hacía la misma pregunta. Tampoco era el único donde pudiera discutirse una respuesta. Lo grave era que la disparidad de criterios tenía razones sólidas en que apoyarse; tanto, que los napolitanos habían llegado a preguntarse si quizá los reyes mismos, los emperadores, no ignorarían también, olvidadizos, en qué manos había caído ese pequeño reinado emblemático del sol y la música, o si no lo confundían con otro de silencio y de nieve, al otro lado de los Alpes, y de Austria y de Prusia y de Polonia y de Suecia y de las Thules ignotas que se extendían hacia los polos. Esas «Dos Sicilias» con que se llamaba a la Campania y a su mar, ¿no habrían abierto sus alas especulares en la mente ebria de algún poderoso ministro, haciéndole creer que se trataba de un espejismo, de un momento en el vuelo de una colorida mariposa cartaginesa? Quizá se habían dicho: ¡que una de las Sicilias se haga cargo de la otra, y olvidémonos de todo eso!

En efecto, después de la firma de la Paz de Viena todos los reinos y principados de los que se podía disponer en la mesa de negociaciones habían cambiado de manos una vez más. Las minúsculas soberanías se volvían fichas que los embajadores, hastiados de palabras, se pasaban unos a otros en silencio. Eran los napolitanos los que hablaban, los que hacían preguntas y provocaban respuestas: a fin de cuentas, los que iban al sur lo hacían para conversar y oír otras conversaciones: las cantadas.

La falta de delicadeza de las grandes potencias era asombrosa. Lo mismo les daba usar un país como recompensa a una lealtad o como presente griego a una hipocresía, como regalo de bodas, como símbolo tangible de un poder tan tenue como el éter, o incluso como amenaza y chantaje a un príncipe díscolo: muchos de ellos, después de una juventud disipada o combatiente, se habían visto en la alternativa de sentar cabeza y casarse con cualquier engendro dinástico, o bien enterrarse de por vida en algún valle remoto o aldea de pescadores que ostentase, por algún sinuoso desliz del destino medieval, el nombre de principado o ducado.

La Paz de Viena hizo de Nápoles algo así como un trofeo evocativo para el hijo de Isabel Farnesio, la vieja serpiente; el príncipe en cuestión se llamaba Carlos, y tiempo atrás había tomado las Sicilias por la fuerza, después de la victoria de Bitonto. En Viena su madre cedió alegremente Parma a cambio de la posesión efectiva de la bahía. Austríacos y franceses se opusieron a que los españoles volvieran a Nápoles, y llegaron al acuerdo perfectamente nominal de que las Dos Sicilias fueran un reino independiente, que casualmente tendría el mismo rey que España. Era una ficción tan absurda como todas las demás: el siglo había proliferado en sutilezas por el estilo. De hecho, el otro Carlos, el emperador de Austria, cedió esas tierras clásicas con la esperanza de obtener ayuda si la guerra que había iniciado, para su desdicha, con los turcos, se volvía incierta o catastrófica. Así sería, por supuesto, pero el emperador habría muerto para entonces. Un polaco había liberado Viena y había anunciado la extinción definitiva de la raza turca. Rodaba otro siglo, y los austríacos repetían sus errores más nefastos. (Los napolitanos especulaban perplejos sobre los turcos; un autor de la época afirmó que no existían.) Muerto Carlos, Austria también se embarcó en una querrela de sucesión, como había sucedido en Polonia, y por supuesto Isabel Farnesio volvió a intervenir en la paz consiguiente, aliada a los franceses: porque tenía otro hijo y parecía desear que la tierra produjese un segundo Nápoles, o una segunda Sicilia, para darle la corona. De modo que la península volvió a cubrirse de españoles y austríacos disgustados entre sí, mientras los reyes, por su parte, morían plácidamente en la cama. Las familias reales se complicaban innecesariamente; cuantos más hijos tenían las reinas, más peligro había de que estallaran los estados. La prole real era una hidra de mil cabezas, cuyos cuernos asomaban de la tierra europea donde menos se lo esperaba.

Claro que en Nápoles, de cualquier manera, las cosas no se tomaban demasiado en serio. Las guerras pasaban como ráfagas y se desvanecían,

siempre hacia el norte, donde estaba el corazón de los poderes. De aquí no se llevaban más que algunos jóvenes ansiosos por ver paisajes nuevos, ciudades y montañas. En la dorada campiña, en la bella ciudad blanca y roja, la vida proseguía inmutable, y las preocupaciones eran mucho más frívolas. No se venía a Nápoles sino por el vino y la música. Los sombríos españoles preferían Roma.

Pero, por supuesto, sobre Nápoles también llovía.

Un día de primavera, un día de lluvias vacilantes a la mañana pero torrenciales desde el mediodía, un coche de dos lindas mulas blancas avanzaba hacia el sur, obviamente desde Roma, y obviamente con destino a Nápoles, ciudad a la que se acercaba, salvo que cuanto más cerca estaba más empeoraban los caminos y más lento se hacía su paso. Debería haber arribado al mediodía, pero ya eran las dos o tres de la tarde y les faltaban varias leguas procelosas por cubrir. Como sucede en el Mediterráneo, el cielo nuboso, aun el más cargado, no oscurece la tierra; y cuando se desata el aguacero, la luz se hace intensa y hermosa, magnificada por el agua. Pero al viajero en el coche, y a los dos postillones empapados, esa claridad los hería y deprimía.

Hubo un súbito anegamiento de todo; entraban en una depresión, y vieron un mar de agua parda puntuada con perfecta asimetría por las gotas pequeñas y pertinaces. El conductor del coche ignoraba el trazado del camino; solo lo veía alzarse un poco más allá, y calculó su trazado submarino. Lo hizo mal, como podía esperarse, y sobrevino un accidente. Nada se rompió, ni ejes ni ruedas ni pértigas: simplemente se cayeron, los caballos perdieron pie y sus grandes cuerpos chapotearon, mientras las cabezas expresivas se levantaban asustadas, torcidas como las de los cisnes, para no tragar el líquido. Los postillones cayeron por aquí y por allá, en posición de ranas, y el coche, una liviana carroza de viaje, se desarmó enteramente al reclinarsse sobre el agua, como una caja con regalos que se abriera ante un homenajeador sonriente, salvo que aquí no hubo testigos, y si los hubiera habido no habrían sonreído, porque el caso era lamentable.

Sí, esta silla de postas era una verdadera bombonera de época, y frágil como tal. Al develarse su contenido aparecieron dos personas pegadas con telarañas de espanto al marroquí rojo de los asientos, a las molduras de las varillas de los cristales; uno de ellos era un caballero muy rojo, cuya gorra de viaje zarpó en el barro, alta la pluma y flotantes las cintas. Una calva rosada immaculada se mojó en el transcurso de un segundo, al mismo tiempo que lo hacía la cara, tan rosada y sin accidentes que parecía una continuación natural del cráneo. Era un señor más bien pequeño, regordete, de unos cincuenta y

cinco o sesenta años; aunque su vestimenta revelaba al caballero sobrio y adinerado, algo en el atuendo, o en la forma de llevarlo o combinarlo, declaraba el gusto teatral, quizá operático. Tenía los ojos abiertos como dos monedas: no se recuperaba del asombro. Un minuto antes había estado tranquilamente sentado dentro de su coche, adivinando a través de los vidrios el sabor y el contacto del agua, y ahora estaba en plena intemperie, con el coche bajo las nalgas plegado como un juguete. Un momento antes había estado perfectamente seco, y ahora no podía estar más mojado. Como los caballos, al intentar erguirse, tironeaban de las tablas en las que se hallaba sentado, corrió el peligro de desplomarse, atónito como estaba, paralizado y mudo, y hundir el rosa de la calva en el pardo ominoso del anegamiento. Eso fue lo que lo sacó del trance. Miró a su alrededor y vio salir algo a la superficie, algo encorvado y gimoteante. Pensó en una foca, ese animal del que tanto hablaban los viajeros y que nunca había visto. Esas toses, esos gruñidos casi humanos... En un relámpago de alarma recordó que estaban muy cerca del mar: ¿qué impedía que una foca desesperada hubiera ganado el continente, subiendo por acequias inundadas? Ya levantaba los brazos en gesto de protección cuando advirtió que se trataba de su criado: debía de haber tragado mucha agua, pero aun así no era un monstruo marino. No podía haber joven más servicial. Había estado profundamente dormido cuando volcaron, lo que seguramente explicaba esta emergencia tardía y esas emisiones de sonido un tanto desesperadas.

Todo era confusión, gritos, y el ocioso ruido del agua cayendo sin cesar. Más aún: arreciaba. El criado ayudó a ponerse de pie al caballero, y trataron de ubicarse en el espacio. Comenzaron por apartarse de los restos del coche; el agua les llegaba a las rodillas, pero unos metros más allá había tierra emergida, y era precisamente la del camino, del que los torpes cocheros se habían apartado. Ahora se ocupaban exclusivamente de los animales, como si sus pasajeros jamás hubieran existido. Estaban golpeados, magullados ellos también, ciegos por el agua, y juraban a más no poder. Afortunadamente la pestilencia obscena de sus maldiciones se producía en dialecto, y no rozaba siquiera la conciencia del caballero, para quien todos esos «Marin'Dio» y esos «Phestico, phestico» eran meras invocaciones desgraciadas.

—¿Está bien, su señoría? ¿Está entero?

Su señoría se tocó la cabeza: era como sacar un huevo de un charco. El criado miró en todas direcciones: el bonete había desaparecido.

—Creo que deberíamos refugiarnos en algún lado —dijo el valet, con una velada nota de reproche en la voz.

—Sésamo, imbécil —respondió el caballero en alemán—, yo debería estar bajo techo, y tú en el fondo de este piélago. Me disgusta que hables cuando no tienes nada que decir. Por allí hay casas, ¿a cuál podemos dirigirnos?

—A la que desee su señoría.

El caballero dio un bufido de impaciencia y se puso en marcha hacia donde se divisaban unas edificaciones. No estaban tan cerca como había parecido a primera vista. Sucedió que estaban en lo alto de una elevación del camino, de modo que cuanto más se acercaban más se corría el refugio hacia el fondo de la perspectiva lluviosa. La ladera se hizo penosa. El valet se adelantó y tomó del brazo al señor. Este tuvo la crueldad de decirle:

—Sube, sube, que tendrás que bajar a buscar mi equipaje. No creerás que voy a dejar que se disuelva en la lluvia, como un terrón de azúcar en el té. — Como el criado hiciera un movimiento hacia atrás, lo tomó con fuerza de la mano—. Primero acompáñame.

El agua les daba en la cara, el viento les sacudía la ropa, los azotaba, con ruido a olas. Les pesaba. Era como cargar un barril de agua helada, desarmado.

Solo al hallarse bajo los árboles pudieron alzar la vista a la casa, que era una granja viejísima. Debían de haberlos visto, porque la puerta se abrió antes de que llegaran, y un robusto campesino los acogió sin sonrisa de bienvenida. Antes de que el caballero pudiera presentarse, le preguntó por los caballos.

—¡Por todos los cielos! ¿Cómo habría de saber qué pasó con esas bestias inútiles?

—Mi hija vio desde el piso alto cómo desaparecía el coche, y pensó que todos se habían ahogado.

—¿Y no salieron a recoger nuestros cadáveres? —preguntó el extranjero con desafiante ironía. Su acento austríaco se hacía muy patente por la irritación.

—Mi señor —dijo el campesino—, hacemos todo lo posible por los viajeros en desgracia, y lo haremos por usted, si recuperamos por ello una miserable satisfacción...

—¡Les pagaré, les pagaré, malditos sean! —Y volviéndose hacia el criado—: Haz lo que te dije, y no te demores. Mi maletín verde, es lo primero.

Un niño corrió junto al criado. El caballero se introdujo en un gran ambiente en penumbras, donde había un fuego encendido y las sombras de varias personas. Tuvo que esperar un instante para que sus pupilas se dilataran, por miedo a tropezar. Se sentía inmensamente cargado de agua y barro, e instintivamente estiró los brazos como un espantapájaros. En ese

momento, de lo que apenas se delineaba como una mesa, algunos caballeros, y las lucecitas reflejadas en los vasos de sus manos, surgió una voz metálica que chillaba:

—Klette-Klette-Klette-Klette...

El caballero echó atrás la cabeza, frunció los ojos sin pestañas, intentó ver al que pronunciaba así su nombre, o al menos localizar el sitio donde se hallaba; aunque no necesitaba verlo porque reconocía la voz, pese a que hacía años que no alternaba con su dueño: pero tenía motivos para reconocer cualquier voz en el mundo, con solo haberla oído en una oportunidad. Y esta era de las más peculiares; se trataba de un caballero danés, cuyo nombre, a diferencia de los de casi todos sus compatriotas, era posible pronunciar: Vigaaren; en cambio se sentía menos seguro de poder escribirlo, pues sospechaba que alguna de las vocales debía de estar obliterada por esas estúpidas rayitas que los daneses no vacilan en trazar sobre sus letras.

Una de las sombras se puso de pie, y avanzó al tiempo que las pupilas de herr Klette crecían, y su vista se enfocaba sobre ese pequeño vejete lleno de rulos y postizos, intensamente afeminado, *dragueur* de voz aguda e intenciones oblicuas, pero de fortuna reconocida. ¿A quién sino a él podía encontrarse en este perdido rincón del mundo?

—Herr Klette, ¡Europa es una aldea!

—Estoy de acuerdo, mi querido caballero Vigaaren, pero una aldea incómoda y barrosa.

—¡Ja, ja! ¡Estamos pagando nuestras culpas! Europa era un hermoso bosque antes de que los laboriosos antepasados de nuestros anfitriones comenzaran a cultivar sus papas.

El recién llegado no se molestó en rectificar semejante despropósito: suponer que los antiguos romanos habían cultivado papas era una tontería que solo podía ocurrírsele a alguien más preocupado por los afeites que por la historia. Sin decir una palabra, y para hacerle notar lo desconsiderado de su entrada en materia con un interlocutor calado hasta los huesos, sacudió los hombros con la deliberada intención de salpicarlo. El danés se dio por enterado, pero sin perder el humor risueño.

—Será mejor que se saque esa ropa, y después lo invitaremos a compartir una botella de vino con estos caballeros —un gesto hacia la mesa— que tendré el gusto de presentarle.

Herr Klette fue hacia el fuego. El dueño de casa se ofreció a llevarlo a un cuarto donde podría cambiarse. Lo condujo a una especie de despensa absolutamente oscura, y volvió de inmediato con unas mantas. El caballero no

tuvo más remedio que desnudarse y envolverse en esas telas con olor campesino. No tenía la más remota esperanza de que su equipaje contuviera nada seco. Una especie de fatalismo lo hacía pensar que todo, el mundo entero, y el submundo con sus diez mil demonios, se había mojado.

Efectivamente, cuando trajeron sus baúles pudo comprobar que se había colado agua; Sésamo, el criado, comenzó a poner orden, mojado él mismo como estaba. El caballero Klette se sentó a la mesa envuelto en mantas, la calva reluciente, las pantorrillas desnudas. Le cedieron el sitio más próximo al fuego, y luego de un vaso de vino, como por arte de magia, su malhumor pasó. El caballero Vigaaren le presentó a sus dos acompañantes, dos oscuros nobles romanos, duques o marqueses pontificios, uno joven y el otro viejo. El ruido de la lluvia, el ir y venir de los campesinos alrededor de ellos, el bullicio apagado de los niños, la actividad afanosa de Sésamo y muy pronto sus conversaciones con los postillones del danés, que fumaban y jugaban a los naipes, todo contribuía a la paz del momento, a la predisposición a conversar, siempre latente en los viajeros debido a las soledades que constituyen el óbolo obligado del tránsito entre ciudad y ciudad. Herr Klette, interrogado sobre los motivos de su presencia tan al sur, les recordó que Nápoles era la Meca infalible de los buscadores de voces aptas para la lírica. El famoso conservatorio, del que habían salido prácticamente todos los ídolos actuales del canto, mantenía su alto nivel de producción.

—Además —agregó—, ya era hora de que viniera, pues hacía años que no lo hacía. Tengo muchos amigos aquí, y muchos intereses también.

—Fue aquí donde descubrió a su gran estrella, ¿no es cierto? —le preguntó el danés, y les explicó a los romanos—: Herr Klette es el empresario del famoso Micchino.

—Oh —dijo el más viejo—. El Micchino es la voz más bella de Europa. ¿Acaso piensa encontrarle un reemplazo?

—¿Por qué habría de hacerlo? —dijo el austríaco—. Sigo ocupándome de su carrera, que está en su cenit. Por el momento él descansa, y yo en cierto modo también. Aunque viajar, hoy día, no es descansar.

—¿Asistirá a la ópera? —le preguntó el señor Vigaaren—. Hay un cantante que entusiasma a los napolitanos, il Zenno.

Herr Klette sonrió con suficiencia:

—No creo encontrar sorpresas por ese lado. Si hubiera alguna figura realmente valiosa, ya la habrían expuesto en Roma. No, Nápoles no es el sitio para acudir a la ópera. Es en el conservatorio donde un oído experto puede percibir las promesas.

Hablaron luego de política. El caballero Vigaaren dijo:

—Aquí entramos al reino de la música, es cierto. Pero la música tiene algo de político también. Cuando se difunde lo suficiente, un pueblo entero cae en el hechizo y pierde todo interés en lo que pueda suceder a las soberanías. En el mundo de la música, y usted lo sabrá mejor que nosotros, hay elementos de poder, de superación, amenazas, un constante chaquete de apuestas ocultas, y súbitamente develadas. Pero cuando los aficionados comprenden perfectamente de qué se trata, toda estrategia pierde importancia, y por contagio también la pierde la de la política. Un reino musical, como el que se esboza en estos momentos en Prusia, e incluso en Austria con la joven heredera, que como usted sabrá es una experta cantante, de voz arrebatadora, un reino musical es la expresión más precisa del mundo moderno. Los pueblos abandonan definitivamente el estadio de interés psíquico en el Estado y dejan el campo libre al soberano, que sostiene en ambas manos el látigo del poder y el gancho de la música, como lo hacía el Faraón.

Abrieron una segunda botella de vino para el invitado, que se había puesto rojo como una amapola por los calores encontrados del líquido espirituoso y de las llamas. Se aflojó las mantas, dejando entrever los mórbidos hombros rosados. Lo divertía la extravagante presunción erudita del danés. Por otra parte, tenían un delicioso queso del que comían grandes rebanadas.

Un incidente vino a interrumpir la charla recién iniciada: el dueño de casa, irritado por algo que había dicho o hecho su esposa, una mujer anciana que parecía su madre (y quizá lo fuera), comenzó a pegarle con una saña que superaba todo lo imaginable. El señor Klette, cuya vida se desarrollaba en ambientes que muy poco rozaban la vida del común, apartó la vista con desagrado. De cualquier modo, los puñetazos y puntapiés que el bárbaro infligía a la pobre mujer le llegaban a la conciencia con dolorosa claridad. Desde el rincón donde estaban los criados vinieron risas y aplausos. Los niños habían interrumpido sus juegos para mirar, entretenidos y para nada asustados. Y el danés por su parte, lo mismo que los dos nobles romanos, no se perdían detalle de la escena, y cuando llegó a su fin invitaron al marido desahogado a tomar un vaso de vino con ellos. Con el rabillo del ojo herr Klette vio que la mujer se levantaba penosamente y se sentaba en un rincón oscuro, lejos del fuego.

—¿Ha visto? —le preguntó el danés—, he aquí el ámbito doméstico en toda su dinámica. Esta fuerza es la que hace cantar al mundo. —Brindó con el campesino y le dijo en napolitano—: Este caballero es un empresario musical

en busca de voces nuevas. Lo que hayas producido tú debe de ser bueno. Trae a los niños.

El sujeto miró a herr Klette con asombro y un brillo ansioso en los ojos. Un ángel que hubiera bajado a hacerle entrega de las llaves de oro de la vida de su esposa no lo habría hecho más feliz. Se puso de pie y llamó a la pobre mujer, que se acercó servilmente a escuchar sus órdenes. Mientras tanto, los caballeros seguían conversando.

—¿Viene de París, herr Klette? ¿Qué se sabe del famoso John Law? ¿Es cierto que ha vuelto?

—Por supuesto que no. Creo que incluso ha muerto. No le iría bien, si se descubriera su domicilio. Los comerciantes franceses pueden actuar como una plebe, cuando se burlan de sus bolsillos.

—Es cierto, los franceses son avaros. Y son el pueblo más estafado de Europa. —El caballero danés pensó un momento, y retomó su discurso anterior—: Cuando nos vimos, en la sorpresa del momento, dijimos que Europa era una aldea. En realidad, el continente se me aparece cada vez más como conformado por elementos intercambiables y discretos, perfectamente abstractos. En ese sentido el estafador Law fue un precursor. ¿Para qué puede servirnos el oro, si podemos arreglárnoslas con papeles impresos? Nápoles cambia de dueño como un pañuelo en una tienda; mañana será París. Basta que tenga un nombre, para que una región pueda ser negociada. Curiosamente, este punto de vista es exactamente inverso al de los habitantes de esas tierras, pongamos por ejemplo a este buen señor que acaba de vapulear a su esposa. Para él la tierra es eterna, concreta y carece de nombre. ¿Si no fuera así podría acaso pegarle a su mujer? De lo que deduzco que en el futuro todas las nacionalidades quedarán a cargo de los escritores, y todos los negocios públicos pasarán al campo de la literatura imaginativa.

—Señor —dijo herr Klette—, su profecía me parece más que discutible. Creo que es errónea.

—¿Cree que son erróneas mis premisas, o mis deducciones?

—Me refiero exclusivamente a las conclusiones.

—¡Ah! —exclamó el danés levantando un dedo—, pero eso se debe a que los profetas siempre se equivocan, incluso cuando aciertan.

—Casi me atrevería a decir que también en eso se equivoca usted...

—Si afirmo, mi querido amigo, que el futuro y la verdad son incompatibles, puedo perfectamente estar formulando la mayor de las verdades y nadie podrá rebatirla.

Herr Klette sacudió la cabeza:

—No soy filósofo.

En ese momento le traían a los niños. Incluso habían ido a buscarlos a una granja vecina. Lindos niñitos napolitanos, campesinos, que comenzaban a cantar cuando la mirada de herr Klette, sus ojos redondos como huevos, se fijaban en ellos; la cabeza entera parecía un huevo rojo que reflejaba las llamas, asomando de un revoltijo de mantas, de uno de cuyos pliegues salía una mano que sostenía un vaso de vino carmesí. Las voces se alzaron, delicadas en algunos casos, con esa fragilidad congénita que volvía inútil todo trabajo, y otras vigorosas, plenas. Le agradaba oírlas. Los niños cantaban todos las mismas canciones campesinas en dialecto. Cuando apartaba la mirada de uno, este interrumpía el canto incluso en la mitad de una frase. Y el padre preguntaba:

—¿Eh? *Il coltellino?*

Después repetía la pregunta en cada pausa, señalando a cada niño, con esa insistencia de la gente de baja estofa que no considera necesario cambiar la formulación de una frase cuando deben repetirla, creyendo que el sentido ha quedado fijado de una vez para siempre después de emitir las palabras. Lo que irritaba a Klette era que lanzaba la pregunta inmediatamente de callarse el niño, como si la decisión fuera algo automático. Castrar a uno de esos niños le reportaría al padre una buena suma, y al niño la inmediata asunción de una vida nueva, incomparablemente más elevada que la que podía esperarles aquí.

Pero él no era un comprador de niños. Lo había hecho ocasionalmente, mucho tiempo atrás. Las figuras que había llevado a los escenarios, las había encontrado en el conservatorio, ya formadas. Había, en efecto, un niño o dos con posibilidades, pero los había en todo el sur de la península: bastaba con salir a buscarlos. Prefirió no dar explicaciones y negó con la cabeza, sonriendo. Llamó a Sésamo para que le trajera su bolsa, y repartió unas monedas. El danés parecía decepcionado. Los romanos opinaron que uno de los niños tenía una voz encantadora, y señalaron a uno de seis o siete años, un chico gordo algo deforme. Efectivamente, era el que herr Klette había considerado el mejor. Pero aun así, no le interesaba. No era su negocio, y además tenía otras cosas que hacer en este viaje. Por un momento fantaseó con la idea de llevarlo, como presente de buena voluntad al conservatorio, pero la desechó. El danés lo hizo acercar y dijo:

—Si no lo lleva usted, lo llevaré yo.

Herr Klette había notado que la lluvia no sonaba más. Llamó a su criado y lo mandó a averiguar si acaso los postillones habían terminado de reparar su vehículo. Mientras esperaba volvió al cuarto de la despensa a vestirse, con la

ropa ya seca. Oía la voz del danés y del padre del muchachito regateando. Sésamo volvió cuando ya estaba vestido y calzado. Se le acercó y dijo con la mayor naturalidad:

—No, no han hecho nada. Se llevaron los caballos a un establo y se quedaron allí esperando que usted les ordenara volver a armar el coche...

—¡Dios de los cielos! ¿No pudieron hacer nada sin esperar mis órdenes? ¿No sospecharon que yo estaba esperando que terminaran? ¿Por qué no me preguntaron?

Era un señor de temperamento sanguíneo, muy irritable. Esta vez sus gritos resonaron en toda la casa. Cuando se calló al fin, el danés se le acercó, sonriendo pues había concluido con éxito la compra del niño, y lo invitó cortésmente a seguir viaje con ellos. Sobraba una plaza, en el coche de cuatro que llevaban, y el criado podía quedarse a pasar la noche aquí y transportar mañana el equipaje. Aunque a herr Klette no le entusiasmaba la idea de viajar en esa compañía, estaba urgido por hallarse en Nápoles de una vez por todas y aceptó, cambiando cumplidos con su amigo.

2

El coche en el que viajaba el danés era más grande, una silla de postas «a cuatro», con mullidos asientos, molduras y grandes ventanillas para apreciar el paisaje. Partieron de prisa, los postillones apurados por llegar antes de la noche a la ciudad, y de ganarse la propina extra que les había prometido el caballero austríaco. La lluvia había cesado, un tímido sol de primavera se deslizaba por los bordes de las nubes, y resonaba junto al camino el intenso y maravilloso silencio de la Campania, hecho de cantos de pájaros. En los pescantes posteriores iban el valet del anciano noble romano (los demás criados del danés viajaban aparte, y ya debían de estar en Nápoles a esta hora) y el niño cojo, con su atado de ropa.

Las marismas inundadas se desagotaban prestamente, casi como si se hubieran abierto compuertas en algún sitio. El verde agresivo de las colinas y las estribaciones lejanas de los montes saltaban en el aire todavía mojado de nieblas saladas. Pero al otro lado, a la derecha de los viajeros, sobre el mar, se alzaba un espléndido arco iris. Herr Klette mantuvo la vista fija en las bandas de colores largo rato, y su espíritu fue hundiéndose poco a poco en una inexplicable melancolía. Hasta que un brusco giro del camino apartó de su campo visual aquel persistente milagro colorista y le presentó en cambio el espectáculo de unos campesinos tratando de sacar a una vaca de un pantano. El animal le recordó uno de los hipopótamos que había visto en su juventud en Génova. Más allá, cuando avanzaban muy despacio por una depresión inundada, cruzaron un coche varado, las ruedas rotas y uno de los ejes asomando por la ventanilla; a pesar de lo cual dos damas mayores permanecían sentadas en sus sitios, los ojos entrecerrados y grave expresión de pesadumbre.

El caballero Vigaaren, con una inflexión extrañamente dulcificada en lo metálico de su voz aguda, interrumpió sus meditaciones:

—Sigo su mirada, herr Klette, y no puedo sino detenerme como usted en lo atrabiliario de la belleza del mundo. Quizá yo sepa qué lo entristece, y pueda comunicárselo (desde niño, mi auténtica vocación ha sido la de médico, aunque interrumpí su estudio antes de iniciarlo, por odio a la acción; me habría gustado ser médico brujo...); lo que tiene de triste este paisaje es que falta el viento. ¿Lo ha notado? Mire los árboles. Quietos como frisos. No siempre es fácil ver cuándo está ausente ese amigo enemigo. El viento arrastra

las nubes, pero después desaparece. Los filósofos lo sabrán mejor que yo, que soy un aficionado, pero supongo que la cantidad disponible de viento en una región determinada es finita, y cuando todo ha caído en una dirección, es preciso esperar una inversión adecuada en las declinaciones magnéticas de la tierra para que vuelva a correr, como un animal al que se alimentara irregularmente.

Herr Klette le sonrió, divertido por el razonamiento. Pero no se decidía a salir de su ensimismamiento, en el que encontraba una suerte de placer morboso. Quizá, pensó, se debía a la fatiga por la aventura pasada bajo la lluvia, quizá al vino que había tomado. Por supuesto, no ignoraba que había otras razones, otras graves preocupaciones, que hacían que la melancolía subiera a su cerebro con cualquier pretexto circunstancial.

El viejo noble romano intervino en la conversación:

—Herr Klette no tiene motivos para sentirse deprimido por la falta de viento. A la voz del viento él ha opuesto otra, la más bella de nuestro tiempo...

Se refería al Micchino. Vigaaren tomó al vuelo la insinuación:

—Es cierto. Nosotros, que no hemos dado nada al mundo, tenemos todos los motivos para envidiarlo. Y ya ve...

—Oh —dijo el rubicundo caballero sin apartar la vista del paisaje—, no... —Quedó pensativo un momento, y después, volviéndose hacia sus interlocutores, agregó—: Mi intervención no tuvo ninguna importancia. No saqué al Micchino de la nada, ni mucho menos: fueron sus maestros aquí en Nápoles quienes lo formaron, y más aún la fecunda madre de todos nosotros, la naturaleza...

—Y el arte, el arte de un hábil cirujano —chilló Vigaaren.

—Oh, eso... En mi pupilo hay algo más que la castración y sus beneficios.

—Lo sé, lo sé. Era una mera broma. Y no creo que deba rebajar el peso de su influencia sobre él.

—Soy apenas un empresario afortunado. Si no lo hubiera llevado yo a la ópera, otro lo habría hecho. Esa voz no habría pasado inadvertida. ¿Cuál es mi mérito? Ninguno, y más aún: podría decir que mi mérito, ¡ay!, disminuye a medida que pasa el tiempo. Aquí me tiene, otra vez en el sur buscando una voz gloriosa. No he encontrado la gloria, ni nada que se le parezca. Y debo correr más que nunca para no perder lo poco que he alcanzado.

Estaba realmente melancólico. El danés, para apartarlo de esa índole de reflexiones, recordó la última vez que había visto en escena al famoso

cantante, en París:

—Fue hace casi un año. Debo reconocer que fue la primera vez que lo aprecié en toda su magnificencia; años antes lo había escuchado, en Londres y en Varsovia, pero quizá no había llegado a la plenitud de su arte, o yo me hallaba distraído... Recuerdo esta última velada como uno de los momentos más sublimes de mi vida. —Volviéndose hacia los romanos les preguntó si lo habían oído.

—Ah, la voz del Micchino... —dijo el más viejo sacudiendo el puño de encaje y los marchitos dedos rosados. Un haz de luz captó por un instante el brillo azulado de la gema de uno de sus anillos. No dijo más; y no era necesario. La mención de la voz del gran artista, cuya fama era la aureola y gloria de la música del siglo, bastaba, aun para quienes nunca la hubieran oído. Callaron, los cuatro, y miraron por las ventanillas, como hechizados.

Hundido en sus pensamientos, herr Klette se preguntaba qué estaba haciendo allí. Los árboles, los bellos arrayanes de las marismas, retorcían sus ramas amarillentas en la luz cristalina. A lo lejos las colinas desprendían aureolas de resplandor. El agua que salpicaban las ruedas del coche volvía a caer en arcos graciosos, siempre atrás. Pensaba en el Micchino, pero no como la figura romántica que ocupaba la imaginación de sus compañeros de viaje sino en un aspecto muy diferente.

Herr Klette, musicólogo, empresario y lingüista, no había dicho toda la verdad en esta ocasión. No había venido a Nápoles en busca de voces nuevas con las que ampliar su catálogo de coleccionista inusual; ni a reanudar antiguas amistades; había bajado de vuelta a esta tierra impregnada de música, como podría haber ido a cualquier otro rincón de Europa: siguiendo una corazonada, de cuya corrección ahora dudaba penosamente. Sucedió que un mes atrás, en Ferrara, el Micchino había desaparecido. Le urgía encontrarlo, no solo por los contratos pendientes (de los que había debido cancelar entre gallos y medianoche algunos de los más inmediatos), sino por una razón más grave: el Micchino era casi un hijo para él, y el único justificativo real de su vida y su carrera, y renunciar a él en este momento sería mucho más que un embarazo, aun catastrófico: sería su anonadamiento. Todo, había sucedido sin explicaciones, en medio de un viaje de Roma a París. No hubo cartas ni mensajeros; el divo se esfumó con toda su comitiva personal, aunque sin dinero, que por supuesto no necesitaba: le bastaría con vender uno de sus anillos para sobrevivir un año en el fasto. Pero herr Klette descubriría retrospectivamente todas las alusiones que deberían haberlo alertado.

El Micchino tenía entonces veinticinco años, y hacía diez que Klette dirigía su carrera. Lo había sacado de aquí mismo, del conservatorio de Nápoles, y había dirigido cada uno de sus pasos; en unas pocas temporadas se había hecho un nombre, merced a su voz inigualable y a su endiablada habilidad natural. Pero hacía apenas unos cinco años que la voz del Micchino había llegado a su cenit, y solo ahora, en sus últimas actuaciones, herr Klette había notado en ella la auténtica perfección que había adivinado siempre. El cuerpo del joven castrato había superado con éxito pasmoso la prueba que representaba el cruce de la edad viril, los dieciocho o veinte años. Entonces se producían los cambios definitivos en el cuerpo, en el equilibrio de los humores, y muchos castrati no conservaban la voz luego de ese momento. Con el Micchino había sucedido todo lo contrario: su voz había amanecido nuevamente, más prodigiosa, si era posible, que antes. Y esa era la corona suprema del arte de un soprano: el milagroso tono viril en los últimos agudos, el más allá de toda infancia. Habían hablado de eso últimamente. Herr Klette lamentaba cada una de sus palabras. Le había hablado de la perfección. Superadas todas las pruebas de su mutilación, al joven no le quedaba más que envejecer en la gloria; probablemente de ahí provenía su súbito hastío por este tipo de vida, por la escena, y su retiro del mundo. Si es que se trataba realmente de eso, y herr Klette no tenía dudas al respecto: el Micchino y su comitiva, deberían estar ocultos en algún sitio (pero ¿dónde, por Dios?) bebiendo y durmiendo, dejando transcurrir un tiempo liberado.

Inmediatamente después de su desaparición, herr Klette había seguido hasta París, donde buscó una semana a su artista sin hallar rastro de él. Supuso entonces que en la encrucijada había tomado otro camino, y después de mucho razonarlo se persuadió de que había regresado al sur, más allá de Roma, ciudad a la que detestaba. Ahora llegaba el momento de comprobar si su intuición había sido exacta. En caso contrario, este largo viaje accidentado habría sido inútil. Y la aparición espontánea del Micchino en cualquier otro sitio, un descrédito para él.

El joven estaba cansado de la gloria. Había sido su estado normal de vida desde la adolescencia. Perseguido, alabado, envidiado, divinizado por todos los públicos, el Micchino no hallaba más que inconvenientes en el arte. La vida que habían llevado este último año había sido un vértigo: escándalos, estrenos, viajes, borracheras, recepciones; los reyes desfilaban ante su rostro impávido sin dejar huellas; los palacios que habían habitado en todas las capitales del continente quedaban olvidados en unos pocos días. Y sin embargo...

Sin embargo, era preciso seguir con ese vértigo, llevarlo a sus últimas consecuencias. Esa era la buena nueva que herr Klette le traía al Micchino, lo que le transmitiría cuando lo hallara, estuviera donde estuviera. Pero no podía vencer el peso de una decepción anticipada: ¿y si lo encontraba pero no lograba convencerlo? ¿Si el joven se mostraba totalmente refractario a sus argumentos? Ya había sucedido antes, ocasiones en que el viejo austríaco había debido doblegarse ante la voluntad imperiosa del castrato. Pero, por supuesto, nunca se había tratado de algo tan importante como esto, nunca había estado en juego la prosecución o no de la existencia misma del Micchino en los escenarios.

Mientras pasaba el húmedo panorama de la Campania ante sus ojos, herr Klette revolvía las cuestiones desordenadamente en su cerebro. Había algo más: algún motivo secreto por el que el Micchino podía haber tomado su resolución; herr Klette no lo sabía todo sobre su vida secreta. Ni siquiera conocía a fondo a la gente que lo acompañaba. Hasta ahora había creído tenerlo bajo control. Pero desde este punto, aun en el caso de que lograra hacerlo retornar a su senda, habría un peligro latente.

Es cierto que herr Klette también tenía su carta secreta que jugar, y la reservaba celosamente... Hizo un esfuerzo por apartar de su mente esta revolución de ideas y sentimientos; temía ponerse a hablar solo, como le sucedía siempre que estaba demasiado nervioso. Miró a sus acompañantes, que cabeceaban semidormidos. Los tumbos del coche se habían hecho más pronunciados, lo que indicaba que estaban cerca de la entrada de una ciudad; los viajeros dieciochescos nunca dejaban pasar esa señal infalible.

Y efectivamente, poco más allá, con la caída de la noche, se internaban en los suburbios de Nápoles. El movimiento en las calles a esa hora era intenso, lo que los obligó a ir despacio. Tantas eran las callejuelas, tan espléndida la miseria que brillaba con los últimos oros de la tarde, en los harapientos muchachuelos que correteaban incluso bajo las ruedas del coche, tanta la música que se elevaba por sobre el murmullo indiferenciado de la urbe, que herr Klette tuvo otra depresión de ánimo, más marcada aún: se preguntó si acaso lograría encontrar a su presa en este laberinto. Nada se le ocurría más improbable. Y sin embargo, debía hacer el intento.

3

El conservatorio de Nápoles, el de la enseñanza áurea en el arte del canto, ocupaba un edificio amplio y bajo de piedra gris y blanca, la piedra que en el dialecto de la Campania se llamaba «canta», por feliz azar. Era un edificio de unos doscientos cincuenta años, que había pasado de manos de una orden a otra: la primera orden de los benedictinos se había extinguido de un modo casi imperceptible en algún momento del siglo XVII, y fueron los franciscanos, los llamados Franciscos del Alba, apoyados por el poder español, quienes habían tomado las riendas del floreciente establecimiento. Un complicado sistema financiero, de recaudación de primas y derechos por las figuras que salían de estos claustros, mantenía la riqueza paradójal de los seguidores del *poverello*. Pero no eran todos franciscanos los monjes que daban lecciones; además de una gran cantidad de legos o miembros de órdenes menores, estaban los maestros castrati, ex cantantes, viejos o que habían perdido la voz (era un elemento muy frágil en ellos, el peligro de extravío era constante), o, lo más frecuente, castrados cuya voz no había resultado, al crecer, tan buena como se esperaba. Si bien tenían mucho trabajo en toda la península, en iglesias y capillas, y en las catedrales de toda Europa, no eran pocos los que, con graves defectos de afinación, preferían vivir para siempre dentro de esos muros que habían albergado su infancia, realizando tareas de criados. Pero los verdaderos maestros rara vez eran castrati. Fra Battista era uno de ellos, quizá el mejor. Era un benedictino nuevo; tenía habitaciones apartadas y adoraba en uno de los templos de las vecindades, el de las Sofías por ejemplo, en cuyo coro se turnaban para cantar los mejores alumnos del conservatorio.

Por la tarde, fra Battista se paseaba por la gran galería interna del refectorio, entre los bellos arcos cubiertos de mayólicas blancas, que según la tradición representaban el costillar de la ballena que había transportado a Jonás. Hablaba animadamente con su acompañante, que no era otro que herr Klette. Hacía casi un lustro que no se veían (la última vez había sido en Roma, en una de las raras excursiones del fraile) y tenían mucho que decirse. Desde las primeras palabras herr Klette había advertido que el buen maestro no tenía el menor conocimiento de la desaparición del Micchino. No quiso decírselo. Habría significado una preocupación inútil para el viejo, y un descrédito para él, que lo buscaba a ciegas. Hablaban de voces.

—Nuestro sistema jerárquico obliga a las voces a desaparecer —se quejaba el napolitano—. ¿Le parece aceptable?

—Me parece incomprensible, mi querido amigo.

—Hablo de las jerarquías en el estudio. Un maestro de canto, desde hace un año, no representa entre nosotros otro papel que el de eslabón entre el institutor de canto y el ujier de la capilla.

—¿De modo que los niños siguen ejercitándose en la capilla?

—Ja, ja —se rio de buena gana fra Battista—, ya no, ¡ya nada es igual que antes! ¿Recuerda al Micchino? Yo mismo lo llevé a la capilla, cuando cumplió diez años, a los cuatro de castrado. Hoy día la operación sería mucho más compleja: el ujier de capilla lo habría aplicado a una de esas sucias iglesias, donde habría perdido años, con la supervisión de uno de esos estúpidos institutores...

—¡Fra Battista, amigo mío! Quien lo oyera diría que el conservatorio está en decadencia, que ha consumido sus propios tesoros...

—¿Y no es así? —Herr Klette quiso responder pero lo interrumpió—: Supongo que me nombrará a esos nuevos astros, el Boccionino, el Mitto... Apenas réplicas de la verdad que alguna vez se produjo entre nuestros muros. ¿Acaso puede compararlos con el Caffarelli, con el Micchino, en cualquiera de los momentos de su carrera? No sé cómo pueden decir que son «promesas». ¡Promesas de fiasco!

Herr Klette se rio. El rostro arrebatado del fraile, los golpes que iba dando con la punta de su pesado zapato a cada una de las columnatas junto a las que pasaban, le producía un irresistible efecto cómico, aunque la mención confiada del Micchino lo llenó de aprensión. ¿Y si era culpa de él, de su descuido y desconsideración, que la voz inigualable del joven no volviera a oírse en un escenario? Echó una mirada ansiosa a su alrededor: el conservatorio, con todo lo que tenía, se apoyaba en gran parte en la fama actual del Micchino. Sin este antecedente, poco valdrían las reformas jerárquicas contra las que se despachaba el buen fraile.

De las puertas entreabiertas provenían voces; por momentos las voces opacas, los murmullos de algún aprendizaje o un diálogo, pero, de pronto, el chillido agudo de una nota, que sobresaltaba a Klette. Atravesó el patio un grupo de niños con las togas negras de los castrati. Una risotada, un gesto alegre o un salto quebraban el hechizo del aire cálido y quieto de la tarde napolitana. Al llegar al extremo del corredor, fra Battista se detuvo y le dijo:

—En lugar de entretenernos con las autoridades, veamos al viejo loco, antes de oír algo, que no será mucho.

Klette asintió con una sonrisa y lo siguió a través de unos cuartos y luego por una escalera de caracol. Sabía perfectamente adónde se dirigían. Aunque hacía más de una década que no pisaba el conservatorio, recordaba la existencia de Zó Bonello (¿cómo olvidarlo, por otro lado?), y solo le intrigaba que siguiera vivo. Si ya era centenario diez años atrás, ahora su edad debía de haber superado todos los precedentes. Eran pocos los detalles del edificio que se habían modernizado. Todo estaba tan sucio y desordenado como antes, las ventanas tan pequeñas e inaccesibles como antes, y la luz tan obtusa y mal compilada como siempre, que hacía que unos cuartos estuvieran en sombras y otros cegaran con un sol de frente. Es cierto que la luz de Nápoles era la más inadecuada para un arquitecto, pero bastaría con poner algunas cortinas aquí y allá, pensó, para lograr un efecto menos imprevisible.

La celda de Zó Bonello era de las demasiado iluminadas. A esa hora entraba un rayo cegador de luz solar por la ventanita, que daba precisamente en el lecho indescrutable del anciano. Era una forma extrañamente humana, una cabeza brillante como una luna y la barba delgada como las telarañas. Quién sabe cómo percibió la entrada de los dos visitantes, pero alzó una mano como si quisiera detener un golpe, una mano que parecía tener doscientos años más que su dueño.

El fraile lo tomó del hombro y le vociferó el nombre del visitante, y el del Micchino. Klette pensó que aquí él sería siempre «el que se llevó al Micchino».

—Ah... *Il Micchino* —susurró el viejo—. Canta...

—¡Claro que canta! —se rio Battista—. Pregúntele algo —le dijo al austríaco.

Desde hacía muchísimo tiempo, incontables generaciones de castrati usaban a este monje reliquia (reliquia de quién sabe qué orden ya pasada de moda, quizá perdida y olvidada) como augur. Se decía que a veces acertaba. Se decían muchas cosas curiosas de él: un estudiante una vez había dicho, muy alterado al bajar de su celda, que el viejo le había contado cómo se había castrado al primer castrado. La mera idea, a pesar de las burlas y bromas que se hicieron, tuvo el peso suficiente como para hincarse en lo profundo de las mentes de los jóvenes. Quizá de entonces venía el respeto por sus supuestos poderes de videncia. Klette quería hacerle una pregunta, pero no podía hacerla delante del fraile, y además dudaba de que hubiera una respuesta clara; era un oráculo, y estos nunca se han caracterizado por su ayuda en la busca de desaparecidos.

—¿Cuál es la voz más hermosa del mundo? *La più bella?*

El viejo, aunque estaba sordo, oía.

—*Il Micchino...!* —susurró, todo agitado.

—¿Cuántos años más cantará el Micchino? *Quanti anni?*

—*Duecento quaranta sei.*

Klette y fra Battista soltaron la risa. Era absurdo, pero no dejaba de ser gracioso. El viejo abría muy redondos los ojos velados por las cataratas, y volvía la cabeza en todas direcciones, como un pájaro asustado. Ahora fra Battista hizo una pregunta:

—¿Cuándo vendrá a vernos il Micchino? *Verrà qui?*

—Canta... —repitió el viejo—, canta aquí. *Qui, qui...*

Fra Battista se rio y respondió, negligente:

—Ojalá volviera a cantar aquí. Pero dudo mucho de que tal cosa suceda en un futuro inmediato. Solo las grandes óperas pueden pagar sus honorarios, ¿no es así, mi querido Klette?

A este no le agradaba hablar de dinero, por lo que dejó pasar la alusión. Se preguntó qué función exacta cumpliría fra Battista en el conservatorio ahora. Su negativa distraída a llevarlo a ver a unas supuestas «autoridades» no lo despistaba: era muy posible que Battista estuviera a cargo de todo, y se escudara ante él en una imaginaria posición dependiente. Si era así, debía suponer que Klette estaba aquí en busca de voces nuevas, y que sobrevendría una transacción. Este error le daba cierta ventaja; ahora su última esperanza estaba en sondear a algunos de los alumnos externos, de los castrati que acudían al conservatorio pero se alojaban en sacristías o palacios ajenos a él, y ver si en ese ambiente se sabía algo de la presencia en Nápoles del Micchino. Y en caso de que la respuesta fuera negativa... temblaba al pensarlo. Debería marcharse, y no sabía adónde. Por supuesto, era extraño que una noticia semejante pudiera ser ocultada mucho tiempo. Pero, por una parte, sabía que en una ciudad como Nápoles, donde la gente habla todo el tiempo en todas direcciones era paradójicamente más fácil conservar un secreto que en las nórdicas ciudades «discretas». Y, por otra, si estaba en lo cierto no podía hacer mucho tiempo que el Micchino estaba aquí, a lo sumo una semana.

Lo dejó soñador la última afirmación del anciano. ¿De modo que el Micchino estaba aquí en Nápoles, cantando? No sabía cómo interpretar este augurio, que probablemente no era sino una licencia poética que se tomaban los hados.

Al mirar con más atención al viejo (del que no había sacado la vista desde que entró, tan curioso era, pero al que solo ahora, al salir de una breve

ensoñación, creía ver por primera vez) se dijo que parecía un chino. Por supuesto, herr Klette nunca había visto un chino, y después de formular la comparación se dijo: «Siempre que los chinos existan». Lo sorprendió pensar con cuánta frecuencia la gente repetía, para sus adentros o para el prójimo, esa fórmula. Por increíble que pudiera parecer, nunca como en este siglo de *Aufklärung* declarada y dichosa se había dudado tanto de la realidad de las cosas; ni los pueblos cavernícolas («si es que existían») hundidos en su marea de supersticiones y creencias, dudaban tanto. O creían, o veían; y todo era claro. Los europeos cultos de esta época en cambio, ni creían ni veían, escépticos de sus propias analogías, estaban en la exacta posición de tener los conocimientos nominales de una multitud de circunstancias extrañas, y dudar profundamente de su realidad.

Como si el viejo chino sintiera su mirada, dirigió hacia él los ojos velados por telillas blancas.

—¿Conocisteis a Marco Polo? —le preguntó herr Klette.

Fra Battista soltó una carcajada y, ya aburrido de la escena, lo tomó del brazo y salieron de la celda. En el caracol de la escalera, súbitamente entenebrecido, se cruzaron con un joven alumno que subía. El rubicundo caballero austríaco tuvo que esperar a tenerlo encima, en esas estrecheces, a sentir su aliento en la calva, para percibirlo con razonable claridad, era un joven precozmente estirado, como solía suceder, de cabello rubio muy largo, quizá hasta la cintura, y unos grandes ojos de gamo, de un pardo verdoso. Se rozaron. Herr Klette estaba habituado a las insinuaciones que solían hacerle cantantes con la esperanza de lograr su valiosa representación, o en la ilusión de grandes influencias de las que en realidad carecía. Estaba acorazado contra esas sutilezas. Pero en este caso no debía de tratarse de nada por el estilo. Creyó leer un mensaje en la mirada, pero no lo interpretó. Estaba demasiado nervioso.

Abajo, había vuelto a haber movimiento. Las clases vespertinas terminaban, y los jóvenes salían a los patios y corredores, a desahogar por fin esas risas contenidas que siempre les daban en medio de las clases. Se cruzaron con un par de curas y viejos maestros que saludaron ceremoniosamente a Klette, e incluso algunos fueron presentados por el vivaz fra Battista.

Al ver la tranquila seguridad con que sucedía todo allí, Klette tuvo de pronto una espantosa e irracional sospecha: ¿y si realmente lo estaban ocultando, al Micchino? Poco podría hacer en ese caso, pues el edificio era un laberinto dentro de otro mayor, al que imitaba incluso en sus escondrijos, en

sus lugares vedados... Echó una mirada abatida a su alrededor; atravesaban el gran vestíbulo, rumbo a uno de los «túneles» que daban a los atrios laterales de la capilla. Se dijo que sus sospechas eran infundadas. ¿Con qué fin le ocultarían a su artista? No podía haber otro que el de herirlo y burlarse de él. Salvo que quisieran ocultar al Micchino el tiempo suficiente como para hacerle firmar contrato con otro empresario, alguien que les hubiera pagado muy bien... Pero eso era más que improbable. Y además, él no lo permitiría.

Fra Battista se hizo a un lado, al tiempo que tiraba de un picaporte de bronce. Una pequeña puerta se abrió hacia ellos y atravesaron uno de los umbrales secretos de la capilla. Por un ingenioso mecanismo acústico, el sonido que se producía dentro del templo no atravesaba los umbrales, de modo que al pisar herr Klette las lajas de mármol blanco de la nave le colmaron súbitamente los oídos las notas agudas de una frase captada *in medias res*, la frase de uno de los cantos a la Virgen; el coro cantaba, como lo hacía todas las tardes a esa hora.

Avanzaron un poco y se sentaron en uno de los escabeles enfilados tras el segundo altar. El canto proseguía, espléndidamente monótono, hasta estallar en el arco iris de una fuga delicada. Pergolesi reconoció el austríaco. Hacía años que no oía el Cántico a la Virgen Grávida. Quizá no había vuelto a oírlo desde su paso anterior por esta misma capilla. Por una especie de rictus profesional, su oído captó y desgajó el grano de cada una de las voces, pero en la suave distracción del cansancio nervioso los dejó correr, como un bálsamo. Fra Battista a su lado estaba pensativo, y no parecía prestar la menor atención a la música.

Herr Klette dejó vagar la mirada por el florecimiento barroco del altar, hasta detenerla en el rostro de la Virgen. Tuvo un momento de sosegado reconocimiento. Aunque escéptico (se había jurado años antes no volver a prestar oídos a ninguna religión) el llamado de la Virgen resonaba largamente en él, como algo ajeno y objetivo, y más conmovedor por eso mismo. Era una típica Madonna mediterránea, olivácea y con los ojos como dos ranuras, la boca apretada, el pelo tirante... Pero era en la delicadeza de los pómulos, en la lisura de la frente, en el aspecto general de aparición que tenía en esa pintura, donde estaba el encanto. Klette venía de ver otras Vírgenes tanto más bellas y artísticas en París, pero esta, desprendida de la superficie donde algún pintor la había representado, tenía vida propia.

Pensó que quizá esa vida se la daban las voces que estaba oyendo. Los castrati le cantaban a la madre de Dios. Siempre lo hacían. Había visto casos

excesivos de apasionamiento. Alguien le había dicho una vez que solo en la mirada de un castrado a la Virgen habitaba la verdad profunda de Dios.

Pero cuando llegaron a la sucesión de fugas pudo prestar una atención más profesional a las voces del coro. Eran niños, niños pequeños, de los que solo podían oírse aquí. Y eran voces sublimes, o al menos algunas de entre ellas eran las más hermosas que pudieran soñarse. Pero herr Klette sabía quedarse más acá del deslumbramiento: tan hermosas como sonaban, esas voces nunca redituarian en la ópera; de hecho, ningún empresario llevaría nunca a las tablas a sus dueños. Eran niños de menos de diez años, algunos recién castrados, otros con dos o tres o hasta cinco años de trabajo pero aún lejos del período en el que debería haber tenido lugar la pubertad, cuando la producción de humores en el cuerpo hacía correr un grave peligro a la voz, que podía dejar de existir de la noche a la mañana, volviendo inútil la operación y en algunos casos disipando largos años de trabajo y estudio. De modo que nadie invertiría el esfuerzo de llevar a la escena a un niño, así su voz fuera la más bella del mundo, que no garantizara un mínimo de años de buen timbre. Aquí en cambio, en el laboratorio, estaba la oportunidad de oír estas voces celestiales, en algunos casos muy poco refinadas (debía de tratarse de recién llegados), en otras ya con las huellas del penoso trabajar cotidiano con las escalas. ¡Pero no! Ahora no podía apreciarlas. Tenía los pensamientos en otra parte, y todo se le hacía interminable. Si no lograba hallar aquí pistas de su presa, debía buscarlas en la calle.

Terminado el Cántico, fra Battista mandó venir a algunos de sus mejores alumnos para que los oyera el distinguido visitante. Herr Klette se armó de paciencia. Pasaron cinco castrati de alrededor de quince años (era la edad en que los empresarios aceptaban pupilos para iniciarlos en la carrera teatral), y cantaron cada uno un aria o un fragmento de un motete. Contra lo que esperaba, al austríaco no le resultó difícil pasar el momento, todo lo contrario. La tradición de excelencia del conservatorio de Nápoles seguía en pleno auge. Los jóvenes eran magníficos, aunque ninguno sobresalía demasiado. Casi todos mostraban ya los primeros síntomas del estiramiento de los huesos característico en los *evirati*. Notó que uno de ellos era el que los había cruzado en la escalera, y se le ocurrió pensar que quizá este joven tenía algo que comunicarle. Cantaba con apreciable destreza, y había en su voz un subtono de umbrosa fibrilación, lo suficiente como para que le diera una excusa ante fra Battista para aislarlo. Preguntó cómo se llamaba.

—Alessandro Morini —dijo el joven.

—Ven mañana al Albergo Citti, ¿sabes dónde queda?

El joven asintió. Fra Battista no dijo nada. Lo acompañó hasta la puerta y se despidieron.

4

Sésamo lo esperaba a pocos pasos de la puerta. Se acercó solícito al amo. Estaba en el secreto, y herr Klette esperaba que hubiera tenido más éxito en sus interrogatorios entre la servidumbre. No era así. No había logrado averiguar nada. No había querido preguntar con demasiada insistencia, dijo, tal como el barón se lo había ordenado, para no despertar sospechas, pero se las había ingeniado para hablar del Micchino con todos los que se pusieran a su alcance.

—Bien —dijo herr Klette—, al menos ellos se están informando de que estamos aquí. Si él está, no podrá dejar de enterarse de nuestra presencia.

No lo dijo, pero pensó: Y es un ser tan infernalmente curioso y desaprensivo que jamás dejará pasar la oportunidad de conversar media hora conmigo, después de tres semanas de no verme.

Se alejaron por la callejuela que corría contra el muro torcido de las Sofías, rumbo al puerto. Esa noche el caballero había sido invitado al palazzo de la princesa Camusso. En realidad se había hecho invitar (la princesa, vieja conocida suya, no se hacía muchos problemas de etiqueta, por otra parte), con el objeto de sondear el panorama social de la ciudad a esta altura del año. En ningún otro sitio podría hacerlo mejor que en el destartado palazzo Camusso, donde se reunía siempre, desde hacía cincuenta años al menos, lo más interesante de la nobleza y el *Ars Musicalis* de la Campania. Si existía algo que fuera imprescindible saber, estaría ahí. Mientras llegara la hora de presentarse ante la princesa, pensó en aprovechar el tiempo paseándose entre las multitudes que se acercaban al puerto a la caída de la tarde, y quizá probar los deliciosos mariscos que vendían los niños, ensartados en pajitas, por un céntimo. Esa calle desembocaba en el cuadrado de la plaza; habían venido caminando solos, con un pequeño frailecito que había salido del conservatorio al mismo tiempo que ellos y caminaba unos pasos atrás mirándolos con curiosidad. Al desembocar en la plaza se vieron súbitamente en medio de un tumulto de voces y colores que los mareó; a lo que contribuía el hecho de que la luz del sol, ausente en la callejuela de las Sofías al punto de hacer pensar que ya había anochecido, aquí reaparecía en toda su gloria azul característica. Bordearon la plaza por una de las calles anchas, llamadas de los *trottini*, y siguieron en dirección al puerto. El olor del mar se hacía fuerte y desmelenado aquí. La tarde era calurosa, y las calles bullían de vida en la

proximidad de la noche. Los niños correteaban por todas partes, insistían en sus pedidos de limosnas incluso colgados de los brazos de los caballeros, que debían desprendérselos como a insectos. Por momentos resultaba difícil caminar. Los vendedores ambulantes despleaban su mercadería en esta área, que se transformaba en una especie de inmenso mercado. Los caballos, siempre nerviosos, airados, caracoleaban, tirando de los coches o montados por perentorios jinetes emplumados. Un cantor ciego atrajo la atención de herr Klette: solo la voz, pues no lo veía, acuclillado como debía de estar entre el gentío. Un lindo falsete de anciano. Casi tropieza sin querer con el ciego, que además estaba tullido y cantaba semirrecostado en la calle, flanqueado por dos niños morenos. Jóvenes ansiosos se abalanzaban sobre las muchachas que gritaban y se reían. Del lado del mar, paseaba una muchedumbre más elegante. Se detuvieron delante de un vendedor de aves, provisto de fantásticos papagayos rojos; era preciso un gran esfuerzo de concentración, a falta del valor necesario para llevar un dedo hasta uno de esos picos grandes como ostras, para convencerse de que estaban vivos. Después cruzaron y pudieron ver un amplio panorama de la bahía, el Posilippo clásico, y el celebrado azul, tan intenso y misterioso como lo recordaba. Iniciaron una caminata por ese lado. Los mendigos aquí no eran menos abundantes que en las calles, los cantores espontáneos y vendedores pululaban asimismo. A uno de estos últimos herr Klette le compró un tarro de aceitunas, que consideró un buen presente para su amiga la princesa. Examinó a unos grandes castrati que pasaban, cargados de joyas y brocados. No reconoció a ninguno. Un poco más allá lo abordó una mendiga muy joven, casi una niña, con una criatura en brazos. Le pedía monedas para su hijo. «Para el hijo de Dios», repetía. Tenía la voz de una loca, pero sonreía. Estaba sucia y andrajosa, y sin embargo era hermosa, casi tanto como la Madonna de la capilla del conservatorio. Y en un movimiento brusco, cuando él quería apartarse, ella descubrió involuntariamente sus senos grandes y morenos, de los que el austríaco no pudo desprender la vista durante un segundo, y el pensamiento durante largos minutos.

A todo esto, iba con la mirada atenta por si aparecía el Micchino o cualquiera de sus señales: alguien de su cortejo por ejemplo. Dudaba muchísimo de que se hubiera desprendido de sus acompañantes, al menos del núcleo de los que más necesarios le eran: Pierre el jorobado, los dos castrati, Donato y Lelio, y la vieja Hildeeve. Esa curiosa corte de los milagros lo delataría tarde o temprano. Incluso por un instante le pareció ver al jorobado, y mandó a Sésamo a correr tras él, pero el joven volvió casi de inmediato:

—Lamento tener que decirle, su señoría, que es otro jorobado.

—¡Que el diablo se lo lleve!

—Es lo que hará, supongo —dijo Sésamo, que siempre tenía una respuesta para todo.

—No hables, mantén los ojos abiertos.

El joven se llevó un dedo a los labios y pensó unos pasos mirando el suelo. Faltó poco para que tropezara con el carro de manos de un vendedor de caracolas. Dio un salto y se puso al lado del amo:

—Si me permitiera hablar, querría decirle algo de lo que he visto.

—Si vuelves a hacerme una broma, te haré arrojar dentro del mar.

Sésamo lo tomó del brazo, cosa que a herr Klette le extrañó porque en general no se permitía esas libertades de hecho (las de palabra eran una lamentable costumbre que había terminado por aceptar) y le mostró con un amplio gesto el mar.

—¡El mar! —exclamó.

—¿Te has vuelto loco?

Sésamo giró ciento ochenta grados y lo hizo girar con él:

—¡La bella ciudad frente al mar! —dijo.

Herr Klette estaba atónito. Sésamo entonces le dijo en voz baja, simulando describir la fachada de la iglesia de los Capuchinos que tenían delante:

—Ahora que estamos mirando en esta dirección, gracias a mi pequeño truco, su señoría podrá sin dificultades echar un vistazo a la izquierda de su señoría, en dirección de aquellos delfines de corcho, y verá a alguien que nos sigue.

Klette no pudo hacer el movimiento con la delicadeza apropiada; no era buen actor, ni tenía pretensiones de llegar a serlo. Nunca lograba engañar a nadie. Pero pudo ver perfectamente (pues sus ojos saltones eran un prodigio de fineza) al mismo frailecito que había salido con ellos del conservatorio, mirándolos en ese preciso instante; es más, los ojos saltones de herr Klette miraron a las pupilas oscuras del frailecito que miraban las suyas. Un segundo después, el paso de un contingente de paseantes cortó ese lazo de miradas y cuando la visión volvió a aclararse el frailecito ya caminaba en otra dirección, simulando inocencia.

Pero no debía de ser así, y no solo por la mirada: habían caminado bastante, sin darse cuenta, distraídos con el espectáculo constante de la calle, y ya estaban muy alejados del conservatorio. Era inverosímil que ese personaje hubiera ido a dar allí por casualidad.

Sésamo, que a pesar de su natural precipitado y poco juicioso era un joven de recursos, propuso que lo atraparan. No sería difícil, pues el frailecito, seguramente por causa de la sorpresa al verse descubierto, se había metido en una calle que terminaba cien metros más allá en un denso telón de redes colgadas a secar. Aunque no lo veían por la cantidad de gente que se arremolinaba comprando pescado para la cena, sabían que no podía haber salido. Iniciaron la busca metódicamente, uno a cada lado de la calle que no era muy ancha. Pero llegaron a las redes sin hallarlo. Era muy molesto, y herr Klette se desquitó de su malhumor en el criado, al que le dio un golpe con los nudillos en la cabeza.

—¿Y ahora? ¿Qué debemos hacer, según este genial cacumen?

—Perdón, su señoría. El pez se nos escabulló.

De inmediato herr Klette se consoló de la pérdida, e incluso vio en ella un buen agüero. Si tenía alguna importancia para lo que realmente le importaba, la oportunidad volvería a presentarse; y si no se presentaba, eso significaría que no tenía la menor importancia. Como su criado se había quedado cabizbajo, y se frotaba la cabeza dolorida, le dijo, en broma:

—Pero, Sésamo, ¿no has oído hablar de los monjes persecutorios? Quizá este era uno de ellos, y simplemente estaba poniendo en práctica su manía.

—Los monjes persecutorios no existen —dijo Sésamo.

—¡Por eso mismo! ¿Cómo esperabas encontrarlo en el callejón? ¿Cómo esperabas que una entelequia cayera en esas enormes redes que chorrean sal y pólipos?

El criado sonrió. Era un joven de excelente carácter: herr Klette lo había averiguado a costa del suyo, que solía ser pésimo. De todos modos, a ninguno de los dos les abandonó la imagen de ese pequeño fraile de hábito pardo y generosa tonsura, en un cuerpo ágil como el de un niño o un mono, veloz, con cara de animal sagaz; y esos pequeños ojos inquisitivos.

La intriga no duraría mucho; más precisamente, hasta poco después de la medianoche.

A las doce, herr Klette se desesperaba por poder marcharse decentemente de la insoportable velada musical en la que había caído. No recordaba que la princesa Camusso se entretuviera de un modo tan vulgar. Y después de los números musicales, la conversación resultaba indigerible. Logró balbucear alguna excusa con la dueña de casa, apoyándose en la mentira de que había viajado toda la noche anterior, y eso pareció darle el derecho a irse sin escuchar algunos de los números fuertes programados por el abate Fontiroli, de quien se decía que vivía en concubinato con la casi centenaria princesa.

Pero no pudo escapar de las melosas mandíbulas de un castrato que discurría pavorosamente sobre el arte y la música y sobre sí mismo. Se recomendaba como el más excelso intérprete del aria lírica *sottovoce*.

—Tal cosa no existe —se resignó a decir Klette.

—¡Ah! ¡Ja, ja! Por supuesto que existe. Verá usted...

Comenzó entonces una interminable exposición sobre las posibilidades de una lírica inaudible, que se dirigiera al intelecto y no a los oídos del espectador. El objetivo final, decía, era el corazón, y la mente era un camino más directo que el de los sentidos. «¿Qué me queda por oír?», se decía el caballero austríaco. Lamentó haberse despojado de su vaso de vino, en un gesto vano de despedida. Ahora sentía una necesidad irrevocable de beber. Su interlocutor sostenía una copa llena de vino blanco, que no bebía y agitaba tanto que las gotas saltaban alrededor. Klette no podía sacar la mirada del borde del líquido, y eso le ahorró la necesidad de escuchar gran parte de la explicación.

Otra vez volvió a oírse un preludeo en el clave, y luego una voz, una conmovedora voz de soprano cantando. Klette se sacudió. Como daba la espalda al sitio donde estaban los músicos, dudó por un instante si quien cantaba era un hombre o una mujer. Por un instante, creyó que se había llegado al fondo de la abyección: un castrado ebrio cantando del cuello para arriba. El que tenía junto a él no cesaba en su andanada verbal. Pero no pudo impedir que su cabeza, casi liberada de su voluntad se diera vuelta para mirar... y con un suspiro de alivio vio que se trataba de una mujer. El castrato soltó una risa afectada:

—¿Le asombra ver a una prima donna cantando *chez la princesse*? Es la última moda entre nosotros los napolitanos (él era veneciano, eso al menos había averiguado herr Klette por el acento): oír cantar a las sopranos. Al parecer, le estamos encontrando cierto encanto al asunto.

Su voz estaba cargada de pesado sarcasmo. Klette aprovechó el momento para poner un rostro enigmático, como si súbitamente tomara la defensa del bello sexo, y se despidió con un «buenas noches» formulado con su más cortante entonación alemana. En un abrir y cerrar de ojos se encontró en la escalinata, sin que nadie se lo impidiera. Entre los lacayos estaba Sésamo, fumando una larga pipa de un material blanco, y su amo lo llamó con un chistido. Se alejaron sin más. El palazzo de la princesa estaba a pocos metros de su *albergo*, e irían caminando. La noche estaba calurosa, húmeda, maloliente como todas las noches napolitanas, y muy oscura. Afortunadamente, no se cruzaron con nadie. Herr Klette iba melancólico,

deprimido, y se sobresaltó cuando, al llegar, Sésamo le tiró de la manga. Le señalaba una figura de pie bajo la insignia del *albergo*. Era el frailecito. Siguieron caminando sin apurar el paso. Él los había visto y los esperó mirándolos. Esta vez no tenía intenciones de escaparse.

—Usted es herr Klette, ¿no es verdad? —le dijo cuando estuvieron a su lado—. Su señoría, le suplico que me escuche. Hoy quise hablarle, pero por una cuestión u otra dejé pasar la oportunidad, y no quise ir a dormir sin antes haber tenido la dicha de intercambiar unas palabras con su señoría...

—¿De qué se trata?

Herr Klette al verlo de cerca notaba que no era tan joven como había pensado. Más bien parecía un hombrecito de unos cuarenta años, excesivamente flaco y nervioso. Pero no era uno de los típicos frailes napolitanos, ni siquiera parecía italiano. De hecho, en el diálogo pasó del italiano al latín y de este al francés y al alemán con la mayor fluidez, como si él mismo ignorara las diferencias entre estas lenguas. Estaban en la calle sombría, ante la puerta. El frailecito levantó un dedo; tenía manos de intelectual, muy rosadas.

—Todo lo que quiero recomendarle a su señoría es que asista a nuestra ópera, y oirá cantar, oirá una voz que le provocará los sentimientos más bellos. Debería haber ido hoy mismo, y si yo me hubiera atrevido a hablarle... Cuando oiga esa voz... su señoría, mi consejo es desinteresado... Su señoría dirá: fra Joli no me defraudó.

—¿Así te llamas?

—Solo si su señoría se digna aceptarlo. En cuanto a la voz que oirá en la ópera, yo mismo iré a ver cómo la oye... si su señoría se digna asistir...

—Perdóname, pero no tengo la menor intención de asistir a la beótica ópera napolitana; ya he visto demasiado de eso en el pasado, y si tu amigo tiene una voz tan bella como dices...

—¡Más, mucho más, mi señor!

—... entonces supongo que algún empresario avisado sabrá sacar de él todo el provecho que sea necesario. Buenas noches.

El frailecito se quedó gesticulando, y herr Klette subió las escaleras soltando maldiciones. Lo único que le faltaba era que le propusieran audiciones de astutos desconocidos, que mandaban un misterioso mensajero a crear la expectativa novelesca. Pero los ricos siempre estaban expuestos a esa clase de torturas. Despertó al padrone y se hizo encender dos docenas de bujías, pues estaba relejendo a Proclo, y mandó pedir una botella de vino.

Así fue como se inició su estadía napolitana, en medio de una primavera adelantada y el estallido de vida que subía hacia el golfo de las cálidas arenas del desierto al otro lado del Mediterráneo. Todos parecían querer vivir deprisa esos momentos hermosos, en que el azul del cielo adquiría repentinamente el mismo tono de las profundidades del mar, el firmamento diurno se volvía una de esas grutas azules en las que desde la antigüedad se había decantado el sentimiento estético del pueblo italiano. Klette sentía por un lado la tortura del transcurso del tiempo, en la medida en que a pesar de toda su vigilancia, sus idas y venidas, llevado a veces por los más extravagantes presentimientos, no logró avizorar el menor rastro del extraviado; pero por otro lado, un sector distinto de su mente y su sensibilidad se anegaba de la belleza casi estival ya de la ciudad, de sus panoramas rojos y azules y blancos, de la alegría que estallaba en el cuerpo de los napolitanos, viejos y jóvenes. ¿Por qué?, se preguntaba. Él por su parte no sentía ninguna felicidad, no estallaba por ningún lado; más bien por el contrario, lo comprimía el desasosiego. Pero de todos modos advertía esa dicha como un componente de la atmósfera, y la respiraba, deliberadamente, en los intervalos de su preocupación.

Desde la mañana enviaba a Sésamo a recorrer los mercados, las plazas, las calles periféricas, cosa que el joven hacía con placer, a veces acompañado por Alessandro, a veces solo. Decía seguir pistas prometedoras, haber trabado amistad con rufianes que conocían escondites inauditos, decía haber oído hablar de un castrato rico y misterioso, que entraba a cierto palazzo... Herr Klette se dejaba alentar tibiamente por esas esperanzas, pero sabía que no eran sino ilusiones. Por las tardes salía él mismo a recorrer los alrededores; visitó a innumerables conocidos en las villas del golfo, entre las montañas. Tuvo que reconocer que nunca en su vida había visto tantos paisajes al mismo tiempo. Los días eran una sucesión de jornadas perfectas, soleadas, sin una nube sobre el horizonte: la lluvia de la llegada parecía haber sido la última del invierno, ahora la impasibilidad de porcelana del cielo lo irritaba. Creyó que nunca había recibido tanto sol en los ojos; creyó que después de esto quedaría ciego, que nunca volvería a ver al Micchino, ni aunque lo tuviera a su lado. Se había comprado una sombrilla, bajo la cual andaba y enrojecía. Conducido por Alessandro, que a pesar de sus aires de doncella estaba muy al tanto de todo lo que sucedía en la ciudad, acudió incluso a las playas recónditas, donde

se bañaban y tomaban sol ociosos castrati después de las clases de canto, y donde acudían personajes ocultos a ver sin ser vistos. Hizo excursiones en bote a las grutas, como el perfecto turista, y bebió vino con los pescadores, cuyas canciones escuchó una y otra vez, incluso con cierto interés apasionado, como si en ellas hubiera una pista que pudiera serle útil.

Pero el grueso de su actividad tenía lugar de noche. El Micchino era un ser nocturno, y no era probable que en tan poco tiempo se hubiera operado una mudanza en sus hábitos. Aquí herr Klette se sentía más a sus anchas, sabía mejor por dónde conducirse. Conocía bien los gustos de su pupilo en términos de tabernas, vinos y compañía. Él mismo se encontraba a gusto en ese ambiente, y sabía conducirse por sus pasadizos más secretos con su coraza de bonhomía y sus aires ligeramente despóticos de conversador omnisapiente. Sus antecedentes, por otra parte, lo ponían en la situación ideal para adentrarse en los círculos teñidos de música, y los utilizó a fondo. Alessandro lo acompañaba, con sus grandes ojos límpidos bajo los cuales ya se insinuaba ese estiramiento de los huesos del pómulo de los castrati que deja las órbitas flotantes y hace de sus miradas una inmensa mancha que sobrevuela el mundo entero. En este niño todavía las pupilas se encerraban en círculos irisados de anhelo y perenne sorpresa. Vestía la túnica negra de los alumnos, ajustada con la borla en la cintura, las medias blancas y los zapatos de fieltro. Llevaba el pelo larguísimo, más largo que el común de los cantores de capellanía, y era uno de sus trabajos más arduos cepillarlo cotidianamente hasta que brillara y se desenredara. Una o dos veces se toparon con fra Battista y otros maestros del conservatorio, quienes evitaron preguntarle al austríaco si había tomado una decisión respecto del joven. En realidad, no era así. Ni siquiera había vuelto a oírlo cantar. Le resultaba una compañía adecuada y útil para estas correrías nocturnas, aunque era casi un niño y a altas horas se apesadumbraba de sueño. Alessandro a su vez se sentía de vacaciones, y quizá había adivinado a quién buscaban (o quizá se lo había dicho Sésamo, de quien se había hecho amigo). Sea como fuera, recorrían las tabernas, abundantes más que ningún otro establecimiento en Nápoles, y no solo las frecuentadas por músicos o castrati sino otras también, las de pescadores o espadachines, las de los soldados españoles y las que colonizaban, temibles como espectros, los nobles pontificios exiliados.

En realidad, los castrati se escabullían, llevados por las alas de su esnobismo irritante. Siempre estaban buscando la novedad, los ambientes que más desconcertantes parecieran, los más inesperados. Nunca se asentaban en un lugar, no creaban costumbres permanentes, más bien todo lo contrario: se

rebelaban contra las costumbres. Había núcleos, que el caballero austríaco fue reconociendo poco a poco, de elegantes extremados, cubiertos de oro y gemas; ellos dictaban el sitio donde era preciso estar, pero a su vez eran esclavos de estas variaciones, y las obedecían. Alessandro, con intuición de niño, arrastraba a herr Klette por las callejuelas en pendiente, lo hacía tropezar por avenidas que eran todo escalones, hasta algún rincón sombrío donde al abrir una puerta a nivel del suelo se revelaba un antro con pesado olor a vino, y en las mesas la explosión de colores y afectaciones de una decena de enjorjados sopranos, las cabelleras por los hombros, los ojos lacunares dirigidos hacia el recién llegado, en quien reconocían a un allegado del más famoso de los cantantes del día. Todas las mesas tenían un lugar dispuesto para herr Klette, así como en todas las conversaciones faltaba la menor alusión al paradero del Micchino.

Encontró al danés, Vigaaren, aquí y allá, siempre rodeado de una cohorte de buscavidas que festejaban sus necedades. Lo irritó en más de una ocasión con veladas sugerencias a un supuesto misterio en su estadía en Nápoles. Klette se alarmó pensando que quizá había descubierto su secreto, que quizá era *vox populi* ya. En efecto, si lo pensaba bien, no podía haber pasado inadvertido su ir y venir. ¿Qué tenía que hacer el apoderado del Micchino en las tabernas de Nápoles, en unas supuestas vacaciones que no tenían nada de tal, y en plena temporada? Era solo beneficio del azar que no hubieran llegado aún noticias de la cancelación de los últimos compromisos teatrales del Micchino. No bien algún viajero difundiera la noticia, bastaría que sumaran dos más dos... El resultado de estas meditaciones era siempre igual: debía darse prisa. Pero ¿prisa en qué? No podía hacer más de lo que hacía, salvo dar golpes en todas las casas de la ciudad... Y luego, estaba la posibilidad de marcharse. No podía dormir revolviendo en la mente los nombres de ciudades posibles donde quizá se escondiera... Venecia, por ejemplo, pero también Londres, o Viena... ¡Era imposible, imposible! Se volvería loco, o renunciaría.

Las calles nocturnas se les hicieron familiares. Perseguían sombras. Quizá estaba viendo visiones, quizá el contraste entre esos días de luz excesiva y estas prolongadas vigiliadas por las calles a oscuras lo cegaban doblemente. Le bastaba ver una figura altísima, un paso felino alejándose hacia la sombra, para precipitarse tras él. O bien seguían a figuras embozadas, anodinas, como si el mero misterio de sus identidades pudiera revelar por sortilegio el misterio de una identidad muy conocida... Al cabo de prolongadas y tensas caminatas, recalaban en alguna taberna y volvían a beber. Sésamo se dormía

sobre la mesa, se dormía siempre. El rostro pálido como la nieve de Alessandro vacilaba, al extremo del cuello delgado, y toda su cabellera se estremecía. Al fin, casi al alba, volvían al *albergo*, como autómatas o sonámbulos, subían al cuarto y una bujía ardía hasta el amanecer al costado de herr Klette con su gorro de dormir y sus anteojos, leyendo a los clásicos, mientras a sus pies dormían los dos jóvenes.

Una noche, en una taberna llamada El Emir, hubo una riña. Estaba sentado a la mesa con varios castrati pertenecientes al coro de la capilla palatina, bebiendo vino y oyendo una animada conversación sobre voces, conversación que no tardó en subir de tono y hacerse agria. Uno de los castrati, un robusto siciliano de unos veinte años, se insinuó groseramente a un milanés fino que se hallaba algo ebrio. El milanés respondió con sibilinos insultos. Klette los vio echar manos a las dagas, y buscó alarmado con la vista a Alessandro, sentado al otro lado de la mesa y siguiendo con apasionada atención el disturbio. Los demás, lejos de serenar a los contrincantes, les propusieron que dirimieran fuera el conflicto, con las armas. Herr Klette alzó la voz para decir lo contrario, pero no le hicieron caso. Ya todos se levantaban y salían. Fue detrás de ellos, buscando a Alessandro con la vista. No quería que viese un espectáculo como el que podían dar estos dos iracundos, y menos aún que se viera envuelto en un problema policial.

Era más tarde de lo que creía, y estaban todos más ebrios de lo que había pensado; incluso él. Casi no se sostenía sobre las piernas, y todo lo que vio le pareció soñado. Los contendientes se echaron atrás las capas, sacaron las dagas, unos puñales de treinta o cuarenta centímetros, y se rondaron brevemente. La luna era la única iluminación, salvo la que provenía de la puerta de la taberna, muy pobre por otra parte. El cuerpo ágil y delgadísimo del castrato milanés se curvó sobre el del siciliano, más bajo y grueso. Creyó ver con la más absoluta precisión cómo la hoja del cuchillo penetraba en el cuello del milanés. Al mismo tiempo el siciliano le tomaba la mano con el cuchillo y la torcía. Al propagarse el efecto de torsión por el brazo hasta el cuello, el filo del puñal alargó desmesuradamente el corte, hasta casi seccionar la cabeza. La trenza del milanés bailoteó un instante. Se derrumbó, y de inmediato desaparecieron todos. Herr Klette se encargó de pagarle unos ducados de oro al dueño de El Emir para que no revelara lo que había sucedido. Le pagó una moneda más para que llevaran el cuerpo del desdichado al conservatorio. Alessandro quedó impresionado, y lloriqueaba de nerviosidad contándole el duelo a Sésamo, que había dormido todo el tiempo.

Herr Klette se preguntó si no era demasiado absurdo seguir perdiendo el tiempo en estos entretenimientos morbosos. Al día siguiente se abstuvo de búsquedas. No salió del *albergo*, salvo al atardecer cuando fue al puerto a escuchar los cantos a la Virgen y ver el tendido de las redes. Allí se encontró con el caballero Vigaaren, con quien discutió el acontecimiento que había presenciado la noche anterior. Afirmó que por su parte encontraba bárbaro e inexcusable el hábito del duelo. No era la opinión de Vigaaren. Decía que si se permitía la guerra pública, debía admitirse también la privada, ya que no había ninguna diferencia sustancial entre ambas.

—Es más —agregaba con su manía de las profecías—, en el futuro la guerra será enteramente suplantada por los duelos privados. ¡Y será un notable adelanto para la humanidad!

Herr Klette pensó: Es fácil discurrir en torno a lo «público» y lo «privado», pero es difícil desprenderse de las preocupaciones de uno, esas banales preocupaciones «privadas»... En voz alta, dijo riéndose:

—Mi buen amigo, no es la primera vez que oigo de su boca una profecía que tiene muy pocas posibilidades de volverse realidad.

—Siempre está la posibilidad de que acierte, ¿no cree? —dijo Vigaaren.

Klette pensó: Si las profecías siempre son erróneas, y el ser humano no puede dejar de proferirlas, ¿para qué hablar? Si todo lo que decimos oscila entre la verdad y lo falso, ¿no son vanos y melancólicos todos nuestros discursos?

De ahí la música, se dijo: la música no tiene sentido, y por lo tanto nunca cae en el error.

Bastó que lo pensara para que sintiera, por primera vez, un auténtico dolor por la ausencia del Micchino, por la falta de su voz. Ya no se trataba de la preocupación por los inconvenientes profesionales que le causaba su desaparición, sino de un hambre y sed de esa voz a la que nunca nada podría reemplazar. Sintió una lanzada en el corazón, algo que no creía poder sentir, él, un caballero tan racional y asentado en sus seguridades.

Cuando volvía al *albergo*, después de cenar, se demoró con pasos tristes y pesados. Adelante iban los dos jóvenes, abrazados y cantando. Herr Klette alzó los ojos y vio una estrella que parpadeaba en dulce azul blanco. Estrella, estrella, le dijo sin palabras: Devuélveme la voz del Micchino.

6

El desplazamiento del año en la península, junto con todos los demás cambios en la naturaleza y la sociedad, cambios que en las más de las ocasiones no eran sino recursos del tiempo para poblarse a sí mismo de formas y colores, provocaba uno muy concreto y que tenía una particular influencia sobre la sociabilidad: no bien el sol comenzaba a aproximarse a la temida constelación del Can, los adinerados se marchaban a sus villas rurales y las ciudades se vaciaban de esa capa de la población que regía los gustos ajenos dando la medida justa de expansión a los propios. Las «temporadas» cesaban y comenzaban otras, signadas por la ausencia o la lejanía. Los arquitectos en los últimos cincuenta años habían creado todo un estilo estival, hecho de blancuras y ventanas como ojos entrecerrados en un paisaje de cigarras. Nápoles, claro está, no podía ser una excepción, más bien todo lo contrario, ya que era una de las ciudades más calurosas, a pesar de su vecindad con el mar. Sucedió que los montes que le guardaban la espalda creaban un vacío de presión sobre el golfo, al cortar el flujo de los vientos, y los veranos se hacían simplemente insoportables. Pero muy cerca, mucho más cerca de lo que uno habría creído, había climas diferentes, aceptables o deliciosos, incluso balnearios ya apreciados desde la antigüedad, donde al menos se podía dormir de noche con el arrullo refrigerado de una brisa. Los ricos napolitanos hacían los baúles precipitadamente en estos días, y herr Klette calculaba, no sin terror, los avances del ritmo de desapariciones.

Sumada esta circunstancia al hecho de que la ópera de la ciudad nunca había tenido una clientela demasiado entusiasta y refinada, de ningún modo la que hubiera posibilitado el contrato de grandes figuras, el resultado era que en este momento la programación vaga y sospechosa (y provinciana) había mantenido al visitante lejos del teatro, de cuyas escasas visitas, una década atrás, no guardaba buenos recuerdos. Cuna de la mayoría de las grandes luminarias de la ópera y las cantorías de toda Europa, Nápoles no podía darse el lujo de presentar a estas figuras a su público. Público que por otra parte no parecía apetecerlas excesivamente. Era una situación paradójica: en Nápoles predominaba el gusto por la canción inculta del pescador, por la voz mojada de vino y sudor; pero de ese gusto, y solo de él, nacía la especie de vigor que podía impulsar a la percepción en un giro completo hasta su solsticio de arte genuino.

No obstante, se dio la circunstancia de que terminó asistiendo a una representación.

Se encontraba ya en un punto angustiado de su peregrinación. No sabía, literalmente, hacia dónde volverse. La ciudad había perdido todo su encanto para él, hastiado como estaba de recorrerla en todos los sentidos, lo mismo que a la región circundante. No podía pisar una taberna, ni siquiera las calles vacías de noche, sin sentir una punzada de desazón. Creía hallarse en un camino de locura. Cuando salía del *albergo* por las tardes y se dirigía entre la multitud hacia el puerto, a oír los cantos y ver tender las redes, siempre le salían al encuentro los mismos chiquillos harapientos, la misma mendiga con sus pechos hermosos que se descubrían casualmente cuando él pasaba, y aquí y allá una cara conocida, gente de la que ya prefería ocultarse, como el danés, o los maestros del conservatorio, que seguramente se preguntaban qué negocios lo demoraban aquí. Una tarde se encontró con los jóvenes marqueses Rizzoli-Comani que subían a una calesa; conversaron un instante de nada en particular, y aceptó la invitación que le hicieron para cenar con ellos esa noche. Aunque los conocía poco (los había tratado en París ocasionalmente) le resultaban agradables: un matrimonio moderno, escéptico, inmensamente rico y moderadamente culto. Ella era una pequeña austríaca, hija de un diplomático que había sido amigo de Klette; él, bisnieto de un papa, había traducido a Swift al italiano.

A las nueve de la noche se presentó, acompañado por Sésamo y Alessandro, que comerían con los criados, en el palazzo de los marqueses. No le sorprendió demasiado encontrarlos en el vestíbulo, ataviadísimos. Los dos volvieron hacia él los rostros perfectamente blancos de polvo; la peluca de ella tenía un volumen desmesurado. El joven marqués lo tomó del brazo y lo condujo inmediatamente hacia la puerta, riéndose:

—Por su culpa llegaremos tarde.

Klette tardó en comprender. Después recordó la fórmula exacta que habían usado al invitarlo, y cayó en la cuenta de que la cena tendría lugar en su palco de la ópera. En el desmayo del instante no atinó a decir nada. Después, pensó que se pondría en ridículo si se negaba a acompañarlos ahora. Vio reírse a Sésamo, y le hizo un gesto. Treparon a un landó abierto (en uno cerrado no habría cabido la enorme peluca de la marquesa) y herr Klette se vio, como en una pesadilla, velozmente conducido por dos caballitos blancos y un cochero de librea carmesí hasta la fachada irredimible de la ópera, una vez allí se vio subir las escalinatas y luego, conducidos por un lacayo cuyos afeites no disimulaban la brusquedad de los rasgos, por entre pasadizos ya

desiertos, hasta la puerta de un palco, una puerta baja en la que debieron inclinarse... Y una vez adentro, toda la atmósfera del teatro le saltó al rostro como un aroma inquietante. El palco se abría directamente sobre el rincón donde tocaba la orquesta, y al alcance de la mano estaba el escenario, donde en este preciso instante cantaban un dúo. Paseó la mirada por la pequeña sala, los palcos colmados de los que salían súbitas carcajadas y conversaciones, el movimiento de los lacayos con bandejas, el brillo exagerado de los lustros reflejado en las falsas nubes del cielo raso en cúpula; creyó oler la acústica mala, el pesado olor a afeites y perfumes, el calor solar que irradiaba la sala entera con su luz y su sonido.

Durante un instante quedó atontado por la escena, a la que veía como una perfecta repetición de sí misma. Todos los teatros de ópera eran iguales, los grandes y los pequeños, los magníficos y los miserables, y hasta los de cartón pintado como este. Entrar a uno de ellos era como entrar a todos, internarse en el mismo túnel de repeticiones de ese brillo, esa explosión de fulgores sonoros y visuales en los que el hombre se reducía al fugaz resplandor de la piedra de su anillo en el gesto de levantar la copa o llevarse la mano a los ojos fatigados; aquí las mujeres no eran más que esos vestidos de sedas siempre chillonas con que se ataviaban, sus inmensas pelucas blancas y el blanco perfecto de los rostros y hombros. Sentía una débil sorpresa, y al mismo tiempo comprendía que no había nada de qué sorprenderse. La ausencia del Micchino, su propia concentración en la busca, lo habían apartado de este mundo en el que ahora se encontraba incrustado por sorpresa, temporalmente hacía unas pocas semanas, pero mentalmente siglos y océanos y leguas y ciudades...

Volvió su atención al palco; la marquesa se sentó junto a su tía, la princesa Comani, que jugaba al zetema con el obispo Salazar. Klette los conocía a los dos, besó ambas manos y se sentó junto al obispo, frente a la princesa. Se encontraba presente asimismo una dama de compañía, vestida con sublime extravagancia, de verde y dorado. Un criado le puso en la mano un vaso de vino, y la princesa lo invitó a jugar. Declinó con cortesía: en realidad, dijo, nunca había entendido los juegos de naipes italianos. La marquesa se embarcó de inmediato en una discusión teológica con el obispo, un grueso español que respondía en latín y sonreía cada vez que calificaba de *pestilentiae* las palabras de su anfitriona, y agregaba, adversativo, *sed dulcissima gratissimaque audirum*.

El marqués había salido y volvió al cabo de unos minutos con dos típicos miembros de la siniestra nobleza siciliana, padre e hijo, los dos viejos

prematuramente, cetrinos, con esas boquitas en forma de capullo que los italianos subrayaban con el bigote muy negro y el polvo muy blanco en la cara y el carmín en los labios. El viejo, vestido de blanco de los pies a la cabeza, tenía los movimientos de un paralítico que hubiera vuelto repentinamente a disponer de sus miembros. Se sentaron en divanes y comenzaron a beber; el hijo, al ser presentado a herr Klette, exclamó:

—Austria será turca.

A Klette no lo habían movido jamás consideraciones nacionalistas. En líneas generales, despreciaba al imperio en el que había nacido, pero en esta ocasión no pudo menos que alzar las cejas:

—Yo no seré turco, su alteza.

—Ja, ja, espero que no. —Se reía con languidez de idiota. No era improbable que estuviera ebrio.

—Yo no descartaría tan a la ligera la posibilidad —intervino el marqués—. Está la cuestión de los serrallos.

—El serrallo es una invención de los franceses —dijo la princesa sin alzar la vista de sus cartas—. Lo sé porque un hijo de mi valet veneciano...

—Y la bonita María Teresa será prusiana —siguió el joven palurdo.

Herr Klette se limitó a asentir cortésmente y vaciar la copa. Quién sabe qué quería decir.

—Nunca he podido diferenciar —dijo el padre—, a los austríacos de los prusianos.

—Es muy fácil —dijo la marquesita—: los prusianos parecen micos, tienen ojitos almendrados y pies grandes como las liebres.

—Oh —susurró el siciliano, sin abandonar el fruncido tierno de los labios.

Los criados entraban y salían con bandejas de bebidas y canapés. En ese momento comenzaron a poner la mesa para la cena. Entraban, espectrales dentro de sus libreas rojo fuego, cargados de platería y cristales y volvían a salir al instante. Klette se había despatarrado en una de las poltronas y a medida que vaciaba las copas de vino se le hacía más y más borroso el diálogo que tenía lugar en el palco y se dibujaba con claridad cada vez mayor, en contraste, el fondo musical. Las melodías entraban subrepticamente a su cerebro, que era uno de los grandes archivos musicales de su época. Reconocía aquí y allá temas y maneras; los compositores no escatimaban en echar mano a todo lo que tenían a su alcance. Desde donde estaba no podía ver sino la parte alta del escenario, por encima de las cabezas de los cantantes. Pero por lo que oía, adivinó que se trataba, otra vez más, de las andanzas de Psique y Eros. Estaba de moda la materia griega, mitológica. La ópera, la

desconocía. Recordó al menos otras tres con el mismo argumento; esta no era ninguna de ellas, probablemente sería composición de alguno de los músicos del conservatorio, alguno de los maestros con veleidades de creador, algún castrato de edad seguramente. Las voces: no había oído más que voces blancas. Y todo iba en aumento; debían de estar en el segundo acto, hacia el final. Sí, indudablemente, había cuatro castrati en escena. ¡Un despropósito! Típico de Nápoles, el mal gusto y la chabacanería. En las grandes salas, el castrato era necesariamente una excepción, su encanto y su misterio funcionaban precisamente por su soledad en medio de un elenco de tenores, barítonos y sopranos mujeres. El arte incomparablemente poderoso y sublime de la voz del castrato debía irrumpir solo, esperado, como un encantamiento sin posible repetición. Pero aquí, por supuesto, la abundancia... Y para colmo no había uno que pudiera calificarse de excepcional.

Cambió ligeramente de posición y pudo ver el patio, colmado de palafreneros, pescadores, mujeres de pueblo sentadas en bancos, codo con codo con frailes melómanos y jóvenes castrati pendencieros, todos bebiendo vino barato y hablando a los gritos. Bullía mucha vida allí, se hacían toda clase de tráficos y manoseos. Advirtió a Sésamo y a Alessandro, sentados junto a unas muchachas con las que hablaban y bebían. Había asimismo, como en todos los teatros, figuras veladas, misteriosas, que giraban nerviosamente la cabeza hacia un lado y otro. A pesar de todas las distracciones, había un fondo de atención a la escena, y ninguno de los efectismos de los cantantes pasaba inadvertido: por el contrario, se les respondía con alaridos, y en una ocasión un fornido pescador con voz poderosa de barítono se lanzó a cantar un aria junto con uno de los castrati del escenario. La platea entera estalló en carcajadas. Una muchacha comenzó a bailar y le abrieron un círculo; giró y giró hasta que un malintencionado le dio un empujón y la hizo caer con las faldas en la cabeza, lo que volvió a despertar la hilaridad del público.

Mientras tanto, en el palco ahora se había vuelto a hablar de teología, en el tono afectadamente escéptico que estaba a la moda. Salvo que las excelencias sicilianas se arrebataban en defensa de la Virgen.

Ya era el intervalo, y la cena se serviría al comenzar el último acto. Abrieron la puerta del palco y los hombres salieron. Klette buscaba una excusa para marcharse sin tener que soportar más esta prueba, cuando sintió que lo tomaban del brazo: era el danés, irreconocible con una nueva peluca, de prolongados bucles azules, y el rostro resplandeciente de blanco de tiza.

Les hizo profundas reverencias a los sicilianos, conversó amistosamente con el marqués y luego llevó aparte al austríaco:

—Debo presentarle a mis dos sobrinas, que arden en deseos de conocerlo. Verá qué sorprendentes son.

—¿Sus sobrinas? —le preguntó mientras lo seguía.

—Las hijas de mi difunta hermana, *la duchesse*. Pasan el invierno aquí. Dentro de una semana las llevaré de regreso.

Entraron a uno de los palcos, donde había dos jovencitas exactamente idénticas. Pocas veces Klette había visto dos personas tan parecidas. Indudablemente, eran gemelas. Se inclinó ante ellas, y las miró con una sonrisa. Las interrogó sobre su estadía. Hablaban mal francés. Sus voces también eran iguales. Se preguntó cómo se podría vivir teniendo a un doble, un calco tan perfecto. Era absurdo. Además, había una matrona vestida de verde, probablemente la institutriz de las niñas, y en un rincón, de pie y con los ojos muy abiertos, el niño cojo que Vigaaren había recogido el día del accidente. Ahora estaba vestido con un traje azul y blanco con lentejuelas, zapatos plateados y una peluca con rodete y el rostro grotescamente pintado de blanco y rojo. Para un niño de siete u ocho años, era una hora demasiado tardía, pero no parecía adormilado.

—¿Es la primera vez que lo trae a la ópera? —le preguntó a Vigaaren.

—Oh no. Venimos todas las noches. ¿No es encantador? —Y tomándolo del brazo le susurró al oído—: Este niño heredará todas mis cualidades y mis defectos.

Klette declinó la invitación a beber con ellos, y volvió al palco de sus anfitriones. Anunció que no se sentía bien, y que le resultaba necesario marcharse. Por la expresión de su cara, nadie dudó de que decía la verdad. En ese momento comenzaba el último acto. Lo hicieron sentar, y la marquesa lo abanicó. Mandó a un criado a buscar a Sésamo y Alessandro a la platea. Sacó fuerzas de la desesperación, se puso de pie, procedió al besamanos con una sonrisa y tras una última reverencia salió al pasillo, donde suspiró de alivio al verse relativamente solo: nadie más que los lacayos cruzaban de una puerta a otra, o se dirigían presurosos por las escaleras. Sin embargo, de atrás de unos cortinados, desde donde evidentemente había vigilado la puerta del palco, salió una figura que Klette tuvo dificultades para reconocer debido a la escasa luz de esos corredores: era el frailecito que lo había interpelado días atrás. Se dirigió a él prestamente, con sus gestos obsequiosos y ligeramente furtivos; estaba vestido de paje, y tocado con un extravagante gorro de terciopelo.

—¡Su excelencia, le ruego que no se marche todavía! Este indigno servidor le suplica que estudie un poco más la representación.

—¿Por qué habría de hacerlo, mico infame? ¿Y cómo sabías que estaba aquí?

—Su excelencia, no podía dudar de que tarde o temprano nos honraría con su asistencia. Pero no es suficiente... Si su excelencia se retirase ahora, yo debería esperar a que volviera...

—¡Eso nunca! Pero no me quedaré un instante más.

—¡No, no! Es que no ha prestado atención.

Levantaba la voz peligrosamente. Klette temió que lo oyeran desde el palco, y eso sirviera de excusa para demorarlo en este infierno. Le urgía estar en la calle, y en lo posible lejos. Espió por encima del sombrero del fraile para ver si acudía su criado. El otro insistía, aunque el caballero notó que lo hacía sin verdadera urgencia, casi con un fondo bromista. Eso, sumado al evidente interés que se tomaba porque asistiera a algo, a algún fragmento de la representación, en su paradoja, lo intrigó.

—¿Por qué no me dices claramente qué quieres? ¿Quién es tu amigo al que debo oír?

—Venga, monseñor, dese prisa... —Lo arrastró por el brazo y Klette lo dejó hacer. Recorrieron el medio círculo lateral y subieron por una escalera oscura que los condujo al pasillo de los palcos superiores, desiertos. Estaba oscuro, salvo por unos hilos de luz que se filtraban por las puertas abiertas de los palcos. Este sector del teatro no estaba habilitado; eran palcos grandes, una hilera incompleta, que nunca se habían utilizado dado que la visión desde ellos era mala, demasiado empinada, y la audición pésima. El frailecito lo condujo a través de una portezuela desgonzada a un palco con los tapizados desgarrados, cubierto de moho y telarañas. Sopló una banqueta (saltó una nube de polvo) y la acercó a la carcomida baranda, que había sido dorada. Le señaló el asiento, y herr Klette lo ocupó. El frailecito le indicaba el escenario. Lo tenían justo enfrente, muy abajo. Veían las cabezas de los cantantes, y un escorzo de los rostros. La música subía en ráfagas. La cúpula pintada casi parecía poder tocarse con las manos. Desde aquí, el teatro entero parecía más pequeño aún, más destartalado, la obra improvisada de un mal arquitecto. El frailecito le señaló el escenario, y en ese momento el caballero advirtió que en el dedo mayor de esa mano tenía un magnífico anillo de plata con un zafiro perfecto. Era una joya demasiado principesca para un buscavidas napolitano. La luz azul de la gema, en la relativa tiniebla de esta altura, le provocó un delicado éxtasis de atención, y clavó la mirada en la escena.

Pero antes de poder prestar oídos a la acción, advirtió algo extraño: el palco contiguo a este donde se encontraba, estaba ocupado. Se oían voces, el entrecuchar de copas, risas, y ocasionalmente el tañido de una mandolina. No podía ver su interior, pero ahora que tenía los ojos habituados a la penumbra veía surgir de él una cierta luminosidad, como si hubiera unos veladores dentro.

Debió hacer un esfuerzo para recordar de qué se trataba: Psique y Eros. Efectivamente, ese pequeño castrato de traje celeste era Eros, y debía tratarse de un niño de doce o trece años, con una linda voz muscular, inevitablemente poco trabajada pero lograba salir airoso de los dúos con la tremenda Psique, un castrato de cuarenta años, que matizaba las notas altas con hábiles falsetos. Psique con un látigo expulsaba a un negro. Un rey, probablemente el padre de la muchacha, oía de boca de un ministro los pronósticos de una catastrófica inundación. La madre de Eros, que debía de ser Venus, aunque aquí era una mendiga (posiblemente una de las epifanías engañosas que se trastocaban al final con un cambio efectista de vestuario) le daba consejos a su hijo, que partía en una especie de peregrinaje, siempre con sus zapatitos plateados de tacones altos y su peluca Luis XIV. Venía entonces el habitual *ballet*, tan descabellado en este caso como todo el resto de la obra. Aparecían figurantes caracterizados de animales, tigres, leones, unicornios, serpientes, y unas figuras veladas que representaban a los vientos, como fantasmas, y cantaban una nota modulando prolongadamente.

El oído de herr Klette captó una de esas notas, y más que el oído, el corazón, el cerebro, su vida entera. Creyó reconocer, como en un sueño, la voz del Micchino en ese Eolo furtivo, que ya había desaparecido. Solo su ansiedad pudo hacer que lo reconociera. Ahora el pequeño Eros cantaba un aria de desolación, pedía auxilio a los dioses.

Herr Klette se puso de pie. El frailecito había desaparecido. Nada le parecía imposible ahora. Es más, todo le parecía lógico. ¡Tenía que ser así! Había buscado al Micchino en todo el laberinto de Nápoles, en ese laberinto hecho no solo de calles y casas y palacios y colinas sino también de días y noches y horas de desesperación y de esperanza, y ahora venía a encontrarlo... sobre un escenario; este, y no otro, era el extremo del laberinto.

Se le ocurrió una idea. Salió precipitadamente y buscó a tientas la puerta del palco de al lado. Al abrirla, varios rostros envueltos en suave luz rojiza se volvieron hacia él. Y sobre la línea de luz tenue que provenía de abajo, apoyado en la baranda, estaba el frailecito, que le guiñó un ojo y le hizo una señal de que guardara silencio sobre su intervención. Los otros lo miraban

genuinamente asombrados: estaban todos, y fue el jorobado el que tomó la palabra, pues siempre era el más aplomado en las situaciones de sorpresa.

—¡Bienvenido, herr Augustus! ¿Ha venido a unirse a nosotros en nuestra pequeña fiesta?

—Sí, Pierre, así es.

Uno de los niños, Donato, le acercó una silla a la mesa, donde tenían servida la cena. Herr Klette se acercó y se sentó, como en un sueño. Lelio había quedado inmobilizado, con la mandolina en las manos, y lo miraba como si fuera un ser de otro mundo. Pierre soltó una risita y le preguntó por Sésamo. Herr Klette respondió con un gesto vago en dirección a la sala. La vieja Hildeeve tomaba vino mirándolo, sin decir nada. Él le dirigió una inclinación de cabeza. Entonces ella distendió la boca desdentada en una sonrisa. Todos estaban vestidos con paños oscuros, con ropa un tanto demasiado extravagante incluso para una noche de ópera. El palco estaba recientemente tapizado con damascos riquísimos, y había dos lámparas con pantallas de porcelana muy fina encendidas. Pensó que era muy típico del Micchino, idear este tipo de escondrijo desde donde podían ver sin ser vistos, y pasar veladas bebiendo, conversando, haciendo música y riéndose, por encima de todo el tumulto de la sociedad melómana napolitana y los ridículos espectáculos que se ofrecían. Seguramente había sobornado a los administradores, haciéndose pasar Dios sabe por quién.

No pudo impedir que le brotara un suspiro, y dijo:

—De modo que estaban aquí...

—¿Nos estuvo buscando?

Se encogió de hombros. Se le ocurrió una pregunta que hacerles, pero en ese momento el frailecito volvía a levantar un dedo y les señalaba el escenario allá abajo. Herr Klette miró. Las peregrinaciones de Eros llegaban a su fin. En un tutti orquestal, en medio de una noche representada con un telón de lentejuelas negras, el niño subía unos peldaños hacia una figura altísima enteramente velada, con una enorme capa negra, igual que todo el resto de su ropa y su máscara, abierta como las alas de un murciélago, los brazos extendidos en cruz. Era la Reina de la Noche, que al fin daba protección al amor extraviado. En ese momento Klette recordó la leyenda. Sor Hildeeve se inclinó hacia él y le susurró:

—¿Adivina quién es?

Asintió con la cabeza. La Reina de la Noche envolvía a Eros con su manto negro, y así terminaba el cuadro. Era la muerte, pero también la salvación: los amantes se encontrarían nuevamente. Recomenzaba la música, y se iniciaba la

lenta redención de los personajes, que culminaría en los tediosos dúos finales de los protagonistas, plagiados de cualquier obra popular del momento.

Los ocupantes del palco dieron la espalda a la escena, y se dispusieron a cenar. Klette adivinó que ahora sí, esperaban al convidado principal. Comenzaba a serenarse. Aceptó otra copa de vino, y brindó «por nuestro reencuentro». Lelio punteaba la melodía de una barcarola que el austríaco había escrito en su juventud y que se había popularizado mucho, treinta años atrás. Se sentía bien, todo el malestar de un rato antes había pasado y ahora no sentía ningún deseo de moverse de donde estaba.

Unos minutos después se entreabrió la puerta y a la luz tamizada por las porcelanas se dibujó la figura alta y flexible de esa Reina de la Noche perfectamente oscurecida en un negror de brocados. Su entrada fue discreta, casi imperceptible, el corazón de herr Klette no se sacudió ni estremeció, aunque tenía más de un motivo para hacerlo. De hecho, de todos los actos y gestos del Micchino estaban infaliblemente ausentes los efectos inmediatos; como todo gran artista (y aun sin oírlo, ya en esto se advertía que lo era) todo en él se contraponía al efectismo; sus efectos eran sutiles, postergados, y tanto más duraderos. Su mito no se había levantado con gritos sino con recuerdos fragmentarios y deslumbrados *a posteriori*. ¡Qué fuera de lugar estaba en Nápoles, esta capital de lo chocante y grosero, del aplauso fácil y el sentimentalismo! Pero quizá no era casual que hubiera venido a ocultarse aquí (ni que herr Klette hubiera venido aquí a buscarlo); quizá se trataba precisamente de una nostalgia de esta barbarie en la que nacía todo arte. Pero ni siquiera con su disfraz espectacular de Reina de la Noche podía provocar un efecto instantáneo de sorpresa o un *coup de théâtre*...

A diferencia de los otros, no pareció sorprendido de ver a su apoderado sentado a la mesa en el palco. Claro que no se le veía la cara (siguió con la máscara baja) y no podía adivinarse su expresión. Hizo una breve reverencia:

—Herr Augustus... *Mon père*...

Era el tratamiento cariñoso que le daba. Había una inflexión dulce en su voz; o bien era esa suprema indiferencia de quien aceptaba todo en la vida, desde su altísima posición, con perfecta aquiescencia.

Se sentó frente a él y tomó una copa de vino, que levantó en un brindis silencioso. Destaparon una fuente con codornices frías, y otra con langostinos.

—Nuestro amigo Klette —dijo el jorobado dirigiéndose al Micchino— quedó impresionado por su interpretación de la Madre Noche.

—Oh, no tiene importancia —dijo el Micchino—. Es un bonito cuadro vivo, ¿no cree?

Herr Klette alzó las cejas:

—Por cierto que no. Es horrible.

—¡Ja, ja! Siempre tan crítico. ¿Y el Zenno? ¿Apreció esa voz?

Klette debió concentrarse, hasta recordar que se trataba del castrato que hacía de Psique. Dijo:

—La perfecta emisión de una cigüeña.

—Las cigüeñas traen buena fortuna, barón —dijo la vieja Hildeeve.

El Micchino lo interrogó sobre París. ¿Era cierto que el Bienamado haría coronar a su amante como emperatriz de Polonia?

—¡Absurdo! —exclamó Klette—. ¿Eso es lo que susurran los ángeles, aquí arriba? —le preguntó señalándole los putti pintarrajeados en el techo.

—No siempre estamos tan alto —dijo el Micchino. Le pidió a Lelio que tocara una romanza de moda: *A la Rana*—. Hablemos de política, o de la moda, que viene a ser lo mismo. Siempre hay novedades. Nada vuelve, nada se repite, porque todo es real.

—Muy cierto —dijo Klette—, pero hay quienes dan un salto de la realidad, disfrazados de quimeras, y causan dolor a quienes los quieren.

El Micchino comió un instante pensativo.

—Yo jamás haría eso.

—Lo sé —se apresuró a decirle su apoderado. No era el momento de hacer reproches. De modo que hablaron sobre política, y sobre modas, y el austríaco, que era un consumado maestro conversador, y a quien el alivio de haber encontrado al fin a quien tanto buscara le producía una euforia casi incontrolable, habló con vivacidad largo rato. Al cabo de una hora se sentía entre ellos tan a sus anchas como si nunca hubiera abandonado este pequeño círculo. Como si este pequeño círculo no hubiera escapado a su órbita durante cinco semanas lamentables. El pasado se borraba con un golpe de magia. No hizo ninguna alusión a la ayuda que le había prestado para encontrarlos el frailecito, que comía con ellos y parecía ser uno más del grupo.

Cuando ya el teatro se vaciaba, hacia la medianoche, salieron, por una de las puertas laterales. Herr Klette se detuvo en las escalinatas, mirando interrogativamente a su pupilo, que seguía enfundado en el manto y la máscara de la Reina de la Noche.

—¿Vendrá con nosotros? Por favor...

Llamó a uno de los *lazzaroni* descalzos que se demoraban toda la noche entre las columnas y lo mandó a la otra calle a buscar a Sésamo. Le dijo que pregonara el nombre: no había tantos Sésamos en el mundo.

—Ah, el buen Sésamo —dijo el Micchino. Esperaron unos minutos y los vieron venir. Sésamo miraba con ojos desorbitados a la compañía. Todos le sonrieron. Impulsivo, el joven se acercó a la Reina de la Noche y le besó el borde del manto—. Mi buen Sésamo —repitió el Micchino—. ¿Has cuidado a tu patrón?

—Sí, su excelencia, día y noche.

Alessandro se mantenía en segundo plano, respetuoso y temeroso. Klette le dijo al Micchino que se trataba de un joven alumno del conservatorio, de voz muy prometedora.

—Oh —susurró la Reina de la Noche.

Se pusieron en marcha. Klette iba intrigado por el emplazamiento del escondite que tanto se le había hurtado. La respuesta no estaba lejos, a menos de trescientos metros, y era un viejo palazzo angosto que parecía deshabitado, una construcción renacentista.

Pierre traía las llaves. No entraron por la puerta principal sino por una debajo de las escalinatas, oculta por una columna. Se introdujeron uno tras otro; el primero fue el jorobado, que encendió tres lámparas de mano, una de las cuales tomó él, otra Donato y la otra el Micchino, siempre en su caracterización oscura. Se adentraron por un corredor abovedado que daba al vestíbulo principal. Una vez en él se dispersaron de inmediato, y el Micchino le hizo un gesto a herr Klette para que lo siguiera. Atravesaron varios cuartos enfilados, y al rápido barrido de la bujía el austríaco podía ver un increíble desorden. Terminaron en el gran salón del primer piso.

—¿Le gusta mi casa?

—Debería verla de día, niño. Pero la encuentro un tanto descuidada.

El Micchino soltó una carcajada.

—En efecto, nunca tenemos un momento para poner orden. Pero me gusta así. Me gusta vivir en un sentido provisorio. Además, no recibimos visitas...

Había dejado la luz en una mesa y se había dejado caer en uno de los sillones, en el que se envolvió enteramente en la capa negra. Herr Klette dio unos pasos, sin apartarse mucho del círculo iluminado. Había arcones, armaduras, cuadros, un *bric-à-brac* indescriptible, incluso una pila alta como un hombre de alfombras enrolladas.

—Tengo pájaros —dijo el Micchino—. Mañana los verá. Ahora supongo que están durmiendo.

—¿Pájaros? ¿Se los compraste a esos vendedores del puerto?

—¿Cómo lo supo?

De pronto se levantó y tomó la lámpara:

—Venga, le mostraré una de las bellezas de este palazzo. Es un secreto.

Atravesaron otra serie de cuartos, y llegaron a una galería abierta. Las estrellas iluminaban vagamente un jardincillo interior, cubierto de vegetación salvaje y de unas formas inquietantes. Klette fue sensible a una quietud sobrenatural en la sombra.

—Abejas —le dijo el Micchino—. Hay flores y abejas. Pero de noche duermen.

—¿Cómo es posible?

—¿No lo sabía? Los nobles napolitanos de antaño no podían vivir sin abejas en su casa. Hacían abrir en medio de sus palacios estos pequeños patios y los cubrían de flores. Eran muy aficionados a la miel, y ahora yo también lo soy.

Volviéron por otro camino. En el piso alto había una larga galería de estatuas. La llamita de la lámpara las rozaba apenas, encendía muslos polvorientos de Dianas, o Mercurios con alas en los tobillos.

—Los antiguos dueños de este palacio —dijo el Micchino— eran aficionados al arte griego. Creo que murieron todos en la epidemia del siglo pasado. Ahora la propiedad es de los obispos del sur.

Herr Klette comprendió en ese instante cómo había hecho la conexión el joven para poder ocultarse aquí. El obispado del sur de las Dos Sicilias había sido uno de sus primeros contactos con el mundo de los poderosos, antes incluso de que él lo descubriera en el conservatorio. De modo que había vuelto a las fuentes, pensó.

Al extremo de las estatuas había una pequeña espineta blanca. El Micchino colocó encima la linterna, se acercó a la baranda del hueco de la escalera, desde donde llamó pidiendo bebidas. Herr Klette desplegó una sillita taraceada y se sentó cruzado de piernas frente al instrumento, que el joven comenzó a tocar. Al empresario le produjo una especie de ensoñación lo curioso del espectáculo: esa figura estirada como una sombra, enteramente vestida y enmascarada de negro, incluso con guantes negros, tocando en una espineta casi de miniatura, desafinada por el tiempo. Ya subía Pierre con una bandeja y dos copas y una botella de vino. Les sirvió ceremoniosamente, y el Micchino dejó de tocar:

—Bajemos a la sala. Aquí flota un polvo pernicioso para mis pulmones.

Bajaron, y se apoltronaron en los grandes sillones. La vieja Hildeeve estaba también allí, tomando una infusión gris. Cuando la terminó anunció que se iría a acostar. El Micchino se puso de pie de un salto y le besó la mano.

—*Allez, ma mère, dormez* —le dijo.

—¡Santa Reina de las Tinieblas! —exclamó la vieja poniéndole una mano en el gorro constelado.

El Micchino se rio y volvió a sentarse.

—Como verá, llevamos una vida tan apacible y anodina que nada, nada en absoluto podría turbarnos.

—Puede ser, pero...

El Micchino le pidió silencio con un gesto de la mano. Abajo, se oía cantar.

—Son los niños —dijo.

Eran las voces de Lelio y Donato, a las que se unió de pronto la de Alessandro. Detrás de la máscara, en los agujeritos sombreados con tul que le servían para ver, los párpados del Micchino se cerraron. Las voces llegaban lejanas, apagadas, y sin embargo muy claras y discernibles. Reconocía perfectamente las de sus dos jóvenes protegidos, y ahora se dejaba inundar por el timbre nuevo del desconocido. Herr Klette lo examinó prolongadamente. El fin de su busca le producía una extraña lasitud: ahí lo tenía, después de haberlo buscado tanto, y no sentía nada especial, se sentía vacío. Comprendía que su verdadero trabajo apenas empezaba. El Micchino parecía entregado a esta rara vida secreta en el palazzo desvencijado, parecía satisfecho y a mil leguas de su celo profesional. Supo que debería emplear toda su destreza y diplomacia para convencerlo de que lo siguiera. Pasó rápida revista de los contratos próximos (los firmaba con un año de anticipación): Viena, París, Varsovia, Roma... sobre todo Roma, donde era preciso volver periódicamente para hacerse oír por el público más entendido y exigente de Europa. Sería muy difícil, y el cansancio lo abrumaba por adelantado. La silueta de la Reina de la Noche, en su sillón, perfectamente inmóvil, retrocedía hacia la sombra. Las voces lejanas también retrocedían en el laberinto sombrío del edificio... y herr Klette terminó durmiéndose.

Pasaron unos pocos días. A la mañana siguiente al encuentro, herr Klette y sus dos acompañantes pagaron la cuenta del *albergo* donde se habían alojado desde su llegada para instalarse en el palazzo, que a la luz del sol era a la vez más ruinoso y más acogedor de lo que había parecido por la noche. Herr Klette ocupó una de las habitaciones polvorientas del tercer piso, desde donde podía ver a la tarde el bullicio del puerto. Tenía una cama con baldaquino, una gran escribanía con los consabidos bustos de Platón y Aristóteles en las dos puntas, y una bonita alfombra persa roja, que brillaba cuando el sol atravesaba las ventanas sin cortinas. El Micchino dormía hasta tarde, igual que sus amigos, habituados a seguir su ritmo de actividades nocturnas, y se desayunaba cuando el sol comenzaba a caer, en una terraza de lajas rotas en las que crecían los helechos y el musgo; veían el mar y la profundidad del golfo. Allí se quedaban conversando hasta la caída del sol, espectáculo que a todos les interesaba sobremanera. La vieja Hildeeve traía trajes con los que se disfrazaban los jóvenes, bebían y cantaban, hasta que llegaba la hora de ir a la ópera. El Micchino, gracias a conexiones misteriosas, había obtenido papeles de figurante, que siempre representaba enmascarado de un modo u otro, o bien hacía interpretar por Lelio o Donato. Cenaban en el palco secreto y después de la función hacían largas tertulias, que duraban la noche entera a veces, en los salones del palazzo. Era una vida absolutamente recoleta, y herr Klette no se asombró de no haber dado con una pista. Podría haberse pasado la vida buscándolos sin hallarlos, de no haber sido por el frailecito, cuya actividad le resultaba misteriosa. Era el único que salía, a hacer compras y a buscar noticias. Los demás no pisaban la calle más que de noche, para ir y volver de la ópera.

No quiso presionar a su pupilo con una demanda apresurada. Prefirió estudiar antes el terreno y saber dónde pisaba. Al cabo de un par de días, la empresa no le pareció tan desesperada como había creído la primera noche. De hecho, la amenaza del aburrimiento estaba latente. El Micchino (él lo conocía bien, había crecido bajo sus ojos) era un ser profundamente mundano, y este gambito al que se había librado ahora no podía ser sino una experiencia más de su mundanidad, condenada a terminar como había empezado. Debía esperar, nada más, y mantener los ojos abiertos. Quizá aún estuvieran a tiempo de cubrir los compromisos con París...

Pasaban juntos casi todo el tiempo. Klette se plegó a los hábitos del grupo. No volvió a salir sin ellos. Conversaban mucho, el Micchino y él, y lo hacían con gusto. Siempre se habían tenido estima; herr Klette lo había tratado desde que lo sacó del conservatorio, siendo casi un niño, con una respetuosa distancia, de la que no estaba ausente el temor sacro que a la especie de buen burgués que era (pese a su título nobiliario) le provocaba la presencia inquietante de un castrato. El Micchino había apreciado desde el comienzo de su relación esta distancia, este respeto ligeramente atemorizado pero también lleno de afecto (pues herr Klette era un hombre bondadoso, y como amaba sinceramente la música, el Micchino había sido para él, más que un niño y luego un joven a su cargo, un objeto de veneración). Los dos aceptaban esa diferencia sustancial que había entre el hombre normal y el castrato, esa diferencia fundamental de destinos, aunque los dos vivieran juntos como buenos amigos. Esa diferencia produciría inevitablemente accidentes como había sido esta separación repentina. Pero también hacía posible una sólida amistad a la que ninguno de los dos pensaba renunciar por un accidente. Y, en el caso de herr Klette, en su interioridad más secreta, había un amor profundamente enraizado hacia la voz de su artista.

Un día, cuando bebían en la terraza, y los demás se hallaban distraídos contemplando un pulpo vivo del tamaño de un dedal que había comprado el frailecito en el puerto y ahora nadaba en un jarrón, herr Klette le preguntó:

—¿Te escondías de mí, al instalarte aquí?

El Micchino se volvió hacia él con la mayor sorpresa pintada en el rostro:

— ¡Por supuesto que no! Me asombra que se le haya ocurrido la idea, herr Augustus.

Llevaba un fantasioso jubón de tela recamada. Todo el día andaban disfrazados. Sor Hildeeve, la bruja de la costura, les preparaba magníficos trajes. Entre ellos, herr Klette, siempre con su ropa de calle o sus batas oscuras, contrastaba. El Micchino era muy alto, incluso para un castrato. Medía más de dos metros diez y, aunque muy delgado, de huesos sobrenaturalmente estirados, su aspecto era saludable y apuesto, y bien conformado. Los ojos enormes eran rasgados, muy oscuros. Provenía de una tribu de pastores montañeses, en lo más hondo del sur, y quizá hubiera habido en sus ancestros alguna cruce con moros, por lo negro del cabello y las pupilas. La mutilación, que había sobrellevado a una edad muy temprana, entre los cinco y los seis años, había suavizado los rasgos seguramente toscos de su familia, y el refinamiento innato de su carácter había transmutado cada uno de sus caracteres. El arte había hecho lo demás, y el roce prolongado con

la más alta aristocracia, la disposición de una fortuna inagotable y la certeza de haber llegado a una cima insuperable de perfección técnica, lo habían vuelto etéreo, aplomado más allá de lo humano, y en el fondo totalmente enigmático.

Después de su negativa, se quedó un momento pensando.

—No, jamás me escondería de usted. Y sin embargo...

No necesitaba decir más: herr Klette lo entendía. Se inclinó hacia él y le apretó el brazo un instante. El Micchino sonrió, y pidió que les acercaran el pequeño monstruo.

Efectivamente, cuando uno se evade lo hace de todo y de todos, indiscriminadamente, pero especialmente de los que ama. Herr Klette comprendía ahora que el matiz angustiado de estas semanas de busca había estado provocado por un recuerdo inconsciente: muchos años atrás, su esposa lo había abandonado, de un modo tan imprevisto y sorpresivo como lo había hecho ahora el Micchino. Salvo que en aquella ocasión no había salido en su busca, no se había movido de su casa, donde lo reclamaba una niñita recién nacida a la que la madre abandonaba también.

El pulpo movió los ocho tentáculos al mismo tiempo. El Micchino lo hizo apartar. Dijo que le producía tristeza verlo. Prefería a las abejas. A esa hora estaban ocupadísimas. Invitó a herr Klette a bajar a verlas: quizá había miel. El caballero no se sentía muy a gusto entre esos insectos, pero aceptó de todos modos, pues quería seguir conversando en privado.

Una vez entre las flores, le hizo al Micchino la pregunta que había estado postergando hasta ahora.

—¿Volverás conmigo?

La respuesta fue instantánea:

—¡Nunca! De eso, no hablemos.

Herr Klette no se alarmó más de la cuenta, pues sabía lo que valían los «nunca» y los «siempre» en la mente volátil de la juventud. Por el contrario, soltó una risa, y el Micchino se volvió hacia él y le sonrió también.

—Vivamos esta dulce vida secreta, entre nuestras abejas, con nuestra rutina... Dentro de poco será el verano, y nos trasladaremos a algún castillo oculto en el norte, quizá en Venecia... ¿No es mejor así?

Herr Klette no respondió nada. No creía que fuera mejor así para el joven. Debía mantenerse atento. Su mera presencia sería un catalizador para el deseo de marcharse y volver a las cortes.

—Escucha... —le dijo cuando se hubieron retirado del patio, y se paseaban por los crepusculares salones del palazzo, cubiertos de basura y

objetos en desuso—. ¿Quién es ese frailecito que has agregado a tu cortejo? ¿Dónde lo encontraste?

—¿Esteban? ¿No lo había visto antes? Fue antes de que nos separáramos, en Ferrara... Creo que es español, en realidad no sé quién es, pero me intriga. ¿No es un buen motivo para emplearlo?

Herr Klette no dijo nada. Se detuvo ante una inmensa anunciación que cubría una pared entera. La Virgen tenía cara de mujer prehistórica; no era una buena pintura. El ángel se reía como un idiota. En cambio eran espléndidos los colores de las ropas, a pesar de la mugre que cubría el lienzo.

El Micchino lo tomó del brazo y le dijo, en voz baja:

—Esteban es un espía. Lo supe en Ferrara. ¡Me hizo reír tanto! ¿Recuerda al caballero milanés, esa especie de conde, de la peluca azul?

—¿Bobbino?

—¿Así se llama? ¿Quién es?

—Un gran amigo mío. Un hombre extraordinariamente culto. Es plenipotenciario del Pontífice...

—Ah. Lo ignoraba. Se mostró muy amistoso conmigo.

—Lo sé. Te admira inmensamente. De hecho, se había puesto en camino a París para verte estrenar la Dido...

—En fin, no tiene importancia —dijo el joven haciendo un gesto de impaciencia—. Lo mencionaba porque fue él quien me puso al tanto de las intenciones de Esteban, que se había pegado a mí desde la Toscana, con no sé qué zalamerías. Este conde me informó en la posada que el frailecito es agente de un noble centroeuropeo que realiza una suerte de espionaje para ciertos reyes... ya sabe.

—¿Sí? ¿Quién? ¿Lublansky?

Herr Klette mencionaba al más famoso espía del emperador Federico.

—No, no. Al menos... creo que no. No, definitivamente; Esteban no puede responder tan alto. Supongo que su patrón es algo así como un aficionado, incluso puede ser uno de esos reyezuelos mismos, uno de sus pretendientes. Me he estado preguntando qué pueden desear de mí. No tengo secretos, ni siquiera me trato con nadie que los tenga, y menos ahora...

Herr Klette se sintió súbitamente muy nervioso.

—Debes librarte de este sujeto ya mismo. Tu ingenuidad no tiene límites. ¡Qué importa que no conozcas secretos de Estado! Por tu posición tienes acceso instantáneo a todos los que sí los conocen. Ese desconocido ha hecho muy bien en poner a uno de sus agentes a tu lado. Mañana mismo le escribiré al conde Bobbino para enterarme. ¿No comprendes que formando parte de tu

entourage alguien puede atravesar todas las fronteras sin provocar la menor sospecha, aposentarse en todas las cortes, codearse con personajes importantes de la realeza, o funcionarios...? No debe quedarse un instante más contigo...

—¡No! —exclamó el Micchino sin alzar la voz y tomándolo, con fuerza por un brazo—. No le diga una palabra de esto a nadie. Y no le escriba a su amigo. —Se quedó callado un instante, pensativo—. Por ahora no tengo intenciones de volver al mundo, con lo que nuestro espía seguirá inactivo. Pero no puedo asegurar que algún día desee volver... Y si lo hago será para seguirlo hasta su patrón, para adivinar sus intrigas. ¿Qué me queda si no es intrigar yo mismo un poco?

Herr Klette sonrió para sus adentros: el desenlace de esta peripecia estaba más cerca de lo que había creído. ¡De modo que el Micchino ya estaba pensando en volver a los escenarios! Era mejor de lo que había pensado. Pero de todos modos el asunto lo dejó preocupado. Le habría gustado saber quién podía haber ideado este truco, de hacer espionaje desde el interior del cortejo de un divo de la ópera. Era brillante. En realidad, le asombraba que no lo hubieran pensado antes. A su vez, calló la deuda que tenía con el frailecillo; de no haber sido por él, todavía andaría buscando al Micchino por las tabernas. Evidentemente, tanto el espía como su patrón tenían interés en que el artista volviera cuanto antes a la vida activa. Cuando eso se lograra, pensó, ya vería él mismo un modo de librarse de su amenaza.

No lo asombraba en cambio la disposición del Micchino en todo el asunto. Era un joven acumulativo, que siempre había combatido el aburrimiento con los más variados (y vanos) maquiavelismos. Nunca intentaba solucionar o aclarar ningún problema o complicación: todo lo contrario, le agradaba adensar los misterios, mantener en suspenso los desenlaces. Tanto el jorobado Pierre como Lelio y Donato, como la anciana Hildeeve, eran otras tantas historias de las que él nunca aceptaría desprenderse... En cierto modo él mismo, Klette, era parte de esa corte de los milagros. Y también él, ahora, tenía una historia que al Micchino le agradaría dejar flotando, regodearse en sus puntos suspensivos. Se trataba de su hija, y era una de las bazas más altas que tenía para jugar en esta partida. Esperó un par de días para hacerlo.

Esta vez fue bastante pasada la medianoche. Habían quedado solos en el palco, después de la representación, bebiendo diminutas copitas de aguardiente. Hildeeve se había quedado en el palazzo esta noche, cosiendo un traje nuevo, y Pierre le hacía compañía. Los jóvenes por su parte, habían bajado a recorrer el teatro desierto. Herr Klette salió de su modorra y vio que

el Micchino, detrás de la máscara de su disfraz de Reina de la Noche, lo miraba con fijeza.

—Piero —le dijo lentamente, después de asegurarse, por el silencio, de que los jóvenes no estaban cerca; era el nombre verdadero del Micchino, y herr Klette, que por otra parte había sido el inventor del seudónimo, lo usaba rara vez, solo cuando quería decirle algo importante; el Micchino sonrió lentamente, sin sorpresa al oír este nombre tan rara vez pronunciado por nadie —. Escúchame, no creerás que te busqué con tanto ahínco solo por hacerte cumplir con nuestros compromisos... Eso puede esperar, y ni tú ni yo tenemos necesidad de dinero. Hay otra cosa, algo que debí decirte hace dos meses cuando estábamos en Florencia; quise esperar hasta llegar a París, pero no me diste tiempo, con tu huida. Se trata de Amanda.

—Oh —dijo el Micchino. Su sonrisa se había borrado, ahora no había más que neutra melancolía en su rostro enmascarado. La bujía dentro de la única lámpara de porcelana que tenían encendida vaciló, y pareció por un instante como si fueran a quedar en la más completa oscuridad.

—Creí que mi hija había dejado de darme problemas, pero no era así. En Florencia recibí una carta suya (sabes que es una proficua corresponsal, y debe de estar lamentando no tener tu dirección ahora). Era una carta que me pareció exagerada, como suele serlo ella en toda ocasión, y ese fue en parte el motivo de que no te dijera de qué se trataba. Pero cuando la vi en persona noté que había estado peligrosamente cerca de la verdad.

Se quedó callado, sumido en tristes pensamientos.

—¿De qué se trata? Supongo que no le habrá pasado nada.

—Oh, no, tranquilízate. En cierto modo, es todo lo contrario. Sucede que quiere divorciarse.

Al otro lado de la máscara negra de la Reina de la Noche, se percibió un movimiento, como si los rasgos del Micchino hicieran una mueca de divertida sorpresa.

—¿Divorciarse? ¿Y qué tendría de malo? Usted nunca quiso a su yerno.

—Eso no tiene nada que ver, niño. Esta pequeña caprichosa se ha separado del barón, y ahora me amenaza con hacer vida de libertina en París. Pasé una semana muy negra, tratando de convencerla al menos de que volviera a Viena a nuestra casa, o viniera conmigo. Es absurdo que se quede allí, con esas amistades peligrosas...

—¿Y el barón?

—Ni siquiera pude verlo. Estaba de viaje, en Salzburgo o en Praga, o no sé dónde. Estoy de acuerdo en que es un personaje con sus tintes tenebrosos,

pero fue ella quien se encaprichó en casarse con él, a pesar de mi negativa.

Se quedaron en silencio un rato. El Micchino se sacó un anillo y jugueteó con él. Herr Klette dejó la copita en la mesa y se inclinó hacia adelante:

—Solo tú podrías hacerla entrar en razón. No admira y respeta a nadie tanto como a ti. ¡Ni siquiera a mí! ¡Por supuesto que a mí no! Los padres somos los bufones de los hijos.

El Micchino sonreía:

—Amanda ya es una mujer. No creo tener más influencia sobre ella.

—¡Tiene diecisiete años! ¡Nunca fue más niña! Y estoy seguro de que sigue besando el suelo que pisas. Si quisieras...

El Micchino apartó la vista, y la clavó en la oscuridad de la cúpula. No quería seguir hablando del tema, y la lucecita con un último parpadeo se apagó de pronto. Oían a los niños que cantaban, muy lejos. Se asomaron y los vieron en el escenario, iluminados con una linterna. Los saludaban agitando los brazos.

8

Dos o tres días después (o cuatro, o cinco: uno perdía la cuenta, en esa vida ajena a los calendarios, de jornadas al revés) se habló frenéticamente entre ellos de hacer un picnic nocturno al Vesubio. En realidad, venían hablando de eso desde antes de que herr Klette se les sumara; sucedía que el volcán pasaba por una de sus periódicas etapas de chisporroteo e iluminación, y todo Nápoles se precipitaba a sus laderas, a las plateas más altas y peligrosas del bello espectáculo; lo habrían hecho antes, si no se les hubiera ocurrido que era imposible intentarlo sin un juego completo de trajes que les hiciera la vieja hada, que se pasaba los días cosiendo y cortando. El frailecito había salido con frecuencia a comprar telas, y cuando se equivocaba en la calidad o textura o ancho de un corte, o más abundantemente, en el matiz de un color, sucedían escandalosas recriminaciones. Herr Klette veía todo esto con resignación, y ni siquiera habría aceptado acompañarlos de no ser porque no quería dejar pasar la menor oportunidad de captar un movimiento en el ánimo del Micchino. Incluso para él se estaba cosiendo un disfraz, lo que lo obligó a mostrarse severo. Pero le hicieron ver que sería ridículo que fuera el único vestido de calle en una compañía de máscaras, y además, observó el Micchino en una de las raras salidas del mutismo en que se había sumido estos últimos días, era preciso que el caballero marchara enmascarado, pues de otro modo podría toparse con conocidos que lo interrogarían sobre la identidad de sus acompañantes. Era típico del Micchino, pensar en detalles así en medio de las sublimidades de su spleen.

Por otra parte, *nadie* acudía a esa cita de moda sin disfraz. Herr Klette se preguntaba qué extraño amor por la catástrofe llevaba a los napolitanos ricos a tropezar entre rocas nocturnas y exponerse al roce de un búho o al asalto de una partida de malhechores, solo por ver de cerca ese fuego maldito, que tarde o temprano terminaría por devolver a la nada a la hermosa ciudad con todos sus panoramas y cantos.

Cuando se despertaron, ya entrada la tarde, la vieja anunció que los disfraces estarían listos para la noche. El frailecito Esteban fue comisionado para comprar provisiones y vinos en canastas, y Pierre se ocupó del carruaje. Tenían diez caballos árabes, que usaban en troncos alternados. Para esta noche llevarían los blancos, de vientre y patas cenicientas. El Micchino decidió faltar a la ópera: esta vez el pequeño Eros no tendría alas negras

donde refugiarse; envió con Esteban el disfraz de Reina de la Noche, para que lo usara otro figurante (y de viento, de más está decirlo, podía hacer cualquiera). Al atardecer subieron a sus cuartos con los trajes, y se reunieron en la terraza oscurecida para beber una copa de vino antes de salir y habituarse a la vista de sus disfraces. Sor Hildeeve se había limitado a las gamas más sombrías de grises y negros, con apenas un listón azul o morado en los forros de las capas. Los tres muchachos eran indiscernibles en sus trajes grises de seda, Pierre llevaba un abultado jubón en grises oscuros y negros, el frailecito una especie de túnica abullonada, con las mangas rayadas de blanco y negro, y herr Klette un casacón de brujo, extrañamente liviano, inflado por las brisas del mar, con bonete del color de la noche y un diamante en la máscara. La misma Hildeeve se había cortado un fantástico traje de princesa, bajo el cual parecía una muchacha; pero de su máscara salían largas orejas de lagarto. En general, todos los trajes que hacía, aun los de gala, tenían un elemento, declarado o sutil, del mundo animal. Era su toque peculiar, y quizá ahí estaba el secreto de su magia como costurera. En cuanto al Micchino, su traje era el más simple y al mismo tiempo el más espectacular: una funda ajustada de espesa seda del negro más oscuro que pudo hallarse, continuada en guantes, botas y una máscara velada con tules negros en los ojos y la boca, que lo volvían una sombra continua. Era un traje admirable que solo existía gracias al perseverante estudio que había hecho la vieja del cuerpo del artista; era como si hubiera pintado con brea el cuerpo desnudo del Micchino, pero era algo más también: un traje que ocultaba definitivamente un cuerpo, que lo volvía ajeno y lejano, inapresable, huidizo como una sombra. Las articulaciones lentas y la belleza general de los movimientos del joven pasaban al primer plano en ese traje; y también su silencio; el aguzado sentido del espectáculo del Micchino le debía de haber dictado esto último, porque cuando hizo su aparición en la terraza crepuscular y se sentó a beber su copa de vino, no dijo nada. Herr Klette reconoció para sus adentros que a pesar de la frivolidad del suceso, valía la pena sobrellevarlo por el privilegio de haber visto esta imagen.

Salieron en el carruaje, de noche. El Micchino le pidió a Pierre que antes de dirigirse hacia el monte diera una vuelta por la ciudad. Recorrieron el largo del puerto y las calles anchas, y luego describieron un amplio arco por las arboledas suburbanas. Por dondequiera que pasaran, el coche llamaba la atención, por la compañía tenebrosa que conducía y la belleza de los caballos, gordos y cepillados, brillantes en el calor húmedo de la noche posillipana.

Luego tomaron por el camino del monte, y avanzaron decididamente hacia la ladera. Uno de los niños se asomó a la ventanilla en un recodo, y gritó al ver el resplandor de la boca del volcán. Se asomaron todos, y en efecto, allá estaba, casi como una luna, oculto momentáneamente por los árboles, el desgarrón de fuego en lo alto de la noche.

Se apearon al final del camino, en el principio de la montaña, que en realidad no tenía principio pues sus laderas llegaban hasta el mar; sus laderas *eran* la ciudad de Nápoles. Pero aquí cesaba el camino ancho, en un amplio cuadrado de arboledas tras las cuales se alzaba el palazzo Viareggio, y donde todos los acampantes habían dejado sus carruajes bullía una multitud de pequeños *lazzaroni* nocturnos. Había antorchas, y rondas de palafreneros jugando a los naipes o a los dados. Pierre dijo que se quedaría a cargo del coche. Lo encontrarían aquí mismo. El Micchino se volvió y levantó un dedo:

—De ningún modo, Pierre. —Era el único en llamar Pierre al jorobado: todos los demás lo llamaban por su apodo, Quinquempoix—. Vendrás con nosotros. La fiesta es para todos, y no estaría completa sin ti.

Lo decía con la mayor cortesía y dulzura. Klette se maravilló de sus modales. No en vano esta pequeña comitiva le era fiel hasta el sacrificio. Una nube de niños harapientos, de los que solo brillaban los ojos en la oscuridad se les había acercado y pedían monedas por ocuparse de los caballos. El jorobado farfulló que no tendrían la seguridad de hallar nada a su regreso si dejaban el elegante vehículo en manos de esta turba.

—En ese caso —dijo el Micchino—, volveremos a pie. ¿Qué importancia tiene? Hace años yo venía a pie todas las noches hasta aquí. Y volvía al amanecer.

Le pidió unas monedas a herr Klette y las repartió entre los niños. Les pidió que soltaran a los caballos blancos y los hicieran pacer, y que no se les acercaran las luciérnagas, que los asustaban. Los *lazzaroni* escuchaban atónitos. Esa figura soberbia vestida de negro parecía un ser de otro mundo. Luego, en una de esas distracciones contradictorias típicas de él, hizo cargar a Pierre con todas las canastas, que sumaban un peso de no menos de cincuenta kilos. Afortunadamente el giboso era fuerte como un hércules.

De todos modos herr Klette se compadeció y le ordenó a Sésamo que lo ayudara con la carga. El camino era en pendiente, y escarpado, y en la completa oscuridad se hacía difícil avanzar. Tomó de un brazo al jorobado, que le susurró:

—*Votre ami est doux avec les petits.*

¡Qué duda había!, pensó. El Micchino no podía sino ser dulce con los seres menores. Salvo que a veces no los veía. De todos modos, todos ellos podían apoyarse en él, y en su arte, que lo magnificaba más allá de los modales.

Donato encabezaba la marcha, con una linterna en cuyo haz vacilante se dibujaban por momentos las figuras. Debían asegurarse de dónde pisaban. Cuando llegaron al primer rellano, entre bosquecillos, vieron fuegos, y compañías alegres acampadas alrededor, bebiendo y haciendo música. Eran los que no habían querido ir más arriba. Desde aquí se dominaba una buena imagen del anillo de resplandor morado en la cumbre. Y entre las notas de los cantos y laúdes se oía el runrún tenebroso del volcán, su hervidero místico.

—No dejen que nadie los toque —chilló Lelio desde más arriba—: esto está infestado de murciélagos.

—¡Era lo que faltaba! —exclamó Hildeeve, que subía pesadamente colgada del brazo de Alessandro.

Atravesaron un círculo de viandantes ruidosos, que brindaban por el volcán. Las linternas y fogatas iluminaban los disfraces. De lo oscuro saltaban risas agudas, de las jóvenes aristócratas que venían a cortejar el peligro ctónico. Más allá, en un pequeño círculo de máscaras, se alzó una corpulenta figura ebria, con una copa enorme en la mano, alzada hacia el fuego. Profirió un brindis con gritos gangosos de alcohol, y el acento imperioso de un noble siciliano:

—¡Por nuestro padre el volcán! Ahora se relame los labios inflamados con su agua roja, pero llegará el día en que se decidirá a volcar sobre los napolitanos todas sus monedas de oro, y la gran Dánae se hundirá lentamente en el mar, con la cabellera encendida.

Lo vitorearon. Alguien los llamó, pero siguieron adelante. El Micchino buscó un sitio apartado, y allí se quedaron. Tendieron un mantel, encendieron algunas linternas plegables y destaparon las canastas con la bebida. No tardó en oírse el chasquido de los corchos de las botellas al salir, ese «swiich» seco que todo italiano venera casi tanto como a la Virgen. Una vez sentados, jadeando, después de refrescarse la garganta con la primera copa de vino, tomaron conciencia del sitio donde se hallaban. Habían subido más de lo que creían. El semicírculo de fuego estaba allí no más, parecía al alcance de la mano. Se recortaba en la perfecta oscuridad. No había luna ni estrellas, solo la sombra de la montaña sobre ellos, y su corona roja. Oían perfectamente el susurro y hasta los ecos subterráneos, como un rumor de grandes criaturas que se agitaran bajo las rocas. El jorobado se inclinó y alzó en la punta de los

dedos una vertiginosa lagartija esmeraldina; la acercó a la llamita de la lámpara y todos vieron cómo la bestezuela desorbitaba los hermosos ojos anaranjados. Por debajo de la excitación había una comprensible capa de miedo, lo que aumentaba la magnificencia del momento. Les parecía estar viviendo un sueño. Herr Klette notó que Sésamo estaba paralizado de pavor. Lelio, Donato y Alessandro se habían sentado muy juntos. Hildeeve parecía dormida, pero de vez en cuando dirigía una mirada nerviosa a la cumbre. El Micchino pidió que hicieran música. Lelio afinó la mandolina y cantaron. Una pareja de máscaras pasó cerca de ellos. De pronto oyeron el chorro de carcajadas histéricas de una mujer o un castrato, en algún punto de los montes, multiplicadas por el eco.

Pero una vez que pasó una hora (o dos: era difícil calcular el tiempo en estas circunstancias) y después de comer las aves frías y vaciar una buena cantidad de botellas, empezaron a sentirse más cómodos. La música sonaba con más naturalidad. Incluso las sombras parecían menos espesas: aprendían a ver en las tinieblas, o a iluminarse con el volcán. Era una noche de verano, calurosa y sin brisas. Y allí nunca emergía el rocío, hasta las rocas tenían una tibieza perenne. El Micchino dijo que quería subir a la roca que tenían a un costado, una especie de grueso dolmen inclinado, para ver mejor el fuego. Los tres jovencitos lo acompañaron, pero los dejó atrás. Herr Klette dejó de verlos cuando abandonaron el círculo de las lámparas, y tras un rato de silencio, interrumpido por los gritos de los tres niños llamándose, apareció de pronto, perfectamente recortada contra el resplandor morado del picacho, la silueta inverosímil del Micchino. El traje que llevaba, que ya era una silueta de por sí, lo hacía imposiblemente alto, estirado, una anamorfosis en negro sobre negro. Lo vio quedarse inmóvil largo rato, vuelto hacia el fuego, y al fin alzar los brazos hacia él, como en un rito pagano. Sintió un escalofrío en sus gordas carnes burguesas. De pronto era como si no conociera al Micchino, como si le temiera; sintió por un instante que las vueltas de la vida lo habían puesto en manos de un monstruo, de un ser radicalmente diferente a él. No, no sabía cuáles podían ser sus intenciones. Ese sacerdote de la noche, ¿qué sacrificaba allá en lo alto, a sus expensas? Lo asaltó la imagen de una Ifigenia de ópera, y de inmediato la de su hija Amanda: tuvo un escalofrío.

Sacudió de su cabeza esos pensamientos, como insectos malvados. Se avergonzaba de pensar así, aunque a veces no podía evitarlo. El resto del tiempo, sabía que el Micchino era el más dulce y generoso de los grandes artistas que hubiera conocido.

Un rato después estaba de vuelta, y tras él los tres niños, cansados y risueños.

—Escuchen todos —dijo el Micchino sin levantar la voz—. Quiero anunciarles una decisión que he tomado. —Le aferró una mano a herr Klette y le dijo—: Una decisión que seguramente agradará a nuestro amigo el barón. —Hizo una pausa—. Volveré a cantar. Mañana mismo dejaremos Nápoles. No hablemos de los motivos; creo que no los tuve para venir, no veo por qué habría de tenerlos para irme.

Se quedaron callados un momento. Herr Klette sentía un inmenso alivio, un sentimiento de ingravidez súbita que bien podría levantar la montaña entera, con sus fuegos y leyendas, y hacerla flotar alegremente en el cielo nocturno.

—¡Me alegro! —dijo sor Hildeeve, de quien siempre podían esperarse frasecitas incoherentes y justas.

—¡Bien! —exclamó Klette—. ¡Mañana mismo: bien dicho! Podemos recuperar el tiempo perdido: podemos ir a Roma...

—No —lo interrumpió el Micchino—. Esa es mi condición: Roma no. No volveré a pisarla mientras viva. A cualquier otro sitio. ¿De acuerdo?

—Mmm... De acuerdo. En realidad, da lo mismo.

Lelio comenzó a cantar: «Nápoles, Nápoles, lin lin...».

Pierre escanció y brindaron. Se sentían repentinamente eufóricos por la perspectiva de viajar. Era el momento justo.

—Y ahora —dijo el Micchino—, podemos volver a cenar.

SEGUNDA PARTE

VIENA

9

Desde las ventanas del ático de la Blickspielhaus, excavadas en la mansarda sobre la que resbalaba de tanto en tanto la pluma de una cigüeña, Viena resplandecía en el blanco de su raro estío, ya próximo a su fin. Era una tarde de domingo, y no había habido en todo el día una sola nube en el cielo, lo que deprimía al espectador por la contradicción entre ese celeste sin matices y lo recóndito de la arquitectura de un preciosismo rayano en el mal gusto. Solo la acumulación de nubes, de grises ricos y transparentes o gruesos, recamados, opacos como la piedra, daba su fondo adecuado a la gran ciudad de los palacios. Desde allá arriba el panorama era amplio, lo cual no podía causar asombro ya que bastaba subir un par de escalones para dominar la ciudad, que era toda ella un gran «belvedere» descentrado. La razón poética de esto era la torre desmesurada de San Esteban, diez veces más alta que cualquier otra construcción, el dedo que señalaba el punto de vista fijo del cielo. El mármol blanco reinaba desde hacía cinco o seis décadas: el emperador lo importaba cuantiosamente de las canteras alpinas, y se decía que más al norte, casi en los confines de la nieve, era tan precioso como el oro, y al mismo tiempo tan abundante como el dinero que imprimían los monarcas. En unos meses Viena se cubriría de nieve. Ninguna otra tan blanca como la de Viena: los austríacos se preciaban de la calidad cristalina de sus precipitaciones. La «nieve baja» era transportada por los vientos hacia el poniente, y aquí descargaban solo la más pura, la de las aguas de vertiente de su gran río. Pero ahora todo era sol, y sombras netamente recortadas en las calles anchas y tristes. Mármol y follaje: eso era Viena. Los inmensos parques se mecían suavemente, aunque no parecía haber viento. El verde de las hojas no se comunicaba al reflejo de los palacios. Y el Danubio tenía algo de invisible, pese a su trazado conspicuo y a sus largos puentes en arco. En ese momento un coche negro atravesaba un puente, y espantó a una docena de palomas que trazaron círculos apurados y desaparecieron en un campanario.

La figura asomada a la ventana era la del Micchino, con una camisa abierta sobre el cuello pálido y alargado, y la mirada de un sonámbulo en el esplendor del día. Oyó el grito de un pavo real, tan duro y soberbio como el mármol. Esas aves decoraban todos los patios, todos los jardines vidriados. ¿De dónde saldrían? Alguien le había dicho que costaban fortunas, pero no necesitaban cuidados, vivían hasta los cien años y siempre parecían

dispuestos a desplegar su telón de ocelos azules y dorados. Él por su parte los encontraba absurdos y de mal agüero, y había mandado retirar del jardín colgante del pequeño palacio en el que se alojaba los dos que le habían salido al encuentro en su primer día en Viena, un mes atrás.

Algo le llamó la atención de pronto. La avenida que terminaba en el gran patio de honor de la Blickspielhaus desembocaba doscientos metros más allá en un desprendimiento del Prater donde predominaban los tejos azules. Tras la primera hilera de estos árboles había dos niñitos solos, que desde allí veía como puntos de color. Sus idas y venidas eran extrañas, carreras brevísimas, vueltas atrás, saltos. Lo más curioso era que uno de ellos se superponía al otro por momentos, ocultándolo. Tardó un momento en comprender que se trataba de un solo niño que intentaba remontar un pájaro de papel. No había viento, y no lo lograría. Ese sector del parque estaba desierto. Seguía provocándole extrañeza ver niños solos, aunque eso era habitual en Viena; aquí y allá, parecían los dueños de la ciudad. La infancia era parte del avance hacia el norte, tanto o más que esos mármoles blancos. A cada ciudad más hiperbórea que uno se trasladaba, la infancia se acentuaba, se separaba del mundo adulto. En el sur todos eran adultos a su modo infantil; la puerilidad se hacía invisible. Aquí en cambio se destacaba más y más. Había oído decir que los países flamencos eran el paraíso de los niños, y los escandinavos un horrible limbo donde los niños eran perennes, conservados en el hielo.

Le dio la espalda a la altura; estaba en un cuarto pequeño y secreto (Viena era la ciudad de los cuartos secretos, así como era la ciudad de los mármoles blancos y de los niños solos), ocupado en gran medida por una cama alta con dos baldaquines en cúpula y colgantes dobles o triples, con racimos de borlas de seda y una profusión de almohadones, entre los cuales asomaba la cabeza de la duquesa Hertdolf, paralizada en un sueño que simulaba, pero era más real de lo que creía. Su amante se acercó a la cama y de un tirón a la sábana la expuso a su mirada. La duquesa se estremeció y se llevó las manos a los pechos. El Micchino dejó caer flotando la sábana. Fue a la mesita dorada que se encontraba del otro lado de la habitación y se sirvió un vaso de agua, que bebió golosamente. Fue a contemplarse al espejo. Se tomó la cabellera con una mano y la levantó y la ató atrás con un cordón, formando un rodete aproximativo. Tenía calor. Se quitó la camisa y quedó desnudo, frente a la gran psyché colocada a los pies de la cama con fines seguramente inconfesables. Se miró un instante: con sus dos metros veinte de altura, la piel blanca de un pulido exquisito, era una especie de hombre-niño-mujer sobrenatural, en el que ni siquiera era lo más extraño el largo miembro

cilíndrico y pendiente que semejaba un grueso palillo de nácar clavado en un vientre immaculado. Fue al taburete de marroquí donde se hallaban las ropas de la duquesa y tomó una prenda etérea, de encajes de Brujas, y se la metió por la cabeza. Era una de las enaguas que prescribía la moda por encima o debajo de otras prendas interiores también inevitables, y a él le llegaba hasta las rodillas. Volvió a mirarse en el espejo, y vio esta vez una gigantesca campesina delgada disfrazada con encajes transparentes. No estaba en absoluto cansado, pero se sentía dichosamente vacío de todo deseo. Era un sentimiento que conocía bien.

La duquesa seguía en su postura tiesa, endurecida. El Micchino echó una mirada fría a los rasgos algo marchitos de la señora, y la cabellera teñida, que había manchado el raso de los almohadones. Habían sido amantes años atrás, y ahora volvían a encontrarse; era la primera vez que se citaban antes de la puesta del sol, lo cual constituía una novedad. El amarillo de las velas les ocultaba a los dos esa blancura nocturna que compartían. Pero le agradaba, de todos modos. Su *performance* seguía siendo inimitable. Desde siempre las mujeres habían temblado de deseo secreto ante los castrati, y él había satisfecho a las damas más apasionadas de cinco imperios; pero siempre de modo casual, sin quebrar ese encanto de misterio que las enloquecía en él. La clave estaba en la absoluta desaparición del deseo en cierto momento, ausencia que los transformaba ante la mujer que había experimentado minutos antes su profunda y agónica penetración y había creído morir de goce en sus brazos... para despertar, como ahora la duquesa, ante una imagen ultrafemenina que se abanicaba. Esa somnolencia catatónica de la que no podía despegarse era su respuesta al enigma del personaje con el que cometía adulterio.

El Micchino se recostó a su lado y le sopló el rostro. Al fin la duquesa abrió los ojos, y, sonrió, ligeramente aterrorizada. El Micchino le tomó una mano; la pequeña mano de la mujer se perdía en la suya inmensa, con esos dedos que medían tanto como los antebrazos de ella, y terminaban en grandes uñas rectas. Se rio al verlo vestido así. Le pidió que le alcanzara otra de esas prendas blancas, y mientras se la ponía le explicó cómo se llamaban, con triples nombres compuestos que escapaban por entero al oído del Micchino, por otro lado muy fino. La duquesa Irene hablaba por inclinación natural el dialecto renano, y debía esforzarse por mantener la atención fija en el vocabulario y las inflexiones del alto alemán cortesano. El Micchino, que hablaba acabadamente quince lenguas, detestaba los dialectos. Con la duquesa hablaban en latín. Ella lo había aprendido de niña, y se maravillaba de que él

lo dominara de modo tan perfecto siendo sus maestros los ignorantes músicos napolitanos.

«La tarde cae con estruendo de niños», citó el Micchino mirando la ventana a la que se acercaba la duquesa.

Ella soltó una risa.

—No siempre son niños; debes de haberte confundido con las cabras. Yo misma me he despertado más de una vez creyendo que jugaban, frenéticos, y eran esas bestezuelas chillonas.

—¿Cabras, *caprioli*? ¿Te refieres a animales? No he visto más que esos pájaros...

—Es que no sales. Los cabreros abreven sus rebaños en el Danubio.

—¡Vaya! Nunca se me habría ocurrido.

El cielo empezaba a brillar con luz propia, el aire inferior se oscurecía, la claridad subía movida por un poderoso y lento resorte, el anillo de San Esteban. El Micchino sentía dentro de sí el trabajo del despertar vespertino. De día se sentía siempre como en un suelo. La duquesa fue a examinar una especie de archivero de plata que estaba sobre el tocador cuando entraron. Eran viandas y bebidas en hielo que habían hecho traer. El palacio funcionaba como una casa de citas para la familia del emperador, al menos en los pisos superiores; más abajo tenía sus oficinas el Consejo de Censuras, y hoy domingo el edificio estaba vacío. Comenzó a sacar platos y fuentes. El Micchino la ayudó aunque dijo que no tenía hambre. Comería un trozo de pan. La duquesa era golosa, a pesar de lo cual, y de sus años, se mantenía milagrosamente esbelta.

Vaciaron de ropa las dos sillitas y las acercaron a la mesa. Afortunadamente había tenido la precaución de traer varias botellas de ese rico vino blanco que los alemanes tomaban todo el tiempo. La duquesa lo interrogaba. Hacía pocos días que había vuelto de su retiro renano, atravesando dos pseudoimperios y dos ducados, y no había sido poca su sorpresa al encontrar en Viena al Micchino preparando un estreno.

—Vinimos de Venecia —dijo él—, donde pasé un verano más bien aburrido. Y antes estuve en Nápoles, de incógnito. Hace meses que no canto una nota.

—No puedo creerlo, amiguito.

—Oh —gimió el Micchino—. No soporto los diminutivos en una lengua muerta. Hazme el favor, hablemos en francés.

Ella replicó con un dístico en dialecto.

Él:

—¿Por qué siempre están diciendo Wann? ¿Qué quiere decir?

—¿Cuándo cantarás? —le preguntó ella plegándose a su humor.

—Pronto. Bebamos.

—*Bibamus, atque amemus* —brindó ella.

—Tal vez. ¿Y tú? ¿Tu esposo?

—Mi esposo tiene un vicio extrañísimo, pero no te diré cuál es. Ahora se interesa por la política. Ha mandado hacer una cápsula mnemotécnica que le regalará a la princesa. Eso es lo que él entiende por política. Como sabrás, muy pronto habrá grandes cambios por aquí.

—¿No los hubo ya? ¿No perdieron la guerra con los turcos?

—Oh —dijo la duquesa con un gesto desdeñoso—, eso. Los turcos dicen tener como rehén a un gran duque de Cracovia. ¿Pero eso qué puede importarnos? ¿Qué es Cracovia?

—Es un sitio donde se cultivan melones con hermosas flores amarillas —dijo él mirándola a los ojos.

Un rato después le preguntó por sus hijos. Le había hecho pensar en ellos el pájaro tallado en el borde de la copa, un ala dentro y otra fuera. Cinco o seis años atrás habían navegado juntos en los lagos de la duquesa. Entonces eran poco más que niños, inseparables de la madre. Irene no respondió nada, como si esperara una rectificación a la pregunta. Al fin dijo, con voz vaciada de toda entonación (y nunca el alemán de la duquesa Hertdolf fue tan correcto):

—Murieron los dos. Creí que lo sabías.

El Micchino echó atrás la cabeza: la miró ligeramente por encima de la línea de los ojos, a las cejas. Ese dato cambiaba por completo el sentido de la escena, incorporaba a ella la ola espesa y desconcertante de lo real, que ponía movimiento y una materia más resistente en el aire volátil de esta cita dominical. Le tomó una mano por encima de la mesa.

—Paulo, mi hijo mayor, sufrió un desagradable accidente en una partida de caza. Fue uno de esos equívocos del azar, pero perdió un ojo. El efecto más perceptible, para él, fue que una joven con la que mantenía una relación muy superficial (conoces al padre, el muy cebado príncipe Karl, el que eructa en el anillo) tuviera la mala idea de mostrarse desdeñosa. Al parecer la chica no quería que su amante la viera plana. Tenía miedo, o estaba loca, o era una coqueta en busca de excusas, no sé. Lo cierto es que Paulo se deprimió horriblemente, y el pobrecito de Fritz quiso desagraviar a su hermano con una escena increíble que se le ocurrió a él solo: nunca habríamos sospechado que fuera tan inventivo. Te ahorraré los detalles, pero el plan incluía un rapto, y

una ceremonia... en la que se arrancó a sí mismo un ojo... de la órbita, ¿se dice así?, y se lo hizo comer a la chica. En fin, un desastre porque no se curó a tiempo y murió de la infección, y a los pocos días Paulo se hizo matar en un duelo por el monstruo del hijo mayor de Karl. ¿Truculento, no?

Sobre el rostro de la duquesa se había extendido una mascarilla impalpable de rigidez. Ahí estaba la roca en la que se estrellaba su frivolidad y todo lo demás. El reflujo se llevaba esa blanca imagen de cartón. El Micchino le apretó la mano y le dijo:

—No creo que yo pudiera morir de amor.

—Yo tampoco —respondió ella secamente. Y al cabo de un momento agregó—: En realidad no soy una libertina, sabes.

El Micchino asintió con la cabeza. Había un plato de fresas, minúsculas y brillantes como cristales. Se metió una en la boca, y después otra. Fue a abrir la ventana de la esquina, por la que entró luz roja y azul de los prismas occidentales. Sí, lo sabía bien. Era una señora corriente, de las tantas que lo encontraban temible y se arrojaban a sus brazos con toda seriedad, para aprender qué era el miedo. Y aunque en ese movimiento parecían niñas por un instante, no estaban perdidas en un bosque, ni resbalaban por la superficie del mundo con los ojos abiertos de sorpresa... La duquesa era por elección y destino, una mujer de las profundidades, una madre de ojos cerrados. El dolor completaba el retrato. Y entonces pasó por la mente del Micchino, rápida y en todos los idiomas en que se había desenvuelto la conversación, una frasecita cínica de la que no se sentía el autor: «No los recuperarás acostándote con un castrato».

10

Alessandro bajaba despacio la escalera en la oscuridad, vestido de duende, una mitad amarilla y la otra violeta, en la mano un candelabro de oro con una vela encendida y dos apagadas; movía los labios en un canturreo agudísimo que tarde o temprano degeneraría en uno de esos falsetes en los que se empantana la voz de los sopranos, y para siempre. La regla suprema es no cantar nunca a media voz. El Micchino, sentado a la cabecera de la mesa en el comedor lo veía por la puerta entreabierta, y frunció el ceño con una preocupación que ya llevaba unas cuantas semanas. El jovencito se estaba volviendo loco, vestido todo el día con los trajes de duende a los que se había aficionado desde el carnaval. Ni siquiera se peinaba. Esperó unos segundos con el tenedor en el aire, pero al parecer había tomado otro camino y no entró al comedor. Ya no lo esperaban en la mesa.

Él mismo no se presentaría de no ser por su necesidad de mantener un resto de formalidad juiciosa en medio de esta disgregación; lo irritaba la charla del niño. Ahora les explicaba en su media lengua véneta, qué era el agua; pero no la bebía, pese a las exhortaciones de la vieja Hildeeve inclinada sobre él. El Micchino se preguntó si todos los niños aprenderían a hablar tan bien a tan poca edad, o si este sería un fenómeno. Tenía dos años. El niño también vivía disfrazado, pero de gato. Hildeeve lo había recogido en Venecia y no se despegaba de él, presa de la compulsión de criarlo enteramente. Le había confeccionado diez disfraces de gato, idénticos pero cada uno de un color diferente. Se preguntó si realmente la vieja costurera estaría loca y apartó la vista de ella. El jorobado comía mascullando: rezaba. Le había dado por la manía religiosa, y había constituido el principal problema de la instalación del grupo en Viena. Parpadeó y se llevó el bocado a los labios. Trató de distraer la atención del parloteo del crío, y se dijo que pronto volverían a la normalidad. Un escalofrío le recorrió la espalda. Se repetía que no debía preocuparse por nada de lo que sucediera a su alrededor, pero de todos modos tenía remordimientos. Todo se solucionaría cuando él volviera a cantar, cuando su presencia en los escenarios volviera a ser el centro alrededor del cual se fijaran las órbitas hoy tan desviadas de su compañía. ¡Qué error había sido pensar que podría evadirse del bel canto! Los artistas, se dijo, son perpetuos, y eso es necesario para la estabilidad de la armonía del mundo.

Uno de los criados se inclinó a servirle vino. Cenaban, o desayunaban. Las horas de la noche transcurrían en un sonambulismo contagioso, y ya debía de estar por amanecer.

—Querida mía —le dijo al fin a Hildeeve—, deje a ese niño en paz. Es obvio que no quiere comer más. Debería estar durmiendo.

—Pero no comió nada —dijo ella mirándolo con grandes ojos asombrados—. ¡No ha hecho más que hablar sobre el agua!

—Me di cuenta. Es terriblemente hablador.

La vieja sonrió con astucia:

—Todo lo que dice tiene sentido. Es un chico extremadamente inteligente.

—Pero ¿usted lo entiende?

Hildeeve apenas si balbuceaba el francés, y con él hablaba un flamenco rústico. Ninguno de los presentes dominaba el dialecto véneto del niño. No le respondió, volvió a sonreírse como si ocultara alguna intención graciosa. «*Chaton charmant*», le susurraba.

—Creo, que un gato de verdad nos daría menos problemas —dijo Pierre.

—El señor es muy generoso al permitirnos comer a su mesa —intervino Donato alzando la voz.

El Micchino le dirigió una mirada fría, y se apuró a terminar. Les sirvieron helados. El comedor tenía el cielo raso a no menos de seis metros de altura, y falsas columnas de mármol azul. Los escaupines de los criados producían un roce lúgubre. El Micchino suspiró e hizo temblar las velas del candelabro en el centro de mesa. El niño se negó furiosamente a tomar helado, y saltó de la silla. Hildeeve lo persiguió sin contemplaciones. Cuando quedó fuera del alcance de sus oídos Pierre se inclinó sobre la mesa y le dijo al Micchino:

—Qué extraordinaria vocación de madre frustrada. Pero me pregunto por qué lo habrá descubierto solo ahora.

—¿Cuántos años tiene sor Hildeeve? —preguntó Donato.

—Unos... setenta —dijo el Micchino—. Podría ser la abuela de todos nosotros.

El jovencito soltó una carcajada como si le hubieran dicho algo sumamente gracioso. Los helados quedaron como habían sido servidos. Eran incomibles, y les temían como si precedieran a la peste. Pero los cocineros insistían ciegamente. También ellos, se dijo el Micchino, debían de estar locos. Mañana organizaría una salida; al menos, debía hacerlo, pero lo apesadumbraba la perspectiva.

Viena era una ciudad difícil. Era difícil establecer un equilibrio entre el interior y el exterior. Estaba arrepentido de haber alquilado este horrible palacio, pero no se le ocurría qué otra cosa podría haber hecho. Afuera los inmensos parques, la cadena de avenidas anchas como el mar, estaban vacíos día y noche. Mirar por las ventanas era deprimente: los carruajes pasaban rápido, hurtando toda visión humana. Y los vieneses eran una raza de meteorólogos pensativos, sin sangre en las venas.

Al fin oyó ruidos en el vestíbulo, y se puso de pie antes de que vinieran los criados. Debía de ser herr Klette, y lo aliviaba. Al menos cambiaría unas palabras sensatas con alguien en sus cabales. Aunque estaba la terrible previsibilidad del buen barón. Los visitaba una vez de día y una de noche, y pese a que su ciclo de sueño era exactamente opuesto al de ellos podían hacer buena sociedad. Herr Klette se había instalado en su propia casa, por supuesto, y debía de disfrutar de su regreso a las costumbres hogareñas después del tortuoso viaje a Nápoles, y el largo encierro en Venecia.

El jorobado acompañó al Micchino rumbo a la sala, y se adelantó ansiosamente a recibir a herr Klette.

—¡Buenas noticias! —dijo este.

El Micchino se apartó. Se sentó a hojear un libro iluminado mientras los otros dos hablaban de las tediosas cuestiones de ritual. Pierre había exigido la comunión por la derecha como se practicaba en Italia. El clero austríaco había respondido con una sutileza llamada «distracción canónica» y no habían querido dar el brazo a torcer. El jorobado insistió en marcharse a París, y al fin el asunto había llegado a las jerarquías. Se decía que toda la Contrarreforma se tambaleaba por ese detalle imbécil. Herr Klette había tomado cartas en el asunto para pacificar los ánimos, y ahora traía los últimos dictados del cardenal primado. El Micchino cerraba los oídos. Si sus amigos decidían volverse insoportables, los abandonaría.

—Viena será papista, o no será —decía herr Klette simulando una euforia que estaba lejos de sentir.

El jorobado sacudía la cabeza. Todo el problema consistía en que no quería esperar a la Historia, quería adelantarse a ella. Argumentaba que la liturgia es asunto del presente, nunca del futuro.

Cuando al fin se marchó a comunicarle lo que había oído a la costurera del gato, que secretamente lo asesoraba (esa vieja tenía una mente judicial de primer orden), el barón se desplomó en un sillón frente al Micchino y lo miró sin decir nada. Se había acalorado un poco en el transcurso de la comedia, y el Micchino se preguntó si esas supuestas transacciones con los cardenales no

serían una ficción. Desechó al punto la duda: el barón era demasiado honesto. Le preguntó en cambio si había visto al Venutti.

—¿Por qué habría de verlo? —preguntó herr Klette molesto—. Creí que ya estaba todo en orden por ese lado.

—Lo está. Era una simple curiosidad. Mañana lo veré.

—¿Hoy?

El Micchino movió las dos manos agitando todos los dedos.

Las horas se habían confundido irremediablemente.

Herr Klette soltó su risa bonachona, de pronto alegre:

—¿De modo que siguen todos locos, tus beneficiarios?

—Efectivamente. Si no estuviéramos tan cerca del estreno los abandonaríamos. Nunca había vivido con tantos problemas domésticos. No tengo paz.

—Nadie la tiene. Pregúntale a los reyes. Pero son problemas menores. Además... es tu familia.

El Micchino puso gesto inexpresivo. Trajeron una bandeja de licores. Entró Donato y se enroscó en la alfombra a los pies del Micchino, con gesto triste. Se inclinó a acariciarle la cabeza, y luego levantó una minúscula copita hacia herr Klette, que ya bebía de la suya.

—Por nuestra Dánae.

La vació de un trago y quedó muy inmóvil. Decidió que en realidad no se sentía tan mal. Todo lo contrario.

Conversaron un rato, de lo interesante y de lo que no lo era, hasta que el barón, a quien nada distraía de una precisa intuición de las horas, dijo que ya debía de estar amaneciendo. El Micchino sugirió que salieran a una de las terrazas que abundaban en el edificio, a ver salir el sol; según su opinión era uno de los pocos espectáculos genuinamente artísticos que sucedían en Viena, y eso se debía a que sucedía muy lejos. El barón citó a Píndaro: «El sol tartamudea»...

—«Las grandes cabras paren» —fue la réplica oportuna.

Se encaminaron por corredores sombríos, herr Klette con los brazos levantados, y unos galgos dando vueltas alrededor de ellos como grandes arañas ágiles. De pronto el Micchino se detuvo:

—Veré a estos jóvenes —dijo señalando una puerta tapizada de marroquí rojizo, y agregó a modo de explicación—: Los beneficio unos instantes al día con mi presencia.

Herr Klette abrió muy redondos los ojos:

—¿Siguen ahí? ¡Es inconcebible!

—No existe calificativo más adecuado —se rio el Micchino al tiempo que abría las dos hojas de la puerta extendiendo los brazos, pero sin entrar.

En el saloncito, a la luz de una sola vela mortecina, estaban tres jóvenes vestidos de negro, uno de ellos una muchacha delgadísima y hermosa. Se habían puesto de pie sobresaltados al oír la puerta, y lo miraban; los tres eran hermosos, en su intensidad maniática y el brillo febril de los ojos. Eran provenzales, de una de las sectas abelardistas: hacía no menos de una semana que esperaban encerrados en ese cuarto a que el Micchino se decidiera a escuchar sus explicaciones. Los vio retorcerse las manos de nerviosismo; los hacía alimentar con sobras y agua. Debían habituarse a la idea de que el amor era difícil de comunicar.

—Tendrán que disculparme en este momento —les dijo—, pero el caballero me aguarda para tratar algunos asuntos. —Señaló al barón, hacia el que se desplazaron los tres pares de ojos, sin perder su fijeza ni por un instante. El Micchino cerró las puertas—. Siempre encuentro alguna excusa plausible —le comentó a herr Klette, que no lo encontraba plausible en absoluto.

Salieron a una terraza cuadrada y vacía. El cielo, efectivamente, se había cubierto de una claridad fosfórica: en cualquier momento irrumpiría el sol. Se acercaron a las barandas y vieron allá abajo la figura contrahecha de Pierre que se alejaba a grandes trancos.

—Va a misa —dijo el Micchino con tristeza.

—Deberías ir tú también.

El Micchino se rio. Volvió a la puerta y llamó; su voz resonaba en los grandes cuartos oscuros, y no tardó en aparecer un lacayo, a quien le pidió dos sillas y acquavit.

Una vez sentados, el barón sacó del bolsillo una carta de papel ocre, con sellos pequeñitos que el Micchino conocía bien. Alzó las cejas sin decir nada. El barón lo miró largamente y al fin suspiró:

—Una carta de Amanda.

—Ya veo, mi querido barón. Su hija siempre ha sido una deliciosa corresponsal. París debe de multiplicarla. Por supuesto, me niego a escuchar una sola palabra. Si todos se están volviendo locos a mi alrededor, al menos permitamos que sobreviva una pequeña intriga.

—Qué pena —suspiró herr Klette—. Me había hecho la idea de leértela y divertirnos. Aunque no es divertido. Llega un punto en que nada lo es.

—Eso lo doy por descontado.

—Al parecer, mi yerno está aquí.

—Oh.

—En Viena, quiero decir. El barón Denis es un hombre de mucha movilidad. ¿No lo conoces, no es cierto? Hay algo en tu actitud, como en la de Poncio Pilatos, que me recuerda al barón Denis. Amanda no merece que se desinteresen de ella.

—Mi querido amigo, no se ofenda. Pero por el momento, preferiría no oír hablar de Amanda.

La joven le había escrito repetidamente a Venecia, y sus cartas habían llegado a hacérsele tan incómodas como una enfermedad. La hija de herr Klette tenía el don de quejarse de todo, y hacer sentir culpable incluso al viento que soplaba sobre su cabeza.

El barón guardó la carta sin más comentarios. Entrecerró los ojos y pareció dormido. Salió el sol al fin, pero para el Micchino el espectáculo se había aguado. Quizá se quedó dormido un instante, pues de pronto vio a Sésamo en la terraza.

—Ah, el buen Sésamo —exclamó tendiéndole una mano. El joven hincó una rodilla y le besó los dedos. Todos los días se introducía al palacio a saludarlo. El Micchino miró con cariño el rostro del muchacho, curtido por el sol veneciano, brillante de una alegría incomprensible. Herr Klette se apoyó en él y se dispuso a marcharse. Se quejaba de dolores en las articulaciones, y quería acostarse. El Micchino sabía que su empresario tenía una concubina laboriosa y complaciente que lo hacía feliz. Lo acompañó hasta el rellano de la escalera, y se quedó un momento pensativo. Tenía sueño.

Antes de ir a dormir pasó por la habitación de Lelio, que convalecía de una puñalada que le había dado Donato un mes atrás, en una riña. Como todos los días, mandó llamar a Donato y lo hizo arrodillar junto a la cama de su amigo herido y recitar una plegaria de arrepentimiento. Lelio estaba pálido, y en este momento profundamente dormido. Era asombroso que no hubiera muerto, pues la hoja de la daga le había atravesado el tórax. De ahí databa la obsesión religiosa de Pierre, que había visto en la recuperación un milagro de tipo teológico. No lo despertaron. El Micchino se marchó a su habitación. Se desnudó, se puso un camisón, y antes de cerrar las ventanas, por las que ya entraba la luz amarilla del día, abrió una de las cuatro misivas que le habían llegado la tarde anterior. Eran anónimos, y siempre decían más o menos lo mismo. Le advertían de toda clase de peligros. «Vigila a tu criado Esteban. Lo he visto en compañía de jesuitas.» El Micchino enarcó las cejas: era un toque nuevo; el redactor de estos avisos estaba exagerando. Esteban no tenía agallas para ir tan lejos. Era un joven aturdido, un aficionado al espionaje con un amo

exigente y nervioso, y ahora debía de sentirse arrastrado por un juego que lo superaba. Seguramente no había podido hacer nada efectivo todavía, y lo estarían presionando. Quizá ellos mismos enviaban los anónimos, para precipitar algún tipo de acción. Era un juego sutil y entretenido, muy lento. Pero a herr Klette no lo divertía: miraba con severidad al frailecito, que huía de él. Se había puesto frenético cuando llegaron a Viena. De hecho, el Micchino había reanudado su relación con la duquesa Irene solo para inquietarlo mostrándole que podía entrar en tratos íntimos con la familia del emperador. Lo había puesto al tanto de sus citas, para ver cómo reaccionaba. Esteban vivía sobre ascuas, y evidentemente se reportaba casi todos los días con su patrón. Pero por el momento no podrían sacar nada en limpio. Al menos, se dijo el Micchino, alguien trabaja. Si realmente iba a haber una guerra cuando muriese el emperador, todo lo que hicieran ahora los espías podría resultar útil. Pero ¿qué podían hacer? Y sobre todo ¿para qué? Al menos eso era un misterio sólido, casi tangible, algo que no le costaría demasiado trabajo develar, y se lo reservaba para cuando estuviera realmente aburrido. Con esos pensamientos se durmió, y seguramente por efecto de ellos soñó con esa desdichada señora, a la que vio montada en un poni blanco.

11

—Lionello... —le decía esa tarde el Micchino a un joven robusto y rubicundo—, no es preciso que me hable de eso.

Su interlocutor abría los ojos muy redondos, unos lindos ojos franceses con espesas pestañas negras. Depositó la taza de café en su platillo y se llevó un dedo a los labios, pensativo:

—¿De qué podemos hablar entonces, mi distinguido amigo?

—De lo mismo. O de otra cosa —dijo el Micchino.

El músico se quedó pensando. Estaban en una de las mesas de uno de los cavernosos cafés de Viena, y no era la primera vez que se reunían, ni que el Micchino desconcertaba a Venutti con sus imperiosas mudanzas de ánimo. Pasaron junto a ellos dos caballeros que le dirigieron una pequeña reverencia seria al castrato, quien se limitó a entornar los ojos. Por el gran ventanal entraba esa luz amenazante de las tardes vienesas, ya amortiguada por la vecindad del crepúsculo. Había mucha gente, como todos los días. Afuera en cambio la Starbargdstrasse se adivinaba desierta. Las grandes vigas y los alerones de estuco del interior habían sido pintados de verde y dorado, lo que le daba al local un aire palaciego que desmentía en parte el deambular desasosegado de sus parroquianos. Nadie bebía cerveza, pese a haber sido el día tórrido. El Micchino terminó su café y miró la borra: se le antojó un perfecto arbolito cargado de pájaros (y algunos habían volado). Era consciente de las miradas que de tanto en tanto se dirigían a él. Le daba lo mismo exhibirse o no; la inminencia de su presentación en la ópera lo volvía objeto de curiosidad, tanto como su peculiaridad física. Ahora salía todas las tardes, para desembarazarse siquiera momentáneamente del ambiente irracional de su casa, y por una fatalidad que lo intrigaba siempre iba a parar a uno de estos cafés.

—¿Querría leer el diario? —le preguntó el músico. El Micchino sonrió. Le dijo con dulzura:

—No. Preferiría conversar con el gran artista y amigo. —Y le tocó un brazo. Esto pareció sumir al otro en una nueva perplejidad.

Lionello Venutti era un compositor de la nueva escuela, valón pese a su seudónimo italianizante, que había tenido éxito en París con algunas óperas convencionales y ahora se aprestaba a estrenar su última creación ante un público más exigente. La Dánae que se presentaría había sufrido la mar de

cambios. Los empresarios austríacos se la habían hecho acortar y alargar, le habían suprimido uno de los actos, obligándolo a distribuir en los restantes algunos fragmentos especialmente trabajados que no quería desperdiciar. Pero un mes atrás, al confirmarse la contratación del Micchino para el papel estelar, el denodado compositor se había visto en la necesidad de reformar casi por entero la obra para dar el lucimiento que le pedían a quien hoy era la mayor luminaria del bel canto. La Dánae que encarnaría el Micchino había acumulado así todas las arias donde hubiera bravura y estilo superiores, a la vez que se hizo imprescindible retirarla del escenario casi en absoluto, pues los grandes cantantes preferían aparecer apenas en los momentos claves de la función y dejar para el resto del elenco las tediosas circunvoluciones del argumento. El trabajo apresurado, y la presión (pues sería la primera vez que cantaría música suya un divo de primera) lo estaban volviendo loco. Pero mantenía el equilibrio, y su apostura muy terrena y cordial y cierto humor ingenuo que lo volvía precioso para el Micchino, con quien se veía cotidianamente. Lo que no significaba que la comunicación fuera fácil o fluida, más bien todo lo contrario. El cantante se negaba a discutir el canto, desviaba siempre la conversación en direcciones caprichosas que recorría en un zigzag de emblemas indescifrables.

Y aunque siempre terminaban encantados de la mutua compañía, la disimetría del trato era patente para Venutti: por su parte había descubierto en el Micchino un fondo humano, casi trivial, lleno de generosidad y sensatez; lo que no obstruía el paso de su misterio, del que por supuesto no hablaba; pero sentía que el Micchino a su vez veía en él solo una manifestación más de la multiplicidad de compositores que había conocido y conocía. Lo único siempre estaba en el trance de flotar sobre lo múltiple. Comprendió que el castrato era un galeote de la cortesía, como lo sería Dios mismo si se viera en la necesidad de departir con sus criaturas. Aunque se espantaba de la comparación: precisamente, el Micchino no departiría nunca con sus criaturas.

De pronto estaban hablando de la Dánae: el Micchino escuchaba con una sonrisa de condescendencia, Lionello soltaba sus venturosas parrafadas:

—Por el momento, y aunque no faltan más que dos semanas para el estreno, lo único que tengo es un esbozo incierto. Y me pregunto si pasará de ese estadio. Me pregunto si acaso una obra de arte pasa nunca de ser un esbozo incierto. A veces deseo, como todo el mundo, que el tiempo se detenga, pero no para trabajar más, con más intensidad, en un instante infinitamente productivo, sino todo lo contrario: para no trabajar (porque se

trabaja en el tiempo que corre, no en el que se detiene) y que la obra llegue a su pulido eterno en su imperfección misma, lejos de mis esfuerzos. Solo cuando uno domina las apariciones fugaces de la eternidad, se vuelve maestro de su arte; entonces la obra soñada se hace real. En términos más prosaicos, supongo que como la mayoría de mis colegas «prefiero el placer de la concepción a los dolores del parto»... —Se interrumpió en seco, ruborizado, temeroso de haber pecado contra la delicadeza.

—No se moleste —le dijo el Micchino—. A veces creo que yo prefiero lo mismo. Aunque, como usted sabrá, se me ha ahorrado la disyuntiva.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal?

—Por supuesto. Todas las preguntas lo son, salvo las que no tienen respuesta.

—¿No podría una mujer hacerse pasar por un... soprano?

—¿Por qué no? Dicen que una vez sucedió.

La información, como de costumbre, dejó a Venutti sin argumentos. De modo que comenzó a hablar, sin que lo interrogaran, sobre su pasado. Solía hacerlo, y casi sentía que el silencio inexpresivo del cantante lo obligaba a hablar de sí mismo.

—Mi vida ha sido una sucesión de incertidumbres, y todas ellas se han referido a la cantidad de dinero que tendría en el futuro. No es que me importe tanto el dinero: solo que me adelanto a mi época. Apostaría a que el porvenir será la era del dinero.

Pasó por alto el gesto de escepticismo sonriente del Micchino.

—Sucede que me he especializado, desde niño, en esta rama peculiar de la actividad humana, la música. La música siempre ha sido lo abstracto de la vida, y el dinero es lo contrario. Ahora asistimos al simultáneo paroxismo de la música y al advenimiento del dinero. ¡Pero nunca quise ser rico, le ruego que no piense tal cosa de mí! Para un artista, no hay peor manifestación de mal gusto.

—Yo soy rico —dijo el Micchino.

—Es distinto... su señoría simplemente lo es. En mi caso, además debería haberlo deseado.

Se calló, volvió a llevarse un dedo a los labios, en un tic que le era característico, y al cabo de un momento le preguntó al Micchino si quería tomar otra taza de café.

—¿Por qué habría de querer tal cosa, mi querido Lionello? Ya tomé dos, y nunca le he encontrado el sabor a esta bebida. De hecho, detesto las bebidas calientes.

—El dinero —dijo el joven músico volviendo al tema anterior (en realidad, era uno de sus temas permanentes)— tiene una doble faz, que no todo el mundo ve: por un lado está el que pertenece al Estado, que es todo. Por otro lado, y tan distinto que casi no podría decirse que se trata de lo mismo, está el dinero de los particulares, que siempre es parcial y defectuoso. Ahí está la Gran Tentación: volverse uno mismo un Estado. Creo que de ahí proviene la pasión de nuestra época por la política.

El Micchino tuvo una idea. En ese momento alguien entraba con una jaula con un gran perico, y la depositaba en una de las mesitas. Apartó la vista de este espectáculo y la fijó en Venutti:

—¿Nunca se le ha ocurrido cómo ganar muchísimo dinero?

El otro soltó una risa:

—¡Pero si casi no pienso en otra cosa! La vida, de todos modos, es brevísima. Ahora debería estar componiendo, emparchando las muchas heridas de nuestra Dánae, y dándole vida. Pero no me resuelvo a trabajar. — Hizo una pausa contemplativa, y se encogió de hombros—: Sí, lo he pensado. Es muy gracioso...

—Su conversación tiene relámpagos de incoherencia.

Venutti volvió a reírse, ante la expresión en blanco del castrato.

—Sí, sí... Escuche, ¿querría enterarse de algo sumamente extraño?

—¿Me concierne?

—No del todo. Es... una especie de sorpresa.

El Micchino se encogió de hombros. Venutti había bajado la voz a un susurro, y se inclinó sobre la mesita:

—Pero no aquí. Vamos a otro lado. Le haré una confesión divertida.

Se pusieron de pie y le hicieron una señal al camarero, que les trajo los sombreros. Salieron a la calle ya en pleno trabajo del crepúsculo, vacía como siempre, salvo unos coches que pasaban tirados por caballos blancos, a una velocidad que habría sido excesiva en cualquier otra ciudad que no fuera esta. Venutti se adelantó, locuaz.

—No lejos de aquí hay un café muy agradable, donde suelo ir... ¡Pero qué estoy diciendo! Si usted lo conoce tanto como yo. ¿No fuimos ayer? El Biengheit.

Fueron caminando abstraídos y se metieron en un local que era una copia casi exacta del anterior, salvo que este les pareció mejor iluminado. La concurrencia nocturna empezaba a hacerse notar. Una mesa estaba ocupada por cantantes de la ópera, uno de ellos un castrato: todos se levantaron y saludaron al Micchino, que les dirigió una sonrisa helada.

Se sentaron a una mesa los dos solos. El Micchino se preguntaba a qué obedecería esta manía de cambiar de cafés, como se cambia de aire o de provincia, cuando todos eran iguales. Le pidió un vaso de agua al camarero, y dejó que Lionello bebiera solo un aguardiente de frutas. Aquí era más ruidoso: se discutía de política de mesa a mesa, y parecía haber un centro de la discusión, un personaje vestido de negro, mal empolvado y calvo, con un vozarrón que atronaba.

—Es el amanuense del ministro Reitte —le dijo Venutti—. Lo llaman El Difusor Secreto. Cuando falleció la regenta anterior él era un paje de corte y cometió un error...

Le contó una historia obscena, que celebró él mismo con grandes carcajadas. Los camareros pasaban veloces con licores y café. Se fumaba en larguísimas pipas blancas. El Micchino notó que lo observaban de reojo. Miró al Lionello con aburrido estupor, y el joven bajó la voz a una entonación misteriosa y le dijo:

—En la partitura de la Dánae, introduciré frases, sin trémolos, unas apoggiaturas anodinas, que contendrán mensajes cifrados. ¿No le parece fantástico? Hay quienes me pagan por hacerlo.

—¿Qué mensajes?

—Oh, no sé... Por el momento me ejercito. He dejado blancos. Es muy fácil. Basta con medir los espacios. Todo en do, por ejemplo, las quintas, las cuartas... se embarcó, en una explicación técnica a la que el Micchino apenas si prestó atención. Terminó interrumpiéndolo:

—¿Pero un mensaje de quién, y a quién?

El Venutti se encogió de hombros.

—Creo que es... algo así como un espía polaco... ¡ja, ja! —Se puso serio de pronto—. Me ha pagado una buena cifra para que pruebe. Lamento decirle que me la gasté en decorar mis cuartos. Aunque según parece será un empleo más o menos estable. Ya sabe, una especie de empleo público.

—Es irrisorio —dijo el Micchino—. ¿Qué necesidad hay...?

—Oh, eso queda a cargo de nuestra imaginación. Supóngase que un personaje de la más alta jerarquía, de los que asisten a los palcos centrales, de los que hacen que la gente se ponga de pie cuando aparecen...

—¿Se refiere a Carlos? —le preguntó el Micchino, a quien esos circunloquios le resultaban pesados.

—Carlos o Leopoldo, Fritz o Franz... ¿Qué diferencia hay?

—¿Y cómo podría entender el emperador el mensaje? ¿No hay que saber mucho de música para percibirlo?

—¡Muchísimo! ¡Más de la cuenta! Pero para eso estamos nosotros. Al parecer —dijo bajando más aún la voz—, se han creado escuelas secretas de interpretación de mensajes. ¡Es todo un movimiento europeo! Si hasta los barbudos portugueses... ellos mismos, deberían saberlo mejor que nosotros porque en el África los negros se comunican a golpes de tambor.

El Micchino no quiso ahondar en sus contrasentidos: si eran espías-músicos muy entrenados los que podían decodificar los mensajes, ¿cómo podía sugerir que se dirigían a altos personajes sentados en sus palcos? Se preguntó si todo esto no sería una gran fantasía, como las que él mismo inventaba (con Esteban, por ejemplo), para no aburrirse. En ese caso sí el espionaje se volvería la gran pasión de Europa; de otro modo, lo veía muy dudoso. También era posible que este hombrecito ignorante y perturbado hubiera entendido todo mal (no lo creía en cambio capaz de mentir).

—¿De modo que si desafino una nota —le preguntó en broma, pero con expresión seria— puedo provocar la pérdida de una guerra, o la extinción de una dinastía?

—¿Qué tendría de raro? Son cosas que pasan todos los días. ¿Acaso estos inflados austríacos no perdieron una guerra con los turcos y creyeron ganarla? Son solo signos desencontrados. Café volcado sobre la carne picada. ¡Ja, ja, ja!

—¿Quién es su empleador?

—No lo conozco. Trato con unos... judíos, podría decirse.

Volvió al tema anterior:

—Es cierto que se requiere una interpretación muy justa en la escena para que el mensaje no sea tergiversado, pero, como usted sabrá, los compositores tenemos una confianza de índole superior en los cantantes. Contamos con el miedo que les tienen a los críticos. *Voilà*: la seguridad del Estado se apoya en el temor que pueden provocar los críticos musicales. ¿Alguna vez había oído algo tan ridículo?

—Es un pensamiento muy bello —dijo el Micchino como quien habla con un niño. Apartó todo el asunto de su mente, bebió el agua y se quedó mirando a su alrededor. El músico pidió más de beber, y no intentó proseguir el diálogo. Sabía que el cantante tenía momentos en los que no deseaba hablar, y este bien podía ser uno de ellos. Algunos vieneses estaban cenando a su alrededor. El furibundo amanuense se había trasladado a una mesa larga donde comían dos docenas de funcionarios. Todos tuvieron que levantarse y hacerle una reverencia a un jovencito de blanco que entraba en ese momento:

todo en satén blanco, los enormes lunares en medialuna, y peluca con aletas. Era un sobrino del emperador de Prusia.

—Me pregunto si será sodomita —dijo Venutti.

—Me han dicho que su tío lo es —dijo el Micchino.

—¿Sí? No creo... Hoy día es un hábito que se ha vuelto extremadamente raro. En toda Viena hay tres, confirmados.

—¿Este sería el cuarto entonces?

El compositor pareció confundido de pronto:

—No, más bien... sería uno de esos tres. Quién sabe. ¿Es cierto que en Italia abundan tanto?

—Creo haber visto uno solo, no más.

—En ese caso yo no habría visto ninguno —dijo Venutti—. Ya sabe: si les cortan un ala, les cortan las dos.

El Micchino se encogió de hombros:

—Mi querido amigo, nunca me entrometo en las vidas ajenas.

—Yo sí. Es uno de mis defectos.

En ese momento se materializaron frente a la mesa dos caballeros, uno de los cuales era herr Klette, con su mejor sonrisa, y el otro un desconocido, típico vienés de grandes bigotes blancos y mirada de agua azul. Era el consejero Blautte, ex camarlengo rural de la Pomerania; un personaje de cierta importancia, ya casi histórica por cuanto su nombre había sonado en círculos tan vetustos como el Colegio del Tabaco y el Estado Mayor de Juan Sobieski. Después de las presentaciones se sentaron con ellos. Venutti se sentía ligeramente aliviado por la interrupción, al tiempo que la deploraba. Toda ocasión de conversar a solas con el Micchino se le hacía valiosa, perfecta; pero mientras transcurría esa ocasión, de algún modo que no podía explicarse bien, sus palabras resbalaban, erraban al centro de la atención del famoso castrato. Ni siquiera con esta revelación de sus actividades secretas, que había estado ahorrando durante días, había logrado sorprenderlo gran cosa, más bien todo lo contrario.

—Venimos de tu casa —le dijo Klette al Micchino—, y después te buscamos por algunos cafés... —Sonrió, porque su pupilo le había comentado el poco sentido que le encontraba a esos desplazamientos—. Mi amigo herr Blautte quería conocerte. —El anciano miraba a su alrededor y asentía con plácida gravedad a las palabras de Klette, que terminó explicando—: De hecho, ha venido a Viena para el estreno.

—Oh. ¿Un aficionado al teatro lírico?

El viejo negó con la cabeza y empezó, buscando las palabras:

—En absoluto...

Intervino Klette:

—El consejero no ha tenido oportunidad de oírte nunca. Ha viajado mucho últimamente, y sus paraderos no han coincidido con los nuestros. Yo mismo hacía años que no lo veía.

—¡Décadas! —exclamó herr Blautte tomando a su amigo por el brazo. Trataron de localizar, en una floresta colorida de caminos que unían cortes grandes y pequeñas, la última ocasión en que habían estado juntos. No se acordaban, y eso les resultaba reconfortante. Se entretenía con sus gruesas bagatelas memorables. El viejo le había caído simpático al Micchino. Cuando vino el camarero, lo ahuyentaron.

»Iré al grano —dijo herr Blautte—. Mi interés por conocerlo no proviene de una mera curiosidad. Podría decirse que tengo un motivo muy preciso... —Y él mismo hablaba con gran precisión y encanto, como un embajador. Era un ser de otra época, evocaba una atmósfera distinta; todo lo que tuviera que decir, sentía el Micchino, sería rico en resonancias, aunque determinar la calidad precisa de esas resonancias ya era otra cosa—. Se trata —siguió—, de una anécdota relacionada con su voz célebre, que, como le ha dicho mi amigo el barón, no he tenido el privilegio de oír todavía. Es una laguna que me propongo colmar dentro de pocos días.

—Soy todo oídos —dijo el Micchino.

El viejo miró a su alrededor:

—Pero aquí no. Vamos a otro lado.

Se pusieron de pie como muñecos mecánicos. Era natural, pensaba el Micchino: otra vez debían cambiar de café, para cambiar de tema. Algún sentido tendría esta pasión ambulatoria, para que un caballero tan venerable se plegara a ella.

Salieron a la avenida desierta, y la cruzaron rumbo a otro café, este ligeramente más silencioso, más grande, y decorado con más profusión de oros. Fueron directamente a una mesa en el centro del salón, se sentaron y pidieron vino. Herr Blautte comentó que había probado una novedad en Francia: vino con hielo.

—¡Increíble! —exclamó herr Klette—. Pronto le pondrán hielo a la sopa.

—No me extrañaría —dijo Venutti—. Los modales en la mesa degeneran más rápido que los demás. ¿Saben que en Londres las señoras no prueban un sorbo de té si antes no lo ha probado el perro?

—¡Ja, ja! —se rio Klette—. ¿Temerán que las envenenen?

—Todo lo contrario. En ese caso lo probarían antes ellas. Los ingleses aman tan prolijamente a sus perros que los castran para que no se reproduzcan. —El silencio repentino que siguió a sus palabras le hizo notar que se había equivocado otra vez. Se llevó el dedo a los labios, y nunca el tic fue más apropiado. El Micchino quiso tranquilizarlo diciendo en tono indiferente:

—Según Tácito, Nerón tuvo la idea de castrarse para tocar mejor la lira, pero su madre se lo impidió.

Herr Blautte se dispuso a relatar su historia:

—Hace cinco años, estando en mi lecho de muerte —empezó—, hice que mi notario trajera el testamento que tenía preparado, y me lo hice leer y dicté algunas últimas disposiciones. Lo principal del texto lo había redactado años atrás, después de la muerte de mi esposa, y no lo había pensado mucho: creí seguir la lógica más corriente al dejarle todas mis propiedades a mis tres hijas, que por otro lado eran mis únicas familiares vivas. Agregué algún nombre a la lista de beneficiarios de legados o donaciones, entré en algún detalle, como es inevitable, me hice repetir codicilos que había olvidado... En el momento en que me dedicaba a estas melancólicas correcciones, mi casa estaba llena de conocidos, pues se esperaba mi fallecimiento de un momento a otro.

»En aquel entonces yo vivía retirado en la Silesia y era un miembro notorio y respetado en aquella pequeña comunidad santa, por haber tenido una participación muy prominente en la cuestión religiosa: fui yo quien reunió y editó a los discípulos de Abraham von Frankenberg, así como años después hice lo mismo con el círculo de Gottfried Arnold. Creo que el catolicismo de la Contrarreforma no habría sido lo que fue, sin mí. Y ustedes sabrán la enorme importancia que dan estos autores a la persona de uno mismo: “¿Cómo puedes desear?”, dicen, por ejemplo, “si tú eres Dios y todas las cosas”. Confieso que sus pequeños absurdos epigramáticos me entretenían bastante.

»En cuanto a mis tres hijas, les había perdido el rastro. Las tres eran abuelas ya, y vivían en distintas regiones de Prusia, y hasta, según creo, la Lorena (donde, si no les ha sucedido nada, deben de estar todavía). La ignorancia de los detalles no me hizo desistir de los términos principales del documento. Testar es trivial; no le di mucha importancia, teniendo otras cosas en qué pensar. Si hubiera muerto en el instante en que terminaba de rubricar mi firma, me habría ahorrado una de las peores humillaciones de mi vida.

»Pues resultó que mi testamento, cuando se difundió por una indiscreción del notario, causó una inmensa hilaridad. El país entero se sacudió de la risa,

incontenible, inesperada, fantástica: un don del cielo, podían decir. Solo entonces me enteré de que ningún particular le había dejado sus posesiones a sus hijas, en siglos. O a sus tres hijas. Nunca acerté a discernir dónde, precisamente, estaba la gracia de mi caso. Estaba en libertad de beneficiarlas, por supuesto, pero eso no hacía más que acrecentar lo ridículo de mi decisión. Simplemente, no había jurisprudencia sentada en mi caso: mi caso carecía de precedente, salía de la nada como un inmenso chiste al que nadie, nadie, nadie, se resistía. Yo podría haber hecho algo para modificar mi posición, pero como se me consideraba, y no sin motivos, en los umbrales de la extinción, nadie se molestó en ir a decirme nada, y el cuento rodó y rodó, se hizo más amplio, más grotesco. ¡Si hasta el día de hoy encuentro todavía a gente divertida por mi remota causa, en otros países, en lenguas distintas! Se inventaron detalles jocosos: por ejemplo, yo les habría dado a las tres, para probarlas, polveras con chascos, como en una farsa inglesa: de una habría saltado un ruiseñor, de otra un estornino y de la otra un cuervo... La inventiva popular es ilimitada.

»En fin, tal fue el grado a que llegó la contaminación hilarante que ni siquiera de mí se la pudo mantener oculta. En mi estupor, provocado por la asiduidad de las sopas de foliandina que me habían recetado, creí confundir lo obvio. Cuando se me hizo claro que se reían de mí, caí en una profunda depresión, agudizada por el mal estado de mi salud. No quise oír siquiera las proposiciones bien intencionadas del notario, según el cual bastaría con cambiar la puntuación del testamento para que volviera a sonar normalmente. ¿Para qué?, me decía yo. Sería echar pasto a las llamas. Lo que más me entristecía era saber que se reían de mí, a grandes carcajadas irrefrenables, personas en cuyo misticismo yo había confiado lo bastante como para financiar sus trabajos durante años. Creo recordar que incluso me negué a comer, y esperé la muerte con cólera en el corazón. No me molestaba tanto que fueran a recordarme como “el que testó en favor de sus tres hijas”, como que a esa frase estuviera asociada, mecánica e inevitable, una risotada.

»Pues bien, sucedió que en esos días se presentó en nuestra ópera un cantante que a pesar de su juventud ya levantaba densas olas de asombro y aplausos...

—Sí —dijo el Micchino, que seguía el relato con la mayor atención—: actué en Breslau en el treinta y dos.

—¡Así es! Representaba a Judith, y todo el mundo fue al teatro a verlo y oírlo. Yo mismo habría ido, de no haber estado agonizando, y sumamente postrado, además, por un ayuno que ya llevaba una semana, proeza que a los

ochenta años es difícil de superar. Fue casi chocante, el modo en que me dejaron solo esa noche... ¡Pero no tuve de qué lamentarme!

»No tuve de qué lamentarme, todo lo contrario. Sucedió algo inesperado. Las risas se desvanecieron tan pronto como habían venido. En cierto modo inexplicable para mí, se volvieron imposibles. Hay momentos así, en que reírse va en contra de un imperativo puramente lógico. Conmigo había venido ocurriendo más o menos lo contrario, y lo que invirtió las cosas fue el hechizo de una voz que provenía de una mujer que era un hombre. Tampoco en esta ocasión se molestaron en explicarme nada, y posiblemente no lo habría entendido por ser yo el único que había quedado sin oír. Pero me bastaba con los efectos: se me volvía a tomar en serio, tener hijas, o tener tres hijas, o testar en su favor, ya no era irrisorio, y mi muerte era el asunto serio que nunca habría debido dejar de ser... —El viejo se quedó callado un largo momento, pensativo, hasta que miró al Micchino y terminó, con suavidad—: No le extrañará que ahora sienta grandes deseos de oírlo.

Se quedaron callados. El mismo herr Klette, que ya debía de conocer la historia, parecía desconcertado; tenía el entrecejo fruncido como si tratara de recordar algo. El viejo tomó un trago de vino y miró las paredes y los techos. No había muerto, eso al menos estaba claro; pero su supervivencia creaba una falla intolerable en el relato. El Micchino pensaba: es cierto que un hombre debe ir hasta su muerte para encontrar el máximo de sabiduría que tendrá su vida, y solo desde ese punto puede contarle a sus semejantes algo que valga la pena oír... Pero este viejo había tematizado su técnica, y se había quedado vacío, como lo atestiguaba su mirada reposada y el cuento mismo, que no tenía nada de sabio ni de importante. De hecho, ni siquiera tenía sentido.

El Micchino humedecía, con desdeñosos izamientos de las cejas, el entusiasmo que había despertado en su compañía la invitación a la fiesta en la Hofburg. Les decía que la realeza no se interesaba de veras por el arte; cuando condescendían a codearse con un artista, el arte mismo se transformaba en una miniatura ilusoria. Y hoy por hoy, la monarquía que irradiaba del vecino palacio blanco oscilaba en los umbrales de la inexistencia. Carlos estaba enfermo, y los buitres de Europa se afilaban las uñas para caer sobre la bella Viena (bella, se cuidaba de aclarar el Micchino, siempre que se la viera de lejos). El escamoteo final de la casa de los Habsburgo se consumaba en una dolorosa ironía: los dos últimos hermanos varones habían tenido cada uno dos hijas. Si eso no era una «dolorosa ironía», nunca habría dolor en esa figura retórica. Los libelos decían que Carlos había testado en favor de las suyas, de modo que teóricamente la corona sería para la gorda María Teresa, de quien se decía que cantaba... Ante esto último el napolitano se permitía el sobresalto de una sonrisa. ¿Cómo disfrutar de una fiesta, que ya de por sí es una inversión de la vida corriente, cuando todo estaba al revés? Bartenstein había inducido al emperador a hacerle la guerra a los turcos, y a partir de entonces todo había sido desastroso. Los turcos habían resultado ser esa cosa embarazosa: una realidad real. Ahora los balcánicos caían bajo el área de influencia de los rusos. «Pronto los osos polares se rascarán el lomo en los viñedos», decían. Pero la alegre Europa no terminaba de preocuparse: confiaba en el infinito de sus propias permutaciones. Cuando el emperador muriera, vendría el Elector, aliado de Federico, el flautista estudioso, y sembraría en el Danubio los rosados salmones del Rin. Por lo pronto, Donnay había venido a París a decorar con las últimas modas el palacio imperial. Todo indicaba que la primera recepción del año sería la última de los Habsburgo. Y todos estaban de acuerdo en que ya era hora: las dinastías terminaban por obstruir los acontecimientos. Cada vez se vivía menos en los milenios. «En Egipto», decía el Micchino, «hubo treinta y nueve dinastías, en Babilonia doscientas doce, y en la China mil novecientas.»

—¿Por qué en Austria nadie dice «Austria»? —le preguntó un día Donato.

—El nombre de esta nación es «los países hereditarios». A veces pienso que Austria es más oriental de lo que parece. En realidad, hay una compañía aquí, o mejor dicho había, pues según herr Klette la han disuelto, que se

llamaba la Compañía de Ostende, que comerciaba con la China y hasta tenía alcázares en el Ganges. Carlos se propuso exactamente lo que se habían propuesto su padre y su abuelo: ser un nuevo Rey Sol, ligeramente al este de su modelo francés, ¡como si el sol pudiera correr hacia el Oriente! No recordaba que para subir al trono debió renunciar a la corona más occidental de todas: la de España. Es paradójico, pero a pesar de su tan proclamado absolutismo, nunca gobernó. Cuando subió al trono, era el príncipe Eugenio el que administraba el Estado, y cuando murió Eugenio, el advenedizo Bartenstein se encargó de informar si podía llover o nevar o salir el sol. La corte de ministros de Carlos se compone de cinco ebrios: Sindendorf, de cerveza, Stahremberg, de opio, Harrach, de vino, y Königsegg de mostaza. Ahora se preparan para un festín de lágrimas, porque el monarca muere lentamente de vejez aunque apenas pasa de los cincuenta años. Su última humillación fue que se redactara bajo sus narices una Paz de Viena cuyos firmantes fueron exclusivamente príncipes extranjeros. Él solo firmó un recibo que le costó carísimo y al que llamó Pragmática Sanción.

Después concedía:

—Es cierto que creó una gran ópera, pero prohibió que a la gente le gustara. Hizo inventar fuegos artificiales nuevos, pero los lanza de día. Es chino, de acuerdo, pero con el contrapeso papista.

Viena tomaba día a día un aspecto más animado. Del Tirol, de la Bohemia, de los Reinos por Mitades, venían los nobles a la temporada que se inauguraría con la famosa recepción. El Micchino estaba invitado, y llevaría consigo a Lelio y a Alessandro... En cuanto a Donato, castigado por su mala acción, seguía sujeto a prueba (pero contaba con un perdón de última hora). Hildeeve les cosía fastuosos trajes a los cuatro, y se había comprometido a hacer más discreto que nunca su toque zoológico.

Lionello, que por supuesto no había sido invitado (no se sabía muy bien qué podía ser un escritor de música) se presentaba cotidianamente en la casa del Micchino para conversar sobre el acontecimiento. Era un esnob. Les pedía que observaran detalles para comentárselos, porque decía tener intenciones de escribir algo de ambiente palatino. «Olvídese de los detalles», le decía el Micchino, «lo que importa son las atmósferas.» Pero sus visitas sirvieron para que trabara amistad con los provenzales, que seguían instalados allí. Pasaba horas enteras con ellos (nada podía agradales más que hablar de sus teorías a un lego) y después repetía, atónito, lo que había oído. El Micchino se reía de su ingenuidad. Le aseguraba que ningún abelardista se había castrado nunca. ¿Qué motivos podían tener para hacerlo?

—Es cierto —decía el joven compositor—: yo no lo haría. No obstante, el solo hecho de hablar todo el tiempo de eso es fascinante. Se crea una dimensión nueva de las cosas, de la sociedad. Pero hay algo que me intriga: ¿por qué quieren su adhesión?

—Se supone —dijo el Micchino alzando una ceja—, que yo rubricaría su existencia.

El Venutti quedaba pensativo. Y su ensoñación lo hacía sobrevolar esos poéticos laberintos dialécticos de existencia e inexistencia:

—Podrían morir de una infección, si no lo hacen con cuidado.

Después le preguntaba:

—¿Es cierto que en Italia hay tantos castrati?

El castrato vacilaba, con la boca entreabierta, como si se dispusiera a decir algo inteligente:

—Miles.

Un ejemplo de sus respuestas abruptas, que volvían retrospectivamente inútiles los diálogos.

Hubo un concierto al aire libre, en el inmenso jardín chato entre los dos Belvederes, donde el Venutti presentó una de sus sinfonías, tan breve como trivial; el agua del estanque, ese líquido bien planchado que daba el tono a los parterres y las musas de Viena, se tragó todo el sonido sin mover una gota. Más importante para el Micchino fue la compra de caballos, en una de las lujosas remontas de la ciudad. Desde su llegada se había movido en un coche tirado por mulas del común, y de pronto sintió urgencia por tener un tronco realmente especial. Sabía elegir animales, y esta vez, después de unas horas de examen, se quedó con doce yeguas blancas, de cabecitas talladas y grupas infladas. Las estrenaron largamente en paseos que se prolongaban tardes enteras, algunos hasta recodos solitarios del Danubio, lejos de los suburbios.

También compró perros; había traído dos galgos negros de Venecia, y ahora los complementó con cuatro más, en distintos matices de gris. Tuvo fugazmente un perrito chino, pero se lo envió de regalo a Irene porque lo ponían nervioso sus estornudos.

Viena parecía menos desierta. Sin perder, claro está, ese aire de ciudad fantasma. La gran mayoría de sus habitantes se dedicaba al juego día y noche. Los nobles recibían rentas cuantiosas de sus propiedades: la agricultura florecía en toda Europa central como nunca antes, lo que era un espléndido aliciente para acuñar locamente. Todo ese dinero circulaba en las mesas de juego, cambiaba de dueños, se evaporaba por momentos, reaparecía centuplicado en una jugada regia: nunca parecía agotarse, ni disminuir el

monto general. En la casa, aunque el Micchino no asistía a las reuniones de jugadores estaban enterados de estos detalles, por las visitas: además de herr Klette y el Venutti, recibían al conde que dirigía la ópera (de quien se contaba que una vez había apostado a Rameau a una sota), a su gerente italiano, a un embajador holandés amigo del cantante de otras estadias en la ciudad, y a un par de castrati, *vedettes* permanentes de la ópera, que se presentaban tarde por la noche, casi siempre con compañía numerosa, cargados de polvos y melindres, y no pocas veces de damas nobles con antifaz. El ritmo antiguo de la vida se rehacía, después del prolongado encierro. El Micchino notaba una alentadora disminución de extravagancia en las conductas de sor Hildeeve, de Pierre y del mismo Alessandro, aunque este era el que más lo preocupaba.

Lelio había perdido la voz como consecuencia de la herida que recibiera en la riña con Donato. Tenía un pulmón agujereado. Se había recuperado debido a que la constitución de los castrati combinaba un mínimo de esfuerzo energético, con un equilibrio funcional que se recuperaba siempre. Pero la voz se había perdido, o más bien la capacidad de cantar. Lelio respiraba con esfuerzo, pausadamente. Tenía quince años. El Micchino lo cubrió de regalos, lo volvió el centro de la casa, lo sacó todas las tardes a tomar el aire (a esto había obedecido principalmente la compra de los caballos y el carruaje abierto) y exigía que todos lo trataran con la mayor consideración. El niño parecía atontado la mayor parte del tiempo, y lloraba con frecuencia. Alessandro se refugiaba en cuartos alejados, con su disfraz perenne de duende, larguirucho y pálido. El amor entre los jóvenes, se decía Michino, no acepta lo definitivo bajo ninguna de sus formas. Alessandro perdía la cordura por no soportar la realidad del devenir doloroso. A veces se acercaba al Micchino y le preguntaba por Lelio: ¿qué hará, ahora que no puede cantar? ¿Te ocuparás de él, siempre? Las respuestas no parecían dejarlo satisfecho. En realidad, al Micchino tampoco lo satisfacían. Un castrato que no cantaba no tenía justificativo ni existencia genuina: era un monstruo, casi una creación fantástica. Sí, él se ocuparía siempre de Lelio. Lo había recogido en Roma, el niño había estudiado con los abates y había cantado hermosamente, aunque no para la escena. Había sido una voz privada, de salón. Hacía casi cuatro años que estaba con él, y Donato otro tanto, aunque este último era veronés. Todo este verano los tres niños habían hecho una sociedad perfecta, en el sonoro palacio que habían arrendado en Venecia. ¿Cómo no había advertido que esa perfección era una forma anticipada del drama? Ahora Donato, el culpable, estaba retraído. Probablemente se preguntaba si no sería su destino ser malo.

Después de largos y escrupulosos arreglos a puertas cerradas con su representado, Klette se presentó un día con su concubina, a la que el Micchino había consentido, e insistido, en alojar indefinidamente mientras Amanda estuviera en la ciudad. La solución parecía la más sensata ya que la joven podía quedarse por igual horas o meses en Viena, y eso si venía al fin; de modo que tomar otra especie de albergue podría haber resultado un engorro inútil. Amanda, claro está, pararía en lo de su padre, aunque su marido tenía casa aquí, e incluso se decía que estaba en la ciudad; pero ella se consideraba una divorciada de hecho. El Micchino tuvo la oportunidad de conocer a la mujer que hacía no menos de una década acompañaba a su viejo empresario. Le agradó a primera vista: una suerte de campesina (era hija putativa de un noble bohemio) morena, gorda y muy saludable. Vino acompañada de sus cuatro hijos y dos damas de compañía, una vieja y la otra joven, y media docena de criadas, entre las que se destacaba una belleza nigeriana. El Micchino puso a su disposición un ala del pequeño palacio y dejó que la servidumbre se asimilara a la suya, que no era excesiva. La presentación se realizó una tarde, tres días antes de la supuesta llegada de Amanda. El Micchino se inclinó graciosamente a besarle la mano a la señora, a la que Klette llamaba Milena, y le dio la bienvenida con modales cortesanos. Sésamo venía trayendo unos rollos de gobelinos, y sonreía como siempre.

—Es muy amable de alojarme —dijo frau Milena con voz grave—. Por mi parte, habría preferido ir a la campiña. Si el barón no se hubiera obstinado...

—De ninguna manera —interrumpió el joven—. Es un placer tenerla conmigo.

Intercambiaron unas palabras más, y no se mencionó el motivo de la mudanza. El Micchino supuso que no sería la primera vez. Sabía que solo hacía un año que cohabitaban: antes de casarse Amanda, herr Klette había mantenido rigurosamente escindidos sus dos hogares. De todos modos, la joven debía de estar al tanto de esta *liaison* de su padre. Y si ahora estaba realmente empeñada en iniciar una carrera de libertina, no tenía por qué encontrar nada de censurable en el manejo. Herr Klette resplandecía en presencia de su mujer. El Micchino se preguntó por qué no se habrían casado. Hasta ahora había creído que se trataba de una especie de cocinera de seno desmesurado, un brutal consuelo de viudo (y aun así lo habría justificado y perdonado, porque lo perdonaba todo), pero frau Milena parecía sumamente presentable, aunque quizá no lo suficiente para adosarse el título de *baronne*. Él en persona las condujo a sus habitaciones. Y esa noche se llevó a la cama a

la negra, que era la primera vez que copulaba con un castrato y pasó del espanto al éxtasis en el lapso de unos segundos. Esta muchacha había hecho todo el camino del occidente europeo, desde Lisboa. Tenía la piel áspera, como el Micchino nunca había sentido otra; la de él era de una incomparable tersura, y más de una duquesa se la había envidiado. Dijo llamarse Nanha; hablaba un mal alemán, entrecortado de francés y portugués. A la medianoche el Micchino tuvo un acceso de frialdad y la despidió. Las sábanas quedaron oliendo a selva.

Frau Milena fue una revolución en la casa. Mostraba una invencible curiosidad por su anfitrión. Le dijo que Klette le había hablado de él desde que la había conocido; de hecho, ella había seguido paso a paso su carrera, por los relatos de su seudomarido, y había compartido la angustia del año pasado cuando la desaparición del joven. Toda la aventura de Nápoles le había sido comunicada en cartas puntuales, que conservaba. Sus hijos eran dos varones y dos niñas, de entre ocho y dos años, los cuatro con los rasgos característicos de herr Klette. Parecía una matrona madura y reposada, pero no tenía mucho más de treinta años. Era analfabeta, lo cual no podía sorprenderlo demasiado.

Pese a no haber traído sus propios cocineros de la casa de herr Klette, no tuvo inconvenientes en darle de un día para el otro su tinte especial a la cocina del Micchino. Este había pensado que quizá ella querría hacer *le ménage* por separado, pero no fue así. Se presentó a la mesa con sus dos damas desde la primera noche, y participó (por no decir que dirigió) la conversación. Sor Hildeeve estaba atribulada al principio; por modestia, mandó a comer al niño con los hijos de frau Milena, lo que para el Micchino fue una señal de lo providencial que podría llegar a ser la presencia de esta mujer. Todos se comportaban mejor. Como ella era agnóstica, Pierre se abstuvo de rezar en su presencia. No habló de cilicios ni de herrajes místicos. Los tres jóvenes castrati vinieron a la mesa, cosa que últimamente no siempre hacían: Lelio, presa de la melancolía, solía quedarse días enteros en cama; Alessandro disfrazado de *leprechaun*, se desplazaba de aquí para allá sin alimentarse. Donato incubaba sus remordimientos en la sombra. Ahora los tres se portaron como caballeros. Un aura maternal se difundía de la buena señora. Supuso por cuenta propia que los tres jóvenes serían futuros astros de la ópera; pero ni siquiera esto deprimió más de la cuenta a Lelio. La menor de sus damas de compañía, una sobrina suya, *fräulein Messingerstein*, se ruborizaba al mirar a sus compañeros de mesa, y el Micchino notó que ellos la miraban con

atención. Era bonita; usaba la cofia anticuada de la Bohemia, y tenía manos blancas y ojos celestes de inglesa.

No obstante, el hábito no persistió. Sus horarios eran demasiado distintos. La dama dormía de noche y hacía una vida diurna que el Micchino, pese a intentarlo durante un par de días, no resistió. De modo que se veían en los crepúsculos, y conversaban.

El Micchino advirtió una día que la dama de compañía vieja de frau Milena, una señora enjuta pero bien conservada, de unos cincuenta o sesenta años, había seducido a sus tres jóvenes amigos, y sospechaba, aunque no pudo comprobarlo, que había hecho lo mismo con Pierre. Los tres adolescentes se lo confesaron cuando los interrogó: al parecer, la vieja tenía un arte extremado de la sutileza erótica. No era la primera en fascinarse con el mecanismo desconocido de los castrati. Él no intervino, ni hizo comentarios; le pareció un buen modo de tenerlos entretenidos en tanto volvieran a la vida normal y reiniciarán los viajes.

Amanda, como era de esperar en ella, no llegó en la fecha señalada. Profusas cartas a su padre le avisaban postergaciones turbias y complicadas, desmentidas por otras misivas en las que se contradecía, corregía, o agregaba nuevos suspensos a su caprichoso proceder. Herr Klette terminó irritándose. Venía todas las tardes a visitar a su concubina (a esa hora por lo general el Micchino salía a hacer la ronda de los cafés con Lionello), y maldecía la mala educación de su hija. Frau Milena le confió un día al Micchino que había espiado a Amanda muchas veces, desde que era niña. Leía todas las cartas que le enviaba al padre, antes desde el convento, ahora desde París donde había hecho brevísima vida de casada y luego de *femme libre*, con insinuaciones de *savante*. La conocía bien. El Micchino también creía conocerla. Los dos sentían la misma paciente ternura de madre o hermano hacia la corderita llena de caprichos, fantasías, la huérfana en el fondo desdichada, turbadora, locuaz hasta la demencia, risueña, brillante en el momento pero en el largo plazo absolutamente estúpida. Frau Milena también se había opuesto, en coincidencia con herr Klette, al casamiento de la joven con el barón Denys. De poco les había valido.

Sor Hildeeve fue la única que se adaptó plenamente a los horarios diurnos de las huéspedes. En realidad, era el horario que convenía a su constitución. Se entretenía con ellas, en un salón del último piso que habían transformado en sala de costura, recepción de las numerosas amistades femeninas de frau Milena, y *nursery*. Era un sector ruidoso y frecuentado de la casa, lejos de los dormitorios donde el Micchino dormía durante las horas de luz.

Dos días antes de la recepción estuvieron listos los trajes de corte. En rojo y dorados, el del Micchino era simplemente dramático, con un toque de seriedad a la vez. Los de los tres niños eran claros, sobre fondo azul. Incluso hubo una librea nueva para Pierre, que los llevaría a palacio: un casacón con rellenos, largo hasta las rodillas.

En los cafés se percibía toda una gama nueva de vida. Los grandes personajes de la política habían vuelto a la capital, con ideas nuevas, la agonía del emperador entraba en una fase de sublime vacilación, se comentaba acerca de su presencia o no en la recepción, se multiplicaban los relatos de los adulterios de sus hijas y yernos, e incluso corrió el rumor de que el mismísimo Rascocky, redivivo (pero nunca nadie había estado seguro de que hubiera muerto) irrumpiría de un momento a otro a la cabeza de una carga de la lírica caballería húngara, y pasaría a degüello a las empolvadas vienasas.

Y así fue como llegó el 1 de octubre, el cumpleaños de la difunta emperatriz y el día en que se celebraría la recepción con que la corte inauguraba la temporada regia. Una semana después, se estrenaría la *Dánae*, en la gala de la ópera. Herr Klette mandó a Sésamo con la noticia de que había llegado Amanda, y esta rogaba al Micchino que fuera a verla. Como suele suceder con los ruegos, este fue ignorado.

Llegada la hora de salir, treparon los cuatro al landó, Pierre tomó las riendas y desenrolló el látigo silbante y las yegüitas partieron como dibujos en la noche vienesa. Al último momento, y como toque de misticismo intrapolítico, al Micchino se le ocurrió llevar como postillón a Esteban, pero no lo encontraron en parte alguna. Supuso que ya estaría embrollando en las cocinas imperiales, y lo divirtió pensar que en la recepción se codearía probablemente con el empleador de su protegido, el hombre que manipulaba en las sombras sus secretos, o el dorado hilo conductor hacia los secretos generales.

Un trayecto breve, y vieron resplandecer la Hofburg como si la fachada apenas pudiera contener el incremento de haces de luz al otro lado. El edificio resumía la desdichada posición de los Habsburgo respecto de la materialización estética. Los dos grandes arquitectos austríacos habían renunciado por un motivo u otro a construirlo: Fischer von Erlag, el creador del incomparable Schönbrunn, el palacio más grande que se habría hecho nunca, y de la biblioteca, que sí se hizo, no logró poner su «espacio elíptico» al servicio del emperador en persona; y el gran Lucas von Hildebrand llevó a la práctica su teoría del «rococó humano» en el Belvedere, la mansión gemela del príncipe Eugenio, y después en todos los palacios suburbanos de Viena —

menos en el del monarca—. Entonces el destinatario obvio del proyecto pareció ser Balthasar Neumann, que era el discípulo viejo y mediocre de los dos jóvenes genios; para sorpresa de todos, Neumann desarrolló un genio tardío, pero lo usó exclusivamente para agregar hermosas escaleras a palacios ajenos. También él retrocedió con indiferencia ante la Hofburg, que mientras tanto ya se había levantado, a fuerza de dinero y de impaciencias encontradas, como un fantasmón sin estilo ni autor, apenas un telón de fondo para el jardín francés por el que esta noche se precipitaban los carruajes; el brillo esforzado de los caballos al detenerse y la agitación de los lacayos de rojo en la puerta bastaban como causas eficientes para producir la generación de elegancias que se deslizaban como mariposas hacia los rectángulos de luz creciente: lo más figurativo imantado por lo más abstracto, rotunda alegoría de la política.

Adentro, todo era esplendor sin música. Las columnas giraban según el drapeado de los taparrabos de sus atlantes. Los pisos de mármol producían una sensación de gravedad inaudita. Tal como lo mandaba la costumbre regia, habían sido evitados casi por completo los muebles.

Y abajo, muy abajo de las cúpulas y los techos pintados, se deslizaba una brillante concurrencia, los caballeros con las grandes pelucas que habían puesto de moda los franceses, y el aire de flacura panzona que producían las calzas. Las mujeres, con escotes profundos y el pecho pintado de blanco, caminaban muy despacio, cuando era imprescindible hacerlo, manteniendo en equilibrio peinados de hasta un metro y medio de alto. El vaho humano, oloroso a polvo y escotomizado por los lunares, se fijaba momentáneamente en el resplandor del millón de velones de luz amarilla que se irisaba hacia el verde submarino, el carmín del cielo y ese segundo blanco que aparece detrás del negro del raso o el terciopelo. Vestidos con todos los colores de la paleta (pero siempre uno solo por dama, ya que se temía a las combinaciones) hacían un rumoroso camino en el menor gesto; los brazos desnudos desde el codo, blancos y delgadísimos, transmitían por instantes el rosado de una palma, y los dibujos espiralados de las yemas de los dedos bajo la vislumbre de lupa de las gemas de los anillos en los que se cifraban oscuras correspondencias con astros, y los nudillos velados por el infaltable medio guante de encaje negro, en el que era inevitable que se posara la mirada de los hombres.

Ninguna otra corte de Europa podía en ese momento reunir tal cantidad de nobles en una sola noche, bajo un solo techo; salvo la de Versalles, pero esa no contaba porque era el modelo a imitar. La política prebendaria de cuatro generaciones de Habsburgos había dado por resultado apenas esta facilidad

social. Tras haber superado cierto umbral cuantitativo, los nobles habían formado una totalidad en la que ya nada parecía importar sino la presencia: de ahí el fasto cuidado de sus apariciones, y el esmalte nacarado de perfección que los volvía insustituibles.

El Micchino conversó, con idéntica distracción, con diversos personajes. La duquesa Irene lo miró con sus hermosos ojos cansados desde un salón contiguo. Otras dos damas que habían sido ocasionales amantes suyas lo miraron también con ojos cansados y más o menos hermosos según cuál de ellas fuera. Una de las viejas grandes duquesas de Habsburgestay lo arrinconó largo rato hablándole de temas operáticos. Decía haber descubierto la voz más exquisita de Europa... en una mujer, una soprano sueca, inmensamente gorda, que se vestía de blanco y vivía en París.

—He oído hablar de ella, madame —dijo el Micchino con voz desprovista de entonación—. Quizá algún día tenga el privilegio de escucharla.

Se les unió el conde mal llamado Fiordiligi, regente de la ópera, y habló del número musical que se había preparado para la velada; una de las estrellas de la Ópera Imperial, más un célebre castrato italiano, Caffarelli, cantarían uno de los dúos de la Tetis Seducida. El Micchino asintió: conocía bien a Caffarelli, una cumbre de la segunda línea, tan experto como astuto.

Después se encontró con herr Klette y departieron con distintos personajes, entre ellos un teólogo no creyente. Observó que no se hablaba de política. Pensó que era lo normal, por cuanto esto a fin de cuentas era la política. Se anunciaron decenas de pretendientes. Los electores entraban tiesos y hacían reverencias al pequeño grupo de familiares del emperador. El Micchino había sido presentado a María Teresa y a su esposo, que era un joven extremadamente blanco (blanco incluso debajo de los afeites blancos) con dos horribles bolsas de carne que le colgaban de los pómulos. A las nueve en punto se anunció la presencia del emperador, y apareció Carlos, con sus bonitos ojos azules y los labios mojados. El besamanos se prolongó exactamente una hora. El soberano decía frases, pequeñas frases desprovistas de sentido, siempre distintas, con voz clara que tenía algo de animal emplumado. Al Micchino le dijo: «La excelencia de la voz reúne las condiciones excelentes». Lelio, Donato y Alessandro lo miraban con la boca abierta: era el primer emperador que veían de cerca, y en su ingenuidad debían de creer que se trataba de alguien importante. El Micchino los había visto entretenidos, departiendo aquí y allá, con sujetos de la más extraña apariencia. Estaba seguro de que las damas se las arreglarían para concertar citas con ellos.

El emperador hizo abrir unos cortinados que ocultaban su cosmógrafo, del que se decía que era su gran orgullo. Se lo habían hecho charlatanes de Potsdam, y era mejor del que podrían haber hecho los charlatanes de Linz. El Micchino y sus amigos fueron a verlo. En el dispositivo figuraban todos los astros, pintados con mano de niño ingenioso y aplicado, sobre dos grandes combas superpuestas que giraban; eran los hemisferios, incluido el que nunca verían, el que se hallaba debajo del África. Y en largas tiras también móviles estaban escritos los nombres de toda clase de cosas, piedras, plantas, animales. Un verdadero diccionario al azar, que debía de servir para que el emperador y sus hijas pasaran ratos entretenidos y creyeran interpretar el mundo.

—Es horriblemente complicado —decía herr Klette torciendo el cuello y deletreando los latines—. No me explico cómo se puede disfrutar de una maquinaria tan abstrusa.

El Micchino les explicó a sus acompañantes cómo funcionaba; dijo haber tenido uno igual años atrás, en otra ciudad. Le preguntó a Lelio si quería que le comprara uno.

—Es lo más instructivo del mundo —le dijo—. Y puede ser muy útil, además.

Mirando hacia arriba, de pronto tropezó con una dama, que resultó ser la duquesa Irene. Ella lo miraba irónica, y seguramente el accidente no había sido tan casual como era, en el techo, la conjunción de Marte, el helecho y la cuarcita. Le pidió que le presentara a sus tres amigos. Los jóvenes hicieron reverencias cuando el Micchino pronunció sus nombres.

—¿Los tres son napolitanos? —preguntó la dama.

—Solamente dos de ellos —dijo el Micchino. Quedaron un instante en silencio y después él comentó—: Se lo ve muy saludable a tu primo. No me explico por qué todo el mundo dice que está al borde de la muerte.

La duquesa alzó las cejas y echó un vistazo alarmado a su alrededor. No sabía que el Micchino podía calcular con la mayor precisión el radio en el que su voz era oído, por lo que rara vez tenía que cuchichear aun cuando deseara decir algo muy privado. Ahora había hablado en voz normal, pero estaba seguro de que nadie más que su interlocutora lo había oído. La duquesa lo presentó a dos hermanas suyas, viejas y delgadas. El Micchino hizo a un lado esas miradas ardientes, y fue en busca de herr Klette. Los lacayos empezaban a circular con bebidas y bocadillos. Vinos agrios, salmón alimonado, rancias rodajas de dulce que hacían pensar en un dedo de vieja seccionado por un maniático, y sorbetes sin hielo para las damas. Por supuesto, todo era escaso,

y aun así sobraba. Herr Klette estaba nervioso. Su hija no se había presentado. Le dijo en un aparte que había pasado un día infernal; la muchacha se había estado quejando del estado de cosas en su vida privada durante muchas horas consecutivas a su llegada, y había llorado y lo había cubierto de injurias y amenazas. Quería un divorcio inmediato, pero, también quería, en sus delirios de consentida, muchas otras cosas imposibles.

—Sabes que siempre te he querido como a un hijo —le dijo al Micchino tomándolo por un brazo—. Ahora dime, ¿qué puedo hacer para que mi hija me respete?

—Yo también lo quiero, barón. Y creo respetarlo lo suficiente como para no turbar su paz.

El caballero sacudió la cabeza, y los rizos de la peluca bailotearon delicadamente. Era raro ver su rosada calva, uno de los espectáculos más constantes y tranquilizadores de la vida del Micchino, cubierta por estos bucles azulados.

Pero Amanda estaba presente. El oído muy afinado del Micchino percibió su voz, que hacía dos años que no oía, y la distinguió del murmullo reinante y se lo hizo notar al barón. Tardaron un momento en distinguirla. Estaba ataviada a la más última moda, con un inmenso peinado donde se superponían todas las complicaciones y fantasías, sostenido como una columna por dos pájaros de seda en las sienes. Ella los vio al mismo tiempo y se dirigió hacia el Micchino sin quitarle los ojos de encima, erecta y cautelosa, del brazo de una damita vestida como ella aunque no en un estilo tan escandalosamente moderno. El Micchino sintió una súbita punzada de aprensión, mezclada con pena. Sabía que no podría desprenderse del cotorreo afiebrado de la muchacha en todo el resto de la noche, y aun así no podía evitar un sentimiento de simpatía hacia ella, que se le antojaba morboso.

A los diecisiete años, Amanda era una joven no muy agraciada, con los rasgos pesados del padre, pero un bonito cuerpo, que ahora estaba a la vez expuesto (el pecho era visible hasta los pezones) y completamente disimulado por la fractura del vestido. No tenía buen gusto. Una gruesa gargantilla de diamantes hablaba de la opulencia de su marido. Como era bastante baja, el peinado la hacía ridícula: esa montaña de postizos era casi tan alta como ella. La amplitud exagerada de la falda la achataba contra el suelo. ¿En qué era distinta de la niña que había dejado de ver dos años atrás?, se preguntó para sus adentros. El gesto era el mismo: esa decisión de hablar, de hacerse oír, que se prenunciaba de lejos, acompañada de la convicción de la importancia de sus pesares, su egoísmo inverosímil, su frivolidad irredimible... Había

crecido un poco, y el seno tenía una bonita suavidad, invitante pese a la sobrecarga de polvos rosados. Le sonrió, y ella hizo otro tanto, y le tendió las dos manos en un gesto teatral. Cuando habló, lo sorprendió el filo agudo que había tomado su voz, lo cascado y chillón de su francés de ópera bufa. Se manifestó encantada, extasiada, de verlo, y le reprochó no haber acudido a su llamada esa tarde. ¡Tenía tanto que decirle! Le presentó a su amiga, una Du Plessis.

—París es tremendamente aburrido. Un día conté ochocientas cincuenta y siete palomas. Mi gato, Eurídice, las cazaba, pero sin éxito. ¡Como si pudiera apresarse el aburrimiento de un salto! ¡He pensado tanto en ti! El año pasado debías haberte presentado en París, y no lo hiciste. Me había mandado a hacer un traje de amazona, me pasé un día entero planeando una fiesta de disfraz para nosotros, para los amigos íntimos. Necesitaba un respiro: todo el mundo habla de política todo el tiempo. Cada vez que oía a alguien hablar de política, yo me iba a Londres. Me habría ido a España, a un lugar llamado Madrid, entre los cocodrilos y las jirafas, pero creo que había una guerra con los napolitanos. ¿O ellos son los napolitanos? Adoro las novelas donde se viaja. Un amigo mío, un filósofo, dice que él ha ido a todas partes. ¿No es divertido? Quiere decir que no ha ido a ningún otro lugar, solo a todos. Y no es porque tenga demasiado dinero. Una pastorcita que conocí me dijo que había recorrido enteramente uno de los bordes de Europa. ¿Para qué ir?, le dije yo, ¡si no está la voz del Micchino sonando alrededor de una, como un misterio! He renunciado a todo. ¿Te contó mi papá? Después hablaremos de eso. Tengo mucho que contarte. He leído tanto... porque soy desdichada. Leo a Bayle, las Cartas Persas, todo, pero siempre en francés. A veces me digo a mí misma que soy analfabeta en cualquier lengua que no sea la francesa, salvo el griego, desde ya. Una duquesa amiga mía aprendió el hebreo viendo las huellas que dejaban unos caracoles en su ventana. ¿No leíste las Cartas Persas? ¿De veras? Se trata de un caballero persa, es decir egipcio, que se extravía en una navegación. Es un nuevo Telemaque, pero sin esa insoportable pedantería. Muchas veces al leerlas pensaba: es el Micchino. Ya sabes que no tengo ninguna memoria musical. Pero en ocasiones recordaba un giro, una inflexión de tu voz. ¡A veces pienso que estoy en Roma, cuando fui con papá la última vez y cantabas esa Dido dolorosa! La melodía más bella que he escuchado en mi vida es la de *Las Naciones*. Por momentos me niego a escuchar música. Cuando papá me escribió que debutarías aquí, no quise perdérmelo por nada del mundo. Habría ido a Venecia a verlos, pero me avisaron demasiado tarde. Ahora no nos separaremos por un buen tiempo. Me

volveré una comediente, me haré pasar por un castrato y viajaremos juntos, no bien consiga el divorcio del monstruo de mi marido. Es un bufón indigno, repugnante. No puedo gozar de las novedades filosóficas si pienso que estoy casada con semejante maniquí. De eso hablaremos luego, cuando tengamos tiempo. No puedo entender por qué papá no usa su influencia en los tribunales. Aunque supongo que no son los tribunales los que deciden la nulidad de un matrimonio. Diré que soy virgen, que ese payaso es impotente, ese reptil inmundo y pernicioso. Estoy encantada de estar en Viena: es tosca, pesada, pero no me aburre tanto como París. Mi enfermedad es una melancolía destructora, una disposición del ánimo que me conduce a un vacío, a una punta de desierto. Mi Libia es terriblemente hueca y sobre todo, insípida. —Tomó del brazo al Micchino y se alejaron los dos solos. Herr Klette quedó, sombrío, en compañía de la pequeña francesa—. Mi padre me ha declarado la guerra, Piero, debes ayudarme. La vejez lo ha trastornado. ¡Por qué vivirá solo, sin una mujer! Todo el mundo sabe que el estado de casado es más positivo en los hombres. Los franceses han descubierto que el hombre es una máquina compuesta de ciertos elementos vaporosos con unos clips que los mantienen unidos. Mi matrimonio ha sido un martirio. Afortunadamente no tengo que ver casi nunca a mi marido, pero eso no me basta. Es una tortura moral. Viaja todo el tiempo, pero hay momentos en que presiento que coincidimos en una ciudad, y eso basta para que mis humores se descompongan absolutamente. Lo he repudiado en cuanta ocasión he tenido. A él no le he dicho nada, claro. Es un anciano, tiene cuarenta años, si no más. Cuando él aparece, siento que me vuelvo una parte de sus cualidades. La carrera de las mujeres es difícil. Debemos mantener una extremada atención a cosas muy pequeñas, y sobre todo mantener el bienestar en todos los minutos del día, y eso es interminable, insoportable. Sospecho que ese bufón inmundo quiere matarme, o algo peor. ¡Es un demente, Piero! Simula ser un hombre normal, pero yo estoy segura de que no lo es. No habla nunca, no dice nada, tiene un tic en la cabeza, se le abre la boca, y lo disimula tomando té. Y yo debo hacer el papel de esposa, y he resuelto no hacerlo nunca más, lo aborrezco. ¡Por qué no seré tan libre como lo eres tú, por qué no tendré talento! Qué diferente ha sido el destino de la princesa: mírala, con su Francisco Esteban. Él tiene esas mejillas colgantes, pero es bueno, completamente idiota; no la abrume. Ella misma me dijo que está muy contenta de haberse casado. Nos casamos el mismo día, ella con suerte y yo sin ella...

Y así siguió hablando y hablando. El Micchino dejó divagar la mente. Todo lo que oía le parecía absurdo, y además sabía que casi todo lo que decía la joven eran mentiras. Después ella lo arrastró hacia donde se hallaba la princesa, a la que aún no había saludado, en su apuro por descargar su conciencia en el Micchino. María Teresa era una rosada fregona rolliza de veinte años; acababa de dar a luz. Tuvo palabras corteses para el Micchino, y manifestó su ansiedad por escucharlo en la ópera, dentro de pocos días. No bien se hubieron alejado, y el discurso de Amanda se reanudó, los interrumpió la música. Una pequeña orquesta de cuerdas tocaba la introducción a un aria que interpretarían el Caffarelli y otro castrato. Se hizo un círculo amplio alrededor. Comenzó el otro, algo desafinado al principio, aunque la voz no tardó en tomar fuerza y color. Era muy bueno. Pero cuando intervino el Caffarelli, con su espléndida coloratura, opacó a su acompañante. El Micchino sentía por primera vez en meses el placer de la audición musical. El parloteo de Amanda lo había preparado a gozar de esas dulzuras. Las dos voces se plegaban una a la otra, subían y subían, más allá de lo que parecía posible, y estallaban en trémolos agudísimos que se sostenían en el aire, recios y diáfanos, hasta caer en el encaje indistinto de los violines. Era Tetis, dialogando con Jove. El trueno estaba ausente, solo se oía ese lamento, de un lobo con lengua de ruiseñor, gimiendo por la desconsolada aridez de los dioses. Cuando terminaron hubo una salva de aplausos.

—¡Y pensar que estas voces sublimes no son sino la sombra de lo auténticamente sublime! —exclamó Amanda, doblemente voluble ahora por la excitación que le había producido la música.

Fue como si hubiera recibido nuevos ímpetus, que llevaron su monólogo a un nuevo estadio, más íntimo y patético:

—Cuando digo que mi marido es un monstruo no estoy haciéndote una confesión, Piero. Todo lo contrario. Ese hombre es públicamente un monstruo de las cualidades secretas. Por un breve lapso (pero más que suficiente para que admire todo el panorama de las largas avenidas del infierno, puedo asegurártelo) he visto qué significa la esclavitud, la esclavitud del alma. Mi máquina no resiste al peso de una horrenda malignidad que tiene derechos constituidos sobre mí. Por momentos siento como si todo mi mecanismo se detuviera y se hundiera lentamente en lógamos. ¡Ese hombre es un técnico de la peor de las aberraciones: la de hacerme sentir una mujer! Yo misma veo que el mundo es horriblemente injusto, pero ¿por qué se ensaña conmigo? El barón es nefasto, me destruye, me anonada. Es preciso que convenzas a mi padre, Piero... No creas que soy libre, porque me ves aquí. Ahora soy feliz,

mientras dura un suspiro. ¡Pero ese suspiro es mi alma, y está colgada sobre los mataderos! Afortunadamente hace casi seis meses que no lo veo, ni sé nada de él. Pero sospecho que me vigila. O más bien, que podría vigilarme. Sería muy propio de él. Mandar espías, saber de mí, pensar en mí ¡con desprecio! Me cree una idiota, una rezagada. Nunca más viviré en sus casas. Ahora volveré a ser la hija de mi padre, y tu hermana, Piero. Debes ayudarme, debes ser comprensivo conmigo, siquiera por una vez en tu vida. ¿Crees que debería usar azul siempre? Me han dicho varias personas, que no se conocen entre sí, que es el color que mejor me sienta. Me gusta el azul profundo, el que brilla y hace soñar, no ese azul raspado, triste, como el del cielo. El azul siempre debería hacer pensar en el negro.

El Micchino, que había tenido la mirada perdida en la brillante concurrencia que circulaba alrededor de ellos, y que por efecto del embotamiento de sus oídos y su cerebro tomaba las características de un mundo congelado, vio de repente algo que le hizo pensar que Dios existía, que no todo era máquina como decían estos filósofos franceses que habían cautivado a Amanda. Vio a alguien a quien nunca jamás habría esperado hallar en esa recepción en ese palacio, esa noche, y fue menos la sorpresa y el placer que sintió al verlo que la comprensión de que constituía la excusa perfecta para apartarse de Amanda, quizá la única que ella podía admitir. En efecto, esta joven había sido criada en la más absoluta obediencia al respeto que merecía el arte del Micchino y, por reflejo, el de sus pocos pares. Hoy en día ya no tenía pares, brillaba como un astro único, pero hasta hacía unos pocos años había habido un maestro respetado por sobre todos los demás, un castrato napolitano como él, radicado desde su madurez en Inglaterra... y precisamente esta persona era quien había atraído la atención maravillada del Micchino, y quien lo veía a su vez y avanzaba hacia él sonriendo: il Mogano, llamado así por su piel oscura, que ahora (como siempre) lucía perfectamente blanca tras una capa espesa de maquillaje.

—Amanda —la interrumpió—, tendrás que perdonarme, pero aquí viene alguien muy inesperado para mí: il Mogano.

Ella se volvió, sorprendida. El viejo castrato se inclinó ante la joven:

—La bella hija de mi amigo el barón Augusto —dijo—. Tendré el mayor de los placeres en saludar a su padre. —Y volviéndose hacia el Micchino, con una sonrisa—: Maestro...

El Micchino hizo una reverencia, humillándose:

—Maestro... —dijo a su vez.

—¿Cuánto hace que no nos veíamos? ¿Cuatro, cinco años? Tu fama ha progresado mucho. Necesitaba oírte...

—Creía que estabas en Londres, en el Cantum.

—Ja, ja, me reemplaza un doble. Rara vez canto. ¡Pronto cumpliré cincuenta años! Me resulta muy fácil hacerme reemplazar, ¿sabes? Desde joven me maquillé demasiado, para ocultar esta piel oscura de africano que tengo —dijo exagerando—. Ahora cualquiera puede ponerse mi máscara. Tengo media docena de empleados que me reemplazan cuando viajo, ¡y casi siempre estoy viajando! Por otra parte, si no hubiera inventado esta treta hace muchos años, la habría inventado ahora, porque no quería perderme tu estreno por nada del mundo. He venido a oírte, niño, nada más que a oírte. El hilo dorado de nuestro canto persiste, y debemos asegurarnos de que no se corte antes de tiempo.

13

El Micchino echó la cabeza atrás para reírse de algo que le decía su amigo, y al hacerlo vio el cielo de la medianoche despejada sobre Viena como los rastros de un ave luminosa. Se lo enseñó al Mogano con un gesto amplio de la mano, y un suspiro:

—¡El cielo, el cielo... el cielo eterno y rumboso! No participa de nuestra conversación, pero habla. Habla sin cesar y no se modifica para hacerlo. Su discurso está desplegado por entero desde la eternidad, y es silencioso y enigmático. Habla, y nadie lo entiende.

—Quieres decir: «no lo castran» —dijo el otro.

El Micchino pensó que, como siempre, el viejo se adelantaba a sus propios pensamientos, los llevaba a una conclusión lógica a la que él no llegaba casi nunca por falta de interés o persistencia en el pensamiento. La compañía del Mogano le resultaba estimulante, aunque nunca se veían más de dos o tres días seguidos, cuando la casualidad los hacía coincidir en algún viaje. Pero se preguntaba si podría soportarlo por un lapso más prolongado. Después de años sin verse, esta ocasión nocturna se mostraba ideal para una conversación. Se habían escabullido de la Hofburg y ahora caminaban lado a lado, solos, por la ciudad dormida y desierta.

—Ah, el cielo canta maravillosamente. Y es cierto, no lo castran. Pero dime, ¿es cierto que te haces reemplazar por un doble? ¿No lo advierten esos admiradores tuyos que ni siquiera admiten que mi voz puede compararse a la tuya? Desde que tengo cinco años vengo oyendo que tu voz es tan incomparable, tan única...

El viejo soltó una carcajada:

—¡Precisamente por eso, amiguito! Tanto lo han dicho que ahora la fama se ha apoderado de la voz, y da lo mismo que cante yo o el peor de los alumnos de nuestro fra Battista. Cuando alguien se decide a oír al Mogano, a dejarse transportar por la voz del Mogano... entonces oye al Mogano, así chille un gato. Ya te pasará lo mismo. De hecho, ya podría estar pasándote. ¿Crees que lo notarían, si la semana que viene te haces suplantar por el primer recién venido?

—Es una idea un tanto... molesta. Creo que sí, lo notarían.

—En ese caso, te falta un poco para llegar a ser Il Micchino, ja, ja, ja.

Con las risas, volvieron a alzar la mirada.

—El semen del cielo corre —dijo el Micchino.

—Sí... La noche está impregnada. A eso me refería... Escucha, cuando puedes hacerte suplantar impunemente, significa que has podido engendrar otro, y como sabrás, en nuestro caso... Han arrojado mucho de ese líquido blanco sobre lo negro... ¿No es excitante pensarlo? Es tu Dánae, mi joven amigo. Quiero decir, eres tú...

—El sol es el hijo del cielo nocturno —dijo el Micchino prosiguiendo con el hilo de sus metáforas.

—Y la luna es la madre, la madre estéril, la gran castrada. Oye, debemos ver el parto de la luna sobre este río. Recuerdo haberlo visto alguna vez. — Caminaron en silencio un momento, y después el Mogano agregó, en otro tono de voz—: Hay mucho amor en la noche, es imposible no verlo. Viena-Venus. ¡Hasta estas ruinas —exclamó señalando con un gesto semicircular del brazo los flamantes palacios que se alineaban en la avenida— tienen amor! ¿Has notado que siguen edificándolos? Quiero ver el Belvedere, no lo vi terminado.

—¡No vale la pena! Es blanco.

—Eso debí suponerlo. Aun así, querría echarle una ojeada.

Pasaban frente a la biblioteca Leopoldina, una masa blanca en la que parecía concentrarse toda la penumbra de la estrellas. Más allá de la Rotonda se abría la Bergstrasse, poblada de cafés ahora cerrados y desiertos, y el pico aguzado de la catedral de San Esteban, en el otro extremo de la calle, ocultaba las estrellas bajas. En efecto, parecía una ciudad abandonada; las fachadas tenían algo de amenazante. No había brisa, lo que acentuaba el silencioso pavor nocturno. Las dos figuras tan semejantes, altísimas, delgadas, con sus pelucas empolvadas y los brillantes trajes de corte, se alejaban del brazo, el sonido perezoso y ligeramente agudo de los tacos resonante en las piedras de la calle. A lo lejos pasó un coche, y otro atrás, los caballos resplandecientes como sucedía siempre de noche. Poco más allá doblaron por una de las avenidas que desembocaban en el Prater, cuyos árboles los empequeñecieron de pronto, las copas negras cargadas de un susurro inaudible. Tomaron por una de las calles que bajaban hacia el río. Viena era la ciudad del cielo, pensó repentinamente el Micchino. De ahí ese blanco tan profuso, ese despliegue de perfección en los palacios, alejados uno del otro, todos ellos con ese toque de rococó (incluso los viejos) ligeramente artificioso, como si sus arquitectos hubieran temido que realmente se confundieran con la desnuda simplicidad de los astros.

—Esta aldea de ricos —dijo el Mogano—, es irreal. No comprendo por qué no tiran abajo las murallas. Así podrían edificar más palacios, más lejos... Pero quizá sea lo más prudente. Viena podría cubrir el mundo, anillo tras anillo.

Subieron a uno de los puentes, y se apoyaron en una de las barandas de piedra, mirando el agua que fluía. Comentaron que las melodías del agua eran demasiado rápidas. ¿Quién sería el ingeniero genial que las volviera lentas? En ese momento vieron salir la luna, enorme y morada.

Se quedaron un minuto en silencio mirándola. El Micchino vio en el gran disco perfectamente redondo una cara, una cara hinchada por el esfuerzo de cantar, empolvada con algo más que una capa de maquillaje, cubierta de un blanco que nunca lograría atravesarse.

—¿Sabes en qué pienso? —le dijo a su amigo—. En la primera vez que te oí cantar. Fue hace muchos años, yo era un niño, y había esperado ese momento con ansiedad. Tu fama entonces, como ahora, era absoluta. Herr Klette me llevó a verte. Sabes, estabas algo más gordo en aquel entonces, o quizá hinchado, y llevabas, como siempre, ese maquillaje tan espeso y blanco...

—¿Sería yo? —dijo el Mogano—. En realidad, hace muchos años que me hago suplantar cuando no estoy de humor para salir a escena, y casi nunca lo estoy. No recuerdo haber estado gordo ni hinchado nunca.

El Micchino se sobresaltó. Jamás se le habría ocurrido. Miró de reojo a su amigo. Ahora también, el rostro era invisible bajo la gruesa capa de cremas y polvos, con cuarteaduras microscópicas alrededor de los ojos.

—¿Siempre te has pintado tanto?

—Siempre. Desde que era un jovencito. Mucha gente se ha muerto ya (porque soy viejo) sin haberme visto nunca desprovisto de mi mascarilla.

—Pero entonces ¿cómo se ha sabido que eres de piel oscura? ¿Por qué te han puesto el apodo de Mogano?

—Oh, la caoba... en fin, es un árbol americano.

—¿Tienes antepasados africanos?

—¿Por qué no? Seguramente todos los tenemos.

El Micchino no siguió ese rumbo de conversación, porque vio que no sacaría nada en claro. Volvió a aquella primera vez que lo había visto y oído.

—Yo era casi un niño, estaba en vísperas del gran crecimiento, tan peculiar en nosotros. Era un niño pequeño, regordete. Sabía que en pocos años todos mis huesos se estirarían, y me volvería más alto que todos los hombres comunes. Por supuesto, sabía que ese proceso sería lentísimo,

insensible, y no me asustaba. Pero tenía un miedo: el de volverme una mujer. Ya me habían dicho que no sería un hombre, que no tendría fuerza ni el carácter dominante que debían tener los hombres, y no se me ocurría sino la alternativa de volverme una mujer como las que veía asistir a la capilla del conservatorio, y después las princesas en cuyas casas cantaban, en Roma. Fue allí donde te vi una de las primeras veces que me llevaron al Argentino. Hacías de Tetis. Eras la primera gran estrella del canto que veía; supe de inmediato que mi destino sería muy distinto de lo que había imaginado. Cuando saliste al escenario, tan blanco, tan inmenso, los demás actores te llegaban al codo, con tu inmenso vestido bordado... ¡Eras la supermujer! De algún modo, era todo lo que debía saber.

—Ya veo... No, no serías una mujer. No lo fuiste. —El Mogano se quedó callado unos instantes. La luna subía, y de pronto hizo brillar toda el agua del Danubio como las escamas de una colosal serpiente trémula—. Ya recuerdo aquella Tetis. Fue hace unos quince años. Sí, todavía no habías empezado a brillar... Creo que no era yo. Siempre me disgustó cantar en Roma. Probablemente en ese momento estaba muy lejos, en la Toscana. Pero no importa. En cierto modo sí era yo: era mi nombre, y mi fama. Ahora me hago sustituir por cansancio y flaqueza, entonces lo hacía por causa de mis amores, porque vivía enamorado. Era más joven, y amaba a mujeres hermosas y místicas. Hoy día he abandonado todo eso.

Se quedaron otra vez en silencio, ahora sombrío, como solía serlo entre castrati cuando hablaban de las alternancias del deseo en sus vidas. Pero el Mogano estaba de humor filosófico, y alzando un brazo en dirección al astro resplandeciente, que ya empezaba a hacer brillar las prolongadas perspectivas de palacios que se abrían a la derecha del río, dijo:

—Mi pequeño amigo, debes recordar siempre que la luna es única. La mujer en cambio, tiene dos vertientes: puede ser La Niña, la virgen, o puede ser La Mujer, esa especie de puta. Por eso la luna es extraterrestre, y no porque esté tan lejos de nosotros: es porque no tiene alternativa. Es cierto que en algún momento de nuestra vida (al comienzo, pero también después, en lo intempestivo) debemos escoger en el camino de la mujer. Hay que tener presentes los dos tipos, y elegir a ciegas, y no equivocarse. En esa materia el error es grave. ¿Sabes?, a veces creo que yo elegí mal. Porque no sé qué elegí.

El Micchino soltó una risa:

—Mis preferencias se inclinan decididamente por el tipo opuesto a la virgen o a la muchacha. Amo a la mujer profunda. Además, creo que es más lujuriosa...

—¡Ja, ja! Eso nunca puede decirse de antemano. Sí, es raro... Lo normal sería pensar que la muchacha se transformará en la mujer con el paso del tiempo, pero no es así. Cuando uno ama, ama una esencia inmutable. — Suspiró, y después siguió, en una de sus características evoluciones tópicas—: Hoy el destino de Europa está en manos de simulacros de mujeres: el Bienamado, María Teresa, la rusa... Inglaterra es sodomita, te lo puedo asegurar yo que estoy viviendo allí desde hace tres décadas, y Federico, que intenta crear de la nada (de la nada prusiana, que es la más volátil) la Inglaterra continental, dice serlo. Al menos le ha hecho creer a sus húsares, y a un par de divulgadores franceses, que incorpora la culebra petrificada. Creo que es esta ilusión femenina la que ha provocado el auge del espionaje. Porque a un hombre jamás se le ocurriría preguntarse qué hace el prójimo cuando no está visible, ¿no?

—Quizá sí.

—No me guío por las probabilidades. Sea como sea, nuestro siglo ve la declinación definitiva de la supremacía del hombre sobre la mujer. Se abren nuevos caminos... Sabes, no es improbable que en el futuro las mujeres incluso quieran gozar de los placeres del sexo sin concebir. En ese caso, los castrati, y solo los castrati, podrían funcionar.

—Pero eso significaría la extinción de la humanidad.

—No, no —exclamó el Mogano, acalorado—, te sorprendería saber hasta qué punto está asegurado el futuro numérico de nuestra especie. Y te diré algo más: ese movimiento comenzará por las testas coronadas. Podría comenzar hoy mismo, o podría haber comenzado, si te hubieras quedado en la Hofburg... La bonita amazona que heredará este imperio te miraba con ojos interesados... —Estalló en una carcajada, a la que se unió el Micchino, y siguieron riéndose al descubrir que un eco remoto, vegetal, sonaba entremezclado con el murmullo plomizo de las aguas. El Micchino soltó un grito agudísimo que atravesó toda Viena como un rayo, se hundió en el cielo y pareció volver más pálida a la luna.

Después, volvieron a caminar. Se alejaron de las murallas, y por deseo del Mogano cruzaron frente a las verjas sombrías del palacio de Liechtenstein, que brillaba como una construcción hindú en el barroquismo romanizante de sus mármoles, y después por el de Schönbrunn, que era exactamente igual al anterior, idéntico como una gota de agua a otra, salvo que orientado de otro modo; así, dijeron, giran los astros, y la falta de imaginación de los aristócratas.

—Escucha —dijo el Mogano—, tengo que confesarte algo...

El Micchino le dirigió una mirada fugaz. Caminaban junto a la verja altísima del Schönbrunn, toda en hierros negros, y la luna proyectaba sobre ellos la sombra nítida de los barrotes. El traje blanco del Mogano había tomado una fosforescencia rara. Lo oyó reírse, primero en voz baja y después con un arpegio alto y agudo. El aire nocturno sumado al ejercicio y la conversación los habían llevado a un estado de euforia que no respondía a nada preciso y estaba lejos de ser alegre.

—Sabes, niño... Creo que no vine exclusivamente a oírte. Aunque fue uno de los motivos, o podría decir, el determinante.

—Lo sospechaba. Hoy día, nada obedece a una causa única. No me explico qué esperan los efectos, a su vez, para duplicarse.

—Ya se han duplicado, si eso es lo que te preocupa. O triplicado. Mira... Viena es la ciudad de las brujas, al menos es lo que me han dicho. Y sentí curiosidad por consultar una, quiero decir una de las buenas. En fin... ya he estado antes aquí por lo mismo, pero nuestras fuentes se renuevan, y esta vez he consultado a una muy especial.

—Pero ¿por qué...?

—Oh, eso. Estoy un poco preocupado. Tengo cincuenta años, y sabrás que la técnica del canto es difícil, exigente. ¿Ves?, es lo que decíamos hace un momento. No solo al comienzo de la vida recurrimos a las ideas de la mujer, sino también cuando se anuncia el final. He ahí una especie novísima: la de la hechicera. Estoy persuadido de que podrá hacer algo. No podría dejar de cantar y seguir viviendo. Creo que eso es una fatalidad en nosotros. Y todo lo que necesito para seguir cantando es un pequeño suplemento de técnica...

—¿Pero no me decías que te haces reemplazar en el escenario? ¿Qué importancia puede tener?

—¡Toda la importancia del mundo! Ahora no hablo del teatro, sino de mi voz, en términos absolutos. Mi precioso tesoro, que ahorro tanto... ¡ja, ja!

No había ninguna felicidad en esa risa. El Micchino miró a su amigo y vio que tenía los ojos fríos, entrecerrados, y de todo su continente fluía un aura lívida.

—¡Pero es absurdo! —le dijo—. Es... inocente, creer que podrían devolvarte la juventud o algo por el estilo.

—No me preocupa estar equivocado, sabes. Todo lo contrario. En ciertos momentos conviene pensar mal, así es como progresa la historia. ¿Por qué obstinarse en tener razón siempre? Ese es el gran absurdo platónico de nuestra civilización. Por otra parte —agregó bajando la voz—, no significa sino dar un paso más en el camino de la castración. Cuando han detenido el tiempo por

ti, y te han apartado de la muerte... bueno, no hay más que profundizar en esa dirección.

—¿Crees en Dios? —le preguntó el Micchino.

—No. Busco efectos puramente terrenos. La hechicería es una técnica, una pura técnica, como la del canto.

Iban por una calle que se internaba en el barrio gótico, el Saturno propiamente dicho de Viena, y el Micchino supuso que lo estaba llevando a algún sitio. Fueron cerca de un kilómetro sin hablar, y doblaron un par de veces. El Mogano, cansado, iba despacio, algo cargado de hombros. Se detuvo ante un patio y le tomó el brazo:

—Si quieres, te presentaré a mi bruja. Anoche estuvimos conversando, y quedé en venir a verla después de la recepción.

El Micchino levantó las manos mostrando las palmas:

—Puedo irme. No quiero parecer entrometido.

—De ningún modo. De hecho preferiría que vinieras. Siempre es preferible tener testigos cuando uno va a hacer algo imperdonable.

Volvió a reírse, ahora más naturalmente. Se introdujeron por un gran portal y subieron las escaleras. A partir del segundo piso, el edificio parecía una especie de inquilinato; era al tercero adonde se dirigían. El Mogano parecía no orientarse del todo bien, aunque según dijo había estado ahí la noche anterior. Tomaron por un largo pasillo oscuro, y cuando las pupilas se les dilataron lo suficiente vieron una hilera de puertas a la luz de la luna que se introducía por una ventana alta en el hueco de la escalera. Volvieron atrás:

—Debo contar las puertas —dijo el Mogano—. O mucho me equivoco, o es la quinta, a la derecha.

Lo hicieron. Salvo que al comienzo, había dos puertas juntas y no recordaba si debía contarlas como dos o como una. El Micchino, divertido, opinó:

—Me parece que es una puerta doble.

—No, no. ¿No ves que tienen dos llamadores?

Sin mucha convicción, el Mogano llamó a la puerta que creía la correcta. Todas eran iguales. Y el edificio entero parecía dormir. No se oía el vuelo de una mosca, de modo que hizo sus llamadas lo más silenciosas que pudo. No hubo respuesta durante un largo momento. Al fin oyeron un ruido mínimo, y la puerta se entreabrió. Una viejecita de cofia, muy pequeña, los miró desde la oscuridad.

—¡Señora, creo que nos hemos equivocado! —se apresuró a exclamar el Mogano llevándose una mano a la cabeza. Tomó al Micchino por el brazo y

lo apartó, farfullando unas excusas. La puerta volvió a cerrarse.

—¡Qué error! —dijo—. Tenías razón, debía de ser una puerta de dos hojas, así que la que buscamos tiene que ser esta.

Pero tampoco ahora estaba convencido, y su llamado en la puerta siguiente fue mucho más leve que el anterior.

—¿No deberías volver de día? —le dijo el Micchino riéndose.

—Ya que estamos, no nos cuesta nada probar. Además, esta señora ha de estar esperándome. Debí tomar bien las señas. —Como pasaron unos minutos sin recibir ninguna respuesta, se animó a golpear con más fuerza. Al fin se oyó un susurro dentro, unos pasos, y la puerta se abrió. Era una mujer, de blanco. No oyeron nada, pero ella se derrumbó de inmediato. Contuvieron el aliento. Había una vela encendida dentro, evidentemente la mujer la había traído hasta la puerta y la había apoyado en un mueble antes de abrir. Se inclinaron, y la notaron fría y desvanecida como una muerta. Pero respiraba regularmente.

—¿Qué habrá pasado? —dijo el Mogano en un susurro.

—Quizá se asustó. —El Micchino pensó que realmente debían de haber constituido un espectáculo aterrador en las sombras: esas dos figuras sobrehumanas, con sus pelucas y polvos, como dos fantasmas. Y era obvio que el Mogano había vuelto a equivocarse de puerta. Por su parte, habría querido marcharse. Pero su amigo tomó por las axilas a la mujer y la arrastró adentro. Se metieron y cerraron la puerta, y depositaron a la mujer desmayada en un diván grande que había en el centro del cuarto. Solo entonces echaron una mirada alrededor.

—Es aquí —dijo el Mogano—. Supongo que esta ha de ser la criada.

No lo parecía. De hecho, el aspecto del cuarto no hacía pensar que en la casa tuvieran una criada. En una camita en un rincón dormían dos niños. El Mogano se encogió de hombros y se sentó en una de las butacas. Invitó al Micchino a sentarse.

—Esperaremos —dijo.

Se sentaron, y contemplaron a la mujer, que no reaccionaba. Había un hornillo, muebles viejos, algunos retratos en las paredes.

—¿Y la lechuza? —preguntó el Micchino.

El Mogano miraba fijo la alfombra a sus pies. Se le veía desconcertado. En eso, oyeron movimiento en la pieza contigua, y sintieron que alguien los miraba desde la puerta abierta. Pero no hubo nada más. Eran observados. El Micchino volvió a pensar en lo curioso de la situación: un matrimonio dormido había oído golpes en la puerta, la esposa había ido a atender... Y

ahora el marido se levantaba de la cama, miraba por la puerta de la sala y veía a dos señores fantasmales con ropa de corte, a la luz de una velita, esperando junto al cuerpo exánime de su mujer. No podía extrañar que no supiera qué actitud tomar. El Mogano debió de pensar lo mismo, pues miró al Micchino y le dijo moviendo los labios, casi sin sonido:

—Creo que hemos cometido un error lamentable. Lo más lógico sería marcharnos.

El Micchino, que empezaba a divertirse, le respondió de la misma manera:

—No, quedémonos a esperar a la bruja. Estoy seguro de que nos atenderá cuando vea qué cliente tan paciente eres.

El Mogano se puso de pie y fue directamente a la puerta. El Micchino lo siguió. Salieron y cerraron sin ruido. Vieron que la viejecita de la cofia había vuelto a asomarse, ahora con un candil, y asentía con la cabeza, como pidiendo disculpas. El Mogano fue hacia ella.

Señora, creo que debemos disculparnos otra vez...

—Sí, sí, mi hermana está esperándolo, caballero.

Los hizo pasar. El Mogano miró al Micchino y alzó los ojos al cielo.

El cuarto no era demasiado distinto del otro, lo que justificaba hasta cierto punto el error. La viejecita, con la naturalidad de un duende, los condujo a otra habitación, muy pequeña, donde solo había una escalera espiralada que subía. Los dos caballeros, inclinando sus estaturas excesivas, treparon y asomaron por el piso de lo que era el aposento de la bruja, amplio y caldeado. La bruja en persona los recibió, y habló con el Mogano en latín.

—Le presento a mi amigo... Piero Dell'Acqua —dijo.

La vieja le dirigió una breve mirada. Era una mujer marchita, vestida sobriamente de negro. Había unos silloncitos, una mesa alargada, vacía, y otra contra la pared, más grande y llena de objetos, cubiertos por un lienzo blanco. El Micchino observó los cuadros en las paredes. En una había tres tablas de mediano tamaño, pintadas al parecer por una mano infantil: grandes ojos, siluetas de animales, soles, lunas y estrellas, todo en los colores más chillones. Otra de las paredes estaba cubierta por una tela blanca pesada, como un telón teatral, y en la tercera había una hilera de pequeñas tablas con pinturas torpes, que representaban manos, columnas, figuras en adoración, o meros signos. Obedeciendo a la invitación de la dueña de casa se sentaron, y habrían bebido algo si los hubieran invitado: la pequeña comedia de sombras les había dado sed.

—Entiendo —dijo la bruja—, que tuvo ciertas dificultades en localizar el departamento.

—En efecto —dijo el Mogano, y como no tenía ganas de dar más explicaciones hizo un gesto en dirección a los cuadros—: Ayer no los había visto...

—Oh... —dijo ella encogiéndose de hombros—. Pequeñas decoraciones. Suelo taparlos. ¿Le gustan?

—¿Los pintó usted? —preguntó el Micchino.

Ella no se molestó en responder. Era más joven que la viejecita de la cofia, que había dicho ser su hermana. Llevaba una gruesa lupa colgada del cuello, y por el gesto tenso de los ojos y la deformación de los arcos superciliares el Micchino dedujo que debía de ser muy miope. Tenía un tic por el que estiraba ligeramente la cabeza hacia delante. El Mogano, quizá malentendiendo el gesto como una pregunta, se apresuró a decirle:

—Pues bien, aquí estoy como habíamos convenido. Supongo que habrá decidido algo respecto de mi demanda.

—Sí, sí —dijo ella con un gesto evasivo—. Lo haré.

—¿Será difícil?

—No. ¿Por qué? Nada es difícil para la magia, por definición, ¿no es así?

Parecía dar por sentado todo el asunto. El Mogano sacó de un escondrijo en el traje una bolsita de terciopelo y abrió el cordón. Mostró en la palma de la mano lo que al Micchino le pareció un espléndido circonio rosa, del tamaño de un champiñón. Se lo pasó a la mujer, que lo palpó minuciosamente. Al menos, pensó el Micchino, había tenido el buen gusto de no examinarlo con la lupa. Se quedó callada un largo momento, y el Mogano, como si recordara algo importante, le pasó la bolsita, donde ella guardó la gema, y luego la dejó en la mesa. Se quedaron inmóviles, y no parecía haber nada más que decirse. El Mogano suspiró:

—De modo que no será difícil.

—No.

Se levantó, seguido por el Micchino, y fueron hacia la escalera.

—¿Cuándo será, entonces?

—Deme unos días... Venga a verme cuando guste.

Se despidieron y se marcharon. La calle seguía tan silenciosa y vacía como antes. El Micchino tenía la sensación de haber presenciado un sueño ajeno, un sin interés para su persona.

—¿Eso fue todo? —le preguntó a su amigo.

El Mogano se encogió de hombros.

—¿Qué esperabas? La brujería es así, trivial.

—Ya veo. Bueno, creo que es hora de despedirnos.

—No, no, debes venir a mi posada. Estamos muy cerca, y nos vendría bien beber algo.

Su amigo creyó más prudente ahorrarse los comentarios. Caminaron unas cuadras, y tuvieron la rara ocasión de ver uno de los fenómenos con que la naturaleza premiaba a Viena: era la hora, la más nocturna y lunar, en la que nacían las mariposillas del Danubio. Espesas bandadas que ocupaban el aire se precipitaban en vuelo tambaleante del agua a los árboles del Prater; las minúsculas alas transparentes de los insectos condensaban todo el brillo de la luz lunar, y era como ver en el aire un pasaje de blanco. El Mogano, notó su joven amigo, no percibía nada de eso. Obviamente, la edad lo había vuelto narcisista. Justo enfrente de la Ruprechtskirche, en un edificio de cinco pisos, se alojaba el Mogano. Le dijo que había alquilado unos cuartos, y que no traía mucha compañía. Subieron al piso noble, y con una llavecita de plata el Mogano abrió una puerta baja.

—Espera ahí —le dijo al Micchino, que se quedó en el umbral mirando la oscuridad. Al instante el viejo había encendido una pomposa lámpara con la pantalla de porcelana color carne. Apareció en el resplandor penumbroso una salita lujosa, típicamente vienesa: sillitas frágiles, blancas, el rococó frío, y los infaltables platos de Dresde en las paredes. Se sentaron, y el Mogano sirvió dos vasos de vino.

Bebió con fruición y volvió a servirse de inmediato.

—¡Estos claretos austríacos, parecen seres vivos! Tienen un sistema propio de refrigeración. Nunca he tomado uno que no estuviera a la temperatura adecuada.

—Creo —le dijo el Micchino sonriendo—, que aceptas la realidad con demasiada benevolencia.

El Mogano soltó una risa:

—¡Eso es el máximo de exigencia, muchacho! Ya lo averiguarás, a tu costa, me temo. —Volvió a paladear el vino, y le hizo un gesto indicándole la botella: la copa del Micchino se había vaciado también—. Sabes, las cepas de las que salen estos sabores, son lo más fugaz que hay. Una epidemia, y se extinguen. Ha ocurrido en el pasado... En nuestro siglo, todo ha llegado a la cristalización, en las costumbres, en la cultura, en la historia. Estamos en el ápice de lo humano. Pues bien, nuestras cepas, las de toda Europa, son esta realidad que saboreamos cotidianamente. Pero bien podría ser que mañana se extinguieran. Habría que recomponerlas, pero aproximativamente. En unos pocos años se lograrían otras semejantes: según la memoria gustativa de los expertos. Pero esa reconstitución nunca sería perfecta. Las generaciones

posteriores no tendrían modo de saber, ni de imaginar, qué era lo que saboreábamos nosotros... ¿No te parece que es el único modo seguro de establecer edades históricas? Un corte de lo verdaderamente inimaginable. — Miró la transparencia de su vaso contra la luz carnal de la lámpara—. ¿Sabes? Creo que el amor es lo mismo. Hay estratos completos de costumbres y percepciones que se pierden... A propósito, tienes que conocer a un niño que he traído conmigo. Quizá pronto me reemplace en los escenarios. Tiene linda voz... Pero es otra cosa lo que me interesa en él, ya verás. —Soltó una risita suave.

Lo invitó a seguirlo, con un gesto. Fue a una puerta blanca y dorada, la abrió y se introdujo en la habitación contigua sin llevar luz. La noche, que se había iniciado bajo los auspicios del resplandor imperial, terminaba siendo la noche de las puertas en la oscuridad, pensó el Micchino al ir tras él. Era un cuarto pequeño, ocupado casi todo por una cama alta en la que dormía un joven castrato (esto último podía deducirse por el ritmo inmenso de su respiración), un niño de no más de doce años, con el cabello tan largo que caía a un lado del lecho. El Mogano tomó el borde de la sábana con desenvoltura y la apartó en un solo movimiento suave: era como si toda su vida hubiera estado haciendo lo mismo, como si levantar esa sábana fuera el abecé de la mundanidad. El joven dormía desnudo. Se hicieron a un lado para que lo iluminara la luz que se filtraba por la puerta abierta. El Micchino contuvo la respiración. Era una *trouvaille*, en efecto; la edad no había embotado el olfato estético de su viejo colega. El cuerpo que tenía ante los ojos era la más perfecta combinación de belleza humana (y en ese sentido era un cuerpo más) y belleza a secas. Era un espectáculo que hacía soñar. El niño seguía dormido, profunda y apaciblemente. ¡Qué gimnasia superior era la castración, para producir un resultado como este!

—¿No es hermoso? —dijo el Mogano—. A veces me pregunto si no me habría convenido ser pederasta, como mis amigos ingleses. —El Micchino se rio—. Lo llevo a todas partes conmigo: es un constante objeto de meditación... Salvo que no es un objeto, y eso tiene algo de paradójico. La belleza es pensativa...

El Micchino recordó haberle oído esa misma frase a un rey.

Ahora el Mogano lo despertaba, sin contemplaciones.

—¡Levántate, pequeño! Mira quién está aquí: el Micchino. —Y en un aparte, a este—: Eres su ídolo.

El jovencito abría los ojos y miraba la silueta sobrenatural del Micchino a contraluz. Estiró las piernas, con un impudor de criatura: era como ver

moverse a una estatua. Con él se movía todo, ondulaba lo inerte.

—Vamos, vístete —le dijo el Mogano arrojándole un vestido fabulosamente blando. Acompañarían al huésped de vuelta a su casa. El Micchino trató de disuadirlo, pero no valía la pena ser razonable en esa escena. Era cruel hacer levantar al niño en medio de la noche, y sin embargo era lo adecuado. Es cierto que todos los viejos son crueles. El joven se pasó el vestido por la cabeza.

—Se llama Ardie —murmuró el Mogano sin quitarle los ojos de encima.

—¿Ardie? —exclamó el Micchino—. ¿Un castrato inglés?

—¡Oh, por supuesto que no! Ja, ja, qué ridículo. Es italiano.

En un instante Ardie estaba vestido, y se había transformado en una doncella algo bucólica. En cierto modo, así quedaba disimulado. Volvieron los tres a la sala y tomaron otro vaso de vino. El niño no hablaba, parecía sonámbulo. ¿Lo sometería su patrón todas las noches a estas veladas imprevistas, al volver de sus charlas con las brujas? Nada parecía más probable. Le contó al Mogano el accidente que había habido en su casa y le preguntó si Ardie aceptaría ir a hacer amistad con sus tres jóvenes protegidos, que se encontraban tan poco animados: la novedad de este joven hermoso, este emblema simultáneo de la humanidad y la belleza, podría sacarlos del malhumor. El Mogano no se mostró entusiasmado.

—Cuando te dije que no le sacaba la vista de encima, hablaba en serio. Pero sí, podemos ir a ver a tu compañía, y hasta podríamos salir todos de paseo...

—Ahora sí debo irme. Ya debe de estar por amanecer.

—Es cierto. Siempre me olvido del verano.

Bajaron. En efecto, se anunciaban las primeras luces. Pero todavía no aparecía nadie por las calles. Viena se iluminaba antes que otras ciudades por la mañana, porque estaba en una depresión, y la gravedad actuaba sobre la luz con más fuerza. Caminaron despacio en el rocío que empezaba a brillar, comentando las ventajas de no dormir de noche: los ojos estaban preparados para la mañana. Vivir de día equivalía en cierto modo a atrofiar la mirada. Fueron hacia San Esteban, y al llegar a su escalinata el Mogano anunció que se quedarían allí un rato. El Micchino siguió solo; cien metros más allá volvió la cabeza y los vio tan pequeños como si estuvieran a cien kilómetros, pero muy brillantes y recortados en el amanecer blanco.

Al llegar, se encontró una animada tertulia. Todos estaban levantados esperándolo. Sentados en la sala, tomaban café servido por las criadas de Milena. Ni siquiera faltaba Lionello Venutti, que fue el primero en dirigirle la

palabra: estaba interesado en la presencia del Mogano en la ciudad. Ni siquiera podía creer que fuera cierto. El Micchino se sentó y aceptó una taza de café muy caliente, en cierto modo, y quizá por primera vez, lo reconfortó. Herr Klette vino a sentarse a su lado y le habló en voz baja: tenía algo muy privado que comunicarle, dijo. Lamentaba no haber podido hacerlo en la recepción misma, pero su escapada repentina se lo había impedido. Y había quedado preocupado al notar que junto con él había desaparecido el Mogano, precisamente el objeto de sus prevenciones.

—¿Adónde fueron? —le preguntó.

El Micchino se limitó a responder con un gesto vago de la mano: no tenía importancia.

—Ese viejo zorro —dijo Klette— no ha venido para oírte, como le está diciendo a todo el mundo. Detesto que te mencione como excusa; mañana podría hacerlo como coartada. Estoy completamente seguro de que está aquí por motivos menos claros. No me preguntes por qué, porque no lo entiendo, pero sé que quiere introducirse en este negocio de moda, el espionaje. ¡Están todos aquí, complotando Dios sabe qué!

El Micchino soltó la risa.

—¿Él también? No me extrañaría. Pero lo veo demasiado viejo para iniciarse. Tenía entendido que era un empleo para jóvenes anónimos.

—Oh, hay para todos. Además, precisamente... quizá así sueñe volverse joven, y anónimo.

El joven arqueó las cejas y se quedó muy quieto un largo momento, pensando. Después volvió a revolver el café.

—¿De dónde ha salido esta manía del espionaje? —preguntó al fin—. Parece ser la pasión más difundida hoy día, y no le veo la maldita utilidad.

—Yo tampoco —se apresuró a decir herr Klette—. Sospecho que todo nació de Luis el Bienamado. ¿Y qué otra cosa le quedaba, al pobre infeliz, después de su padre? Son esas amantes que tiene las que iniciaron el juego: hace años que son la comidilla de Europa, pero solo ahora está empezando a volverse notorio que ellas también hablaban en susurros... Es gracioso: se han disimulado detrás de sus escándalos, y no podía ser de otro modo. Si no fuera algo tan fatuo y pasajero como el trino de la alondra, yo diría que los arqueólogos del espionaje tendrían un campo de estudio amplio, si no albo, en las reales sábanas de París.

—Pero hoy —dijo el Micchino—, debe de ser más que eso. No podríamos estar más lejos de París, y ya ve. Lo que me pregunto, es por qué nos concierne, por qué estamos hablando del tema.

—No lo sé. —Herr Klette hizo una pausa, y suspiró—. Es tanto lo que ignoro... Supongo que tiene que ver con esta nueva consolidación de los Estados. —Cruzó las piernas, y habló en voz más alta—. Los Estados son cofres cerrados, a los que abren las guerras, pero también el saber, la información. Abrirlos significa darlos vuelta como guantes, invertirlos. Y es una operación violenta, en razón de la interioridad inherente al Estado, aun cuando solo se trate de conversaciones y chismes. Eso, y el auge de la música. Nadie lo ha dicho en voz alta, pero sucede que los castrati tienen las llaves de los secretos del Estado. Son los únicos que pueden volver fisiológico y privado al sexo, incluso en las augustas personas, pues en estas solo el temor de contaminar una dinastía con sangres impuras puede obstruir el deseo. Los castrati son el seguro de la legitimidad y, generalizando el razonamiento, son la garantía de la realidad. Es lo que me decía esta noche el imbécil del elector ruritano: si existe un castrato, ¡todo nos está permitido!

En ese momento, desde el vacío fluctuante de su distracción, el Micchino reconstruyó súbitamente algunos hechos o gestos que habían tenido lugar en la recepción, y como un rompecabezas que se armara de pronto en el aire límpido de la mañana comprendió que había sido objeto de un avance de la princesa... y no lo había advertido.

Al atardecer, Lelio había desaparecido. Hildeeve fue a darle la noticia al Micchino, que había dormido todo el día. Su cara grave se asomó a la cama, murmurando. El Micchino se despertaba muy poco a poco, y tardó en entender de qué se trataba. Ella lo tranquilizaba por anticipado: no había que alarmarse, porque ya había desaparecido otras veces antes, aunque a él se lo habían ocultado. Pero ahora sí estaban alarmados; sospechaban que podía faltar de la casa desde la mañana, desde el amanecer, cuando todos se habían ido a dormir. Le trajo una bata y el Micchino se levantó, salió al corredor suspendido sobre el vestíbulo. Y abajo vio a Milena y sus mujeres, que alzaron los ojos hacia él:

—Ese pobre niño —dijo Milena—, deberían salir a buscarlo... Hemos estado tan preocupadas...

—¿Por qué no me despertaron antes? —dijo el Micchino. Estaba desconcertado y lo irritaban esos lloriqueos—. ¿Dónde está Donato?

—En su habitación —dijo Hildeeve.

Fue a buscarlo él mismo. Estaba tendido en la cama, vestido, con las persianas bajas. El Micchino percibió la angustia como una nota sostenida entre las paredes; debía contener la impaciencia, pensó. Fue a sentarse a los pies de la cama, y le preguntó en voz baja:

—¿Sabes dónde puede estar Lelio?

El niño negó con la cabeza, sin hablar.

—¿Sabes dónde podríamos buscarlo?

Tampoco hubo respuesta. El Micchino se sintió abatido. Salió sin hablar, sin saber bien qué debía hacer para darle un giro propicio a estas indecisiones. Por lo pronto, fue a vestirse. Si los encuentros y vagabundeos de la noche anterior le habían parecido teñidos de sueño, ahora sentía agudamente la presencia de la realidad. Y tenía motivos para culparse. Durante estos últimos meses todo había conspirado para que se dejara llevar por una marea de acontecimientos y sensaciones novedosos, fugaces y triviales, y había descuidado a esos niños que estaban a su cargo. La culpa era suya en el fondo. Desde el momento en que había tenido la malhadada idea de retirarse, de volverse anónimo y llevar una vida secreta, todo había salido de sus goznes, aunque en un primer momento bajo la apariencia de un recreo sin consecuencias. Grave error: las vacaciones nunca eran gratuitas. Lelio y

Donato, que no tenían más modelo que él, lo habían visto oscilar en un ocio que quería ser perfecto y no pasaba de inadecuado. Un solo paso al costado, por un capricho y se había apartado sideralmente de todo destino posible. ¿Qué peor ejemplo que ese? El prolongado verano en Venecia había completado la debacle. Encerrados en ese palacio lóbrego rodeado de agua, era un milagro que no se hubieran vuelto locos. Y para rematarlo todo Viena, esta pesadilla blanca. Después de la riña, después de que se hiciera evidente que Lelio no podría cantar nunca más, él no había tomado ninguna medida seria. Había creído que con unas pocas distracciones (y sobre todo huyendo del problema, evadiéndose en esos estúpidos cafés) podría poner solución a lo que no la tenía. Se dijo que ahora habría un cambio radical. Debería poner las cosas sobre sus pies de nuevo; ante todo en su propia vida. Volvería al teatro, asistiría a los ensayos, que había descuidado vergonzosamente. Y pondría un poco de seriedad en la casa. Lo tenía todo a su favor, incluso la presencia de Milena.

Pero cuando estuvo vestido y bajó, sintió una punzada de desaliento. ¿Y si no lo encontraban? Trató de no pensar en esa posibilidad. Milena había mandado llamar a herr Klette horas antes, y el barón ya había salido a hacer una recorrida, todo lo azarosa que podía ser. Alessandro estaba abajo, los ojos dilatados por el miedo, retorciéndose las manos. El Micchino le ordenó que subiera a buscar a Donato.

—¡No quiere bajar! —exclamó el niño con lágrimas.

—Dile que se lo mando. Saldremos todos a buscarlo. —Lo vio subir la escalera, y se dirigió a Milena. Le preguntó a qué hora creía que se había marchado Lelio.

—Ahora —dijo la señora—, pienso que no se acostó siquiera. Debe de haberse ido inmediatamente... No parece haber estado en su cuarto. —Lo miró, implorante. El Micchino sintió una tremenda impaciencia. Comprendía que tarde o temprano lo culparían: él ya lo estaba haciendo. Milena siguió diciéndole que el barón había organizado una pequeña partida, con su valet y Pierre.

Alessandro bajaba precediendo a un Donato sombrío, los ojos hinchados por el llanto. Salieron de inmediato, al suave crepúsculo. La noche que sobrevino fue la más larga de la vida del Micchino. No lo encontraron, y ya de madrugada, en una de las ocasiones en que volvieron al palacio a buscar noticias, se encontraron con herr Klette que apartó al Micchino y le comunicó una triste noticia: alguien había visto al joven arrojarse al río desde uno de los puentes. Eso había sido por la mañana, y esperaban encontrar el cuerpo en el

bosque de los Muertos, donde volvían siempre los ahogados. El sitio estaba a varias leguas de Viena, y podía tardar días...

El Micchino quedó abrumado. Cerró los ojos y se derrumbó en un sillón. Sus peores augurios se confirmaban. De solo pensar en la muerte por ahogo, se le helaba la sangre en las venas. Ellos tenían pulmones tan grandes... Se sentía de pronto como despegado de la realidad, apartado incluso de la piel que le cubría los huesos y músculos. Bebió una copa que le habían servido. Herr Klette mandó salir a todos, y se quedaron solos, sin hablar.

Antes del amanecer hubo una escena violenta. El Micchino fue a buscar a Donato y lo expulsó de la casa. Le prohibió que volviera a verlo nunca, y debía marcharse ya mismo: no quería que estuviera presente cuando trajeran el cadáver del que había sido su hermano tantos años. Donato estalló en lágrimas y se arrojó a los pies del Micchino, pidiéndole perdón. Se abrazó a sus rodillas, y gritó tanto que el Micchino debió emplear toda la fuerza de sus brazos para desprenderse. Llamó a unos criados y les dio órdenes de sacar al joven de la casa y prohibirle la entrada en lo sucesivo. Se oyeron gritos y lamentaciones. Alessandro se había asomado a una puerta, fijo y pálido. El Micchino lo tomó del brazo y fueron los dos a una terraza. No podía hablar, pero tampoco pensaba. Se sentía dominado por un malhumor impasible. Cuando salió el sol oyeron un coche que entraba por el patio, y salieron a tiempo para ver a Sésamo que bajaba el cuerpo de Lelio muerto. Lo hizo llevar a su cuarto, y cuando abrió la tela con que lo habían envuelto y vio el rostro tan familiar, ahora blanco y descompuesto, el pelo enmarañado por el barro... Sintió el exacto tropiezo de la muerte dentro del corazón, y por un momento creyó que caería. Sor Hildeeve lo apartó de la cama. Le dijo que se ocuparía de lavar el cuerpo.

Los dos días siguientes pasaron en una dolorosa ensoñación. No podía hablar, ni dormir, y no salía de su cuarto. Herr Klette se encargó de las formalidades. El Micchino asistió a los servicios fúnebres sin un gesto.

Herr Klette vino a decirle que había logrado que se postergara una semana el estreno de la *Dánae*. El barón estaba preocupado, y no sin motivos. Aun con la postergación quedaba muy poco tiempo, unos diez días, y el Micchino no parecía en absoluto en condiciones de actuar. Por otra parte, no había tomado hasta el momento la menor iniciativa respecto de la obra, de la que no había oído una nota, ni había visto la partitura. Conminó a Lionello para que le llevara los manuscritos, cosa que el compositor hizo al día siguiente. El Micchino lo recibió en la penumbra de su cuarto, acostado. Le entregó la voluminosa carpeta, que el cantante dejó caer junto a la cama sin mirar.

—Creo... —se atrevió a musitar Lionello—, que su señoría debería darle un vistazo... quiero decir, memorizar...

—No. Nunca estudio.

—Por supuesto. Pero... —Hizo una pausa, y agregó—: Faltan las arias de las que le hablé. Las terminaré a último momento, cuando reciba las instrucciones... —No siguió, porque advirtió que no era el momento de hablar de sus maniobras de aprendiz de espía.

Se despidió y al marcharse pensó que era extraño no ver sonreír al Micchino. Pese a su personalidad siempre algo distanciada, infaliblemente sonreía en un momento u otro de una conversación. Ahora lo notaba. Pasaría una larga temporada sin que nadie volviera a verle una sonrisa.

Al quedar solo, el Micchino pensó en su compromiso. Odiaba tener que cantar tan pronto, pero al mismo tiempo deseaba hacerlo. Todo esto había sido una maldición, un hechizo que debía romper lo antes posible. Pasadas unas horas, ya de noche, mandó traer una lámpara y comenzó a leer la partitura. Desde las primeras páginas, vio que era una composición trivial, sin arte verdadero. Pero eso no importaba. Nunca había importado. Él podía poner el arte que faltaba en lo escrito.

Comenzó a pensar en Dánae. Le costaba poco imaginarse a la mujer que había recibido la lluvia de oro. Las incidencias que había inventado el Lionello (que era su propio libretista, y pésimo poeta) eran inanes. Había hecho de Zeus un modelo de todas las imbecilidades, y de Dánae una suerte de campesina ilusionada, que clamaba por amor. ¡Qué equivocado estaba! Dánae era la linterna mágica de las pasiones, y Zeus la luz que pasaba por ella. Lo peor eran los personajes secundarios. El Olimpo del pobre Lionello era vetusto y fútil, lleno de alcahuetes bien intencionados. No había un soplo siquiera de inspiración genuina, y eso era una virtud. Su personaje, desnudo de arte, le tendía los brazos. Caía inevitablemente hacia ella. Al pensarlo, sintió el primer asomo de alivio a su pena, y advirtió que por una paradoja el alivio era una visión más clara del dolor.

Hildeeve le trajo el vestido que había estado cosiendo para el estreno. Pronosticó que sería la Dánae más hermosa que se hubiera visto nunca, y que el público discerniría más allá de los módicos trucos de la puesta en escena la auténtica lluvia de oro. No se lo probó. No era necesario: la vieja le había hecho cientos de vestidos, y no podía equivocarse. Había algo de ave en este traje. Se lo dijo.

—Sí... —dijo ella sonriendo—. Pensé en un cisne que emprende el vuelo y se mancha con esa lluvia áurea.

Así transcurrieron unos días, él siempre sin salir de su cuarto, casi sin comer. No recibía a nadie. La única compañía que le levantaba el ánimo era la de Sésamo, el fiel Sésamo, y herr Klette consintió en desprenderse momentáneamente de él. Sésamo le traía las bandejas con comida que el Micchino apenas si probaba, y conversaba largamente con él. El Micchino encontraba tranquilizadora la personalidad simple y sana del joven, y con el curso de las pláticas fue sorprendiéndose de la experiencia que había ganado en los años que llevaba al servicio del barón. Le pidió que se quedara de noche con él, y como Sésamo era diurno hasta el tuétano, no tardaba en dormirse. También observarlo dormido lo tranquilizaba. Las noches del otoño incipiente comenzaban a ser más frías, y el Micchino se acostaba junto al criado y dejaba que lo inundara el calor de su cuerpo, esperando el sueño que no siempre venía. A veces estiraba una mano y tocaba el sexo de Sésamo. Sus dedos sobrenaturalmente largos acariciaban el escroto generoso del muchacho, los grandes testículos; la pelambre dura. Era en esos momentos cuando se sentía más sonámbulo, extranjero al mundo de la realidad. No comprendía siquiera cómo se podía dormir y estar despierto, cómo podía haber una sucesión de estados en la gente, y que sumados constituyeran la vida. Pegaba su cuerpo blanco y fantasmal al cobrizo y musculoso de Sésamo, y creía haber formado la doble figura del sueño y la vigilia. No sentía deseos, pero aceptaba que en los cuerpos había una verdad tangible llena de calma, algo sólido, que permanecía más allá del deseo. Volvía a ver las escenas de la vida de Lelio, y pensaba algo que a él mismo le resultaba curioso: la muerte de un castrado no tenía importancia, en el fondo era imperceptible. Era solo una vida... una vida perfectamente despojada de todo lo demás... Pero recordaba, con precisión fantástica, el timbre de voz de Lelio, rehacía en la memoria segundo a segundo las lecciones de canto que le había dado, años atrás. Se preguntaba si lo habría amado. No, no era eso... Pero la vacilación tenía algo de siniestro: no podía decidir si él mismo estaba vivo o muerto. Se lo habían dicho muchas veces: los castrati no tenían el deseo en seguro, era algo que podía desvanecerse y no volver más. Pues bien, la vida era lo mismo. Anticipó una prolongada y terrible recuperación. La revelación de lo serio le había llegado en mal momento.

Al fin volvió a salir, y tuvo la desdicha de que la inoportuna Amanda lograra abordarlo en la primera ocasión en que pisó la calle; fue en los pasillos de la ópera, a la que había ido, cediendo a los ruegos de herr Klette, con el fin de observar algunos de los preparativos. La joven estaba algo desmejorada, y más centrada que nunca en sí misma. No tuvo una palabra de

consuelo para el Micchino, no parecía recordar siquiera que este había sufrido una pérdida tan reciente y dolorosa. Por el contrario, lo agobió con sus quejas. Al parecer su marido la había seguido a Viena, ya no tenía dudas sobre eso, aunque él se ocultaba... Su discurso lloroso y casi incoherente lo fastidió sobremanera. Cerró los oídos. Oía los repetidos «Debes hacer algo» de Amanda como una piedra oye el agua. Abrevió el trámite todo lo que pudo, que no fue mucho. Se preguntaba qué error había cometido un hombre tan cortés como herr Klette en la educación de su hija. Después reflexionó que él mismo había tomado buena parte en esa educación; había hecho el papel de un hermano mayor. Otro fracaso en su tratamiento de los más jóvenes. Definitivamente, lo deprimía, y más tarde se lo dijo al padre, a quien le rogó que le evitara más encuentros como el de ese día.

También fue inoportuno el Mogano, que le hizo una visita aparatosa, con su bello maniquí a la rastra. Después de farfullar una cosa y otra, terminó pidiéndole que le dejara ver la partitura. El Micchino tardó un instante en comprender: evidentemente, la quería por ese estúpido asunto de los mensajes. No debía de saber que serían agregados a último momento. De modo, que herr Klette tenía razón, pensó. También este viejo, cargado de gloria y honores dudosos, y seguramente con una fortuna considerable, se dedicaba al juego del espionaje. Mandó a Alessandro a su habitación a buscar el manuscrito, pero el niño bajó con las manos vacías. No lo encontraron, y el Mogano se retiró despechado.

A medida que recuperaba los sentidos iba notando más la onda de preocupación que había causado su malestar. Se vivía en un acecho irritado y hasta los gestos más cotidianos eran cautos, forrados de maquiavelismo de cortesías. Herr Klette tenía ojeras que parecían una sobreimpresión torpe en su rostro de dios de la jovialidad; temía que el estreno fuera un fracaso. Frau Milena se había recluso en sus cuartos, como si su presencia hubiera perdido toda naturalidad en la casa. Y Lionello, por su parte, temblaba de frustración cada vez que aparecía por el palacio (cosa que hacía una vez al día): no podía concebir el desinterés amplio y circular del Micchino. Se preguntaba, perplejo, si acaso el artista podía ser indiferente al arte.

Al fin, dos días antes del estreno, el Lionello le trajo las arias en cuestión. El Micchino lo notó desilusionado, y el compositor no tardó en confesarle que estaba gravemente decepcionado, en efecto, por cuanto los mensajes que le habían dado sus misteriosos mandantes para cifrar en música eran más que triviales: eran frases sin sentido, o con el escaso sentido de las informaciones caseras, de las que se usan para aprender idiomas. Por supuesto, le habían escatimado las explicaciones, y ahora se preguntaba si no sería posible que estuvieran ensayando. Esas mismas arias serían el elemento flotante de la ópera, y debería cambiarlas en representaciones posteriores, sobre todo las que se harían en el exterior. Quizá solo entonces aparecería lo significativo. De cualquier modo, el dinero que le pagaban era bueno, y se proponía seguir ganándolo. No le importaba transmitir ideas necias: llegaría el día en que la historia cambiaría por efecto de sus notas. Aunque fuera un día lejano e imperceptible todavía.

—Siempre sospeché —dijo el Micchino—, que este procedimiento desembocaría en una decepción... El objetivo de los espías no coincidió nunca con el de los artistas.

El Lionello suspiró, y dijo abriendo las manos:

—La música es un idioma universal.

El Micchino no lo contradijo, aunque no veía la pertinencia del viejo aforismo. Echó una mirada a las hojas pautadas. Se trataba de su voz solamente; conocía esas largas ligaduras, esos ascensos volátiles fuera del pentagrama... De hecho, siempre parecía lo mismo. La música, más que un idioma universal, era un idioma ya hablado. Canturreó en falsete el comienzo de una de las arias, y el compositor asintió en medio de suspiros. Ni siquiera él parecía convencido de la necesidad de todo esto. Fuera como fuere, antes de marcharse le agradeció su indulgencia, ¿o debía decir su indiferencia?, respecto de esta pequeña aberración lírica.

Ese mismo día, o el anterior, el Micchino había vuelto a prestar atención a las entradas y salidas de su criado español, Esteban. Todo este tiempo en Viena, Esteban había sido una presencia muy casual entre ellos. Apenas si lo veía, y últimamente casi había llegado a olvidarlo. Es cierto que ahora el Micchino veía las cosas sin humor, con una malicia sombría. Pero había comprendido que la desaparición de la partitura, días atrás, y su posterior

reaparición junto a su cama, habían sido obra del frailecito. Dejó las arias a la vista, y pensó que si no era demasiado imbécil comprendería que aquí estaba lo que buscaba. De hecho, su interés en el caso se había disipado; esperaba librarse de él en la primera mudanza. Pero sucedió que por un azar lo vio robar las hojas y metérselas bajo la camisa, y entonces sintió deseos de ver a quién se las llevaba. Era por la tarde, precisamente el día antes del estreno; lo esperaban en el teatro para una audición. Esteban debía de creer que ya se había ido. Lo observó desde una puerta entreabierta, en uno de los saloncitos del primer piso.

Siguiendo un impulso repentino, decidió seguirlo. No importaba que no pudiera asistir al teatro; en todo caso iría más tarde, y seguramente lo esperarían. Oyó bajar a Esteban; fue a la ventana, desde donde lo vio cruzar el patio. Esperó a que se alejara un centenar de metros antes de salir él a su vez. El frailecito casi corría, pero el Micchino, mucho más alto, no necesitaba apurar el paso para mantenerlo a la vista.

Era un día perfecto para una persecución a pie. Nítido, como solían ser los días en Viena, con luz multiplicada y cristalina. En realidad, habría sido imposible perderlo pues no había nadie en las calles; otro rasgo típico de la ciudad. Esteban iba vestido de negro, como casi siempre, con un sombrero cilíndrico encasquetado hasta las orejas. Su paso era apresurado, saltarín. Tomó por una calle que iba directamente hacia las murallas, en diagonal por el barrio de las mansiones periféricas. Los plátanos susurraban en la brisa de la tarde, y de tanto en tanto se oía el canto de los últimos ruiseñores. El Micchino mantuvo unos doscientos metros de distancia, y varias veces se detuvo para no acortar innecesariamente la separación. Esteban no dio vuelta a la cabeza una sola vez. Era obvio que no sospechaba siquiera que lo seguían.

Apareció ante ellos la Porta Sinistra, uno de los pocos monumentos romanos que persistían en Viena. Era extraño pensar que la ciudad había sido una fortaleza en la antigüedad; ahora era lo contrario, una especie de balneario cristalizado. Un enclave de superficie en la gran acumulación volumétrica que era la Europa central. Pero también un *trompe-l'oeil*: lo inhabitable por espejeo. Vivir en Viena equivalía a renunciar a la tridimensionalidad de la vida en favor de los órdenes de la mirada, precisamente lo que se llamaba «estilo vienés».

Se preguntó si irían más allá de las murallas. No tardó en ver que así era. Uno de los vistosos regimientos imperiales estaba acantonado inmediatamente detrás de la Porta Sinistra, en construcciones de madera y

grandes barracas. A esta hora se hacían los ejercicios vespertinos. Esteban pasó raudo ante todo el espectáculo sin mirarlo, y el Micchino atrás. Había algunos burgueses en coches, que venían todos los días a presenciar las maniobras, y notó que algunos lo reconocían, pero no le dio importancia. Su criado había tomado por el camino del norte, y fue tras él.

Así siguieron una hora o algo más, hasta internarse por un camino lateral entre grandes árboles. La zona estaba cubierta de palacios siempre al fondo de largos parques y bosques sinuosos. Si seguían en la dirección en que iban ahora terminarían otra vez en la orilla del Danubio. Pero no llegaron tan lejos. El perseguido se coló de pronto por una reja entreabierta, y su sombra lo hizo un minuto o dos después. Se hallaban en un parque muy cuidado y muy silencioso. La avenida principal tenía el trazo curvo pero previsible; calculando su recorrido, el Micchino prefirió cortar camino por entre los árboles y setos. Lo hizo así, y faltó poco para que se tropezara con Esteban que había quedado inmóvil dentro de un gran seto de rododendros, mirando fijo delante de él. Debía de haberse ocultado para espiar a alguien, sin imaginarse que era objeto de la misma atención. El Micchino se desplazó sin hacer ruido, de un árbol a otro, hasta ver entre los árboles la fachada de una enorme mansión con columnas. Había alguien en las escalinatas, y al pie de ellas un coche. Lo reconoció con sorpresa: era el landó de herr Klette, y Sésamo daba la vuelta a los caballos. No vio a los que bajaban por la escalinata, y como el coche se puso en movimiento casi de inmediato debió volver atrás de un árbol; temía que su traje azul lo delatara. Pero el coche pasó por la avenida muy cerca de donde estaba, y efectivamente herr Klette iba sentado en él, solo y con la cara arrebatada como después de una discusión. Se quedó quieto, dejó morir el sonido de las ruedas y se movió apenas lo suficiente para ver la entrada de la casa, ahora vacía. Pocos segundos después subía Esteban, y entraba sin llamar.

Las puertas se cerraron y todo quedó silencioso y vacío como antes. Contó las ventanas: había treinta y seis. Decidió quedarse entre los árboles y ver qué sucedía: se le ocurrió que Esteban podía salir acompañado. Ya comenzaba a espesarse la luz de la tarde, aunque sin perder su transparencia, y supuso que el joven no se demoraría demasiado si quería volver de día a Viena. Caminó, siempre al amparo de los árboles y sin perder de vista la fachada, hasta encontrar un largo banco de madera lustrada, en el que se sentó. Solo entonces sintió el cansancio; hacía mucho tiempo que no caminaba tanto, y estaba algo acalorado, lo que le producía bienestar. Por otra parte, la tarde era espléndida. Miró a su alrededor. Pinos orientales, plátanos, gigantescas

acacias y magnolias, las tulipas rojas que los austríacos importaban de otros continentes, y una hierba entremezclada y fantástica. Los senderos estaban cubiertos de grava azulada. Oyó cantar a los pájaros. Nunca había aprendido a reconocerlos, pero sabía que debían de ser alondras, quizá ruiseñores amarillos, y esos gorriones brillantes que venían de las montañas y cantaban armoniosamente su cancioncita de dos notas. Se preguntó cuándo aparecería al fin el compositor lo bastante loco como para creerse un pájaro. El arte era demasiado civilizado... Y eso estaba bien: había que proseguir por esa vía hasta reencontrarse con el repentismo animal, ya sin ironías. Una mariquita con el caparazón en *losange* le subía por la media. Puso un dedo y el animalito siguió caminando por él, y se detuvo sobre la gran esmeralda, donde asustada por el reflejo abrió un par de alas (el caparazón eran las alas, y el dibujo había desaparecido) y voló. Un grillo comenzó a cantar no muy lejos. Le respondió un martilleo en do sostenido: el picapalos nervioso. Distráido, miraba en dirección al palacio hasta que le pareció verlo empequeñecido, alzarse como un juguete o una imagen en el aire translúcido.

Y de esa suerte de espejismo vio salir de pronto la figura muy real de Esteban; comprendió, en la ensoñación en que se encontraba, que el joven era inofensivo. De hecho, eso ya lo sabía. Pero ahora lo entendió con toda claridad. El frailecito no podría hacer nada efectivo, respecto de nada (¡y menos en la política imperial, algo tan eterno y grande como la naturaleza, o una de sus montañas!), pero tampoco podrían hacerlo todos los que se afanaban en esta misma danza de secretos. Y ni siquiera le parecía mal que siguieran afanándose. Debían hacerlo, para dar el contraste que hiciera surgir ante la vista libre la prodigiosa inmovilidad de la historia. Lo vio alejarse por donde había venido. Tendría que correr para llegar a las murallas antes de que anoheciera. Y él mismo... Miró el cielo. No tenía ningún deseo de apurarse, estaba cansado y suavemente adormecido; hacía una semana que no dormía bien, apenas unas pocas horas por la tarde... Pensó en la representación del día siguiente: el auge de los colores en el cielo, el majestuoso crepúsculo que entreveía por las copas de los árboles, lo predisponían a soñar con la ópera en general, y en particular con su *Dánae*, criatura a la que había prestado demasiado poca atención. Esta noche tendría que releer con atención toda la partitura, quizá con Lionello en el clave... Pero la ópera era una idea, no un trabajo. Y repentinamente la idea se volvía real en el cielo. ¿Por qué tomarse el trabajo de cantar? ¿Solo porque los habían castrado? A su alrededor los cantos se habían multiplicado. Se sentía bien allí. Se preguntó por qué no habría elegido uno de estos palacios al venir a Viena. Si volvía otra vez, lo

haría. Debería cultivar más la campiña, pensó. Por un momento se combinaban los cantos diurnos y los nocturnos; las aves eran celosas de sus horarios, se relevaban puntuales. Pero ¿existirían de verdad las aves nocturnas? ¿Las habría visto alguien alguna vez? Con las otras bastaba: las miradas que se deslizaban en la luz siempre debían volverse oídos clasificadores finos de lo invisible. La energía del canto se transformaba en ópticas lujosas, de coleccionista.

No, no tenía ganas de volver caminando. Además, era absurdo estar aquí oculto, en un parque ajeno. Decidió ir a pedir prestado un caballo al palacio, y de paso averiguar quién lo habitaba. Salió lentamente de la espesura y atravesó el gran patio francés. Se sintió positivamente observado. Golpeó la puerta con un enorme llamador de bronce y esperó. Se dijo que hoy estaba haciendo cosas que nunca antes había hecho: no recordaba haber llamado a una casa extraña nunca antes en su vida.

De pronto la puerta se abrió de par en par y apareció ante él un individuo pequeñito que de inmediato le dio una impresión de incoherencia, y tardó un instante en advertir que eso se debía a la librea de lacayo que llevaba puesta, varios talles más grande de lo que le habría quedado bien. Además, la traía desprendida, y asomaba el encaje de una camisa. Casi no pudo verle la cara por la excesiva reverencia que le hacía, mientras hablaba en tono chillón:

—¡La casa de mi amo se verá honrada con la presencia del caballero, si su señoría tiene a bien pasar! ¡Su señoría sería generosa por demás!

Cuando terminó con las zalemas y alzó el rostro, el Micchino lo examinó con sorpresa, no repuesto del todo del desconcierto que le producían sus chillidos orientales. Era una cara de caballito marino, con los ojos muy pequeños y sin párpados, una nariz griega incongruente, labios que parecían demasiado blandos, trémulos como el aire entre las hojas de la higuera. Y movía las manos de mandarín, con uñas largas y anillos de gemas. Nunca había visto un lacayo así, pero era inmune a las novedades. Le preguntó si el dueño de casa estaba visible.

—Mi señor se encuentra en París, en viaje de bodas —dijo el pequeñín, que parecía dispuesto a dar todos los detalles de ese viaje, aun los íntimos. Volvió a encorvarse e hizo gestos para que el visitante entrara. El Micchino habría preferido abreviar el trámite:

—He dado un paseo demasiado prolongado, y temo que se haga de noche...

—¡Temor absolutamente justificado, su señoría! Todos deberían temer lo mismo, a cierta hora de la tarde. —Más reverencias, y gestos en dirección al

interior. El Micchino no supo si era una descarada tomadura de pelo, o el individuo era un desequilibrado. Se inclinaba por esto último.

—En realidad, preferiría volver de inmediato a Viena, y si tuviera la amabilidad de facilitarme un caballo...

—¡De ninguna manera! ¡Jamás me permitiría hacerlo! ¡Mi amo me reprocharía eternamente si lo dejara marchar sin una pequeña colación! Su señoría tendrá el cochecito egipcio, que lo llevará como el viento.

El Micchino se encogió de hombros, y se disponía a entrar cuando el personaje dio un paso sobre el umbral y señaló con un gesto la vegetación del parque:

—¿Ha andado paseando por nuestras bonitas frondas? ¡Su señoría debería tener cuidado con los jabalíes! Son extremadamente molestos. —Pensó un segundo, y agregó—: Si fue molestado por uno de ellos, le ruego a su señoría que me diga cuál fue, y lo regañaré personalmente.

—No vi un solo animal, puedo asegurárselo.

—Entonces entremos. ¡Después de usted, su señoría! —Parecía disfrutar de este juego de la servilidad. Se inclinaba con notable agilidad (era un hombre de unos cincuenta años) hasta que parecía que golpearía la frente en el suelo.

Atravesaron un vestíbulo, después una sala grande con el fuego encendido, pese a lo templado del día, y el criado iba diciendo:

—¡No se detenga aquí, se lo ruego, su señoría! Uno podría morir de aburrimiento en estos salones. Y además, hay cuadros que miran. —Y después, con una reverencia, corrigiéndose—: Quiero decir, siempre que su señoría tenga la inmensa generosidad de escuchar mis humildes consejos bienintencionados.

Abrió una puerta, y el Micchino pasó a un comedorcito íntimo en forma de *orangerie*, que daba al poniente y estaba iluminado con la luz del crepúsculo. Era muy pequeño: una mesa con sillones, y en las dos paredes que no eran de vidrio (el resto era un medio octógono de vidrieras) había aparadores de caoba. Sobre la mesa, una taza de té a medio vaciar, todavía humeante. El criado se precipitó a levantarla:

—¡Su señoría, le ruego que no divulgue que en ausencia de mi amo me tomo la libertad de beber una taza en su *tearoom*! Creo que podría azotarme. Pero siéntese, por favor, siéntese, y tome todo el té que quiera. Litros, si lo desea. No hay medida. Este humilde siervo bebe todo lo que puede, pero siempre a escondidas. ¡Iré a ordenar que preparen su pequeño carricoche! Lo llevará raudo a su destino, su excelentísima señoría.

El Micchino lo vio partir con un sentimiento creciente de malhumor. Se sentó y se sirvió té en una tacita que había sacado el criado de un aparador. Era obvio que lo estaban sometiendo a una especie de broma. Eso no tenía tanta importancia, en tanto le dieran un coche. Ahora no tenía siquiera deseos de cabalgar. Miró el parque a través de las vidrieras. Desde aquí se dominaba una magnífica perspectiva de avenidas de setos milimétricamente recortados y una fuente de ninfas.

Volvió el personaje, y renovó las zalemas. Lo vio beber un sorbo de té y se le fueron los ojos. Trajo su propia taza, y exclamó:

—Si su señoría no se siente afectado, le quedaría eternamente agradecido si me permite beber un dedal en su compañía. ¡Si le molesta le doy la espalda! ¿No? ¡Gracias, gracias, cuánta amabilidad! Temo que se enfríe. —Se sirvió y le echó una desconsiderada cantidad de azúcar, para luego revolver con descuido. Tras el primer sorbo suspiró, y dijo señalando las ventanas—: ¿Vio nuestras ninfas? ¿No son bellas? ¿Su señoría, si me permite la indiscreción, se dedica al teatro? ¿Adivino si arriesgo la suposición de que se trata del teatro musical? ¡Arte supremo, grandioso! Mi condición me impide gozar de esa maravilla: debo quedarme siempre en casa, vigilando la propiedad. Llevaré mi atrevimiento al colmo. Me serviré otra taza de té. Si su señoría desea... — El Micchino negó con la cabeza. El individuo seguía de pie, se agitaba y hacía reverencias—. ¿Un panecillo? ¿Una rosca dulce? Después del ejercicio, me atrevería a sugerir que su señoría debe alimentarse. ¡Qué pena que no esté mi amo presente! Sin él, la hospitalidad que puedo ofrecerle es incompleta. Yo no soy más que el último de sus lacayos, el que le lustra las botas, ya sabe. — Soltó una risa incongruente. Fue a las ventanas y abrió una hoja. Dio unos pasos por la terraza y volvió diciendo que el coche ya estaba a la puerta—. Si su señoría lo desea, puede salir por aquí para ahorrar camino.

El Micchino salió, y se despidió sumariamente del extraño sujeto. Tal como lo había dicho, el cochecito, un pequeño vehículo forrado en cueros, para una sola persona, que quedaba encerrada en un cilindro con ventanitas oblongas a la altura de sus ojos, y sobre él un solo cochero, era rápido como el viento.

Fue directamente a la ópera, donde se lo esperaba desde hacía cinco horas, en un clima de indescriptible nerviosidad. Hizo un reconocimiento de la escena. Sus criados habían llevado el vestido, y la orquesta había ensayado toda la ópera con los cantantes presentes. Dijo no estar en condiciones de cantar ahora, y se limitó a revisar la partitura con Lionello, que dirigiría la orquesta. El director de escena le dio algunas indicaciones, a las que prestó

poca atención. Sabía por experiencia que nada de eso tenía importancia. En realidad, prefería improvisar.

Cuando salía, ya cerca de la medianoche, herr Klette lo invitó a cenar a su casa, pero el Micchino se negó, pues no estaba de ánimo para atender a Amanda. El barón parecía deprimido.

—Mi yerno está en Viena —le dijo—. Hoy fui a verlo. Sé que no te interesa demasiado, pero estoy preocupado. Amanda cometió un gran error al casarse con ese hombre. Ahora él se niega a oír hablar de divorcio, y ella no me dará paz...

—¿Es un individuo pequeñito, loco por el té?

—¿Cómo lo sabes? Creí que no lo conocías.

—Oh, me topé accidentalmente con él.

Herr Klette siguió mascullando quejas hasta que se despidieron, y cuando el Micchino iba a su casa, en el coche del director de la ópera, pensó en el incidente de la tarde. Por primera vez se le ocurrió pensar que quizá las quejas de Amanda no estaban desprovistas de sentido. Su marido parecía un demente, y de tipo peligroso. Pero era comprensible que se hubiera encaprichado con él. ¿Quién se resistía a cortejar el desastre? Él mismo lo había hecho. De pronto vio a Amanda bajo otra luz. Ella también era una víctima, y sintió correrle un escalofrío por la espalda al pensar que tampoco en este caso estaba libre de responsabilidad.

16

Zeus era un barítono holandés, exoftálmico. Es cierto que estaban de moda los barítonos: una de las tantas modas que venían del norte. Los degradados vanguardistas alemanes, en su manía por la novedad, habían puesto incluso bajos en escena, lo que era aberrante en términos de mecánica operática, por cuanto el color de la voz quebraba el equilibrio de atención a la música y distracción al sentido, equilibrio sin el cual no hay ópera. Estas innovaciones apuntaban, sin delicadeza, al puro teatro, a las farsas incluso, donde se gritaba y correteaba entre nubes de álcali. Zeus dominaba todo el primer acto con sus idas y venidas, que pretendían ser majestuosas y se resolvían, por la poca pericia de Venutti en la confección de la trama, en inanidades seniles. La técnica de canto del holandés era deplorable; el Micchino entre bambalinas sintió un *shock* al comienzo, pero después se fue acostumbrando, y se entretuvo en localizar la falla. Ese hombre intentaba imitar la aspiración plena de los castrati, lo que, con un tórax normal, solo podía conducir al fracaso más irrisorio. Supuso que el público también se iba acostumbrando. Una multitud engalanada asistía en relativo silencio a las desventuras domésticas del rey de los dioses. Hera era un castrato de voz delicada, sin mucho sentido de la escena, que se bamboleaba entre frase y frase dentro de su enorme vestido rosa. La platea, había visto antes de que se alzara el telón, era de caballeros sentados en butacones, y se bebía café. En los palcos se apelotonaba la aristocracia habsbúrgica, y hacia la mitad del primer acto hubo que interrumpir la música unos minutos mientras se producía la entrada al palco real de algunas de las reales personas, más atrasadas que las restantes. La familia imperial asistía en pleno, celebrando, según le habían dicho, la victoria definitivamente penúltima sobre los turcos.

Poco después, el Micchino se apartó de las bambalinas para ir a vestirse; su entrada no ocurría hasta el segundo acto. Se cruzó con la que sería su *partenaire* de más fuste, Afrodita, una soprano mujer que era la favorita de los austríacos desde hacía dos temporadas. Él la había oído fugazmente cinco años atrás, en Roma, y nunca la había tenido por algo especial, pero según se decía había perfeccionado mucho su emisión, y ya cerca de los cuarenta años, al parecer, gracias a la repetición de la maternidad había obtenido una especial calidad tímbrica. Con el vestido de la diosa, todo cascadas de tafetán y una peluca empolvada del tamaño del bonete de un bajá, la cara pintada del

blanco más opaco, y el seno exuberante a la vista, era una típica muñeca vienesa crecida. Se saludaron sin mayor interés: ella debía saber que no tenía perspectivas de brillar esta noche, y posiblemente no había encontrado una excusa honorable para estar ausente. El Micchino sospechaba que podría hacer algo que ya había sufrido en otras ocasiones: sus compañeros de escena renunciaban a rivalizar con él, y simulando un resfriado cantaban peor que nunca. Sonrió al pensar en Zeus: había cantado a pleno pulmón todo el primer acto, lo que le impediría recurrir al truco.

Mientras se vestía, ya durante el intervalo, apareció en su camarín el director de la ópera, barón Karsmüller, acompañado de herr Klette, para explicarle cómo se haría la ceremonia del besamanos después de la representación. Sor Hildeeve lo maquillaba frente al espejo. Los ojos del Micchino se volvían más y más profundos y amplios, hasta cubrir un espacio tal que se volvían manchas, y cuando de pronto se puso de pie, extendiendo todo el círculo del fantástico vestido con un aleteo impaciente de los brazos, el director se llamó a silencio, apabullado. Aunque trataba cotidianamente con castrati, y estaba familiarizado con sus tamaños teatrales, con esa altura y elongación de miembros que parecía (y estaba) pensada para la escena, no para la vida real, el artificio en el traje y el maquillaje del Micchino era tan sutil, y tanto se asimilaba su persona al mecanismo de lo colosal, que el caballero sintió por un instante la pesadumbre de ser un punto extraviado frente a una soberbia constelación necesariamente sorda a sus burocracias.

Cuando se abrió el telón del segundo acto, sobre la escena de una especie de Anunciación que le hacía Afrodita a Dánae, el público vibró en un murmullo brevísimo, y comenzaron las vanas ondas de los violines y el continuo, sobre el que no tardó en encaramarse la voz de la soprano. Nadie le prestó mucha atención a su largo recitativo. Su figura se empequeñecía hasta la nimiedad sobre el fondo de la monstruosa Dánae del fondo, que jugueteaba con un par de guantes blancos con los ojos entrecerrados y un gesto de hastío cortés.

El Micchino miraba la sala desde el fondo del escenario. Dentro de las hileras de palcos, lo miraban hileras de rostros tan pintados como el suyo, y allá en el fondo, bajo el escudo imperial, el monarca enfermo y sus dos hijas.

La soprano no había optado por el truco de ser peor que ella misma, todo lo contrario, ponía lo mejor de sí. En efecto, su progreso era perceptible, casi asombroso desde la última vez que la había oído. De modo que cuando ella terminó su parte, el Micchino le hizo una seña al Lionello para que interrumpiera la música, se adelantó hasta la Afrodita, que sonreía

atemorizada, y le hizo una reverencia. Después dio un paso atrás (ella se apartó hacia un costado, instintivamente) y asintió en dirección a Lionello, que atacó de nuevo. Se había hecho un gran silencio en la sala, tras los aplausos a la soprano.

Y entonces, sin que él mismo supiera bien cómo ni por qué... como desde otro lugar, otro lugar que era él mismo, en una lejanía inimaginable, la voz... la misma voz, la bella desconocida que partía como una sonámbula por los límites de la sombra y la luz... la voz salió y lo sorprendió. ¡Hacía tanto que no se oía! Creyó verla, por un instante, creyó ir tras ella. La majestuosa fugitiva le daba la espalda, lo arrastraba. Sintió que su disfraz era inadecuado, esa Reina sonora era la síntesis sublime de todo lo que la mujer era y representaba, y tras sus rastros él se volvía un niño... Su madre cantaba, y lo arrastraba limpiamente a un empíreo donde todo se transformaba, y en el carnaval profuso del arte y los sexos el hilo abstracto de la voz abría un camino engeguecedor que iba más allá... mucho más allá de lo que había sospechado.

El poder de la voz volvía a sorprenderlo; era un martillo divino que daba en el preciso centro del anillo de cristal, y ese golpe asombroso volvía a repetirse una y otra vez, con una suavidad vertiginosa. Una vez traspuesto cierto umbral, todo era repetición, y la repetición misma se volvía un corazón de cristal que latía y que él debía encender con su aliento. «¿Habré crecido?», se preguntó con incoherencia en cierto momento de la emisión. Sentía revolverse en los pulmones todo el aire del cielo, con un giro lentísimo.

La sala estalló en aplausos y vítores, y en el curso de la escena volvió a prodigar su entusiasmo. Terminada la serie el Micchino se retiró a las bambalinas y se sentó en uno de los sillones alineados. Herr Klette estaba encendido; en un balbuceo nervioso, le dio a entender que encontraba su canto más perfecto que antes, la voz más rica y conmovedora; una etapa nueva, según él, un comienzo inesperado. El Micchino pensó en sus largas vacaciones, y pensó en Lelio. Las vacaciones, para marcar una verdadera renovación, debían tener algo trágico. Y comprendió que la muerte del niño, más allá del dolor y el remordimiento, había sido un hecho nuevo en su vida, quizá el único realmente nuevo desde su castración, veinte años atrás. Pero de inmediato hizo a un lado la idea, con un gesto de rechazo. No debía atribuir la calidad de su voz a causas mundanas; ese niño se había vuelto una estrella en el cielo de la noche, y su canto solo podía alzarse hacia él en un vagabundeo apasionado, no apropiarse de ninguna chispa de su resplandor, tan impráctico. La pena misma se le antojaba mezquina: habría preferido olvidarlo. Y

precisamente el ejercicio del canto le haría olvidar todo. Así procedía hacia la completa indiferencia.

La representación siguió, y al promediar el segundo acto venía su primera aria de importancia. En el momento de atacar recordó que era una de las cifradas, y como se proponía llevar adelante ese juego, la cantó tal como estaba escrita, sin agregar un trémolo o un acento. Al terminar, entre los aplausos, le hizo una seña a Lionello para que volviera al comienzo, y esta vez desplegó toda la ciencia del adorno, se demoró largamente en ligaduras y contraligaduras, invirtió la melodía y sus partes, y cubrió meticulosamente todo el terreno de las posibilidades del aria con el hilo de oro de su voz; ahora, se dijo, estaba multiplicando los mensajes secretos; de hecho, si no se había olvidado de ninguna variación, había dado el repertorio completo de los mensajes secretos, cifrados y descifrados.

Solo en el tercer acto, ya «en caliente», empezó a cantar al máximo de su volumen. Entonces venían los dúos y arias contrastadas con el barítono, incluida la escena de amor. Si con la soprano había tenido piedad, se la ahorró con el holandés; de todos modos, el público amaba la crueldad, y él no pudo resistir a la tentación de ridiculizar a su interlocutor, para lo cual no tuvo ninguna dificultad. En los dúos, simplemente esperaba la irradiación de la pesada voz de Zeus, y como esta no se producía el Micchino arrancaba del vacío, con su propia voz que era irradiación pura. El vacío retrocedía y se tragaba al barítono.

En todas sus arias repitió el procedimiento de la primera, cantándolas antes en su más desnuda simplicidad escrita y después, por segunda vez, cubriéndolas de adornos. Su trabajo era tan exhaustivo que la orquesta terminaba por rendirse y lo acompañaba, con la vacilación temerosa de un gato en una cornisa (en la cornisa de un bello edificio blanco) el parloteo tenue del continuo. En cierto momento recordó lo que le había dicho el barón, y tuvo la certeza de que su voz efectivamente había cambiado. Por supuesto, él era el último en poder juzgar, pero la sentía más profunda, más flexible que antes. ¿A qué atribuirlo? No valía la pena especular. Siempre se llegaría a motivos de silencio.

Amanda hacía un silencio, lo que en ella era el colmo de la expresividad; ponía puntos suspensivos con la mirada llorosa, parecía esperar una respuesta que nadie más que ella pronunciaría —y ya la había pronunciado mil veces—. El Micchino a su vez encontraba frente a ella una especie de silencio que no conocía: el silencio de no poder hablar de ninguna manera, de hallarse fuera de la palabra del modo más radical, ante quien la detectaba por entero, en cuerpo y alma. El discurso de la muchacha se renovaba desde sí mismo; era el reverso exacto del canto, que solo insiste para huir del sentido; aquí estaban en el reino de la «voz del corazón», que balbuceaba su angustia y se torturaba por hacerse entender. Era risible, por supuesto, era una niña demasiado mimada, que se había hecho una idea errónea de la vida.

Como advirtiera que esta vez, de nuevo, ella parecía esperar realmente que él dijera algo, sacudió la cabeza y repitió, más bien al azar:

—No, claro que no, Amanda. ¿Cómo pudo ocurrírsete siquiera? Jamás lo haría.

Eso bastó para que ella se lanzara de nuevo. El Micchino alzó las cejas, y después bajó la vista y la clavó en los dibujos complicados de la alfombra, en sus hermosos azules de pavo real y las flores de lis amarillas.

Estaban en los aposentos de Amanda, en casa de herr Klette. Había acudido al fin, a pedido del padre. Ella lo mandaba a llamar todos los días con mensajes perentorios, y llegaron a temer que apareciera en su casa y se topara con frau Milena. Aunque Amanda debía de estar al corriente de la existencia y paradero de esta mujer, y la evitaba con una prudencia que contrastaba con su proceder habitualmente alocado. Aquí tenía una salita privada, una antecámara, pero había recibido al Micchino en el dormitorio, un cuarto grande con dos puertas que daban a un balcón con columnatas que imitaba una *loggia* sobre el jardín trasero. Reinaba un orden immaculado, cuyo mérito debía atribuirse a las criadas. Amanda en contraste era la imagen del caos humano, con un salto de cama a la moda francesa, sin dentro ni fuera, y una cofia llena de cintas. Se veía positivamente fea, desfigurados los rasgos pequeños e irregulares por el llanto y esa obstinación en la angustia con la que seguramente había decidido convencer a todo el mundo de que hablaba en serio. Tenía un gran papagayo americano en una percha junto a la ventana, y un perrito blanco que se subía a la cama con un salto casi de gato, se

enroscaba para dormir, y volvía a bajar cuando la voz de su ama subía de tono, para repetir toda la operación de inmediato. Ahora hablaba del matrimonio en términos más generales, casi razonables, y el Micchino le prestó una tenue atención:

—El matrimonio es la condena a la infancia —decía—. Es una operación que viola las leyes de la naturaleza; con él se hace retroceder todo el futuro al pasado, todo el teatro a lo real. Hay una intervención de la fatalidad, como lo que pasaba en la Biblia, ¡y no creas que me refiero al Nuevo Testamento! Es la hipocondría del amor, no su enfermedad. El gran exterminio. Porque la gente no soporta el amor. Desde que uno se casa, el amor debe ser fugaz y secreto; uno ama la hoja de un árbol, el brillo de un charco de agua, el paso de un caballo a lo lejos, pero no debe pensar siquiera en eso, debe atesorarlo en un sitio donde no se piense ni se hable. ¡Y lo demás es odio! Hay que cargarse de ovillos interminables de odio para sobrevivir. Y yo no puedo... no tengo tanta fuerza, Piero, ¿por qué no pueden entenderme?

—Creí que odiabas a ese hombre.

Recomenzó al instante la larga declamación de males. Claro que lo odiaba, pero no podía hacerlo lo suficiente: no sabía cómo, no había técnica adecuada para llegar a ese punto. Pero él sí sabía... Pronunciaba por centésima vez el relato de los malos modales de su marido. Entonces volvía a llorar y a retorcerse las manos. Cuando se inclinaba para conminarlo a creer alguno de los puntos (que él ya no oía) se hacían visibles sus pechos rosados con los pezones pequeños, perfectamente redondos, de un rosa oscuro, ruborizados. No se daba cuenta de que los exponía. El Micchino los miró con indiferencia al comienzo, pero después con más interés. Debía reconocer que eran bellos: parecían perfectamente suaves, como la mejilla de un bebé, y firmes, hermosamente conformados. Parecían acompañar la pena de su dueña con un incremento de palidez, pero al mismo tiempo prometían un placer y una entrega. Y en general Amanda tenía un lindo cuerpo, de niña-mujer. Pensó que era una pena que estuviera tan loca, y al pensarlo soltó un suspiro que interrumpió momentáneamente el discurso de ella:

—¿No estás apiadado? Seguramente estarás aburrido de mí. Todos se han aburrido, y antes de que yo empezara.

—No, Amanda...

Ella volvió a gemir y soltó varias frases incoherentes muy subrayadas: el perrito saltó de la cama y el papagayo movió las patas como si practicara la marcha fija en su percha. Un rayo de sol que se filtraba entre las cortinas le

hacía brillar el plumaje grotesco. El Micchino lo miró y se sintió tan ajeno a la escena como el ave.

Cada cual tiene su parte, se dijo: el loro las plumas, Amanda el llanto... Por un instante vio al pájaro realmente bañado en lágrimas. Eso era lo que lo hacía brillar. Todo tenía su explicación.

—De acuerdo —dijo interrumpiéndola—. No debes insistir en ese punto, porque estoy de acuerdo: ese hombre es un demente, ergo, tienes razón. Pero fuiste tú la que se casó con él. —Ella iba a responder, pero la detuvo con un gesto—: Esa historia también la acepto. Pero, ciertas o no, son historias. Lo que deberías entender es que nadie puede hacer nada por ti, como no sea darte la razón. ¿Cómo puede ser que no lo veas? ¿No es obvio que deberías hacer un esfuerzo en ese sentido? Nos estás poniendo en una situación difícil, por no decir imposible.

No, de ninguna manera, ella no aceptaba esa línea de razonamiento. Estaba persuadida de que los demás sí podían hacer algo. De hecho, no pensaba en otra cosa, y se le ocurrían toda clase de ideas.

La malcasada... pensaba el Micchino. Efectivamente, su marido, por haber tenido la pésima idea de seducirla, merecía los finales que ella le imaginaba. Las razones de Amanda no eran tan descabelladas: la gente chapoteaba en los matices, no se amaba ni se odiaba lo suficiente. Lo recorrió un escalofrío lento y viscoso al subirle a la conciencia una asociación de ideas que había hecho con frecuencia estos últimos días: Amanda casada con el siniestro barón Denis, y Lelio ahogado. Ella insistía en algo que encontraba irrefutable (y el Micchino también):

—No sé por qué me casé. Y no entiendo por qué no pueden creer que no lo sé. ¡Si hay tanto que ignoro! Todo, sencillamente.

Era la posesión del alma. Ese hombre era un maestro de la comunicación conyugal: le había logrado transmitir el mensaje de que poseía su alma. Y ella lo había oído, ella que nunca oía nada como no fuera a su propia interioridad. Quizá por primera vez un mensaje había llegado a su cerebro, y lo había encontrado horroroso. Bien, podía morir a consecuencia de ese instante de atención. Ahora el Micchino le preguntaba, y con una profunda intriga, si el barón era un monstruo o no. Volvió a interrumpirla:

—Creo que dices la verdad —le dijo—. Pero decir la verdad suele ser un gran sofisma.

Amanda no entendía de sutilezas. Lloraba a mares. Tenía la cara empapada, y no se molestaba en secarse. Se inclinó más y le tomó las manos, inconsciente del desarreglo de su vestido.

—¿Tienes que hacerlo! ¿No lo harás? ¿No lo harás por mí?

—Por supuesto que no. Nunca he matado a nadie. Por otro lado, no creo que lo digas en serio. Y no quiero volver a oír hablar del tema. Es un dislate... ¡una metáfora! Además, es un delito.

Ella negaba apasionadamente, casi gritando: no pretendía salvarse, se sentía condenada... Y repetía frases que habría leído en sus filósofos ateos, cambiando los epítetos, absolutamente equivocada. Lo único que pretendía era un poco de paz: por su tranquilidad estaba dispuesta a condenarse mil veces. No, no le importaba nada. Ya estaba más allá de ella misma. Ahora se trataba de otra cosa.

El Micchino tuvo la tentación de preguntarle por qué entonces no lo mataba ella: no le faltarían buenas oportunidades. En realidad era la más adecuada para la faena: una esposa puede asesinar a su marido cien veces por día. Pero por supuesto no lo dijo porque adivinaba los silogismos equívocos que ella le opondría, no valía la pena ser razonable. Quizá si alguien se ofreciera a matar al barón, sus palabras bastarían para apaciguarla totalmente. Pero los únicos que podían pronunciar esas palabras mágicas eran su padre y él, y ninguno de los dos lo haría. Al verla llorar, tomarse la cara con las manos y apretarse las sienes, con los pechos trémulos que se habían mojado de lágrimas también, nacarados de agua salada y rosados por la fiebre del llanto, el Micchino pensó que sería una buena madre.

Estiró una mano a la mesita, tomó la jarra y volvió a llenar las copas. Amanda lo había convidado con vino: había renunciado al té, que amaba, por odio a su marido, cuya afición al samovar era decididamente maniática. Ahora le parecía una bebida envenenada. Por el nivel de la botella, el Micchino advirtió que habían tomado bastante, y aunque a él no le producía ningún efecto, ella estaba poco habituada y sin duda se le había subido a la cabeza. Había sido un error venir a verla. Posiblemente la estaba excitando más de la cuenta. Se levantó y fue a mirar de cerca al loro. El perrito saltó de la cama y vino a ladrar exasperado a sus pies. Lo tomó por el cuello y le vació la copa en el hocico. El animal se atragantó y aulló; se le desorbitaba los ojos. Amanda alzó la vista.

—¿Te vas? —le preguntó entre hipo.

No le respondió. Ya no veía la utilidad de hablar. Al ponerse de pie se había sentido cansado. El loro parecía vigilarlo, pero en realidad tenía dos miradas divergentes, ninguna de ellas muy precisa. El aire del cuarto estaba pesado, y no solo por cuestiones psicológicas. De modo que corrió las cortinas, abrió una de las puertas del balcón y salió a asomarse al jardín,

donde trabajaban dos hombres. Amanda salió también, suspirando. Una brisa enérgica inclinaba las rosas hacia la puesta del sol, como adorantes. Había tormenta en el aire. Muy alto pasó una formación de ánsares con clamoreos. Volaban al sur: aquí el verano se agotaba, y quizá esta tormenta marcaría el comienzo de los fríos. Miró de reojo a la joven, que lo había tomado del brazo. Al aire libre se la veía más pálida y desencajada. Se apoyaba pesadamente en él, mareada por todo el llanto y el monólogo y las copas de vino. Entró y se tiró a la cama y se tapó la cara con un brazo: ahora se negaba a hablar, una muestra de desesperación novedosa en ella.

Salió sin despedirse: tuvo la precaución superflua de cerrar la puerta. Al bajar oyó las voces de Alessandro y herr Klette en la biblioteca, y le resultó un sonido reconfortante, después de la escena en el dormitorio. Alessandro se había repuesto bien, se había hecho inseparable de él, y no parecía preocupado más que por el estado de aflicción de su patrón. Los jóvenes, pensó, se curan pronto de todo. Aunque él mismo era joven, poco más que un adolescente: y no se había curado. ¿Qué debía esperar entonces para cuando llegara a la edad de Klette? Es cierto que no había muchas probabilidades de que tal cosa sucediera. Los castrati en general eran frágiles, pocos alcanzaban los cincuenta años, y casi ninguno los pasaba.

—Ah, aquí estás —le dijo el barón—. Hablábamos de ti. Sabes que esa idea que tuviste el día del estreno, de cantar dos veces cada aria, ha causado una inmensa impresión. Hoy mismo me decía el Caffarelli... —Se interrumpió, porque sabía que al Micchino no le agradaba hablar de sus colegas—. Creo que es la clase de ideas que puede trastornar la historia de la música.

El Micchino hizo un gesto de displicencia.

—Fue una inspiración del momento —dijo—. Y por otro lado, ¿qué es eso de historia de la música?

Alessandro rio:

—La música tenía historia —dijo—. Pero ya no.

Herr Klette sacudió la cabeza sonriendo:

—Estás equivocado, pequeño. Hay una historia. Precisamente, de eso se trata. —Comenzó una larga explicación a la que el niño oponía sus razones. Alessandro es muy inteligente, pensó el Micchino, y perdió el hilo de la discusión. Fue a la biblioteca que cubría una de las paredes a mirar los libros. Herr Klette los guardaba al modo antiguo, el lomo hacia dentro, lo que resultaba mucho más discreto e higiénico. Pero el Micchino los reconocía bien. Gran parte de su infancia la había pasado en esta casa, y creía haberlos

leído todos. Tomó un gran volumen chato, un viejo atlas iluminado que había sido uno de sus favoritos. Herr Klette, sin interrumpir la conversación, lo seguía con la mirada, y ahora le dijo sonriendo:

—Siempre que pienso en ti cuando eras como él —señalando a Alessandro— te recuerdo con ese libro sobre las rodillas. Ya te he dicho que puedes llevártelo si quieres, es tuyo.

El Micchino se sentó y lo abrió al azar. Apareció ante sus ojos la Panonia, con sus bosques y el grueso camino azul del Danubio. Alessandro vino a asomarse por sobre su hombro. El Micchino señaló Viena con la punta de un dedo:

—Aquí estamos. Vindobona. ¿No es mejor el nombre latino?

—¿Figura el África? —preguntó el niño.

—No —respondió herr Klette desde su sillón—. Es solo de Europa. —Le señaló un punto en la biblioteca—. Allí hay un atlas universal, mucho más moderno. ¿No lo has visto, Piero? Lo compré en París, el año pasado, y ahora me lo trajo Amanda junto con todos mis libros que habían quedado allá.

Entró un criado con la merienda en una mesa rodante. Había tortas, y té y café. Alessandro acercó dos sillas, en una puso abierto el atlas nuevo y en la otra se sentó él y comenzó a comer, con apetito juvenil. El Micchino pidió una taza de café, nada más. Siguió hojeando el viejo libro.

—A propósito de países lejanos —dijo el barón—. ¿Sabes que entre los ofrecimientos, tenemos uno para San Petersburgo?

Alessandro lo miró:

—¿Dónde queda eso?

—En un reino extenso y raro, que se llama Rusia —dijo Herr Klette como si hablara con una criatura.

—Ah, Rusia —dijo Alessandro y pasó varias páginas del atlas buscándola.

Herr Klette miraba al Micchino:

—¿Qué me dices? Nunca has estado allí.

—No. Pero ¿qué razón tendríamos para ir tan lejos? El circuito convencional basta para una vida. Y además, querría ir a Londres a devolverle la visita al Mogano.

—Ja, ja —se rio el barón—. No creo que lo encuentres. Todo lo contrario. He oído que va a San Petersburgo. —Volvió a reírse ante el gesto de sorpresa del joven.

—Todo el mundo parece querer ir allá. Supongo que es por la situación política. Pero respondiendo a tu pregunta: tenemos una excelente razón, y es

lo succulento de los honorarios que ofrecen. Los rusos se han vuelto espléndidos, quién sabe por qué. Todos los grandes arquitectos italianos han ido allá, y ahora comienza otro éxodo, del que tu amigo de piel oscura parece ser un pionero: la sociedad esotérica y diplomática, los misteriosos. Él le dice a quien quiera oírlo que corre detrás de hechiceras eficaces que le devolverán la juventud. En realidad busca trabajo, un trabajo mucho más redituable que el canto, para el que ya está viejo.

—Ya le he dicho que no me interesa esa faz del negocio.

—Lo sé. A mí tampoco. Es más, creo que el espionaje será una moda caduca dentro de poco. Pero me gustaría ver la Palmyra del norte. Quizá no tenga más oportunidades de ir.

—¿Por qué? —preguntó Alessandro.

—Porque los viejos se mueren al fin, niño.

—No, no. Le preguntaba por qué desea conocer la ciudad.

—Es un sitio bastante fantástico, en el que no todos creen. Una ciudad en los extremos mismos del mundo, que mandó levantar un emperador con ínfulas de absolutismo, y que tuvo que irse muy lejos de todo, como un eremita, para poder ser déspota. Allí sí, pudo dictar las leyes del hielo y los cánones de la escarcha. Hizo edificar palacios veraniegos, como los del Palladio, pero entre la nieve. En ese lugar antes había un pantano y una aldea de pescadores; a los pescadores los ahogó y al barro lo hizo cubrir hasta el último centímetro con mármol de Paros, todo salvo el Neva, que es el río de Pedro: en invierno, cuando se hiela, lo cruzan en carros con bueyes.

La nota de nostalgia imaginaria en la voz del barón hizo sonreír al Micchino, que le dijo:

—No hay inconvenientes por mi parte. No me molestaría ir.

Herr Klette bajó la voz para decir:

—Pero debo confesarte algo: una persona muy importante, digamos una augusta persona, me manifestó su interés en que fueras a la corte de la zarina.

Se imaginó el motivo: su canto llevaría mensajes al norte.

—Sigue sin molestarme —dijo—. Me tienen sin cuidado los intereses de las augustas personas. —Llamó a Alessandro a su lado y le mostró la costa del golfo de Finlandia: por ahí debía de estar Petersburgo. No existía cuando habían impreso este libro—. ¿Te gustaría ir?

El niño asintió. Herr Klette aguardó un momento, volvió a servirse café, y le preguntó al Micchino qué impresión se llevaba de la «dama de allá arriba». ¿Seguía tomando vino?

—No mucho —respondió evasivamente, y agregó—: No creo que mi visita le haya hecho bien.

Herr Klette hizo un gesto de abatimiento:

—Era de esperar. Pero lo lamento de todos modos. Había pensado que en la variación encontraría algún alivio. Yo he llegado a evitarla. Y sé que hasta a los criados les canta la misma canción, lo que dará el resultado absolutamente inevitable de que todo esto se difunda.

El Micchino no respondió nada. No quería hablar del asunto, del que por otro lado ya habían hablado mucho. Temía que si profundizaban el tema, terminaría tomando el partido de Amanda contra su padre, lo que le disgustaba. Herr Klette siempre había sido su ancla en la sensatez (porque él también la necesitaba), y no quería que perdiera esa función. Amanda era en más de un sentido una perfecta aguafiestas.

—La paternidad es una carga difícil de sobrellevar —suspiró el caballero—. Me he estado sintiendo algo enfermo últimamente, y todo me alarma y angustia. Quizá esta idea de irnos a aquellas estepas lejanas no sea más que una solución por la huida; al menos podría descansar un poco. Tú siempre fuiste más maduro que ella, y me temo que podría adjudicar la misma ventaja a cualquier otra persona joven que conozca. Por supuesto, debe de haber sido culpa mía. La educación de los hijos es complicada, muy larga...

—Tengo que marcharme —dijo el Micchino levantándose.

—Disculpa estas molestias. Sé que en este momento debe de resultarte doblemente irritante. —Lo tomó del brazo dirigiéndose hacia el vestíbulo—. Escucha, me dijeron que ese muchacho estuvo, por aquí. ¿Quieres que lo reciba?

El Micchino tardó un instante en comprender que se refería a Donato. Él mismo había recibido algunos avances indirectos en busca de perdón. Negó con la cabeza.

—No vuelva a hablarme de él.

Cuando salían, sorprendieron a Pierre en conversación con el portero de herr Klette, bajo el arco de la escalera. El dueño de casa hizo una señal de que escucharan, y los dos hombres, que no los habían oído, siguieron concentrados en su discusión.

—El luteranismo es demoníaco —decía el jorobado en su mal alemán—, por causa y efecto divinos. Lo es, y no debería sorprenderte. Solo cuando el Papa...

—¡Pero si el Papa es el demonio! —exclamaba el portero sinceramente extrañado.

Pierre soltó un borbotón latino.

—¡Escúchame, hijo de las sombras! —bramó, y prosiguió con una irritada dulzura—: Eres un cordero, lo mismo que yo. Que no tengas una giba en la espalda no quiere decir nada. ¿Acaso soy un dromedario? ¿Cómo pueden rehuir a la autoridad divina de Roma, si han aceptado el barroco de las cornisas? Es preciso convencerse de la realidad del demonio: si lo hicieras, verías que estás a sus órdenes, y te sentirías tan deprimido como yo.

El portero le respondía con insolencia:

—Señor cochero, usted cree traernos la mala nueva, pero habla en vano. Porque yo creo en el demonio más que usted y todos sus amigos italianos. ¡Nosotros creemos en el demonio desde hace mucho, mucho tiempo! No necesitamos que nos lo venga a anunciar alguno de sus papas, que por otro lado siempre son nuevos, y no conocen su oficio.

—Los papas no se cambian al azar —rectificó Pierre con un cambio de tono en la voz: era el paso a los detalles.

—¿Cómo si no?

—Cambian exclusivamente con su muerte.

El portero estalló en una gruesa carcajada nórdica, cervecera:

—¿Y qué es el azar, si no es eso? ¡Prefiero los reyes ateos de Prusia! Por lo menos son más honestos, y se matan para sucederse.

Herr Klette le dijo en voz baja al Micchino:

—Tu cochero se dedica todo el tiempo a la teología. Creo que deberías vigilarlo. Cada vez que viene se pone a denostar la Reforma, hasta con la cocinera. Afortunadamente es poca la gente que se lleva a la hoguera hoy día por cuestiones religiosas, pero el buen Pierre tiene alma de verdugo. Deberías llevarlo a España.

Se asomaron y la conversación terminó. El portero dio unos pasos atrás, sin despedirse de Pierre, que le dirigió una mirada ponzoñosa.

El Micchino le pidió que los llevara a dar una vuelta por la ciudad, e invitó a Klette a acompañarlos. El barón no quiso: a esa hora empezaba a dolerle todo el cuerpo, y prefería quedarse junto al fuego, en una perfecta inmovilidad. Efectivamente, la tarde estaba fría, pero tan despejada y serena que daba pena encerrarse. Se despidieron, y Pierre arrancó haciendo restallar el látigo con maestría sobre los caballitos sarracenos, rumbo al Prater.

El paseo se prolongó más de dos horas. Caía lentamente la noche sobre Viena, ciudad diurna por excelencia. Todo estaba vacío como siempre; se cruzaron apenas con algunos coches que iban o venían del camino alto, con las cortinillas corridas. Los grandes palacios parecían deshabitados: nada

nuevo en todo esto, pensaba el Micchino. Era como si la gente le tuviera miedo a esta intemperie tan clara de Viena. Pasaron por las calles principales, y vio uno tras otro los famosos cafés, ya iluminados y bullentes de parroquianos; se estaría pronosticando la hora y el minuto de la muerte de Carlos, como todas las tardes. La capital de Austria tenía dos caras contradictorias: una era esta desaparición señorial; la otra, la incurable ingenuidad de sus charlistas.

Después se internaron por los parques y los cruzaron enteramente hasta las puertas romanas. Los grandes árboles ya tenían amarillas las hojas, o rojizas o pardas. Aquí sí, a pesar del cuidado meticuloso con el que se mantenía la vegetación, la sensación de desierto era absoluta. Ni en los bosques más perdidos del mundo se sentiría eso, y cuando el coche trasponía una subida y a lo lejos, por sobre las copas de los árboles se veía el blanco de algún palacio, la impresión no hacía más que agudizarse. Dieron una prolongada vuelta y llegaron a casa ya de noche. Al oír la puerta bajó Milena a pedirle noticias de Amanda. El Micchino se las dio sin entusiasmo. Por otro lado, no había noticia alguna que dar. No le dijo una palabra de la peregrina idea criminal que se le había metido en la cabeza a la joven.

—Amanda me preocupa tanto —dijo la señora—. Creo que fue un error de su padre no haberse casado nuevamente... No digo conmigo, desde luego. Podría haber formado un hogar... —Desvariaba. El Micchino se había enterado de que ella había sido su amante desde mucho antes de que el barón perdiera a su esposa, desde antes de que naciera Amanda—. El barón debería ocuparse más de ella; aunque nos descuide a nosotros, y a pesar de sus achaques. Claro que debería ser severo...

El Micchino abrevió la conversación diciéndole que quería dormir. El buen sentido burgués de la señora no convenía en absoluto a la situación. Por el contrario, era lo más opuesto que podía pedirse a una solución coherente. Amanda, es cierto, no tenía solución. Y sin embargo, le repugnaba reconocerlo. Sabía que bastaría una distracción cualquiera, un giro de su voluble fantasía, para que olvidara su desdicha conyugal como se olvida un sueño. Y aun ahora, necesariamente debía de haber una salida que la satisficiera, y que no fuera el chato consejo de una matrona.

La excusa se hizo verdad, y durmió varias horas. Pasada la medianoche bajó a cenar en batín. Estaban sentados a la mesa sor Hildeeve, el niño, Pierre, enfurruñado, y Alessandro; él se ubicó a la cabecera. Esteban había sido expulsado de la casa inmediatamente después del estreno y no habían vuelto a verlo. Hildeeve estaba excitada: al pequeño disfrazado de gato le

había cortado un diente suplementario (ya tenía toda su primera dentadura). El Micchino se vio forzado a mirarlo: en efecto, era un dientecito que salía en lo rosa de la encía, por encima de los otros. Posiblemente le deformaría el labio superior, si no se le caía a tiempo. La conversación versó sobre crecimientos monstruosos. Todos conocían algún caso, y el más divertido lo contó Alessandro: un niño al que habían creído castrado, en el conservatorio de Nápoles, y a los quince años le habían caído tamaños testículos, y su voz se hizo grave de un día para el otro.

—No es el primer caso —le dijo el Micchino—. Cuando la operación se hace demasiado temprano siempre está la posibilidad de que se regeneren las glándulas.

Pierre, que tenía conocimientos de medicina, lo miró alzando las cejas; debía de saber perfectamente que eso era absurdo, pero prefirió no decir nada, y el Micchino sospechaba los motivos que podía tener: se respetaba su pena, todos lo respetaban, y eso empezaba a pesarle. Mientras tomaba la sopa, se preguntó si lo más correcto en la vida, al fin de cuentas, no sería ponerse en ridículo, como Amanda. ¿Qué estaba haciendo él aquí, entre gente que lo quería y lo respetaba casi como a un dios? En cierto modo, se había dejado llevar. Era una pendiente, por la que no tardaría en llegar a ser parte de lo que más detestaba en el mundo, esa gente decente y correcta por cuya boca hablaba a gritos la verdad.

TERCERA PARTE
SAN PETERSBURGO

Queridísimo padre:

Tu pequeña Amanda no te olvida, y, como ves, cumple su promesa. ¡Cómo no habría de hacerlo! Te extraño, te extrañamos todos, y yo más que los demás, por supuesto. Te imagino allá solo, en Trieste, con esa horrible gota y la única compañía de nuestro fiel Sésamo, aburrido y pensando en nosotros. Pero, como bien lo calculaste, el viaje habría sido fatal para tu salud. ¡Si hasta para la nuestra casi lo fue, con todo lo detenido y postergado que lo hicimos! Pero ya estamos en San Petersburgo, desde hace diez días, y aquí estoy escribiéndote, haciendo caso omiso de los malos presagios que se anuncian para el correo. Y es más, te escribiré con regularidad, te escribiré siempre. Te enviaré una carta puntual a intervalos fijos, con todas las noticias. Te preguntarás cómo calcularé el tiempo, y quizá el de aquí, hecho de pura nieve, sea distinto del tuyo, en esos lagos soleados. Este siglo nuestro filosófico es el siglo del tiempo, verás cómo. Imaginemos una estatua. (A eso se limita la filosofía de nuestro siglo, por otra parte: a imaginar la trajinada estatua.) Démosle luego lo necesario para calcular el tiempo con precisión, sin auxilios externos. Lo que habría de darle en ese caso sería algo de menos: respecto de la persona humana: tendría que ser una estatua sin pensamiento, por cuanto es el pensamiento el que puede alterar la exactitud de la cuenta. Es curioso, pero: para que la interioridad no atrase ni adelante, debe volverse exterior. Esa debe de ser, al fin de cuentas, la gran lección de las estatuas, de las que tanto se habla en filosofía. Claro que existen las mayores probabilidades de que yo no sea una filósofa, y el resultado de mi deducción no sería más que un reloj común y convencional, aunque quizá, por qué no, en la cabeza de una bella e inexpresiva cariátide. Pero me refería a esto: cariñosamente, supones que tengo la cabeza hueca, y creo que no te falta razón (al menos los hechos te la han dado de sobra, para mi desdicha). De modo que, y aquí está la moraleja de mi pequeña fábula: te escribiré regularmente. Como habíamos planeado, el Micchino se adelantó con sus amigos y yo permanecí en Leipzig unos días, muy entristecida como comprenderás, después de las agradables semanas tirolesas que nos habíamos permitido como expansión. ¿Sabes que hablábamos mucho de ti? Yo, por lo menos, hablaba siempre de ti, insensiblemente me volvías como tema cada vez que se daba la oportunidad

de hablar. Después viajé sola, con Hélène; a la inglesa. No veo por qué una joven no puede viajar sola por el continente. Pierre fue a esperarme en el coche de viaje de Piero a un pueblito que se llama Novrodny, en la frontera sármata, y en dos días llegábamos a la capital del imperio, y a partir de entonces todas mis impresiones fueron perfectamente placenteras como las de una fantasía. Hemos sido alojados en un hermoso palacio que es donde se lleva a cabo el trabajo, y el ocio consiguiente, de la corte. Está algo alejado de la ciudad propiamente dicha, y desde sus avenidas no se ve nada más que otro palacio tan hermoso como este, aunque algo más viejo, que se llama el Almirantazgo. Lo que no quiere decir que pase mucho tiempo en los jardines, porque la nieve me llegaría, supongo, a la cintura. No bien hube llegado la zarina en persona quiso verme, y el Micchino, que ya había trabado una relación cordial con ella, me llevó a una de las salas del trono. Anna Ivanovna es una mujer muy hermosa, de unos cuarenta años, con el rostro más plácido y generoso que puedas imaginarte. Quiso saber sobre ti, sobre tu salud, y me trató con tanta bondad que no puedo decirte lo confundida que me sentí. Desde el primer momento pude apreciar la elegancia increíble de las damas y lo absolutamente frío del clima. Me han dicho que intentaron aclimatar ranas, pero las pobrecitas se congelaron inmediatamente, y luego servían de bibelots. Bibelots al aire libre, por supuesto, ya que en los interiores rige una calefacción inmoderada, tanto que el palacio está lleno de orquídeas en flor. La zarina no usa sino joyas y pieles. Sus vestidos mismos son de pieles, blancas y negras en general, pero algunas de un azulado profundo, uno de los grises más hermosos que haya visto nunca. Es obvio que en la región hiperbórea los animales pilíferos abundan tanto como en el sur las meras bestias de cuero. En uno de los jardines que hay dentro del palacio, y que son cúpulas vidriadas que los arquitectos han ideado para dar suplementos luminosos a los salones (porque los rusos son desafortadamente amantes de la luz) he visto grandes martas, cabritas de pelo de seda, hermosos armiños y visones, que son una especie de serpiente con patitas, metidos en jaulas de doble enrejado pues son de una ferocidad pasmosa, intratables, tan malos como hermosa es su piel siempre blanca. Nuestra queridísima sor Hildeeve se ha puesto a trabajar día y noche, con un entusiasmo apenas mellado por los afanes que le ocasiona su pequeño adoptado. Quise de inmediato un vestido como el primero que le vi a la emperatriz (no te abrumaré con la descripción), pero el Micchino se opuso, y creo que con buenos motivos. No es conveniente parodiar a los poderosos, aunque sea en tono de homenaje admirativo. Hildeeve dice que no es necesario cortar ni coser las pieles; o que sí es

necesario, pero que esa necesidad es secreta: la ropa mullida y profunda tiene misterios que, según ella, solo se descifran con el plegado. Su interés por los nuevos materiales es total, de lo que me felicito. Aunque la prioridad es para Piero, que aquí será una Tetis y una Dido y una Dánae de las nieves, tan perfectamente abrigadas que habrá que adivinarlas.

El palacio es inmensamente grande; tanto como Versalles, pero en menores dimensiones. En el segundo piso, donde se nos ha ubicado (a todos juntos) debe de haber unos doscientos dormitorios. En el primer piso están las habitaciones de la zarina y sus damas y algunos nobles. Hay un ala que no he visitado, donde sucede todo lo relacionado con el gobierno, del que la emperatriz no se ocupa en absoluto. Al parecer sus ministros se reúnen en el Almirantazgo, y de vez en cuando vienen aquí a imponer a la soberana de sus decisiones, que ella veta casi siempre y obliga a reconsiderar. Como todos los reyes, es omnímoda. Tengo dos cuartos grandes y un vestidor, todo sobre un hermoso lago artificial que se ha helado. El Micchino está ubicado justo a mi lado, en una suite prolongada, y más allá están Pierre y Alessandro, Lionello, y Hildeeve con el niño, que además tiene una salita de costura y unas muchachas letonas que la ayudan a coser. Los rusos son muy igualitarios. Criados y señores se alojan juntos (al menos es lo que han hecho con nosotros). Hélène duerme en el cuarto contiguo al mío, y estos últimos tres días me he visto privada de sus cuidados porque la pobrecita ha estado tosiendo y la obligué a quedarse en cama. Todo el servicio es femenino. Hermosas campesinas pequeñas y regordetas nos hacen la limpieza, nos traen el té, y algunas han comenzado a enseñarme algunas palabras de ruso — cosa por lo demás totalmente innecesaria porque en la corte no se habla sino el alemán—. En cambio en el piso noble el servicio es masculino, lo mismo que en las salas del trono y en el comedor: unos boyardos increíblemente apuestos, llenos de entorchados aun cuando su función sea abrir las puertas o traer la bandeja con el samovar (que es una máquina infernal que me recuerda al monstruo de mi marido, porque sirve para hacer el té por un procedimiento automático que no entiendo ni deseo examinar). Si bien somos extranjeros, no lo sentimos porque todo el palacio está colmado de extranjeros: alemanes (tengo entendido que incluso los ministros son alemanes), algunos franceses y muchísimos italianos, entre los cuales está el signor Algarotti, del que después te hablaré. También un caballero romano muy culto y agradable, aunque extremadamente viejo, que se llama Cristiano Crusio, lo que me suena a nombre simbólico. Entre paréntesis, te diré que aquí no existe la religión, cosa que me parece muy bien.

En cuanto a Piero, persiste en una melancolía muy personal. Su presencia ha tomado un cariz infrecuente: pasa lo más del día encerrado. Pero nunca podrá ser invisible, lo cual ya es motivo de tristeza; el silencio mismo de su voz corre entre los pasatiempos musicales de la corte; porque se ha negado a cantar, pese a la solicitud de todos, y de la zarina.

Después de nuestra breve separación, yo había reunido la suficiente cantidad de argumentos como para intentar una explicación amplia con él, hasta hacerle comprender perfectamente mi situación. De hecho, en los muchos días de soledad que pasé durante el viaje ensayé perfectamente el discurso con el que le resumiría de un extremo al otro mi situación; se ha vuelto para mí, en tu ausencia, mi confidente (como lo es Héléne) y cifraba muchas esperanzas en una conversación con él. Pero fue todo abrir la boca y sentir el vacío con que recibía mis palabras. Un vacío hecho de una indiferencia superior a él. Reaccionó con distracción, con lejanía, una lejanía tanto más dolorosa para mí cuanto es la prolongada separación de ti lo que más me duele (aunque me consuela pensar que se equivale con la que me separa de mi infame marido).

Nuestra jornada es la de todos los rusos. Deliciosa, y fantásticamente apacible, casi la de un cuento de hadas. Nos levantamos al amanecer, que aquí se sitúa hacia el mediodía, lo que no quiere decir que se corresponda con el mediodía, que es casi una hora después. Lo primero es desayunar: leche abundante, huevos de las que deben de ser unas pollitas de nieve, pequeños y azulados por fuera, de yema casi roja. Los alemanes han impuesto aquí el uso del café, casi universal, de lo que me felicito. De inmediato, es preciso saber qué ha dispuesto el decisivo señor Tatischev, el chambelán de la zarina y su maestro de diversiones, una especie de ministro del lujo y el ocio. Es un hombre pequeñito, lleno de recursos, que sabe agradar a todos. Organiza los paseos, las fiestas, que son cotidianas, y las diversiones de interior para los días en que las tormentas impiden salir, que son los más. Cuando hay algo de sol (solo la luz, porque el calor del astro no llega hasta aquí) las damas salen en coches a ver los lagos helados, el gran archipiélago que rodea el palacio, y entonces el espectáculo queda a cargo de los zorros decorativos, de los pavos reales, de las hermosas grullas que son el ave nacional, e incluso de las fieras, porque has de saber que la corte, que lo tiene todo, tiene también un zoológico. Hay quienes practican un juego increíble, al que no me he atrevido todavía; nuestro amigo, el pequeño Alessandro, se ha hecho un experto en pocos días. Consiste en ponerse zapatos metálicos, o de caoba, afilados, y resbalar sobre el hielo de los lagos. El ser humano entero cambia con su

práctica, se vuelve una máquina velocísima que se desliza dejando una marca profunda en la materia cristalina. Piero lo probó, pero dijo que una vez era suficiente. Son siempre los más jóvenes los que más disfrutan de estas carreras, aunque también he visto a señores de más edad resbalando con gran pericia. La emperatriz suele detener su coche en la orilla y presenciar esas actividades. Una joven rusa, una princesa, de la que me he hecho amiga, Danila Petrovna, me ha dicho que no hay como ver a un hombre resbalando sobre el hielo para saber sus cualidades como esposo. Dada mi experiencia, tuve a bien seguro poner en duda su certeza, pero no la desencanté. Según ella misma, la emperatriz tiene muchísimos amantes, pero tampoco puedo creerlo por cuanto Anna no es joven. En ocasiones, y si el clima es realmente bueno, se organiza una pequeña caminata al aire libre por alguna de las avenidas del jardín, a lo largo de algún sendero que los jardineros hayan limpiado de nieve por inspiración del demiurgo de nuestros pasatiempos, y observamos algunos árboles, algún pájaro, y a veces el paso espléndido de una nube, que nunca son tan recargadas y profundas como sobre estos sitios. El señor Tatischev es tan ingenioso que ha inventado un paseo por demás divertido: manda hacer a primera hora de la mañana, con muros de nieve, un prolongado laberinto en el que entramos y con frecuencia sufrimos los más deliciosos extravíos, hasta encontrar el centro, donde se nos sirven copitas de una bebida blanca muy reconfortante. Todo es risas, y todo es blancura. Un día uno de los pequeños zorros ornamentales se introdujo en el laberinto por donde iban la zarina con sus damas, y fue tal la confusión y el terror innecesario, que los muros níveos fueron derribados.

Luego comienza la tarde de entretenimientos de interior. Se juega mucho a los naipes, y te sorprendería ver a las princesas y grandes duquesas entregadas a lo que entre nosotros es un pasatiempo de marineros y soldados. También el teatro es una diversión cotidiana, y casi constante. Todo el mundo representa, y todos son espectadores. ¡Yo misma participaré en una representación! Y por supuesto, también hay música, a la que en la corte son inmoderadamente aficionados. Aquí se ha lucido nuestro Lionello, que dirige la pequeña orquesta del palacio, y ha causado excelente impresión con todo su repertorio. Hay varias sopranos francesas en la corte, y Lionello ha puesto en escena fragmentos de ópera con ellas, y también con Alessandro, que ha causado una tremenda impresión. Tengo la sospecha, aunque no quise preguntarle a nadie aquí, de que es la primera vez que oyen a un castrato, lo que me resulta inexplicable. Tratándose de temas que considero ligeramente delicados, no tengo a quien consultar, porque ya te he dicho que el Micchino

está distraído y no parece oírme, y no tengo la suficiente confianza con el señor Lionello como para hablar libremente con él. Sea como sea, Alessandro estuvo magnífico: su voz, que yo no había oído hasta ahora, es delicada y fuerte, maravillosamente flexible, y con un toque de tristeza y profundidad que hizo empalidecer las de todas las sopranos.

Este palacio en el que vivimos, creo no habértelo dicho, se llama «Palacio de Invierno», lo que *a priori* haría pensar que existe también un palacio de Verano, pero no lo he visto ni he oído a nadie hablar de él, y además todo el mundo parece vivir aquí el año entero. Quizá esperan que, por la magia de las palabras, después de vivir en el palacio de Invierno, el palacio de Verano asome a la superficie de la tierra el primer día de calor... Aunque probablemente nunca hace calor en Rusia. Es lo que creo, sobre todo después de haber oído hablar de una curiosa fantasía que aquí se cuenta con la mayor seriedad: en el verano los días serían perennes, no habría noches, o serían lo que llaman «noches blancas», es decir noches con sol: típico desvarío de gente que nunca ha vivido en verano y se hace de él una idea puramente deductiva; en efecto, si a medida que finaliza el invierno los días se hacen más largos, debería llegar el momento en que el día ocuparía las veinticuatro horas. Cosas como esta me hacen dudar de la inteligencia de la gente del norte.

El sistema de gobierno, como había oído decir en París, es despótico. La zarina tiene todos los poderes, y nunca jamás sale de su palacio. Los ministros recorren los cien pasos desde el Almirantazgo hasta aquí y viceversa, y a eso se reduce prácticamente todo el ceremonial. Los diplomáticos son bien recibidos. Vienen todos casi todos los días, y participan en las fiestas. El imperio es extenso, se prolonga hasta la mismísima China. Pero los rusos son muy escasos. En este momento se está llevando a cabo una guerra contra los turcos, que ya lleva unos años y está a punto de concluir con la aniquilación de esa raza, que así, supongo, dejará de provocar problemas a Austria, y tendremos que agradecerse a Anna. El señor Biron, su consejero, es letón; en realidad, según me he enterado, ser letón es lo mismo que ser ruso; pero hay ciento cincuenta nacionalidades que también serían sinónimas de la nacionalidad rusa, lo que me parece un tanto alarmante. Según me dijo la zarina misma cuando se lo pregunté, el momento políticamente más importante de su reinado había tenido lugar el año pasado, cuando se festejó la nominación del señor Biron como duque de Curlandia. Lamento no haber estado presente; según la regia descripción, fue una de las fiestas más grandes que haya habido nunca. Cada dos días, la zarina hace un paseo a caballo, en

un poni blanco de patas tan gruesas que no puede creerse, y los boyardos de su guardia personal le presentan armas. Es un hermoso espectáculo, que sucede ya entrada la noche (lo que no quiere decir gran cosa, equivale más o menos a nuestra media tarde) a la luz de las antorchas. Después los boyardos montan y dan vueltas a toda velocidad por la explanada.

Las damas de honor de la soberana son un capítulo aparte. La primera impresión que causan es la de una bulliciosa cohorte de la zarina, un apéndice de su personalidad multiplicada por el poder. Todas son hermosas, hasta las feas (que son la mayoría). Sucede que nuestras normas de juicio deben suspenderse: ellas se basan en la nobleza de su porte, en su conducta que reúne la extravagancia de la civilización y la discreción de lo bárbaro y salvaje. Constituyen un mundo cerrado en sí mismo, aunque no son más de treinta, todas princesas; y si todo en ellas indica la más rancia compenetración con los privilegios del absolutismo, son las representantes vivas y más visibles de los derechos de la feudalidad que jamás aceptaría a una soberana. Dominantes y matriarcales, hasta las niñas (lo que se explica por influencia de la situación, al ser la testa coronada una mujer), basta examinarlas con los ojos abiertos para ver en cada uno de sus gestos la más completa sumisión a la voluntad de sus amos hombres, ausentes necesariamente de las manifestaciones cortesanas. Porque aquí existen inmensos campos, extensiones que se extravían en los horizontes, en cuyos fondos ignotos los maridos o padres de las princesas realizan los trabajos misteriosos de sus vidas. Inteligentes y cultísimas en su conversación, que fluctúa en un espectro irisado de idiomas, sé que tú las considerarías, y no sin razón, las más tontas de las mortales. Viven para el instante, para la delectación de lo perfecto. Usan los enormes vestidos a la moda (y no veo cómo los vestidos obedientes a la moda, a cualquier moda, podrían ser pequeños), pero no lucen otro en toda la temporada. Como se parecen mucho, sobre todo las letonas (todas lo son, como ya te he dicho), con esas caras achatadas y los ojitos minúsculos, he llegado a reconocerlas por sus atavíos inmutables. Son caprichosas, volubles, risueñas, y las más tiernas amigas. Con algunas, la princesa Dubrovski, la princesa Berscheff, la princesa Housov, somos íntimas. Jugamos al chaquete en mi cuarto cuando queremos hablar libremente, nos peinamos, nos intercambiamos las pelucas, y a veces bajamos con antifaces a las fiestas (a las pobrecitas se las reconoce de inmediato por los vestidos, desde luego, y a mí por ser la que cambia de vestido). Hay cuatro princesitas jovencísimas que son las favoritas de la zarina, y no se despegan de su lado, cuatro muñecas de porcelana nueva, que lo miran todo con ingenuidad de

niñas. Pero de una de ellas se dice que es amante de uno de los ministros, y de otra que conspira con la hija desterrada del zar anterior, de quien sería la amante nefanda. Por supuesto, son rumores infundados. En este hábito de murmuración de las damas de honor, la corte imperial muestra influencias francesas. De hecho, todo es francés hasta el tuétano, salvo el idioma, que es alemán. Pero también es oriental. ¿Por qué motivo habrían de estar siempre juntas treinta damas de alcurnia, excluidas de la parte masculina de sus familias, si no fuera por el recuerdo carismático del serrallo? Claro que se trata de un serrallo sin amo.

Hace una semana participé en una excursión en barco por el Neva. Toda la corte participó, con ese entusiasmo que ponen siempre en las novedades. Habituales en el imaginario verano, estos paseos son raros en el invierno, y dependen menos del clima que del humor de la zarina. Tuve ocasión de estrenar el abrigo desplegable de cibelinas que me hizo Hildeeve. Me llevaría demasiado tiempo explicártelo, y no tengo talento para el dibujo. ¡Qué pena! Te asombraría. El Micchino, para mi sorpresa, también fue, pero no estuvimos juntos durante el trayecto porque se embarcó en otra de las naves. Yo fui en la de las damas, con Anna. El señor Algarotti, que venía con nosotras, consintió en darme explicaciones de todo lo que veía, lo que hizo doblemente instructiva la ocasión. Siempre he pensado que las cosas por sí mismas rara vez hablan.

El Neva es un río amplísimo, pero lleno de hielo flotante. Al parecer, llega un momento en que se hiela por completo; aquí se considera casi milagroso que aún no lo haya hecho. De todos modos, con la marea alta el agua salada llega hasta la ciudad, y a veces, según dicen, se «inunda el hielo», con un fluido tibio en el que da gusto bañarse, sobre pisos transparentes. Yo no lo intentaría, de más está decirlo. Unas barcas muy anchas van apartando por el camino, delante de los barcos, las rocas cristalinas, que se mecen con soberbia placidez, y cuando se entrechocan se oye algo que podría calificarse de trueno cristalino. Alrededor, barrancas de nieve. Y árboles de nieve. Veíamos prados pequeños enteramente cubiertos de estragón, verde como un día de primavera. El estragón resiste a cualquier temperatura. Y lo más extraordinario es que entre cada hojita había un cristal de nieve, o de rocío helado, que brillaba no por el sol, que por supuesto no lo había, sino por el reflejo del blanco general. Eran los cotos de la corona, y vimos ciervos nivales, y focas que le han vendido los cazadores suecos a la zarina, y uno que otro de esos maravillosos gatos monteses rusos con cara de pájaro. De vez en cuando Su Majestad pedía silencio, y oíamos un trino lejano. Ella dice que los

pájaros son sus hijos. En el agua, veíamos asomar de vez en cuando a un pez prodigiosamente largo, que por un momento tomé por ballenas, pero me dijeron que se llaman *longe*. Deben de medir casi dos metros de largo, y tienen algo de serpiente, por la flexibilidad. Me dijeron mis amigas que es una bestia que solo se asoma a la superficie cuando brilla la luna; lo que te demostrará la inanidad de sus razonamientos, porque era el mediodía. El profesor Algarotti me aseguró que el *longe* sube a tierra a pacer la hierba de las riberas.

Al cabo de unas horas de navegación llegamos al delta del Neva, que es un laberinto de islillas y confusión. Al parecer, en épocas remotas todo era delta, esta misma profusión de hilos de agua y de islas se prolongaba hasta donde ahora está la ciudad, y más allá. El emperador Pedro fue el que hizo desecar los pantanos, como hicieron los holandeses, y sembró bosques ya centenarios para que el agua no volviera. Y, según me dijo el profesor Algarotti, esto se debió menos a su genio de ingeniero que a su decisión de soberano; simplemente cambió el aspecto del paisaje, ejerciendo un poder que rara vez ponen en práctica los reyes. Confió tanto en las apariencias que transformó en belleza la iniquidad, y en habitable un refugio de pájaros y cocodrilos. Nuestros barcos se internaron por el dédalo, hasta lo que se llama la Isla (todas son islas, pero esta lo es por antonomasia), en cuyo extremo, ya en pleno golfo de Finlandia, se alza una deliciosa montañita artificial, a la que llaman *Stulka*, y en ella Anna ha hecho construir el más bello edificio que puedas imaginarte, el pabellón Chino, todo en alabastro y cristal, resplandeciente y aislado, un faro de lujo apuntado hacia el norte. Desembarcamos en un muelle prolongadísimo, por el que todas las damas avanzamos en hilera de a una, en un aire sobrenaturalmente calmo, y se sirvió una colación en el Pabellón, en una salita con cúpula desde la que admiramos el mar blanco y el vuelo de las gaviotas. Cuando nos íbamos, desde el barco miré por última vez el Pabellón Chino envuelto en la luz muy tenue de estas tardes brevísimas, y vi en él la manifestación más nítida del alma rusa.

Y he dejado para el final lo que a mi juicio lo resume todo, incluido el genio de la zarina y su inventiva. Detrás del palacio han levantado la más increíble estatua monumental que puedas soñar: un elefante, de tamaño mucho mayor que el natural —aunque nunca he visto un elefante de verdad, salvo el que había en Venecia cuando murió mamá—. Y lo más curioso, es que es... ¡de hielo! Aquí se usa mucho, hacer estatuas de hielo. Son una de las especialidades de los artistas rusos. Las hacen con la primera helada del otoño, y se mantienen intactas todo el año. Ningún mármol iguala su belleza.

La luz diurna, o la nocturna, les da reflejos soberbios, profundos, de sueño. Y según los entendidos, nunca un artista se ha esmerado tanto como el que construyó este elefante. Parece transparente, pero no lo es; dentro de él se ocultan mecanismos muy ingeniosos. Por la trompa, que tiene levantada, corre una cañería que despide un chorro de agua que se eleva casi diez metros y estalla en una nubecilla irisada. Y de noche, maravilla de las maravillas, ese chorro es de un fluido inflamable, encendido, una larguísima vara de fuego que ilumina la noche y consume, muy poco a poco, la larga trompa del proboscídeo, que el artista rehace con agua todas las mañanas. ¡Cómo lamento que no hayas tenido la oportunidad de ver este elefante! Por cierto que él solo merece el viaje. Me atreví a sugerirle a la soberana que debería hacerlo transportar al Polo, y dejarlo allí, como un monumento perenne a su amor a la belleza. De noche, el espectáculo es conmovedor. El fuego le da brillos tremendos al corpachón inmóvil, y unos hombres que se introducen dentro soplan por instrumentos que reproducen a la perfección el sonido de los berridos de un elefante de verdad. La naturaleza y el arte se han combinado de un modo sublime. ¡Qué salto respecto de la filosofía de nuestro siglo! Tanto hablar de la estatua, de imaginarla de mil modos, y aquí estaba la estatua, más real que la realidad misma, y tan inimaginable que todas las tontas deducciones de los libros caen como hojarasca. Vuelta animal, la «estatua» va más allá de la filosofía, llega al puro espectáculo.

Eso es todo por el momento, mi queridísimo papá. Creo que te he dado una idea, no por sumaria menos exacta, de lo que es Rusia, y de los ojos de tu hija en ella. Piensa en mí, y hazlo intensamente. No me basta un recuerdo fugaz, aunque esté matizado por tu nostalgia y tu amor. Quiero que pienses detalladamente en mí, en todo lo que te he dicho antes de venir, y en mi desdicha. Por indicación de mi querida Anna, la más bondadosa de las reinas, he empezado a tomar notas para la redacción de un *Traité du Bonheur*, que ella hará editar bajo sus auspicios y será la introducción de la nueva filosofía en este reino lejano. Rusia me inspira. Creo que podría pasar la vida aquí, precisamente porque es el único sitio en el que no siento la obligación de pensar en mi vida, tan malhadada. ¿Te imaginas a tu pequeña hija instalada como señora del pabellón Chino, en el extremo hiperbóreo de Europa, acariciando el lomo de mi elefante de hielo? Volveré a escribirte. El señor Lionello me ha dicho que te escribirá, o que ya lo ha hecho. Supongo que te dará noticias suplementarias. Piero y Alessandro, y todos los demás, te mandan saludos y te desean una pronta mejoría. La zarina me dijo que su

padre también sufrió de gota, y en plena juventud. Cuídate mucho, y, por favor no te lamente de la soledad, que en ocasiones puede ser una bendición.

Un beso de tu hija amantísima,

AMANDA

Barón Augusto, querido amigo:

Cumplo con la promesa hecha al partir, de mantenerlo al tanto de nuestros movimientos; supongo que sus temores de que el Micchino no se sintiera con ánimo de escribirle eran de lo más fundados, por lo que me apresuro a hacerlo yo, y anticiparle desde ya que no existen razones serias de preocupación. Y es además un placer escribirle y pensar en usted y en su encantadora familia, a la que pese al poco tiempo que traté, en Viena, considero ya como la mía. Adivino su bienestar en la soleada y dulce Trieste, donde quizá ya se anuncia la primavera sobre los lagos, y posiblemente su dolencia ha aminorado su rigor. Rodeado de su querida esposa frau Milena, con quien tantas amables charlas tuvimos, y sus cuatro preciosos hijos, a los que tanto extraño, en especial al pequeño Enrico, a quien suelo ver en la imaginación con su caballito de madera. Y las dos pequeñas, Lina y Amelie, tan dulces y tan hermosas como las flores, y por supuesto su benjamín, a quien seguramente ya no reconocería si volviera a ver. ¿Ha empezado a hablar? Un beso para él. Ojalá volvamos a encontrarnos pronto; tengo motivos para sentir añoranzas, porque mi estancia en este incomprensible y horrible sitio se presenta cargada de tristes augurios. Pero no es el motivo de mi carta abrumarlo con mis cuitas personales, sino darle noticias de sus seres queridos, y es lo que hago a continuación. De su hija, poco puedo decirle sino que se ha plegado con gusto al estilo de vida un tanto trivial, pero correcto, de las damas de la corte. En cuanto al Micchino, lo he visto animado, interesado como no lo estuvo durante todo el viaje y los sombríos días que pasamos en el Tirol. Pero, por supuesto, mantiene esa suerte de indiferencia lejana que ya me había sorprendido como su rasgo más característico desde que lo conocí, aun antes del desdichado incidente en el que perdiera la vida aquel niño. Esa indiferencia y distanciamiento se han acentuado, si cabe, y debo decir que he renunciado a comprenderlo.

Le haré una pequeña descripción de nuestra vida aquí, desde que nos instalamos hará ya casi dos semanas. En primer lugar, debo contradecirlo: San Petersburgo no es una ciudad de mármoles y albores como usted la soñaba, sino más bien todo lo contrario: una aldea de madera y nieve embarrada, en la que reina la más horrible miseria, y los espectáculos de degradación que se

ven en la más sumaria recorrida, cuando la nieve lo permite, son indescriptibles. Una buena parte de la población vive de alcohol, y el resto no se les diferencia mucho en la escasez de luces, las formas casi no humanas que arrastran y el género de subsistencia. La brutalidad que se ejerce en general es de no creer; las flagelaciones son constantes, la gente practica sobre sus semejantes toda clase de torturas. Y quizá no sea la menos censurable de ellas la miseria que hace que haya visto niños descalzos en la nieve, cargando objetos cuyo peso a veces superaba el de sus cuerpos mal desarrollados. Imagínese una Venecia que jamás haya tenido ningún esplendor, que no haya tenido tiempo de construir palacios ni iglesias, que sobreviva en las inundaciones, el desamparo, y sobre todo el frío más atroz que uno pueda imaginarse: eso es San Petersburgo. ¡Qué error haber llamado «el Grande» a su fundador, solo porque tuvo delirios de grandeza! Yo lo llamaría «el pequeño, el pequeñísimo», por haber tenido la sórdida idea de fundar una ciudad, y su consiguiente miseria, donde nadie debería vivir nunca. Y no hay ser más sedentario que el ruso, por lo que he podido ver: habría que pensarlo dos veces cuando se funda una ciudad aquí, cosa que no hizo ese energúmeno.

Desde el primer día hicimos frecuentes paseos por la ciudad y sus alrededores, en parte por curiosidad natural y en parte por huir de la atmósfera insoportable del palacio donde se nos ha alojado (no del todo por mi voluntad, pero el Micchino demostró demasiada falta de dinamismo como para instalarnos en una casa, que por otro lado no hay aquí en alquiler). Pierre se las ingenió para transformar en coche de paseo el de viaje en el que vinimos; y debo decir que no hubo mucho que hacer, pues no puede presumirse de callecitas empedradas ni puentes ni siquiera caminos en estos páramos. Más que la ciudad, inexistente como ya le he dicho, nos interesó el paisaje de sus alrededores, el más hiperbóreo que hubiéramos visto el Micchino o yo (y para el joven Alessandro, que no había vivido fuera del verano de su Nápoles natal, y luego brevemente en Venecia y Viena, fue una sorpresa absoluta). La acumulación de nieve llega a ser tan increíble que la impresión de masa que recibe el cerebro, de esa materia blanca y liviana, es aterradora. Creo que podría rellenar otro planeta como el nuestro, y todavía sobraría para hacer otra luna. Es difícil pensar en un reino donde todo sea frío, hielo, viento, y desesperación por parte de sus habitantes: en cierto modo es como un error lógico. Pues bien, eso es Rusia. Las chozas de los campesinos (las *izbahs*) son unas formaciones semiesféricas, sin ventanas, con una puerta de cuero, y cuando por curiosidad nos asomamos a una en cierta ocasión, fue tal la

repugnancia que me asaltó que no pude comer en dos días. Ni siquiera la forma humana ha sido respetada aquí: los rasgos de la gente están deformados por el frío, y eso es permanente; las piernas son cortas por el balbuceo de los pasos entre la nieve, los hombros cargados por los abrigos incómodos, los brazos se mueven con torpeza, las manos son masas deformadas, horribles de ver.

En cuanto a nuestra anfitriona, poco es lo que pueda decirle que contradiga la mala fama de esta dama en el exterior; más bien podría ahondar en esto, y darle matices más oscuros aún. Es una bruja madura, siempre pintada, vestida con prendas excesivas de un gusto pésimo, y perennemente rodeada de una bandada de mujeres salvajes disfrazadas de cortesanas, entre cuyas piernas se entretiene cuanto boyardo transporta una taza de té o cambia de lugar la nieve de los jardines. El gobierno está enteramente en manos del cínico duque de Curlandia, que ejerce el poder rodeado de un grupo de ministros alemanes. Por supuesto, poca es la riqueza que pueden arrebatarse a este país miserable y sin industrias ni ciudades, pero los planes de esta gente siniestra van más allá de la riqueza: se consideran el borde externo de Europa, y en tal carácter dueños del futuro, al menos del futuro que se desarrollará en lo externo del continente. Creo que en el fondo son inocuos; es más, la ofensiva de la hija de Pedro es fuerte, y quizá no pase más de un año antes de que el trono cambie de manos. Biron y Anna son apoyados por los Hohenzollern, que tienen a Rusia por una especie de provincia, pero la pretendiente tiene infiltrado el ejército y no le faltan recursos. Me temo que de esto se trata, lo que he venido a hacer aquí: Austria está interesada en el cambio, y quizá en las notas de la *Dánae* venga disimulado un ofrecimiento. En cuanto al ejército, pasa algo curioso. Como usted sabrá, se está realizando una guerra, desastrosa bajo todos los aspectos, contra los turcos; el resultado casi seguro será que el imperio ruso pierda la Anatolia y toda aproximación al Mediterráneo. Pero sucede que la máquina de guerra en general se ha mantenido ajena a esta guerra, y eso hay que adjudicárselo a lo femenino de la zarina: el ejército se ha transformado en un cuerpo de decoración y juego. Es inaudita la cantidad de decretos que se han dictado por inspiración de la soberana respecto del atuendo de los soldados y oficiales, que en consecuencia deben gastar todo su sueldo en renovar sus uniformes, entorchados, sombreros, y los arneses de sus caballos. El espectáculo de las paradas es el único realmente estético que hayamos visto aquí, pero basta que uno piense en el absurdo que lo sostiene para que el encanto desaparezca. Las derrotas en el sur son cotidianas, y todas son anunciadas como triunfos y

festejados. Nos enteramos de la verdad por el conde de Assura, embajador austríaco en esta corte, quien lo recuerda y me ha pedido que lo salude en su nombre. Debo decirle que no está del todo bien de salud, lo que es explicable por la inclemencia del clima ruso: el Micchino y yo hemos estado un par de veces en su casa, una de las más acogedoras que hemos visitado en la ciudad, e incluso nos entretuvimos en una deliciosa velada musical que nos transportó por unas horas, en la imaginación, a tierras más acogedoras.

De los rusos puedo decirle ya, sin temor a equivocarme, que sufren de una definitiva sordera a la música. En ese sentido, nuestro viaje no pudo ser más inútil. La corte cuenta con una pequeña orquesta de intérpretes italianos, expatriados sumidos en la melancolía, cuando no en el alcoholismo o en el consumo del éter. Por capricho de la soberana, que jamás lograría distinguir una nota de otra, y creo que ni siquiera una pausa de una nota, se interpreta todas las noches. Vienen también músicos del teatro Imperial, que está en un receso casi permanente por falta de público y artistas. No necesito decirle que todos ellos son los últimos rezagos de los teatros de Europa. He dirigido la orquesta casi todos los días desde que llegamos, y he renovado su repertorio; es un cambio interesante, tocar con la definitiva certeza de que no se es escuchado. Crea un clima de intimidad con la música, distinto del que he vivido habitualmente toda mi vida. Es más, he puesto en escena pasos de ópera, pequeñas cantatas profanas y juegos musicales. Nos hemos divertido, en secreto, en estas larguísimas noches, y Alessandro ha cantado más de una vez, despertando la curiosidad absorta de esta turba de cortesanos antimusicales. De más está decirle que los pocos músicos de verdad que hay en San Petersburgo se han acercado con respeto al Micchino, y esperan ansiosamente el momento de oírlo. No lo culpo por haberse negado a cantar hasta ahora. El príncipe Zoukov, director del teatro Imperial, ha sido nuestro anfitrión en algunas visitas, y pasamos un par de días en su palacio, sobre las riberas del Oredezh, unos kilómetros al sur de la ciudad. Aunque culto, y rico, y cosmopolita, no delegaba en nadie la tarea cotidiana de azotar a sus criados, que viven en condiciones animales.

Hemos conocido asimismo el teatro Imperial, en la calle Morskaya: una barraca horrible bajo todos los aspectos, desprovista de un mínimo de acústica, increíblemente fría y ventosa, y tan poco usada que da pena. La apertura de la temporada se hará con nuestra *Dánae*, protagonizada por el Micchino, y una semana después la *Dido* del Pallavecino, y después la *Tetis* en Tiro, con lo que todo quedará terminado, en poco más de dos meses. Sobreviviremos, por supuesto, y volveremos a abrazarlo.

Reitero mis saludos afectuosos para toda su familia, y me despido respetuosamente, no sin la promesa de escribirle en ocasión próxima y tenerlo al tanto de nuestros avatares.

LIONL. VENUTTI

PD. Releyendo lo que le escribo veo, no sin consternación, que en realidad he omitido todo lo que se suponía que debía decirle. Como siempre, uno se deja arrastrar por la manía de la charla y termina con la lengua húmeda del rocío de las generalidades. Describir un país no es dar noticias de lo que pasa en él, todo lo contrario. Usted me comisionó para que le comunicara las fluctuaciones en el ánimo de su pupilo, y le prometí hacerlo; pero mi promesa fue una pompa de jabón, pues si lo pienso con un poco de cuidado veo que no hay empleo más imposible de mis facultades, y las razones de esa imposibilidad me llevarían muy lejos. No, no le he dicho nada preciso sobre el Micchino, nada en lo que usted pueda basar una apreciación justa de nuestra situación aquí. Pero es precisamente el Micchino la persona sobre la que no puedo hablar. No sé entonces cómo pude ser tan distraído de aceptar la responsabilidad, tanto más perentoria por respaldarse en los lazos de la amistad que generosamente se me concedió, y en la confianza, y más todavía en sus desvelos, que comparto, por el bienestar de nuestro querido amigo y admirable artista. Aunque me he soñado artista yo mismo toda mi vida, nunca antes había compartido la intimidad de uno de veras. Ni siquiera en Viena, donde la compañía cotidiana del Micchino me resultaba más un enigma a descifrar que una realidad sólida de la cual pudiera hablar. ¿Y qué puedo decirle ahora? No entiendo, nunca entendí nada de él. Cuando trato de fijar la mirada en su persona lo hago en la sombra que proyecta un ojo divino sobre el mundo sublunar; veo una serpiente enroscada en el espejo del cielo. Si quiero contar sus anillos espiralados, me confundo. Transmitirle una nueva perplejidad me pareció vano, de modo que llené mi carta de vaguedades político-impresionistas. Sé que usted mismo ha tenido dificultad para seguir el hilo de esas fluctuaciones, e incluso perdió la pista el año pasado, cuando el Micchino corrió a esconderse a Nápoles y le costó meses de esfuerzo dar con él. ¡Qué no será de mí, que hace tan poco que lo conozco, o lo desconozco, de mí que no estoy unido a él por ninguno de los antiguos vínculos de amor que tiene con usted o sus íntimos, ellos también desconcertados o apartados de su interioridad!

La actitud del Micchino ante las estúpidas diversiones que constituyen el pan diario de la corte es ambivalente: por un lado manifiesta, con su falta de sonrisas y su frialdad, el desdén lógico; por otro lado nunca manifiesta en forma activa un disgusto, y parece perfectamente cómodo en medio del torbellino de mascaradas y pésimos pasatiempos de la zarina y sus damas y lacayos. Su indiferencia es el oro que respalda la necedad general. La emperatriz basa sus razonamientos en la convicción soberana de que nadie advierte su mal gusto. Todo lo que piensa o decide se fundamenta en la teocrática certeza de que su nivel intelectual no será superado en las apariencias, precisamente porque ya ha sido superado desde el comienzo, en el secreto de cada uno de sus súbditos. Una aplicación más del cuento del rey desnudo. Incluso se da el lujo de alojar al mayor artista vivo de nuestro tiempo, al artista supremo del arte en el que todo es evidencia sensible, y mostrarle sus juguetes (entre los cuales no son los menos horriblos sus dispositivos de hielo: un torniquete para practicar torturas por contracción de congelamiento, y un elefante grande como un inmueble que bien podría ser el emblema de la sutileza aérea de la estética de la soberana). Pues bien, he aquí al prodigioso cantante en la cucaña de lo horrible. Helo aquí desplazando su mirada de la nieve vana al hielo esculpido, y oyendo con la misma ausencia de expresión los azotes sobre una espalda ensangrentada y los chillidos de las marionetas reales.

Su jornada misma tiene algo de vacío, y eso lo he notado desde antes de llegar aquí, pero San Petersburgo, y en especial este palacio han acentuado ese aspecto. Solemos reunirnos después del mediodía, cuando se levanta, y almorzamos juntos en sus habitaciones, que están bien amuebladas y son cómodas, con buen fuego que los embarrados mujiks alimentan cada dos horas: no hay motivos de queja en ese sentido. Después por lo general hacemos algún paseo mientras dura la escasa luz del sol. Mis trabajos musicales no me llevan mucho tiempo, y utilizo para ellos las horas de la mañana, así que es casi constante nuestra compañía pero eso no significa que obtenga gran cosa de él. Sombrío, como lo hemos visto desde la muerte de aquel niño, permanentemente distraído, con esas miradas que hielan hasta los huesos, se muestra de una perfecta cortesía con los que lo rodeamos, la señora Hildeeve, Pierre y yo, y cariñoso y protector con Alessandro, del que por otro lado me he hecho buen amigo. Sé que algunas damas, no menos disolutas que el común de las que pueblan la corte, le han hecho avances (¡me los han hecho a mí!); por supuesto, no me atreví a interrogarlo. En las pocas ocasiones en que arriesgué algún comentario en ese sentido o alguno

colateral, no recibí más respuesta que el silencio. Su hija Amanda rara vez nos acompaña, ocupada como está en la sucesión de juegos y diversiones; pero puedo decirle que el Micchino ha sido siempre perfectamente dulce con ella, y comprensivo. Lo mismo que con Hildeeve y su niño, ahora lamentablemente enfermo. Creo que esta señora está ligeramente mal de la cabeza, pero ya no en el sentido carnavalesco que tengo entendido prevalecía en Nápoles y Venecia, sino por la mera edad y el debilitamiento de las facultades. Y me temo que haya descuidado criminalmente a esa criatura que adoptó. Un día le mencioné el hecho al Micchino, quien me respondió con su habitual esoterismo: que le daba lo mismo... pero al mismo tiempo pretendía tener la seguridad de que ese niño sería feliz. Quizá, le dije, no llegue a la edad en que se puede ser feliz o no. Me respondió con uno de esos gestos vagos de sus manos de fantasma, y dijo: que *eso* no tenía importancia.

Otro personaje que se las trae es Pierre. No podría discutir nunca su lealtad al Micchino, ni su habilidad práctica, que en este viaje nos sacó de apuros más de una vez. Pero lo compensa la parte mala de su manía religiosa, en alas de la cual llega a extremos simplemente inaceptables, como sus paradas a rezar en los sitios más imprevisibles (¿sabía que prácticamente en cada rincón de Europa ha muerto algún santo, y corresponde rezar, si uno es papista?), sus discusiones con cualquier especie de gente por motivos teológicos, que lo llevan con frecuencia a la violencia, y, ahora que estamos en tierras extranjeras, podrían traernos problemas. No es el caso por el momento, pues nuestro buen gibado ha encontrado en Rusia al fin la nación más papista que el papa, *mucho* más papista que el papa, y se ha fascinado con las basílicas de por acá, y los extraños sacerdotes barbudos, con sus enormes cruces de oro. Al parecer, esta es la tierra inobjetable por excelencia en términos del culto a la Virgen; es más, se dice que la madre del Señor murió en un sitio que hoy corresponde a la jurisdicción rusa, al sur. Aunque por el momento está ocupada por los turcos.

Veo que ya me he apartado del tema otra vez. O quizá no. Porque igual que Pierre, el Micchino representa una ortodoxia, el punto más alto de una ortodoxia, la de la música, de la que aquí nos hallamos supremamente apartados. Rusia, que no sabe, ni sospecha, qué es la música, es la tierra de todas las ortodoxias. Esta atmósfera es la prueba de autenticidad de cualquier ortodoxia. De modo que debemos medirnos sobre este paisaje. Y me es difícil, no diré medirme, pero sí medir la figura tan extraña del Micchino. Porque, debo decirlo aunque le parezca de mal gusto, me he detenido a pensar en la peculiaridad de nuestro admirado amigo. En cierto modo, el Micchino

trasciende el misterio connatural al evirato. La mutilación lo ha creado, monstruoso como quizá se considera en el fondo de su propia imaginación, sobre el espejo religioso de Pierre, lo ha constituido en su arte inigualable. Usted y yo hablamos mucho de su voz. Cuando la oí en Viena, creí comprender por primera vez en mi vida qué era la música; la comprensión, no necesito decírselo, se ha cerrado sobre sí misma, muda y estéril. En el Micchino empiezo a ver, muy entre sombras, algo así como el contraste entre la vida incompleta y la vida completa, como totalidad, incluida la procreación —ya sé que en este punto pueden intercarse todas las naderías platónicas, el cuento de la concepción de la belleza y las formas... Pero Platón, como es bien sabido, cae ante la realidad, se diluye. En realidad, hablar de «vida incompleta» es una aporía, una contradicción interna. Pero existe, la tengo todos los días ante mí, y palpo su contagio irisado y temible.

L. V.

Querido padre:

Estoy alarmadísima, te escribo en una tormenta de lágrimas y desesperación después de una siniestra entrevista con el horrendo duque de Curlandia, entrevista que terminó siendo un interrogatorio lleno de amenazas veladas y predicciones sombrías. Llorar es lo menos que puedo hacer. He intentado tomar alguna determinación práctica pero me encuentro paralizada. No sé siquiera si podré terminar esta carta: el estado de mis nervios y la alteración de mi mente me hacen dudar por momentos de mi razón. Quizá sea incoherente, pero te lo contaré todo en orden, para que comprendas la situación. ¡Cómo desearía tenerte aquí! Es absurdo escribirte una carta que tal vez tarde un mes en llegar a tus manos, cuando mi posición en este horrible palacio se ha vuelto tan insostenible que no sé si terminaré la noche en él. Pero ¿adónde ir? ¿Tendré que perderme en la nieve? ¿O tendré que morir? Es la madrugada, y he deshecho las maletas que empecé a hacer a la medianoche. Hélène no me habla, participa de mi desesperación con una catatonía de momia egipcia. Y Piero, Piero, no ha querido escucharme, y su indiferencia fue la que me ha causado este desastroso problema.

Trato de calmarme, pero es inútil. Te he dicho que este palacio es «horrible», y te habrá sorprendido, cuando hace unos pocos días te lo describía como una isla de placeres. Pero es que acabo de descubrir que fuera de este hermoso y feliz palacio también suceden cosas, y eso lo inhibe de ser hermoso y feliz, lo vuelve una cárcel inicua, terrorífica. Veo que había cedido a una fantasía en mi descripción previa. Aunque esa fantasía lo es solo porque no se la ha trabajado lo suficiente. ¿Qué esperan los novelistas, que escriben sobre todo, para escribir y dar el modelo del auténtico palacio amurallado contra el exterior? En ese palacio solo deberían suceder cosas amables y divinas, sería el Edén con muros. Pero esa creación implicaría un profundo conocimiento de las almas, conocimiento que, sospecho, está más allá de las posibilidades de los novelistas de nuestro tiempo.

Empiezo por el principio. Sucede que hay en San Petersburgo, o mejor dicho en las afueras de la ciudad... En fin, quizá no en las afueras; supongo que esta ciudad no tiene murallas, porque es muy nueva. Y la conozco poco. Pero, en fin, hay otro palacio. Eso no debería ser una novedad. Por supuesto,

existen cientos de palacios. ¿Adónde viviría la gente si no? Este otro palacio se llama el palacio del Té. O al menos es el nombre que le han empezado a dar desde hace poco. De un día para otro, todo el mundo empezó a hablar de él, como el sitio de moda. Un tal monsieur de Hauteclocque es su dueño, o su inquilino, un recién llegado, dignatario del rey de Francia, o del de Polonia. Sus recepciones causaron furor entre los elegantes. Empezaron a correrse toda clase de rumores sobre el personaje, inmensamente rico y mundano. Por su investidura, o sus relaciones, o simplemente por su esplendor, se movió de inmediato en los altos círculos, y la zarina misma, que lo recibió en privado, no tenía más que alabanzas de él, e incluso se comprometió a asistir a una de las «veladas musicales» que se celebran todas las semanas en el palacio del Té.

Desde el principio, el mero nombre del sitio me producía náuseas. Apenas si presté oídos a las conversaciones sobre el tema, a las prolongadas descripciones que se hacían del personaje y su modo de vida. Algo en todo eso me sonó provinciano. Especialmente de parte de mi querida Vera, la princesa Mathov, que estuvo allí con su padre el ministro de Guerra una noche, y a quien el de Hauteclocque le habría hecho la corte con la más sublime finura y desenvoltura, a la francesa.

Me di cuenta (me he calmado lo suficiente como para decir «me di cuenta» como si tal cosa) de lo siguiente: estas niñas o señoras del serrallo imperial, por vivir en el encierro dorado del *far niente*, boreal, han llegado a concebir una idea fantásticamente equivocada de la elegancia. Un par de pases mágicos le bastaron al marqués para hacerles creer que era un personaje de cuento de hadas: llamar a su casa el «Palacio del Té» y a sus reuniones las «Veladas Musicales del Palacio del Té». ¿Recuerdas qué miedo me daban los cuentos de hadas? Yo sí lo recuerdo; recuerdo demasiado bien todo lo que me ha sucedido en la vida. Quizá ya presentía este momento, quizá sospechaba que la atmósfera de esos cuentos se había logrado con un truco en el que se apostaban malignamente nuestros sueños. Y antes del momento de los trucos había algo sombrío, el exacto reverso de la felicidad de la bella princesita: la desdicha de la pobre fregona. Aquí todas las mujeres son princesas. Pero el cuento de hadas, cuando se hace real, vuelve a invertirse, y solo muestra sus dragones y brujas; y una joven realista como yo queda en posición mucho peor que las otras: todas la ven desnuda, o, lo que es peor, dejan de verla, y una tropieza con esos muros invisibles de lágrimas congeladas, presa para siempre de un espejismo de pesadilla.

Las veladas musicales tienen el aval de los magnates melómanos de la capital, incluidos el embajador y la embajadora de Austria, el príncipe Rhyslandi y uno u otro de los nueve ministros musicales y el mismísimo brillo de las esmeraldas persas del chambelán Tatischev (que las usa en la pechera y los puños). Pero lo que las hace realmente especiales es lo inaudible de la música, preventivo telón de fondo para las importantes pláticas de Estado que los señores sostienen a media voz.

Pues bien, pasemos a la faz real del asunto (ya verás cómo se disuelve el realismo, lamentablemente, ¡porque también eso debo lamentar!). El marqués toma color sobre las nieves como plenipotenciario flotante de todas las máquinas de guerra que se disputan el territorio de Europa. En tal carácter, todas las precauciones diplomático-teatrales son pocas aplicadas a su persona. Y él desaparece, sus colores se resumen en el blanco y deja actuar a su eco, a su puesta en escena. Las princesas dicen que no lo han visto, como quien afirma que ha visto a la Virgen sobre un fondo de rocas y cascadas. Y si no lo han visto, es que debía de estar allí, dando realce a sus hojuelas de oro. La corte imperial, no necesito decírtelo, queda fascinada por lo que ven como la más perfecta de las ideas. Sobre todo porque ellos han perdido la oportunidad, con años de presencia infatigable en sus puestos sin función perceptible. Si puede haber un representante invisible, se dicen, ¡todo nos estaba permitido, y no nos dimos cuenta! Eso al menos tenía algo de musical, como una melodía que se dispone a entrar en el concierto, ajena a todo acorde, incluso al de las dinastías y los ejércitos. No quiero presumir de astróloga ni de vidente, pero de algún modo estaba adivinando lo que se avecinaba de ominoso para mi persona. Yo que nunca le he ocultado nada a nadie, parecía la víctima propiciatoria de este misterio profano, la Ifigenia de un desconocido. La princesa Mathov me lo describió, ¡y tan equivocada la pobrecita, tan catastróficamente errada! Sus futilidades daban la vuelta al mundo. El marqués tenía un zafiro blanquecino en el anular derecho, y un diamante azulado en el izquierdo. Una peluca con coleta. Un traje blanco con forro transparente. Y tomaba el té en una tacita que era un ópalo vaciado, en el que los niveles del líquido dejaban marcas del lado de fuera. Y por si eso no fuera suficiente, estaba ahí, a la vista de todos los invitados. Y no se ocupaba de política. Afable, *uxorieux*, el ventrílocuo de todas las damas, el caballero tolerante. Hablaba el ruso con acento parisino.

Pues bien. Ayer se conmemoraba la batalla de algo (no recuerdo el nombre, solo que había sido a expensas de los turcos *passe-par-tout*), y las jerarquías festivas de la corte decidieron aceptar la invitación del marqués y

celebrar la fecha en su palacio, en su tacita de té, en su compañía. La zarina en persona daría el toque de realidad con su graciosa presencia, lo que se interpretó como una movida del duque de Curlandia en dirección al restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Francia, interrumpidas desde el treinta y cinco cuando el reparto de Polonia.

Debo decirte aquí que aunque hubo algunas gestiones para que el Micchino asistiera, no llegaron lejos. Igual que yo, no había mostrado interés en conocer el palacio del Té hasta entonces, pese a las invitaciones que recibió —y que yo, de más está decírtelo, dada mi oscuridad no recibí. (Sobre esto volveré. Por qué soy oscura. Anoto ideas, sin tiempo para desarrollarlas. Por una vez debo ceñirme al relato, para que me entiendas. Temo que mi letra se está haciendo ilegible. Debo evitar volverme ilegible yo.)

Le quité el polvo, el polvo de nieve, a mi mejor vestido, uno que me hizo en París mi tocaya Amande Berthet. Amande tiene el genio de disociar la forma del material, aun haciendo prendas perfectas. Más que un vestido, hace la genealogía visible de ese vestido, cose el momento en que el tafetán o la seda es cortada. Este es verde, verde amarillento, del color que podrían ser mis ojos. Indumentaria para usar con zapatos de oro, en un bosque. Vera y la princesa Boussevitzky y yo iríamos juntas, nos maquillamos las tres en mi *boudoir*, sor Hildeeve nos peinó, como que no tiene otra cosa que hacer. Estábamos del mejor humor, en tono de canto y livianas como libélulas. Casualmente, nos entreteníamos hablando de mi desdichada situación conyugal: ellas no conciben que una dama pueda ser divorciada. Todo lo más, repudiada. Hablan del tema, lo había notado ya antes, con divertida resignación; es parte de la frivolidad de ser mujer, dejar que les expropien el alma. Se me hacía difícil convencerlas de que en París el divorcio es lo más común del mundo. Ellas que aceptan como el Evangelio todo lo que tenga la rúbrica parisiense, aquí encontraban la gota que colmaba el cáliz de su credulidad. ¿De qué más hablamos? De colores. Vera es cosmopolita: pasa los veranos en el Caspio, y ha visto el desierto; nos describía las dunas. Yo les describí el templo de Agrippa en Roma, los agujeritos en lo negro por donde se ven todas las estrellas, y la curiosa coincidencia de que siendo finito el número de agujeros, permitan ver el infinito de los astros. La princesita B. nos contó cómo era un reno. Como si quisiéramos exhibir nuestra disposición a entrar en cualquier encantamiento narrativo, mayor o menor. Recuerdo haberme reído, haber hablado, veinticuatro horas atrás, y me maravillo. Es realmente como si el pasado fuera autónomo, aun el más inmediato. (Porque no puedo decir, como en los relatos convencionales: «Me parece que eso

transcurrió hace un año». Muy por el contrario, todo se ha agolpado en un presente asfixiante. Seguramente ya estaba en marcha el horrible caos en que me he metido.)

Las carrozas nos esperaban, y la guardia de boyardos encendidos bajo la nieve. Mientras las damas esperábamos a la zarina se desencadenó una atroz tormenta. Y eso aquí significa otra cosa que entre nosotros, donde las tormentas se desencadenan sobre el buen tiempo; en Rusia no existe el buen tiempo, y las tormentas tienen lugar en frío sobre frío, sobre una noche que ya parece una acumulación arqueológica de tormentas innumerables. No sé si será mi humor actual, pero ahora veo que en Rusia todo es, o negro sobre negro, o blanco sobre blanco. La percepción se ve sometida a una dura prueba, a una tensión que elimina a lo humano, o lo obliga a replegarse en la crueldad. Ya entonces debí de empezar a ver lo que me rodeaba bajo otra luz. Sobre todo porque mis amigas no parecían notar nada. Un horrible ventarrón helado cargado de babas de nieve que azotaban las columnas del palacio de Invierno con crujidos de grueso vidrio machacado, el polvo del hielo que se levantaba de la tierra en torbellinos, y sobre todo una humedad viscosa que parecía provenir del lapso inferior del hielo... las dejaban indiferentes. De pronto salió la zarina envuelta en pieles, como una bola con turbante de armiño y se encerró en su coche, rodeada de las chillonas damas de honor, a la luz de las antorchas, y toda la comitiva se puso en movimiento, los caballos se estremecieron todos al mismo tiempo y las carrozas partieron a toda velocidad, dando una vuelta al patio de honor. Por las ventanillas vimos al elefante, iluminado por sus llamaradas, berreando más fuerte que nunca, tanto que sus gritos se alzaban sobre los aullidos de la tempestad, y nos alejamos por la prolongada avenida de leones y grifos de hielo (porque los tallistas no han descansado).

Atravesamos a continuación la ciudad entera. Era la segunda vez que la veía, la primera de noche. Los palacios se alzaban sombríos, cubiertos de nieve, el gran ángel trompetero del monumento a los Héroes de Rutlandia me pareció un monstruo hechizado, las avenidas salpicaban un agua negra con augurios fatales... y lo más extraño, lo más terrorífico, era la cantidad de gente que se veía en las calles. Habría aceptado con gusto atravesar una ciudad muerta y vacía (aunque era temprano, la hora de nuestro crepúsculo mediterráneo), pero al ver toda esa gente que caminaba o se detenía a mirar la comitiva sentí que había algo mucho peor que estar en una ciudad muerta. Cuando todo exige la muerte, y la muerte no se produce y parece alejada en el fondo de la indiferencia, sucede un horror muy peculiar. Es lo que sentí en ese

momento, aunque probablemente no lo supe del todo. Iba conversando con mis amigas, y con el brigadier Orloff que nos acompañaba, un ex ministro, hombre rojo que huele a bebida. Los borrachos rusos son muy enérgicos. Debo decirte, entre paréntesis, que no he notado indicios de la existencia del pecado nefando, lo que consideradas todas las circunstancias me parece normal, si bien no puedo abrir juicio sobre los boyardos. Cuando volví a mirar fuera, vi algo extraño: no había palacios. Al parecer, se los ha construido en un área específica. Me resultó chocante. Siempre había creído, aun viviendo en ella, que la ciudad de Pedro era la de los palacios, y nada más. Ahora veía algo indefinible, como... casas. Por supuesto que las casas no tienen nada de indefinible. Las he visto en toda Europa... Pero de algún modo sentía que era un absurdo construir casas aquí, hacer algo real donde solo la irrealidad del fasto más imposible hace viable la existencia. Y de pronto atravesamos el Neva, por uno de los grandes puentes hechos por el tío de la zarina, un puente ligeramente curvo, de modo que en cierto momento desde las carrozas una podía ver toda la comitiva montada en la delgada pasarela de piedra, y ser espectadora a la vez que actora. ¿No se llevaría el viento de pronto al puente con todos los coches dorados y los caballitos y los boyardos? No le habría sido difícil, por la fuerza que traía. Pero no lo hizo. Quizá la indiferencia al clima de mis amigas petersburguesas tenía algo de realista: la vida humana transcurría por debajo de la gran fuerza coriolica que hace que los vientos no partan de la tierra y se extravíen entre los astros. Quizá nosotras ya nos habíamos extraviado entre otros astros subterráneos; quizá por encima de esta noche duplicada o triplicada tenía lugar un lindo día soleado.

Y a continuación, nos alejamos de lo más poblado, entre la oscuridad; los boyardos con sus ojos de gato indicaban el camino a todo galope. Las carrozas saltaban muellemente sobre la nieve... hasta que apareció, iluminado y bellamente dibujado en el vacío, el palacio del Té. El brigadier nos dijo que había sido antaño de un príncipe, hermano de Pedro, al que habían asesinado ciertos individuos. La zarina misma había pensado, años atrás, instalar en él su biblioteca. Ahora pertenecía al duque, quien lo alquilaba a dignatarios extranjeros. Yo había creído que la misión del misterioso marqués no tenía carácter oficial, pero preferí no decir nada. La avenida había sido limpiada, por lo que las carrozas de pronto volvieron a circular sobre piedra (todo el viaje lo habíamos hecho como en barco, hamacándonos). Y una nutrida subcorte de lacayos rodeaban al marqués en la escalinata de entrada, para dar la bienvenida a su alteza. Hubo una notable confusión debido al vendaval y al horrisono mugido del viento, y todo el mundo se concentró en un

desmesurado vestíbulo mientras los lacayos se afanaban con las capas y sombreros y los invitados comenzaban a subir lentamente las escaleras al salón, donde ya se apilaba toda la aristocracia del alto Neva y se iniciaba el besamanos. Una orquesta al otro lado tocaba al ingenioso Pergolesi, velozmente, demasiado velozmente. De pronto todo relucía de oros y sedas. No puede decirse que hiciera calor dentro, porque los salones eran excesivos, pero al menos no nevaba. Con mis amigas, nos demoramos subiendo, y la perspectiva de la sala de recepciones nos cautivó un momento. La zarina estaba toda de rojo y azul metálico, con el duque de Rutlandia a un costado... y mi marido al otro. Me pregunté si me estaba volviendo loca. Si estaba viendo visiones. Pero no: el inmundo Denys, que había estado a punto de destruir mi cordura, aparecía como el supremo garante de la realidad de lo real. Era él. El gemelo innumerable de sí mismo: mi marido. O esa horrenda manifestación de su horda, mi única progenie, el horrendo diamante infinito que dirige hacia mí el rayo de luz blanca del desasosiego, dondequiera que yo esté. Mis amigas lo señalaban: el marqués de Hauteclouque. ¡Qué farsa insólita! Sentí que se me doblaban las piernas. El infame se había tomado el trabajo de montar toda esta comedia solo para mí. En ese instante abismal sentí que Denys, pequeño y contrahecho como es, equivalía a Shakespeare, al cristianismo, al mundo.

Comprendí la inutilidad teatral de todo: el universo, y San Petersburgo, se me revelaron como una charada horriblemente indelicada. El palacio, el elefante, la zarina, el té (¡sobre todo el maldito té!), las veladas musicales, todo se borró súbitamente como después de una representación, como cuando la vida prosigue en su descaro sarcástico. Ahí estaba mi marido, que había pintado esos enormes telones para burlarse de mí desde un agujerito disimulado, ese perseguidor inmundo, el enemigo por excelencia de los buenos modales. Allí estaba, minúsculo, encorvado, con las venas del cuello azules y tirantes, obsequioso con la soberana y su primer ministro, inclinándose sobre las manos de las grandes duquesas, disimulando un olvido perfecto de mi persona. Nunca me sentí más miserable, más anonadada. Si Denys se hubiera revelado bajo la faz de Dios Padre no habría sido tan insultante. Una vaharada general de odio me sacudió de pies a cabeza. Quise hundirme en un rincón, pero no podía llorar. Me sentía curiosamente lánguida. Y a medida que pasaban los minutos era peor, porque todo parecía seguir su curso, la velada se anunciaba como un éxito social, el gran recuerdo de la temporada. No me atreví a apartarme de la princesa B. Habíamos conversado las dos con Su Majestad esta misma tarde, y sabía que vendríamos

juntas. Como un cadáver helado y trémulo hice fila y pasé ante ellos. El muy hipócrita me besó la mano y me echó una mirada con esos ojos donde se ha congelado todo el té del mundo. Transcurrió una media hora sin que volviera en mí. Ni siquiera podía apartarme de modo convincente de su radio de acción, del punto al que alcanzaba su voz aguda y cascada. Llegué a pensar que estaba soñando. Pero uno de sus secretarios (yo no lo conocía) se me acercó y me interpeló en francés, a solas. Me llamaba *baronne*. Mi marido me pedía por su intermediador que no hablara con nadie y que al día siguiente viniera a verlo. ¡Jamás haré tal cosa!, exclamé. No conozco a ese hombre. El rufián sonrió y me dijo al tiempo que se inclinaba: «Se lo comunicaré a su señoría».

¡De modo que se ríen de mí!, pensé en una fulguración de aniquilamiento. No podía comprender cómo era posible que no se apagaran todas las luces y se oyera un inmenso ulular de furia, una sublimación completa de esa tormenta que había visto fuera. Que todo siguiera, con el amable susurro de la cortesanía, era un contrasentido descomunal.

Y estaba sola. Eso era lo peor. Pensé que hasta el Micchino debía de haberlo sabido, y se había hecho a un lado. Creo recordar que razonaba muy lentamente, con hiatos de blancura en los que me movía como una autómatas. Así debió de pasar un buen rato. Quería marcharme, pero no sabía cómo hacerlo. No me atrevía a salir; las carrozas debían de estar en las caballerizas. Tampoco quería apartarme de la compañía. Temía que si me extraviaba por los corredores del palacio mi marido podría hacerme secuestrar y matarme después de largas torturas: y ¿quién iba a reparar en mi ausencia? Recordé de pronto a Lionello (ya sabes, el señor Venutti, ese músico que vino con nosotros). Lo busqué un rato, abriéndome paso al azar entre la multitud, y un par de veces me vi frente al canalla maldito, que me dirigía sus miradas inexpresivas como si no me conociera. Lo encontré al fin, cuando ya había perdido las esperanzas, y le pedí que se retirara un instante conmigo. Empecé a hablar pero no debo de haberme hecho entender bien, probablemente por el estado de ansiedad que me dominaba. De todos modos, supongo que bastó para que viera que se trataba de algo grave. Aun así, no pareció tomarme para nada en serio, más bien lo contrario. Me interrumpió diciendo que ya empezaba la obrita musical con que el supuesto marqués obsequiaría a la corte. De hecho, ya sonaba la obertura, y todo el mundo miraba en dirección al tablado cuyos cortinados se habían abierto. Volví parcialmente a la realidad y miré a mi alrededor. Vi que la concurrencia tenía tazas de té en las manos; un gemido se formó dentro de mi pecho. Habría querido gritarles que no

bebieran, que seguramente estaba envenenado... En la primera fila, sentados en sillones, los primates de la corte, y el anfitrión, junto a la zarina: un enanito les servía té a ellos también. El Lionello me explicaba que el «marqués» había traído la composición de Francia, y constituía *le dernier cri* en materia musical, el *summum* del racionalismo postoperístico.

Posiblemente mi estado de ánimo era el que convenía para la audición musical. No sé. Sorda y muda y ciega como estaba, pude no obstante concentrarme perfectamente en lo que se representaba, como nunca antes lo había hecho. Quizá la convicción profunda de que todo esto era un teatro le daba alas a mi atención, y me permitía comprender la música y el canto con una «comprensión sobre comprensión».

Muy apropiadamente, se trataba de la fábula de Psique y Eros. El Alma, o sea yo (porque no dudé ni un instante de que se trataba de un mensaje personal a interpretar) estaba acompañada de su madre, que era una Diosa. Se disponían a dormir en un cobertizo estelar. Temían perderse en sueños, perder el camino que las conduciría de vuelta a la vida. La Diosa era objeto de la persecución de su padre, una especie de Zeus vengativo, que se agazapaba en la oscuridad, aliado del Sueño, un niño rústico, negro, cuyo animal era una foca. Ellas llamaban en su auxilio al insomnio y conversaban. Pude interpretarlo todo rectamente: se trataba de mi temor de entrar a la sociabilidad europea, fuera de la música. Reconocía mi propia voz. Ese Dios augusto y malévolos era el temor del Silencio, contra el que me he levantado airada en una nube de palabras: de ahí el equívoco de que hablo demasiado. Un malentendido, como tantos otros. Pero (y esta es la originalidad de Denys) es el malentendido el que me ha dado la vida, de él salgo y a él me reintegro. La Diosa también era yo misma: yo, en el momento en que había tomado la guardia de mi alma amenazada de expropiación. No quise dejar que se adormeciera fuera de la soberanía de la música en la que me criaste.

Entonces intervenía Eros. Por supuesto, era él. Se le aparecía a la doncella, el estúpido salteador con sus modales equívocos. Y, por supuesto, su canción la hacía dormir al fin. Eros prolongaba el sueño con astucia. Apartaba a los intrusos, a la madre, al Sueño mismo. La música se hacía lenta y blanca. Unas tonalidades que neutralizaban la tonalidad general, antes de cada acorde: reconocía unas notas del arpa: eran los tañidos de sus labios en el té. En eso consistía su ópera. Y Psique se despertaba al fin, transfigurada por el amor. ¡Pero el amor era Eros! ¡El mismo, el traidor!

Si alguna vez debí darte la razón, mi querido padre, es en este momento: nunca pude amar a ese mascarón raquíto. Al ver y oír su tonta alegoría

comprendí que toda mi vida me he mantenido apartada del amor, y él fue el broche de oro, el que despertó mi sueño a otro sueño más profundo todavía.

Psique y Eros cantaban un largo dúo que provocó una ovación en el público. ¡Qué equivocados! La música era precisamente lo contrario de eso que habían oído. Quizá nunca pueda hacerme entender, y lo lamento. La música, el arte sublime junto al cual he vivido siempre sin entender, es lo contrario de ese mensaje sibilino y malvado que me susurraba mi cruel marido, al oído, entre doscientos cortesanos y una emperatriz. La música de verdad es lo que lloran las mujeres, lo que deben llorar interminablemente ante los muros, como las judías, para que la historia siga adelante a pesar de la soberbia destructora de los hombres. ¡Y yo soy la primera de las suplicantes! Me arrastro con mis vestidos negros en la nieve, para hacerme entender, pero como en una pesadilla tengo la boca cerrada sobrenaturalmente, no sale un solo sonido de ella. Mis pensamientos se adormecen en la pura angustia del silencio. Soy un alma que ha sido quitada por la fuerza de un cuerpo que no llegó a despertar. Clamar en el desierto es poco. Ya no somos cristianos: se trata de dar vuelta el desierto entero en silencio para que sobreviva la especie humana que nos ha sido entregada en custodia, a las plañideras.

No sé bien cómo terminó la velada. Debí de plegarme al movimiento general, rendirme al automatismo: sin quererlo, llegué por fin al *summum* filosófico de nuestra época, fui la estatua móvil que reaccionaba y se salvaba gracias a la inercia de su mecanismo. Solo a la medianoche, y ya en la carroza que nos traía de vuelta, caí en la cuenta de hasta qué punto me había salvado, realmente; vi el peligro del que había escapado, y sentí la urgencia de tomar algún tipo de iniciativa si no quería que me sucediera algo muy grave. Seguía en peligro. No pretendo entrar en los engranajes ultrasinuosos del razonamiento de Denys. Pero por su misma sinuosidad esos razonamientos debían prolongarse, llegar a un punto donde necesariamente se produciría la destrucción de mi persona. No sabía dónde se hallaba ese punto, pero no me entregaría a la incertidumbre. Precisamente, él me quería perdida, a su merced. Cualquier cosa que hiciera, me dije (y no estoy tratando de excusarme por el *faux pas* que siguió) sería útil. Fui inmediatamente a ver a Piero, el único que podía suplirte en la emergencia. Lo encontré en penumbras en su cuarto, sentado en un sillón, con un candelabro a espaldas de Alessandro, que le había estado leyendo las crónicas de Cristiano Crusio. Me miró como un pez dentro de una pecera puede mirar a sus visitantes. Mandé salir a Alessandro, y tuve que repetir tres veces las frases hasta que me entendieron. Debía hacer un esfuerzo supremo por traducirme a mí misma,

para que mi turbulencia se redujera a palabras. ¿Por qué? dijo el Micchino cuando hubo entendido al fin que mandaba salir a Alessandro. No me sentía con fuerzas para explicárselo. En parte era porque quería hablar a solas con él, en secreto (no sé por qué); pero también porque no creía que fuera algo que debiera oír un niño. Lloré a mares. Creo que a pesar de todo me entendía. Me senté a su lado y hablé desordenadamente. Hablaba con lágrimas y con vehemencia. Él parecía petrificado. Después me enteré de que había estado insomne desde hacía varios días, pasando por una especie de crisis. No me creía, o no me oía. Le pedí de rodillas que me sacara de Rusia esa misma noche. Le pinté con los colores más negros el proceder inverosímil de mi marido, y por supuesto no me creyó. Estaba ajeno. ¿Has notado que Piero no oye más que lo que quiere oír? Vive en un mundo de pensamiento en la superficie, por eso no lo afectan los acontecimientos. Ha encarnado el pensamiento en su forma más pura: la que no obedece a razones. Yo me ponía a merced de la música, por su intermedio... Era como hablar con un muñeco, con un ser de simulacro. En cambio toda mi persona se había vuelto carnal. Ardía de fiebre y angustia.

Fui a llorar con Hélène, a mis cuartos. La desperté, le dije que debíamos hacer las maletas, pero no hicimos nada. Yo no estaba en condiciones de hacer nada. Ella me desnudó con infinita paciencia, pero la obligué a que me volviera a vestir. Traté de hacerle entender mi situación. Pero no es sutil la pobre. La noche pasó terriblemente, casi como en una de las experiencias místicas de las que tanto nos reíamos en París con mis amigos filósofos. Me acercaba a las ventanas y miraba la noche más negra de todas las del universo: la de la espantosa Rusia. Debía de ser la hora de nuestro amanecer. Esperé retorciéndome las manos, y llorando casi todo el tiempo. Hélène terminó dormida en un sillón. Al fin noté cierto movimiento en los patios. En mi locura, pensé en salir y echarme a los pies de un boyardo, rogarle que me ayudara, de algún modo. Esperé a la mañana, repitiendo mis discursos. A esta altura, debo decirte que estaba persuadida de que solo la muerte del perfecto cínico de Denys podría librarme de esta pesadilla. De pronto se me había hecho patente que bastaba con pedirselo a la zarina. Ella es todopoderosa aquí, y no me negaría el favor. Le bastaría con mandar a sus asesinos. Aquí se dice que ha mandado matar a la mitad de la vieja aristocracia ivánica, ¿qué le costaba hacerlo con este reptil advenedizo, que además probablemente estaría haciendo espionaje?

Fui a los aposentos de la emperatriz, me introduje en ellos con cualquier excusa. La estaban despertando. Es un ritual muy largo y complicado, que

mima los del Rey Sol según lo han leído en las novelas. Absurdo, pero un modo de pasar el rato, después de todo. Medio centenar de damas se aprestaban a tenderle la ropa y palabras condicionantes de humor y egotismo, para que el sol se eleve sobre la soberanía rusa. Eso sucede desde que la corte se trasladó aquí desde Moscú: brisas marinas podría decirse. Entré al sanctasanctórum como una saeta y me arrojé directamente a sus pies; acababa de ponerlos en el suelo, y la habían desnudado. Es horrible, mucho más horrible de lo que pudieras sospechar. Mi padre no ha vuelto a ver una mujer desnuda desde que murió mi madre, en plena juventud; no sabe lo que es una vieja entrada en carnes. Con sus nalgas, blancas como leche agria, grisáceas, se podrían haber cosido almohadas para un batallón completo de boyardos. Ese *capitonné* hacía desear mundos subterráneos. Los pechos eran como dos grotescas bolsas de papel desinfladas, como páginas de enciclopedia que terminaban cerca del ombligo en puntas negruzcas, tiznadas. Le abracé las rodillas y le supliqué que hiciera matar al falso marqués, no sin antes hacerle sufrir todas las torturas de su Inquisición laica. «¡Es un cínico, y me odia!», le gritaba. Causé un escándalo mayúsculo, pero no me arredraba: estaba más allá de todo eso. Mis aullidos espantaron a sus galgos pusilánimes.

No debió de entenderme bien. No domina el francés, la vaca. Me apartó con frialdad. Exudaba el contento de su velada particular, sin música, con el cuerpo de algún boyardo fornido. Ese debe de ser el otro ritual, el que precede a este. De pronto, así de absurda como estaba en sus grasas, se imponía de formas, ¡ella que no las tiene! Hasta simuló una risita y un gesto desfachatado. No quería saber nada de mí. «*Mais cette fille est mariée?*», preguntaba a alguna duquesa que le tendía un palmo de enaguas. Eso era lo único que había atravesado su coraza.

Corrí a encerrarme en mi cuarto, súbitamente avergonzada. Sí, yo estaba casada. He ahí la clave del secreto. Hice todo lo posible por calmarme, por supuesto que sin lograrlo. Mandé a Hélène a buscar a Pierre; pensaba en huir, quería que el jorobado me llevara en el coche hasta la frontera de Finlandia (si es que existe ese país). ¿Adónde, adónde ir? Pensaba en ti.

Terminé en un estado más próximo a la catatonía que a la vigilia. Se debía a la noche de insomnio, y a la acumulación de preocupaciones. Perdí toda esperanza de paz. Sabía que tarde o temprano me calmaría, volvería a ser yo misma y no esta loca que gritaba. Y debía resistirme. Cuanto más razonable, más vulnerable sería.

Al mediodía vino a verme el duque de Rutlandia en persona. Nunca viene al palacio de día; ahora advierto que debieron de llamarlo, y me alarmo más

aún. Él fue la gota de agua fría que me despertó al fin. Efectivamente, destilaba a gotas la soberbia de su poder. Comenzó ignorándome desde antes, como el que quiere poner las cosas en limpio entre hormigas. «¿Quién es usted?», me preguntó. «¿Quién es, según usted, el marqués de Hauteclocque?» (Subrayo las gotas.) No me dejaba despegar en el discurso. Me interrumpía: está equivocada. No estoy acostumbrada al régimen del interrogatorio, el del monólogo me es más connatural. «El marqués», me dijo lentamente, «es un gran amigo de nuestra nación, y no aceptaremos que se interpongan vagas imaginaciones...» El equivocado era él, pero ¿cómo demostrárselo? Me preguntó algo horrible: «¿El marqués la ha seducido?». Después vinieron las amenazas. Su discurso lo tenía todo del espanto de la muerte en vida. Me decía razonablemente cosas que yo sabía que eran palmarias falsedades. No podía responderle nada. Me volví una niña amedrentada, yo que unos minutos antes había sido una gorgona.

Todo el peso de sus amenazas se me hizo patente cuando se marchaba. Empecé a oírlo cuando ya se había ido; así debe de ser siempre, y ese será el secreto de su éxito político.

¡Soy un rehén! Estoy presa aquí. Ahora me harán vigilar. Está oscureciendo otra vez, y hace una hora que estoy escribiéndote. Ahora lo comprendo: el duque me hará vigilar. No soporto vivir observada, y probablemente beba algún veneno, si puedo agenciármelo. ¡Y todo por culpa del cínico de mi marido! Debí haberlo matado cuando tuve la oportunidad, yo misma.

Todo ha cambiado de signo. No puedo escribir más, la pluma cae de mis manos. No firmaré esta carta. Quizá ni siquiera pueda enviarla. ¿Quién lo haría por mí? Se la daré a leer a Piero. A pesar de todo, él es el único que puede ayudarme.

Querido maestro y dilecto amigo
herr Augustus von Klette:

Heme aquí de nuevo, aunque sin mayores novedades. Nuestra vida en Rusia se desarrolla calma y monótona, y si no fuera por las peripecias del trabajo la encontraría aburrida. El Micchino sigue encerrado, con ánimo sombrío, si bien estos últimos días he notado en él cierta impaciencia que, aunque desprovista de dirección u objeto, me pareció de buen augurio. Incluso se ha interesado en mi trabajo, y fue él quien me sugirió que le escribiera, cosa que no pensaba hacer hasta después de nuestro primer estreno. Pero tiene razón, me vendrá bien hacerle (y hacerme) un pequeño resumen de nuestra actividad musical en esta lejana tierra. Creo haberle dicho que me encargo de los números filarmónicos con que el chambelán mayor Tatischev intercala las diversiones nocturnas en el palacio de Invierno. Dispuse originalmente de una orquesta de veinte miembros, que he ampliado a cuarenta con voluntarios de la orquesta de la ópera que quieren echar un vistazo a los dorados de la corte y a la emperatriz en persona. De este modo, además de dar más colorido a las pequeñas funciones, pruebo los timbres para la orquesta grande. No necesito reiterar mi escasa predisposición al optimismo. Después me extenderé sobre los músicos.

Pero esa es la parte más frívola y aparente de mi empleo del tiempo. Durante el día, trabajo en la ópera misma, en la preparación de los estrenos. Aunque hay un artista-funcionario ad-hoc, la puesta en escena también estará a mi cargo: es que se supone que traigo al norte las nuevas costumbres musicales francoitalianas. Aquí nada es natural, ni siquiera las viejas convenciones napolitanas. Todo debe ser aprendido, o mejor: imitado. Dudo mucho de la calidad de la recepción, en términos artísticos; de la otra, no sé nada, mi incertidumbre es uno de los elementos mejor calculados del juego.

Pero antes de entrar en mis detalles me permitiré describirle una experiencia ilustrativa, y que sucedió anoche, hace horas apenas. Una experiencia sorprendente, sorpresiva incluso. Toda una revelación para mí, porque no creía que se hubiera ido tan lejos en lo que yo mismo estaba intentando tímidamente. Desde hace un tiempo, más o menos contemporáneamente con nuestra llegada aquí, se ha instalado en la corte, con

el mayor fasto imaginable, un plenipotenciario francés, el marqués de Hauteclocque, en uno de los palacios de la corona, llamado el palacio del Té por haber alojado a los dignatarios chinos que le ofrecieron a Pedro el Grande sus joyas. Un palacio situado en las afueras de San Petersburgo, sobre los otros más altos del Neva en la orilla izquierda. He ido con cierta regularidad allí, y hasta ahora había sido el único de nuestra compañía en hacerlo, ya que el Micchino no quiso moverse a pesar de mis entusiastas descripciones. (Anoche en cambio me hizo compañía su señorita hija Amanda.) Mi entusiasmo derivaba de la extraordinaria calidad musical de sus veladas, pues el marqués ha traído consigo diez afamados maestros franceses e italianos, además de la alta sociabilidad que se despliega en esos magníficos salones, lo fino del té y la personalidad encantadora del marqués, un típico aristócrata galo, pequeñito y vivaz, cultísimo y cortés. Y hay algo más: en los techos de los doce salones del piano nobile del castillo ha trabajado un artista exquisito, Giuseppe Maronni, arquitecto y pintor siciliano. Los frescos de los techos ilustran la vida rusa bajo aspectos inéditos, muy bellos. Creo haber despertado una chispa de interés en Micchino cuando se los describí (no hice sino repetir la descripción que me había hecho el marqués), pero aun así no quiso asistir, ni siquiera anoche, cuando recibió una invitación oficial a cantar en presencia de la emperatriz. Efectivamente, esta última velada contó con la presencia de la corte en pleno. Y no es que en las anteriores no haya habido importantes acumulaciones de funcionarios que no piden otra cosa que ocasiones de acecharse y buscar signos. Sucede que en Rusia hay gente que dispone de poder aunque no pertenezca al gobierno. Y no se trata de feudos ni de señoríos, si bien probablemente eso también suceda en el interior del reino. No: es en el poder central, en las relaciones externas, incluso en la disposición de la guerra, donde aparecen súbitamente portavoces fantasmales de la emperatriz que toman decisiones inesperadas. El duque de Rutlandia es el resonador político de esas voces, el que las vuelve inteligibles; puede volver truenos lo que de otro modo serían ociosos chillidos de rata. Por eso puede decir, sin faltar a la verdad, que no aspira al poder, sino solo a hacerlo posible. La situación es la ideal para hacer de la música un arte práctica. Sobre todo porque se avecina un conflicto por el trono: la zarina no tiene hijos ni hermanos, pero sí una increíble cantidad de primos, incluyendo la línea de descendientes directos de Pedro. Y está mal de salud. Los médicos no le dan más de un par de inviernos.

Pues bien, anoche asistiría la soberana por primera vez al palacio del Té, y la velada musical sería especialísima. De hecho, salvo la zarina todos los

demás asistentes habían estado en alguna de las veladas musicales del marqués de Hautesclocque; pero supongo que nunca todos juntos. La conjunción me hizo sospechar que se preparaba el lanzamiento de un mensaje secreto. La oferta al Micchino para que cantara no había sido más que un alibi; la música ya estaría escrita. Y no bien llegué me enteré de que en efecto, el teatro privado del marqués representaría una pequeña ópera compuesta especialmente para la ocasión. Me dispuse a aprender enigmas. Lo mismo sucedía con el embajador de Austria, que me dirigió una mirada significativa, y con el conde Zoukov, y con muchos otros que de pronto parecían estar al tanto de todo. «¡Hay que estudiar política!», susurraban jocosos, y afinaban las orejas.

Desde los primeros compases me sentí transportado a un plano superior de la comunicación secreta. Un truco inmenso, que se confundía con la historia entera y su atmósfera milenaria de malentendidos, creaba el átomo resplandeciente de la alegoría de las alegorías. La conciencia dejaba de ser puntual. El secreto revelaba su luz peculiar, y noté que lo entendía todo... y al mismo tiempo no entendía nada. Oía, quizá por primera vez en mi vida de músico, más allá de la música.

El tema de la pequeña ópera, muy apropiadamente, era el de Psique y Eros. Por momentos hacía pensar en una vulgar alegoría de la situación europea, pero eso era parte de su estrategia. Comencé a sentir que ciertos «racimos tonales» se repetían exactamente, o invertidos, en lapsos regulares. Marcaban una escansión precisa en los sucesos de la escena. Por ejemplo, la madre de Psique la conminaba a recorrer con los ojos cerrados el camino de las adormideras celestes, para fingir un sueño que en realidad evitaban, supersticiosas. Las frases de su discurso sucedían en las tonalidades más castas: *la* menor, *sol* mayor, hasta culminar en el simplísimo *do* mayor. Un racimo tonal, y se volvía a una suerte de *do* mayor invertido, en los graves relativos de un sopranino. Pero aquí el sentido tenía importancia: el alma era aconsejada con piedad: no debía abrir los ojos, para no dormirse. Paradoja tímida, con una *arrière-pensée* política. Cuando uno entraba en esa segunda audición, la percepción corría más rápido... y la música misma iba y venía a toda velocidad, siempre precisa y concisa, siempre diciendo mucho más de lo que «quería decir».

Psique, en esta versión, era una fugitiva de Illión, viuda de un ser misterioso que le había dejado «hijuelos de misterio» y «esperanzas» (estas últimas unas florcitas inofensivas que brotaban donde se habían enterrado

dientes de dragón). Su madre era una diosa, pero una diosa sin poder. En uno de los avatares de su huida se veían a merced de un libio criador de elefantes.

Notas del pianoforte: graves, repicadas, casi inaudibles. El violín y dos grandes violoncellos prolongaban las mismas notas, no sin ironía: era como si repitieran lo que no había sucedido, quebrando el umbral de la percepción. Los trajes voluminosos, excesivos, para nada griegos, siguiendo la tendencia francesa de cobertura pictórica, ocupaban el teatrillo entero. Psique era una gran sombrilla al revés, sin dejar de ser un ahusado castrato contenido en el rosa y blanco de la porcelana matizada, deliberadamente visible el esfuerzo de concentración por recordar las notas exactas. El drama corría a metrónomo. No le haré el detalle, porque creo que ya me habrá entendido.

Cuando terminó la obrita vino lo que bien podía ser lo más interesante: los comentarios en *staccato* de los dignatarios. Me sobresaltó constatar que se hubiera corrido la voz (y me temo que yo sea quien menos debió sorprenderse, porque no he sido ajeno a esa difusión): todos parecían de acuerdo en que se había dicho algo secreto, algo que solo debía saberse en particular, no en general. Pero ¿acaso alguien lo había captado? Por supuesto, esos comentarios no llegaban al círculo interno de la emperatriz. Adiviné que el duque de Rutlandia pensaba: es posible que haya sido un simulacro, y en ese caso ¡qué ridículo darse por enterado! La clave estaba en el marqués, que bebía té todo el tiempo y parecía supremamente distraído.

Unos minutos después se había impuesto el olvido, el gran secreto. Se volvía a hablar de política en términos normales. La música, como sucede siempre, había sido un intermedio. Los músicos pasábamos a ser automáticamente apestados. Caí en la cuenta de que mi cerebro conducía a mi persona por dos caminos alternativos consecutivos, de la persecución del sentido a la huida del desdén.

Un hecho interesante: el embajador de Inglaterra se presentó acompañado de nuestro conocido el Mogano, con el que hablé unas palabras: ha venido a San Petersburgo por motivos particulares, y se aloja en la residencia consular. Me propuse comunicárselo de inmediato al Micchino pero no he tenido oportunidad de hacerlo, pues volví al palacio directamente a dormir y hoy temprano vine a la ópera a proseguir el trabajo, cuyos plazos se acortan: estrenaremos dentro de cuatro días. Le escribo precisamente desde una de las oficinas tras los palcos, donde se me ha instalado un cómodo estudio con un alegre fuego al que, como imaginaré, van a parar muchas de mis malas ideas. A las que sobreviven las hago pasar por buenas.

Pero volvamos un poco atrás. Quiero hacerle saber algunos de los avatares de mi empleo. La composición me ocupa casi todo el tiempo, y no sería para menos tratándose de estrenar tres óperas casi simultáneamente, aunque una de ellas, la *Dánae*, ya estaba compuesta en Viena; ahora no le he hecho más que cambios circunstanciales: la he ambientado en Rusia, igual que las otras dos, por consejo de Zoukov. La composición me ha llevado al estudio de la política. Por ejemplo, haremos un nuevo dispositivo para la lluvia de oro, que será una helada de oro. Simplemente, Zeus hará bajar la temperatura lo suficiente como para que todo el oro del mundo, el polvo de la atmósfera cuando lo toca un rayo de sol, solidifique en el metal precioso, y Dánae, su bella enamorada, será el centro irradiante de ese súbito congelamiento, por efecto de la voz con que sucesivamente rechazará y atraerá al amante. Pues bien, la historia ofrece numerosos ejemplos de esta circunstancia; las naciones (o sea, las Dánaes) cantan suavemente la formación de su Estado, irradiando a los extremos del universo todos los poderes que no sean el suyo, único; pero al mismo tiempo, o inmediatamente, el canto se transforma en un encantamiento de atracción, para que todos los poderes se hagan presentes en la realidad. Hasta ahí, la mera alegoría. Pues bien, la gran lítote operática consiste en sugerir por medio de alegorías pueriles que la operación se lleva a cabo realmente en presencia de los espectadores. Según Zoukov, no basta con transmitir un mensaje a algún cerebro inteligente: es preciso además hacerles saber a todos los demás cerebros, los que no están en el secreto, que el mensaje corre entre ellos. De ese modo se los atemoriza, o más: se los aterroriza, y el terror congela. Solo así, entre estatuas, el espionaje tiene tiempo de operar. Aunque más no sea en una ilusión de gliptoteca. Es como si el tiempo se detuviera (no importa si real o imaginariamente) y el espía tuviese la oportunidad de correr y volver a su puesto. Eso es todo.

Pero es preciso que le diga algo más del príncipe Zoukov, un personaje interesantísimo, de quien he llegado a formarme la idea de que es el cerebro que mueve toda la trama, incluso en Austria. Fueron agentes suyos los que me iniciaron en el trabajo de los cifrados musicales —él mismo me lo ha confesado—. Ignoro cuáles sean sus relaciones con el duque, virtual jefe del Estado ruso. Posiblemente son relaciones de recelo y distancia. Odio pensar que Zoukov esté trabajando para la pretendiente. Si tal fuera el caso, podríamos vernos en peligro. Pero cuando pienso fríamente el asunto, descarto la posibilidad. No se trata de conspiraciones, sino de algo más amplio.

El príncipe es un hombre maduro, emparentado con los polacos Leczinski y descendiente de uno de los lugartenientes de Carlos XII de Suecia. Su cargo de director de la ópera no aparenta ser otra cosa que un pasatiempo de invierno, como la caza lo es en verano. Tiene cierta intimidad con la zarina, a quien le informa de nuestros progresos en largas conversaciones privadas, y más aún con el chambelán, de quien afirma que es la figura clave de la corte, así como el duque lo es fuera de ella. Tiene toda esa carga de seriedad que amedrenta en quien se hace cargo de una tarea frívola como el teatro. Uno teme que el teatro esté siendo utilizado para otros fines, y quizá la suprema sutileza del príncipe consista en ocuparse magníficamente de los detalles. Nada se le escapa; la maquinaria teatral no tiene secretos para él. Me ha hecho las mejores sugerencias a lo largo de estas semanas de trabajo. Deja en mis manos la *régie*, además de la dirección, pero se guarda el privilegio de las decisiones finales (y las primeras asimismo). Tomamos mucho té entre bambalinas. Detrás de los palcos, sobre la fachada de la ópera pero ocultas a la vista, se abren las ventanas de toda una serie de salones donde está mi oficina, la de él, y unos cuartos privados donde nos sirven la comida. Vemos el Neva, y el cielo y la nieve. He pasado algunas de las horas más productivas de mi vida aquí.

En cuanto al trabajo en vista de los estrenos, no tengo quejas. Oigo a los cantantes de a uno, y en los ensayos, que son matutinos, me limito a la orquesta; la compone medio centenar de desterrados de toda Europa, profesionales de habilidad sutilizada por los cercos de indiferencia que han debido alzar para internarse en este mundo de silencio. He conversado bastante con ellos, en casi todas las lenguas que sé o adivino. Son viejos, y en sus peregrinaciones podría rastrearse la difusión de la ópera napolitana en Europa desde el Durante. Todo el material que probamos sale bien a primera vista, y siempre quedo algo desilusionado.

El elenco también es variado, también azaroso, y no desprovisto de calidades. El marqués de Hauteclocque nos cedió, a instancias del príncipe, dos castrati aceptables que trajo de París. Claro que no habrá nada que merezca compartir la escena con el Micchino, pero al menos los contrastes no serán grotescos. Hay una buena *mezzo* enana, de Livonia, que ha hecho papeles de niña. Obediente, he introducido partes de niña en las tres óperas. Hay un barítono salvaje, un ex boyardo, de unos sesenta años, en gran forma. No sabe leer música pero la reproduce pasablemente. Según me dicen, hace apenas cuatro o cinco años se dedica a la música. Tiene las manos deformadas por la artritis, y ese es el motivo de que haya sido dado de baja del servicio

activo. Pero no se alarme: no todo tiene ese color de «corte de los milagros». Podría resumir la situación diciendo que estoy en una especie de teatro de provincia, con buenos recursos, un edificio pretensioso con mala acústica y un director maquiavélico que oculta sus cartas y espera el futuro. Hay un *ballet*, que ensaya independientemente, y hará números en cada una de nuestras óperas; le he escrito breves partituras especiales: debo decirle que es horrendo.

¿Y mis cifrados? El príncipe me ha sugerido nuevos métodos. Al parecer, las tres óperas se representarán en un amplio círculo de países nórdicos. Llevarán, por lo visto, un severo mensaje. No sé cuál. De hecho, no me lo pregunto en serio. Como todo músico, me interesa más el procedimiento que el fondo. En este momento, confecciono hojas volantes: clave, tonalidad, tempi... ¡solo faltan las notas! De los azares de la política dependerá lo que se cante. Es ligeramente ridículo, pero también emocionante. Porque no hay una sola historia sino dos; una es la de verdad, la otra es la combinatoria de todas las mentiras. Pues bien, según parece, de esta última ha de nacer la historia de la música. ¡Impensable!

Y con esta bonita exclamación, mi querido maestro, me despido por el momento. Volveré a escribirle en unos pocos días, no bien hayamos estrenado. Espero que la compañía de su admirable esposa y sus bellos hijos, el clima benévolo y la contemplación del agua plegada y azul de Trieste sumen un alivio eficaz para su gota. Por mi parte, la concentración en el trabajo me ha permitido huir, siquiera momentáneamente, del horror del país. Supongo que así será siempre en la vida. Aunque quizá estoy obstruyendo a fuerza de trabajo el camino a mi gloria.

Me olvidaba de algo y quiero agregarlo aquí, aunque no viene a cuento. El marqués de Hauteclocque, como es lógico, ha despertado toda clase de habladurías, y una de ellas dice que tiene un pie de mármol. No me he fijado si cojea o no, pero da lo mismo. Estoy persuadido de que se trata de una fábula, porque es típica de la inventiva rusa. Hay una leyenda, protagonizada por el héroe-de-todo-uso Iván, según la cual este personaje, un malhechor, huía en cierta oportunidad de los soldados después de haber violado ancianas o incendiado niños (porque ese es el tipo de sus hazañas), y tuvo la mala suerte de que su caballo se enganchara una pata en unas plantas congeladas que se llaman *calidovnie* y se la seccionara. El héroe de muchos recursos no tardó en dar con la solución. Mientras oía aproximarse el batallón en su busca, con el cuchillo le arrancó la carne a la pata del caballo, dejando los nervios a la vista como cintas azules, y le moldeó una pata de hielo con la que siguió

corriendo y, como siempre, burló a sus perseguidores. Ya ve en qué imaginaciones solazamos nuestra vecindad. (Y verá además qué larga genealogía tienen las estatuillas de hielo como las que nos ha convidado nuestra soberana anfitriona.)

Un gran abrazo de su discípulo y amigo:

LIONL. VENUTTI

Padre queridísimo:

Te escribí hace una cantidad indefinida de horas o días, y ahora vuelvo a hacerlo, aunque ignoro qué pude hacer con la carta anterior, y qué decía en ella. No puedo decir siquiera que «vuelvo» a escribirte, porque el tiempo no parece haber transcurrido; no percibo el tiempo, solo el crecimiento mortal de la angustia, que se ilumina con los matices aurales de la fatalidad. Pero esta vez no me quejaré. Seré secamente informativa, clara y concisa. El arte de la correspondencia se ha echado a perder por culpa de la queja, y ya sería hora de que vuelva a las fuentes, a las simples frases descriptivas y narrativas. Y no es que no llore.

En primer lugar, debo decirte que se me oculta algo. Y no me refiero a los horribles rusos, de quienes una sospecha tan inocua sería casi un cumplido, sino a mis amigos, al Micchino, a Lionello, a sor Hildeeve, Alessandro, Pierre... ¡hasta a la misma Hélène! Por pura casualidad me he enterado de que el Mogano está aquí en San Petersburgo. El Micchino ha ido a visitarlo más de una vez. Cuando se lo eché en cara, se limitó a decirme que si no me había dicho nada era porque yo no se lo había preguntado, y no le había dado tiempo siquiera de decírmelo. Aunque sea cierto, no es suficiente. De pronto, lo temo todo. ¿Conoces bien al Micchino, tienes plena confianza en él? Puede parecer una pregunta ociosa; eres casi su padre, tanto como lo eres mío. Pero tengo motivos para hacerla. De un día para otro, he empezado a verlo como un monstruo. No puedo explicarme. Le temo. Si él se ha aliado a las fuerzas negativas que se encarnan en la figura de mi marido, estoy perdida. Nunca debí venir. Si mi propósito fue huir, fracasé miserablemente, y estoy en la misma boca del lobo.

No debo precaverme en cambio de preguntarte lo mismo sobre el músico francés, el Venutti. Es siniestro, de él estoy convencida de que pertenece al otro bando y me perderá. Tú mismo no lo conoces, apuesto a que ni siquiera sabes su nombre verdadero. ¿Cómo pudiste enviarme al otro extremo de Europa en su compañía?

Le temo hasta a mi sombra, y no me faltan motivos. Soy la apestada. Mis amigas me han desertado. Se teme hablar conmigo. Porque los esbirros del duque me vigilan. Me han puesto bajo vigilancia desde el preciso momento en

que ese hombre diabólico abandonó mi cuarto después de proferir sus amenazas. En ese momento te escribí una carta que supongo debe de haberse perdido, si es que no ha caído en manos de ellos, precisamente. Creo recordar que no la sellé. Pasaron las horas, se hizo de noche, pasó la hora de la cena, y nadie vino a verme. Me sentí en un perfecto capullo de vacío. Cuando mandé a Hélène a llamar al Micchino me enteré de que había salido a visitar al Mogano. Como si tal cosa. Hice venir al Lionello, no bien regresó de su jornada de trabajo en la ópera. Me informó que te había escrito. Por un instante sostuve la esperanza de que se hubiera ocupado de mí. Pero no. No recordaba en absoluto lo que le había dicho la noche anterior. Se lo repetí, le encarecí mil veces que el supuesto marqués no era otro que mi marido (que entre otros títulos tiene el de marqués, pero ese es otro tema). Tardó larguísimo rato en entenderme, como si fuera idiota. Creía que le estaba hablando en alegorías. Y no es así. Me preguntó, suspicaz, si alguien podía respaldar mi palabra. ¿Quién? Creo que le grité, enfurecida, y volví a llorar. El músico se marchó, y volvió una hora después, pálido. En efecto, se hablaba pésimamente de mi persona, se me trataba de loca. Me reprochó haber puesto en mala posición a todo el grupo. «Pero ¿qué puedo hacer yo?», le dije. «¡Es mi marido, y me ha perseguido hasta aquí con fines inconfesables, de crueldad pura!» Estaba amedrentado. Tenía una cita para la mañana siguiente en el Almirantazgo, suponía que en las mazmorras donde se aferraba al potro a los interrogados. Quiso que le repitiera todo, a lo que accedí. Quería consultar con el Micchino, pero le hice ver que si hubiera estado, yo habría recurrido a él. Le ordené que fuera a buscarlo: lo encontraría dondequiera que se alojara el Mogano, pues había ido a visitarlo. El muy pusilánime, no se atrevía a salir del palacio a esa hora (era la madrugada). Hablando con él, me quedé dormida, y me desperté al mediodía siguiente, bañada en lágrimas de sueño. Hélène me había desnudado y metido en la cama.

A partir de ese punto, me sentí objetivamente abandonada, a la vez que vigilada: terrible duplicidad. Hélène no me dirigía la palabra, asustada posiblemente por algo que había oído. No me importó. Me trajo la comida, ¡como a una presa! Tomé un vaso de vino y sentí náuseas. Odié la cortesía. Odié las cortinas, toda la materia blanda y colgante que vestía el mundo. El tictac del reloj se me antojaba una melodía frenética, interrumpida por todos los caprichos del ritmo. De pronto me miré los zapatos y me produjeron un sobresalto; eran monstruos blancos y puntudos. La impresión era intensificada por el fondo: un pájaro extraño en la alfombra, en verdes persas. Sentí escalofríos.

Mi único pensamiento coherente era huir. La tarde estaba dolorosamente calmada. Fui a la ventana y estuve horas como una estatua de cera ante el vidrio. El mundo cubierto de nieve, sin sonidos ni movimientos. El parque complicado del palacio se perdía de vista a lo lejos en una niebla extraña que he visto más de una vez desprenderse de los árboles, congelados. Unos manchones de color me llamaron la atención: eran damas, que habían salido a caminar. Las divisaba como miniaturas, terroríficamente detalladas. El aire entero era lupa. Di vueltas y vueltas a un anillo que tenía en el meñique, hasta que el frío sobrenatural del diamante empezó a subirme por el brazo, y lo solté como si me hubiera quemado. Sentía frío en los ojos.

Sí, debía huir. Miré el fuego encendido en la chimenea buscando inspiración. ¿Adónde ir? Quería encontrarme en un sitio exactamente como este, cerrado y protegido. Salvo que deseaba que las paredes dieran, por fuera, al vacío, al éter. No soportaba la idea de que hubiera cuartos contiguos. Me asomé en puntas de pie al pasillo; afortunadamente no había nadie. Fui al cuarto del Micchino y lo encontré vacío. Me quedé un largo rato esperándolo, al principio sentada, después otra vez fija en la ventana. No sé cuánto tiempo pasó. Quizá fue muy poco, porque la luz no variaba, y en estas latitudes es fugaz.

De lo que sucedió a continuación (y no ha dejado de suceder hasta ahora) solo puedo responsabilizar a esa rigidez de autómatas que me sacó de mí misma y me llevó a vagar fuera de los horizontes que habría hollado en plena conciencia. Bajé, sin pensarlo. Con el vago presentimiento de que pronto estaría fuera, había tomado en el cuarto del Micchino una capa de piel que me quedaba muy grande, me envolvía. Pasé como una exhalación por salones que no reconocía, frente a personas que no recordaba. Por suerte nadie me prestó atención. Y de pronto estaba al aire libre, en una terracita circular donde parecía reflejarse todo el blanco de la luz de la nieve. Quedé un momento desconcertada, aunque sin preguntarme todavía qué me proponía hacer exactamente. Las caballerizas estaban atrás, justo al otro lado de donde había salido. Volví a entrar y me guie a través de esa ala del palacio. La única precaución que tomé (y eso me prueba que en medio de un rapto sonambulístico una mantiene cierto resto de astucia) fue no abrir puertas cerradas. Dado el sistema de calefacción de estos interiores, la maniobra me llevó limpiamente de un extremo a otro del edificio sin toparme con nadie. Atravesé a la carrera un patio grande y me metí en las barracas, donde se agitaba una muchedumbre; me dirigí a la persona más cercana, que resultó ser un viejo hirsuto, de cara muy roja. Le señalé un coche, me hice entender por

señales. Balbuceé algunas palabras que sé de ruso (¿te extraña?). Urgente. Paseo. No recuerdo qué más. El hombre me miraba impávido. Saqué mi ranita de oro y se la tendí. Repetí las palabras. El viejo no quiso aceptarla; me hizo un gesto de pleitesía antes de retirarse. Vi que sacaba un caballito gordo, y volví al patio a esperarlo. Miré con aprensión las ventanas: afortunadamente, a este sector daban los cuartos de la servidumbre. Mi cochero improvisado salió casi de inmediato, con un pequeño vehículo de ventanas redondas: un viejo coche ruso. Justamente lo que necesitaba. Debo decirte que también sabía cómo decir «palacio del Té». Partimos. Me propuse pensar intensamente todo lo que durara el trayecto. No preguntes qué. Solamente, pensar.

Pero no tuve tiempo. Atravesamos la ciudad, ahora en todo el esplendor de su blanco; quiero decir, la habíamos atravesado: antes de que tuviera tiempo de ver nada noté, por lo descampado del terreno, que estábamos cerca. Ya casi trasponíamos la reja descomunal. Di unos golpecitos en el techo y el anciano se detuvo. Me bajé sin más; le hice un gesto: que se volviera, que me dejara, que yo me las arreglaría para regresar, si es que regresaba a alguna parte. (¿Cómo habré podido significar todo eso con un gesto o dos?) El anciano se encogió de hombros y le silbó al caballo, que dio media vuelta y se alejó a toda prisa, salpicando nieve. Solo entonces miré a mi alrededor. La verja se extendía kilómetros; los portones estaban abiertos; las lanzas de hierro negro tenían las puntas doradas. La avenida que se adentraba en el parque estaba marcada por un fino torneado en nieve, no por huellas. Supuse que eso significaba que el dueño estaba en casa, y no había recibido visitas. Me dio miedo dejar impresos mis rastros (quizá a eso se debía el terror que había sentido al mirarme los pies un rato antes, en mi cuarto), pero después de todo no tenía importancia. Había salido con zapatos abiertos, y me hundía hasta los tobillos en una nieve muy compacta, que parecía seca como arena.

La disposición de las ramas de los árboles en Rusia tiende a la acumulación de nieve, seguramente para impedir que el suelo reciba más peso del que puede soportar. Ahora veía tilos como copas, con decenas de toneladas de nieve perfectamente contenidas, globos sólidos. No se oía nada, ni un susurro. Estaba lejos de toda producción posible de sonido; quizá a tres mil leguas del pájaro más cercano. Al cabo de media hora de paseo vislumbré los techos del palacio; quería acercarme por un costado, de modo que salí a la avenida y comencé a recorrer un arco, por momentos con la nieve hasta la cintura. Pero se me hizo imposible, y terminé desembocando precisamente frente al gran patio de honor, ahora un lago de nieve perfectamente alisada.

No me importaba en lo más mínimo. Sería, al fin en la realidad, el autómatas o la estatua móvil de los apólogos: me dejaría llevar por las circunstancias. Estaba demasiado cansada y helada para ocultarme. Iría directamente a la puerta principal y me entregaría al destino, fuera este cual fuere. Mientras atravesaba el patio me pregunté por primera vez qué había venido a hacer aquí. Lo lógico, lo único plausible, era matar al criminal de mi marido. Pero casi con seguridad no podría hacerlo. Sabía protegerse, el muy canalla. Al menos le volcaría su taza de té, como había hecho tantas veces en el pasado. Y le pediría una explicación. O podía amenazarlo. Advertí que en mi mente no había sino amenazas, desde hacía muchas horas.

Preferí no tocar. La puerta estaba abierta. Iluminado suavemente por la luz de las ventanas, tenue respecto del exterior cegador, el gran vestíbulo estaba tal como lo recordaba de la velada dos noches atrás. Subí por la escalera. No había nadie. Empujé una de las puertas dobles y me vi en el gran salón donde había tenido lugar la recepción. Al otro lado, el tabladillo seguía armado. Recordé que había una serie de salones a la derecha, y fui hacia allá. Todas las puertas estaban abiertas y se dominaba una larga perspectiva silenciosa y deshabitada, de muebles escasos y grandes estatuas, y altos techos blancos. Me pregunté por qué motivo me habrían alabado tanto los techos pintados del palacio del Té. Alcé la vista, y vi las horribles pinturas. El blanco era una ilusión que creaba el reflejo de la luz. Los pisos eran negros, de tablas muy enceradas, y mis pasos producían un ruidito inquietante.

Avanzaba en un estado impávido que era una suerte de espanto dilapidado. Seguía sin ver a nadie. Lo cual era secundario respecto de esto otro: nadie me veía. Me sentí un fantasma. Había algo de mágico en esta ausencia que atravesaba. Sentí claramente que estaba en un teatro, un sitio naturalmente vacío, que se llenaba solo con la ficción de las representaciones.

Cuando llegué al extremo, volví atrás. Estaba un tanto desconcertada. Me propuse ocultarme no bien oyera el primer sonido, hasta saber a qué atenderme. Volví al vestíbulo principal y subí al segundo piso. Un extenso corredor con espejos, tenuemente iluminado porque daba a la cara no soleada del edificio, se extendía un centenar de metros. Había una serie de puertas que supuse darían a los dormitorios. Busqué con la vista la más grande: un par de altísimas hojas blancas con molduras doradas. Fui directamente a una de ellas y las abrí. Me vi en el soleado dormitorio principal, grande como un salón, con un largo balcón al occidente. Estaba vacío. Di unos pasos sobre las alfombras carmesíes. La cama estaba hecha, impecable. En un sillón, un capote largo. Fui a un par de puertas almohadilladas, y pasé a otro dormitorio.

Los fuegos estaban encendidos, el aire cálido. Más allá, un pequeño estudio con diván. Volví a los dormitorios.

No sé por qué motivo, se me ocurrió abrir las puertas de los armarios de pared. Solté un grito.

Era peor que encontrarme con mi doble, porque esto no tenía el paliativo de lo fantástico. Además, en medio del aturdimiento supe que no se trataba de una broma; no era ingenioso.

En ese armario estaba toda mi ropa, toda la que había dejado en París cuando mi precipitada huida a Viena hace unos meses. Mis vestidos de paseo y de fiesta, de mañana y de tarde, uno tras otro, no podía menos que reconocerlos, las sedas y tafetanes, los colores, las pieles... ¡y hasta mis medias, mi ropa interior, toda apilada, limpia, plegada! Como si su dueña, yo misma, las estuviera usando, ¡como si este fuera mi cuarto! En una palabra, como si yo, ahí, en ese momento, fuera yo misma. Todo caía a tal punto en su lugar, se volvía tan claro y horrible, que iba un paso más allá del entendimiento. Sentí un vértigo. ¿Qué había de más normal que yo abriera las puertas de un armario y encontrara mi ropa? Si era la experiencia normal y corriente que había tenido lugar todos los días de mi vida. Y sin embargo, era horrible. Me sentí como Ifigenia, en el altar de los sacrificios, en lo alto de una montaña donde soplaran vientos de pesadilla.

Estuve mesmerizada no sé cuánto rato. Después creo recordar que corrí, que bajé por una escalera que no era la misma por la que había subido, que atravesé otras salas, y después las cocinas... Y todo estaba vacío, iluminado por el sol nival que entraba por las ventanas, lo que acrecentaba mi pánico, y no paré hasta salir al fin, por una puerta trasera. Me alejé, como enloquecida. No reparaba en nada, ni siquiera en la temperatura. En algún punto de mi huida había perdido la capa del Micchino.

Esta vez no tomé por ninguna avenida. No sabía qué era eso. Me perdí en el bosque. Caminé lo que me parecieron horas, pero probablemente no fue tanto. Cuando reaccioné medianamente miré el cielo, y todavía estaba claro. Todo parecía estable, inmóvil. Quizá en la realidad no había sucedido nada. Pero un sexto sentido me decía que sí. ¿Dónde estaba? Me rodeaban árboles cargados de nieve, y lo más irregulares. De pronto, noté que caminaba a mi lado un faisán, rojo y amarillo, metálico, con la cola prolongada y dura como una espada, rayando la nieve siempre por el centro exacto de las dos estrellitas que marcaban sus patas. Creí recordar que había gritado. El chillido del faisán es inimitable, y también había quedado marcado, en mi memoria. Ahora iba en silencio, sin mirarme. No me habría extrañado si en ese

momento hubiera aparecido un enano con el sombrero puntiagudo y nos hubiera desencantado a los dos. Probablemente el faisán era Denys, pero ¿quién sería yo? No sabía si estaba encantada, transfigurada por magia, o si era al revés.

Al fin el faisán se alejó, simplemente tomó otro camino, y me quedé sola. Lo oí gritar a lo lejos. ¿Por primera vez, o por segunda? Seguía adelante. Había estado llorando, ahora me dolían las mejillas por el frío. Pero no tenía pañuelo para secarme.

En cierto momento quise volver sobre mis pasos, pero me extravié, o ya me había extraviado antes. De pronto, la nieve ya no brillaba: caía velozmente la noche y las blancas nubes del cielo eran ocultadas por otras grises, traídas por un gran viento. Temblé. Estaba congelada de pies a cabeza. Sin duda alguna, moriría en este bosque, y encontrarían mi cadáver en la primavera, cuando todo esto hubiera terminado y Denys ya estuviera lejos. Apuré el paso, pero era inútil porque no sabía en qué dirección iba. No tardó en oscurecer del todo. Ahora sí, caminaba en medio de la noche. Me encomendé a mi desdicha, y creo que logré llorar.

Entonces vi una lucecita, y me dirigí hacia ella. Era una choza, una *isba*. Comprendí que tenía pocas fuerzas, y me alarmé pensando que quizá no pudiera llegar. Pero sí llegué, y abrí con el brazo desnudo, cubierto de escarcha, la puerta de cuero. No vi nada, pero sentí la dulzura del calor, que me asfixió. Tardé un momento en hacerme una composición de lugar. Estaba en un interior ahumado, minúsculo, donde una familia se disponía a dormir. Ignoro cómo pude abrir la puerta. Al día siguiente vi que había forzado una especie de cerrojo de madera.

Había una mujer gorda como un carromato, y un viejecito pequeño, que no debía de ser tan viejo porque era el padre de una camada de chiquillos amarrotados que me miraban con ojos redondos. Toda la familia me examinaba con asombro. Debí de ser una especie de aparición. Me hablaron, pero por supuesto no entendí nada. La señora de la casa me sacó trabajosamente los zapatos y me acercó los pies al fuego. Me envolvió en una manta. El frío no tardó en abandonarme, afortunadamente. Volví en mí, pero sentía un cansancio sobrenatural. Se había hecho un gran silencio. Una lamparita mortecina iluminaba el cuarto sucio, el techo de paja. Creo que bebí té. Al fin me dormí. Pensé que quizá pasaría el resto de mi vida aquí, como una campesina. No tenía otro sitio adonde ir. No entender la lengua me protegería.

Pero a la mañana vi todo bajo otro ángulo. Igual que el anterior, era un lindo día claro. Todo lo vivido me parecía un mal sueño, y necesitaba calmarme para reflexionar. Lo primero que hice fue pedirle al campesino, por señas, que me llevara de vuelta al palacio. Fue un suplicio hacerme entender. Debí emplear la mímica. Como ni siquiera así entendía, utilicé a los niños como títeres de una pequeña pantomima. El matrimonio me miraba extrañado. Quizá terminaron atemorizados, lo que me benefició porque eso les dio apuro por librarse de mí. Temo no haber sido una huésped paciente. No quise beber de sus brebajes, ni comer de su horrible pan. Ya había tenido bastante de la hospitalidad rusa. El hombre al fin salió y volvió poco después con un carro, al que me subí. Otra vez hube de atravesar la ciudad. Me envolví en una manta, la cabeza y todo, y no vi nada del trayecto; no me interesaba. He estado oscilando entre los dos extremos de San Petersburgo: a un lado el palacio de Invierno, al otro el del Té. La ciudad no ha sido para mí más que el trayecto, entre hastiado y terrorífico, del uno al otro. El campesino me dejó en la verja, donde los boyardos nos miraron con perplejidad. Me marché sin despedirme, pasé ante los altos húsares sin mirarlos y emprendí el camino por las avenidas limpias de nieve, de prisa. Afortunadamente (porque son varios kilómetros de parque) sacaron de sus garitas un coche y me recogieron poco más allá. Cuando bajé frente a las escalinatas, todo estaba desierto, pero no bien hube entrado tropecé con Vera y algunas de sus amigas, que se disponían a salir. Me saludaron sonrientes. ¡Ven con nosotras, sube a buscar un abrigo!, me dijeron. Advertí que no sabían nada de mis tribulaciones recientes. Por lo visto, si había caído en desgracia ante los poderosos, estas niñas no se habían enterado. Eso de algún modo me desencantó. Creía haber cortado amarras con la corte. Pero ellas actuaban como si no fuera así. ¡De modo que también en eso me equivocaba! Me dijeron que iban a ver los preparativos para la botadura de la serpiente, y recordé como en un sueño que se había estado hablando mucho del tema en los últimos días. Les respondí que estaba demasiado ocupada, y corrí arriba sin esperar. Hélène estaba sentada en mi cuarto, bordando. Quiso saber dónde me había metido. «¿Qué importancia tiene?», le dije airada. ¡Era lo único que se le ocurría preguntarme después de una noche de ausencia! Me encerré en el *boudoir* a cambiarme, sola. Pero no podía hacerlo, y ella vino a ayudarme. No hablamos. Le pregunté si alguien se había interesado por mí. «Sus amigos», me dijo, «estaban muy preocupados.» Solté una risita incrédula, pero no bien estuve vestida corrí al cuarto del Micchino. No estaba, no había nadie, y ya salía cuando vi aparecer a Alessandro, que sonrió aliviado al verme. «¡No

sabe cuánto nos ha preocupado, Alteza!», exclamó: «¿dónde se había metido?» «Se lo diré al Micchino», le respondí, «¿dónde está?» Me dijo que habían salido a buscarme, Piero con el Venutti y Pierre. Él se había quedado a esperar aquí.

Pero ¿adónde fueron?

Bajando la voz, me dijo: «Creo que al palacio del Té».

Mi primera reacción fue de felicidad. Al menos no estaría yo sola en la decepción de ese monstruo. Piero lo había conocido en Viena, lo reconocería ahora como lo había reconocido yo. Pero, al pensarlo dos veces, también sentí temor: Denys no vacilaría en matarlo si fuera necesario, y lo último que yo deseaba en ese momento era que el demente de mi marido quemara sus naves, pues entonces yo no estaría para nada a salvo. Quise ir a alguna parte, a hablar otra vez con la zarina... Pero recapacité: no ganaría nada. Más me valía esperar. De modo que me senté con Alessandro y nos quedamos de plática. Parecía preocupado: las actividades de Lionello, le había dicho el Micchino, tenían su costado peligroso, y los implicaban a todos. Las pocas veces que el Micchino había salido a la ciudad, una sombra lo había seguido. Desconfiaban también del Mogano. La prolongada reunión del Micchino con él el día anterior no había tenido por finalidad, como yo había supuesto, una charla amistosa sino más bien un apercebimiento sutil de las intenciones que habían traído aquí al viejo cantante. Las brujas no existían, al fin de cuentas, me dijo Alessandro críticamente. Yo me había quedado pensando. «Entonces», le dije, «¿es cierto que hay peligro?» Él me miró asombrado: «¿No es lo que su señoría viene diciendo, y en los tonos más alarmistas?». Le dije que sí, que yo lo decía, pero me sorprendía que me lo confirmaran. Eso tampoco me sentó bien. En el fondo, habría preferido ser víctima de un delirio. Además entraban personajes nuevos de cuyas intenciones no tenía idea. Si nos habían estado vigilando desde antes de que yo descubriera que el supuesto marqués era mi marido... había otros elementos en juego, que se me escapaban.

Alessandro me habló del estreno inminente. Sería dentro de dos días, en realidad la noche siguiente. Yo lo había olvidado.

Una hora después llegó Pierre, y nos comunicó que su patrón y el Venutti habían ido a ver al Mogano, y de ahí irían al teatro. Volvió a marcharse de inmediato, para informarles que yo había vuelto sana y salva. Me pidió que no saliera del palacio, cosa que le prometí.

Fui a mi cuarto, almorcé frugalmente y me recosté. Me dormí de inmediato, y me despertó Hélène para decirme que mis amigas habían venido

a buscarme. Querían que las acompañara a la botadura de la serpiente, y como me sentía de buen ánimo, accedí. Nos reunimos en mi *boudoir*, mientras me vestía, y salimos juntas.

Esto de la serpiente es una costumbre de todos los años, impuesta por la emperatriz. El lago más hermoso del parque, al que llaman el Círculo Pequeño, porque hay uno grande, donde practican patinaje los cortesanos, tiene la peculiaridad de que forma una capa perfectamente transparente de hielo, bajo la cual se ve agitarse el agua, pues un manantial profundo, una especie de río subterráneo, lleva y trae corrientes secretas. La zarina, o su *alter ego* festivo, el chambelán Tatischev, manda hacer una larga y torcida serpiente de hielo, que se introduce en las aguas fluidas del lago por un agujero que serruchan en un rincón de la superficie, y la serpiente nada todo el invierno, mecida por la corriente. Cuando salimos, la corte entera iba hacia el Círculo Pequeño, y la zarina a la cabeza, envuelta en pieles. Por supuesto, no me acerqué demasiado a ella, y pasé inadvertida. En una orilla del lago habían levantado una torrecilla de madera para izar la serpiente. La vimos reflejando los rayos debilísimos y blancos del sol de la tarde. Era enorme, de unos diez metros de largo, con un espinazo de plata que serviría de lastre para que flotara a dos aguas, y una máscara de oro bajo el hielo tallado en escamas. Una perfecta obra de ingeniería, pero estaba el suspenso de ver si realmente flotaría, si se haría realmente visible bajo el hielo. Sus formas sinuosas, su larga cola en punta, todo había sido calculado minuciosamente por sabios que debían de saber qué violenta podía ponerse la soberana cuando una de sus diversiones se echaba a perder. Cuando ella estuvo allí, riéndose y palmoteando como una niña vieja, se inició la introducción. Habían abierto un agujero de un metro de diámetro en el hielo, y comenzaron a bajar lentamente la serpiente. Primero le hicieron pasar la cabeza, y luego la fueron inclinando para un lado y otro de modo que pasaran sus vueltas. Al fin, con un mínimo chapoteo sordo, la soltaron y se hundió. Abrieron paso a la emperatriz para que se adelantara sobre el hielo del lago, en medio del silencio hasta que se oyó su exclamación de felicidad, y después gritaron todos. Nosotras también corrimos, con cuidado de no resbalar, y la vimos. Brillaba, hermosísima, y ya caracoleaba como un cavallino, bajo nuestros pies. El equilibrio que mantenía era tan perfecto que por momentos levantaba la cabeza, su morro dorado casi tocaba el hielo de la superficie, y luego se hundía, por momentos desaparecía de la vista en el fondo (todos contenían el aliento) y volvía a subir más allá. Se organizaron las partidas de patinadores, que comenzaron a hacer figuras. Adhiriendo al éxito general, el crepúsculo fue inusualmente hermoso, con

reflejos rojos que caían sobre el hielo del Círculo Pequeño y provocaban una penumbra violeta en el agua de abajo, y en ella el alegre monstruo en su movimiento perpetuo. A la noche, me dijeron, vendrían a mirarla a la luz de las antorchas. Un juego nocturno favorito era descubrirla, en la misteriosa extensión del lago.

Volvimos lentamente al palacio, tomamos el té en la galería de Caza, y después subí a mi cuarto a vestirme para la cena y en la hora muerta te escribí esta carta, para que sepas, aunque no la leas nunca, que tu hija sigue viva y es desdichada y te quiere.

AMANDA

Querido maestro:

Vuelvo a escribirle, con la carta anterior todavía en mi escritorio, ni siquiera sellada. Es que los sucesos se adelantan a la oportunidad, y han llegado a agolparse. Discúlpeme este ejercicio de resumen y clarificación, que quizá le resulte un tanto alarmante, pero en todo caso puedo retener esta correspondencia hasta que el caso se haya cerrado para bien (de todos modos, los correos aquí no se distinguen por la prisa con que recogen nuestros envíos, y me temo que siguen a pocos pasos de mí las cartas que le envié en estas semanas). Si es así, las leerá todas juntas y tendrá la narrativa completa de nuestra aventura, que comienza a serlo plenamente, y mal de mi grado. Para ser auténtica, la correspondencia exige cierta lentitud, cierta parsimonia en la realidad, a la que creí llegar al verme en esta tierra helada y clamorosamente anticuada. Pues bien, ocurre lo contrario. Por otro lado, nunca fui un corresponsal prolífico, que es en lo que obligadamente estoy transformándome. Y advierto que se trata de un género literario apto solo para eras de paz, pública y privada. No es épico. Es reflexivo, reclama sabiduría. Todo lo cual se resume en esto: lo extrañamos y lo necesitamos. Su presencia aquí nos habría ahorrado muchos sobresaltos; de modo que tengo doble motivo para lamentar la gota que lo ha inmovilizado en la bella Trieste.

Nuestra pequeña compañía va y viene, se agita, nos reunimos y dispersamos movidos por corrientes submarinas o imantaciones en la atmósfera, y lo hacemos bajo el cristal o el hielo de una supuesta óptica de indiferencia. Que no es real: ahora empezamos a verlo. El cristal mismo se interesa en cada uno de nuestros pasos. Ese cristal es el poder del duque, y cuando nos hemos aproximado demasiado a él, cuando hemos rozado su frío, encontramos al fin la materia cuya seriedad no admite circunloquios. Lo que creíamos un juego sin consecuencias se vuelve acrobacia con la vida. El duque se aferra al poder con uñas que traspasan el hielo, quizá porque se lo debe al ardor que logró despertar, en su juventud de desterrado, bajo los hielos tan tibios de la zarina. Y es más, hemos entendido que el duque no es sino un representante casual del poder, que es eterno y se aferra a sí mismo. No obedece ni siquiera a la ley de la gravedad, aunque es su máximo ejemplo, porque es estatuario, igual a ese elefante que aquí se visita cotidianamente

como un paisaje. De modo que estamos en libertad condicional, pero mucho menos: estamos en plena condición, una condición que no es formulada sino con las vaguedades y sinuosidades del viento de las circunstancias.

Empiezo diciéndole que todo se ha complicado fantásticamente. Como sucede en las buenas intrigas teatrales, un personaje al que teníamos por secundario pasa de pronto al primer plano. Se trata, como quizá ya lo habrá adivinado, de su hija Amanda. Me la imaginaba gozando de estas vacaciones, entretenidísima con sus amiguitas rusas, entre cintas y pelucas, y he aquí que de pronto una de sus proposiciones vehementes resultó reveladora, y de lo más curiosa.

El primer indicio lo tuve el día siguiente de la velada en el palacio del Té, donde la había visto y no había notado en ella nada que resaltara de su habitual nerviosidad algo alocada. Cuando volví de mi jornada habitual en la ópera, ese día más prolongada que lo habitual porque hubo que discutir con el príncipe Zoukov y sus asesores las novedades vistas la noche anterior, me esperaba en la puerta de mi cuarto la doncella de su hija Amanda, presa de todo el temor del mundo, y me rogó que fuera a ver a su ama inmediatamente. Lo hice, sin mayores expectativas (debo decirle que, sin que yo la interrogara, ya otras veces me había endilgado complejas catilinarias quejas sobre la maldad de su marido, el barón Denys). Fue todo entrar a su aposento y encontrarla desmelenada, llorosa, con la ropa en desorden, arrebatada por el furor, y sumamente agotada, con ojeras profundas. Su incoherencia era inenarrable. Volvía a salir el nombre de su marido, y el palacio del Té, el marqués de Hauteclocque, y mil cosas más en un chorro indiscriminado que duró en principio cerca de una hora antes de que yo me hubiera sacado siquiera el sombrero. Poco a poco fui entendiendo a qué se refería: el marqués de Hauteclocque era un emisario malvado de su marido el barón, y no había venido aquí con otro propósito que el de molestarla. Traté de intercalar alguna frase tranquilizadora: me constaba que el marqués se movía en los más altos círculos políticos, y los oficiosos cónsules franceses que han venido de Suecia lo respaldan... No me alarmó tanto oírle decir que le había llevado estas quejas a la zarina (después de todo, la misma soberana tiene fantasías semejantes, según me han comentado) cuanto oírle proferir quejas y temores por una visita privada que le había hecho el mismísimo duque. Por un instante pensé que estaba ante otro de sus desvaríos, pero algo me dijo que no era así. ¿Por qué habría de inventar un detalle tan ajeno al ámbito natural de su imaginación? Si el duque había tomado cartas en el asunto, personalmente, debía de tratarse de algo grave, y no acertaba a entender por qué. Me

sobresaltó captar algo más en su discurso entrecortado de llanto y quejas: en realidad, lo que la joven *baronne* afirmaba era que el marqués de Hautesclocque en realidad era su marido. Eso le daba sentido a lo anterior. Si había ido a ver a la zarina para decirle que el marqués era un impostor, se hacía más lógico que el duque se interesara. Me afirmó repetidas veces y tomándome de las manos con una desesperación de niña, que el duque la había amenazado... Le pedí que se calmara, pero era inútil. Quise salir un momento para pensar. Lamentablemente, el Micchino no se encontraba en el palacio; había ido a visitar al Mogano.

Fui a informarme con el chambelán en persona. Debido a mi ocupación con la pequeña orquesta del palacio, he trabado una relación cordial con el chambelán Tatischev. Lo encontré en el salón de tertulias, conversando. Lo llevé aparte para interrogarlo discretamente.

Tatischev no sabía nada, pero fue de inmediato a averiguar con la princesa Sebetzky, a quien llaman la Chambelana, porque es la enciclopedia perfectamente actualizada de todo el ceremonial de la corte, y muy en especial de sus tropiezos. Volvió a los pocos minutos, con el rostro demudado. Me dijo que había habido un grave inconveniente con nuestra joven acompañante y que el duque citaba de urgencia en el Almirantazgo a sus responsables. No necesité oír más. Volví arriba, al cuarto de Amanda. Debo de haber perdido la calma, porque a los pocos minutos los dos gritábamos. La increpé por habernos puesto en aprietos, y ella me respondía que ese hombre era su marido, y que estaba planeando algo peor que la muerte para ella —sobre ese aspecto del tema no la alenté a explayarse—. Traté de hacerla entrar en razones, o al menos de que me explicara todo desde el comienzo, pero estaba demasiado agotada y excitada para ser coherente; al fin la dejé y le pedí a la francesa que la hiciera acostar y me mantuviera informado de sus movimientos.

Fui a acostarme, con la cabeza turbulenta de malos presentimientos. Sabía que el Micchino no volvería en toda la noche. Me propuse ir a buscarlo a primera hora de la mañana, a la embajada de Inglaterra, donde se hallaba alojado el Mogano. Yo sabía, pero no se lo había dicho a la joven *baronne*, que esa visita no había sido pura cortesía. En efecto, se había hecho necesario aclarar algunos detalles que se estaban oscureciendo demasiado. El Micchino se había visto perseguido por una sombra cada vez que había salido del palacio, e incluso dentro de este. Por otro lado, yo había sentido obrar, a través del Chambelán y de otros funcionarios del palacio y de la ópera (excluido el príncipe Zoukov) ciertas interferencias. Cuando le comuniqué al

Micchino la presencia del Mogano en Petersburgo, me dijo que si había un secreto, lo averiguaría por su intermediario. Y si existía algún peligro, nos iríamos sin estrenar.

Lo primero que hice a la mañana fue salir rumbo a la embajada inglesa, seguro de que ese par de noctámbulos incorregibles se habrían pasado la noche conversando. Aquí tengo contratado un cochero, un ruso que habla más o menos bien el latín, bastante rauda. El palacio del embajador británico se encuentra en la línea de construcciones frente al Gran Puente, y es uno de los más pequeños y mejores. Tuve dificultades en hacerme entender por los ujieres: al parecer, la presencia del Mogano en la ciudad es discreta, y hubo que formular una larga cadena de interrogaciones antes de que alguien me comunicara, en susurros, que «los dos caballeros altos» habían salido un rato antes, no sabían en qué dirección. Quedé momentáneamente desconcertado. Era una linda mañana calmada, como todas las de los últimos días, con nieve nueva en las calles y el cielo dulcemente blanco. Probablemente, pensé, habrían salido a caminar y admirar el Neva. Cuando salía del palacio vi un coche estacionado junto al mío; un lacayo de rojo me esperaba, formando nubecillas con el aliento. Se dice que la bebida rusa no deja indicios en el bebedor, pero es falso; pues el calor que produce en el cuerpo hace que el aliento se vuelva especialmente húmedo y cálido, y se delata en nubes que llegan a ocultar la cabeza. Con cortesía el hombre dijo que alguien me quería hablar en el coche, cuyas ventanillas estaban veladas. Entré y no fue poca mi sorpresa al verme cara a cara con Tatischev, que rara vez sale del palacio. Me habló rápido y grave.

Agentes del duque estaban vigilando nuestros movimientos, y ya se sabía que «asistíamos» a la embajada británica. Traté de decirle que no era así; yo no hacía más que buscar a mi amigo, quien a su vez había venido a visitar a un viejo conocido casualmente alojado aquí. La respuesta del Chambelán fue una sonrisa sarcástica.

Cuando siguió hablando, comprendí que en realidad estaba preocupado por él mismo, no por nosotros. En cierto modo, el Micchino y yo éramos su responsabilidad en tanto nos alojáramos en el palacio de Invierno; si el duque llegaba a la conclusión de que el sistema de diversiones del gran Chambelán estaba infiltrado por espías o diplomáticos secretos, el negocio de Tatischev estaba en peligro. Jugaba a la carta de la suprema inocencia política. Más aún, sabía que el poder de los consejeros alemanes, con el duque a la cabeza, se mantenía asido de una brizna, y cuando cayera, su única coartada sería la limpieza de sus procedimientos frívolos. De modo que ahora me exigía que

cesaran todas nuestras maniobras. Más: me pedía que cesaran ya mismo y que su fin fuera retrospectivo. La breve entrevista en el coche terminó. Creí entender que me sugería que nos marchásemos de Rusia lo antes posible. No importaba la ópera.

Volví a mi coche, y decidí que más importante que seguir buscando al Micchino por el momento era ir a ver al príncipe Zoukov y sondearlo respecto de estos nuevos y alarmantes elementos de juicio. De modo que le pedí a mi Caronte que me transportara de inmediato a la ópera.

El príncipe estaba en su oficina, como todas las mañanas, acompañado por su asesor musical, un evirato napolitano a quien usted quizá conozca, pues fue hace treinta años profesor de canto en el conservatorio. Se llama Venturi, y la similitud de nuestros nombres había producido algunas confusiones entre el personal del teatro. Se nos sirvió té, y me franqueé ampliamente. Se mostró muy interesado al oír que el marqués de Hauteclocque no era quien pretendía ser. Interpuse toda clase de salvedades: en realidad, no tenía más que la palabra de la joven *baronne*, y quizá no se tratara tanto de una sustitución como de una mera confusión (Amanda me había dicho que el título de marqués de Hauteclocque era uno de los tantos de que disponía su marido). Me arriesgué a preguntarle si realmente tenía la intención de enfrentar al duque con sus propias armas. Zoukov sacudió la cabeza, e hizo un gesto con la mano como restando pertinencia a la cuestión. No se trataba de eso, dijo. Para él, viejo aristócrata moscovita, el duque no era más que un racimo de hojas secas que había traído el viento. En tanto una vigorosa actividad de «relaciones externas» extraoficial tuviera lugar en la corte, bajo las narices de la emperatriz, los representantes de las potencias extranjeras se convencerían de que el duque no tenía todos los hilos en la mano, y el camino de la sucesión estaría expedito.

No necesito decirle que su cinismo me puso los pelos de punta. No quería tener nada que ver con eso, dije. No había oído nada.

Muy adecuado, en un músico, me respondió sonriendo.

Me sentí decaer precipitadamente: este hombre se reía de nosotros. No tendría el menor escrúpulo en ponernos en manos del duque, no bien dejáramos de serle útiles. Le dije que había sido citado en el Almirantazgo esta misma mañana, y temía un interrogatorio en forma.

Esto sí Zoukov lo pensó con seriedad. Pero no tardó en encontrar un recurso: me reemplazaría su asesor Venturi. El parecido de los nombres garantizaba la inocencia de una confusión. No necesitaba siquiera hacerse pasar por mí: le bastaría con presentarse, responder vagamente a cuanta

pregunta le hicieran, y si era necesario aclarar el equívoco, tras lo cual sería cuestión de que yo cambiara de alojamiento y evitara ser notificado de una nueva citación.

Dijo que me necesitaba aquí; era preciso cifrar la serie de arias claves; estábamos a dos días del estreno. Aunque me urgía ir a buscar al Micchino, no creí prudente marcharme en este momento, y nos pusimos a trabajar.

Sería la media tarde cuando logré imponer un cuarto intermedio. Volví a toda prisa al palacio y subí directamente a los aposentos del Micchino, a quien encontré durmiendo. El joven Alessandro había salido a patinar. Mandé a un criado a buscarlo, y cuando lo tuve presente le expliqué brevemente que habían sucedido cosas muy graves durante su ausencia, y ahora me urgía hablar con el Micchino. Fue a despertarlo.

Cuando apareció le resumí en pocas palabras todo lo que sabía. Dijo que ya había oído algo de boca de Amanda, y había cometido el error de no tomarlo en serio. El hecho de que hubiera ido con la misma lamentación a la zarina volvía creíble su historia; al menos ella debía de estar convencida. Me preguntó por el marqués de Hauteclocque, y se lo describí. Le pregunté si conocía al marido de la *baronne*. «Creo haberlo conocido», me dijo, «aunque no fuimos presentados formalmente.» Mi descripción coincidía con sus recuerdos, lo que lo dejó pensativo. Decidió que debíamos volver a interrogar a Amanda, y tratar de poner en claro el asunto. En este punto surgió un nuevo inconveniente: no estaba en sus cuartos. Mandamos llamar a su criada francesa, quien nos dijo que la señorita había salido, no sabía adónde. No estaba en el palacio, desde hacía unas horas. Era intrigante.

El Micchino pareció al fin completamente despierto, y dijo que era preciso buscarla de inmediato. Mandó a Pierre a sacar el coche. «¿Adónde puede haber ido?», le pregunté.

«Si tiene un mínimo de sentido común», dijo, «ha de estar en la embajada austríaca pidiendo un salvoconducto y un medio de transporte para salir de Rusia.»

Le manifesté mis dudas. Era un paso demasiado arriesgado para que lo diera una joven sola. Pero todo era posible, a esa altura de la partida.

«Por supuesto», agregó el Micchino, «no creo que ella tenga ese mínimo de sentido común, así que dudo de que esté allí. De todos modos, debemos probar.»

Volvimos a la ciudad, al palacio de la embajada del conde de Assura, con el que habíamos tenido un trato amistoso. En el trayecto lo interrogué sobre el resultado de sus conversaciones con el Mogano. El Micchino hizo un gesto de

desaliento: «La confusión en los objetivos de ese hombre, como en los de todos los demás, era absoluta. No entiendo», me dijo, «qué esperan sacar de este juego del espionaje. Dinero, probablemente. Pero hay algo más. La finalidad extrema de todo esto debe de estar en la ilusión de engañar a los reyes, de cualquier modo, incluso en vanos juegos de salón. En ese triunfo habrá algo secretamente gratificante que no puede compararse con nada». Se encogió de hombros.

En la embajada austríaca no había rastros de su hija. El Micchino insistió en ver al embajador en persona; tuvimos que esperarlo un rato. El conde le aseguró después de media hora de conversación a solas que la *baronne* no se había presentado. Por otro lado, ellos jamás darían salvoconductos a nadie. La relación con el duque por el momento era óptima. En nuestra pequeña compañía no había más que un súbdito austríaco, que era la *baronne* Amanda, y casada como estaba con un franco-húngaro, la responsabilidad del Imperio se aguaba absolutamente respecto de ella.

«¿Qué hacemos ahora?», le pregunté cuando estuvimos de vuelta en el coche.

Decidimos volver al palacio. Quizá había aparecido. Si no era así, iríamos al palacio del Té. Ya estaba oscureciendo. Pierre maniobró velozmente por las avenidas heladas, y al entrar por el parque del palacio vimos la muchedumbre de patinadores deslizándose por el lago a la luz de las antorchas. Ni siquiera bajamos; un criado subió a buscar a Alessandro, quien nos informó que la señorita no había dado señales de vida. Él mismo había organizado una discreta busca por el palacio y sus alrededores, sin resultado. Sospechaba que Amanda podía haberse hecho llevar al pabellón Chino en la última isla del Delta: le había oído decir muchas veces que era su refugio favorito. El Micchino suspiró. En esta época del año era casi imposible llegar al Delta, con el Neva completamente helado, pero nada era imposible para los más embarazosos caprichos de nuestra joven amiga.

Partimos de prisa. El palacio del Té se encuentra al otro lado de la ciudad, entre las colinas del curso inferior izquierdo del Neva. La noche había sucedido al día. Eso no tenía nada de extraño. Mas nos llamó la atención una enorme luna amarilla que apartaba a las nubes con gesto grandilocuente. La nieve empezó a brillar sonoramente, a crujir. Nuestro coche corría levantando ráfagas de polvo blanco, los dos caballos irradiados de un arco iris lunar. Muchas veces he notado la pericia extraña de Pierre para conducir en todas las ocasiones. Vuelve los trayectos un acto poético y misterioso, no sin un toque terrorífico.

Dejamos atrás la ciudad, cruzando el puente más largo del Neva, y nos adentramos en la zona helada y muerta de las colinas. Las verjas del palacio estaban abiertas, y al cabo de una legua de parque donde la luna reflejaba prodigios de nieve, vimos alzarse ante nuestra vista la enorme fachada de piedra y granito blancos. Toda un ala del *piano nobile* estaba iluminada, pero no se veían coches. La nieve del gran patio circular estaba intacta, como si nadie se hubiera acercado ni salido de allí en días.

Bajamos los dos, y el Micchino le pidió a Pierre que esperara frente a la puerta. Los caballos resistirían, porque no hacía demasiado frío. No pensábamos prolongar mucho la visita.

Un lacayo, impávido y de rojo nos abrió la puerta. Sí, el señor estaba, y nos recibiría de inmediato, si teníamos a bien seguirlo. ¿Nos habría estado esperando? En tal caso, pensé, quizá Amanda estuviera aquí.

Subimos, atravesamos los salones iluminados pero vacíos, hasta uno muy interno y casi secreto, al que se accedía por una pequeña escalera con una puerta abajo y una arriba. Era un estudio o comedor privado, muy pequeño, con espacio apenas para una mesa oval y cuatro o cinco sillones profundos, y, rasgo incongruente, una enorme psyché de pie junto al ventanal, cuyas cortinas estaban descorridas y daban al espléndido claro de luna. El espejo reflejaba la luna, precisamente, y era la única iluminación del ambiente.

El marqués se levantó lentamente a darnos la bienvenida. Sin preámbulos, el Micchino le preguntó dónde estaba Amanda. «¿Cómo iba a saberlo?», dijo el marqués abriendo las manos: «No sé siquiera quién es Amanda. No conozco a ninguna Amanda».

Nos invitó a sentarnos, pero el Micchino no lo hizo. Le habló con cierta violencia. «Hace unos meses», le dijo, «nos conocimos, en circunstancias que ahora vuelven inaceptable su palabra.»

«En efecto», dijo el marqués, siempre sonriendo, «mi palabra no tiene casi nada de creíble. ¿Qué se les ofrece? ¿Una taza de té?»

Él tenía en las manos una, y había un samovar de tamaño gigantesco sobre la mesa ovalada.

Sobrevino un diálogo abrupto, durante el cual el marqués se limitó a responder con ambigüedad a las preguntas del Micchino. En cierto momento, para ver si la conversación podía tomar un giro más civilizado, le pregunté yo mismo si era cierto que era el marido de la *baronne*.

El marqués soltó una risita: «Tendrá que preguntárselo a ella. Aunque es probable que se lo diga sin necesidad de interrogarla. Según mi amigo el

duque lo está divulgando entre todos los que puedan oír, incluidos los criados».

Se sirvió más té, lo tomó de un sorbo y agregó: «Pero creo poder asegurarles que a esta hora vuestra amiga está en el palacio de Invierno».

«¿Estuvo aquí?», le preguntó el Micchino.

«Yo no la vi», respondió el marqués.

El Micchino le dijo que nos marcharíamos por el momento, pero lo hacía responsable de la vida de Amanda.

«Bueno», murmuró el marqués mirando el espejo, «responsable, lo que se dice responsable...»

Seguí al Micchino, que se marchaba sin agregar una palabra. Cuando subíamos al coche, me dijo que si era necesario volvería esta misma noche, y sería mucho menos paciente. En el trayecto me relató un encuentro suyo anterior con el marqués, en Viena, donde se había hecho pasar por un lacayo. No me sorprendió. Lo había notado muy teatral.

En el palacio, Amanda todavía no había aparecido, y ya era muy tarde. El Micchino se encerró a cenar, y me ordenó que fuera a dormir. Prometió ir a la ópera al día siguiente, no bien pudiera. Ignoro qué sucedió esa noche, pero a la mañana siguiente fui a trabajar como siempre. Fue difícil concentrarme en la música. Hubo un ensayo, y el Micchino llegó al mediodía, con la noticia, que le había llevado Pierre no sé adónde, de que Amanda estaba sana y salva en el palacio. Al parecer, había pasado la noche en casa de unos campesinos. Aproveché para darle las partituras cifradas, con la tinta fresca todavía. Se las metió al bolsillo sin mirarlas, y me pidió que saliera un momento con él.

Me dijo que había tomado una determinación: un plan rápido para terminar de una vez por todas con este embrollo. Para eso necesitaría la ayuda del Mogano, a quien debíamos ir a ver de inmediato. Su idea se pondría en práctica la noche del estreno, y saldríamos de inmediato de San Petersburgo, antes de que terminara la función. Volví adentro y anuncié que me retiraría unas horas, durante las cuales me reemplazaría el Venturi. (Su representación en el Almirantazgo, según el relato que me hizo, había sido perfectamente ambigua. Me transmitía ciertas amenazas, pero sin especificar cuáles. Dado el estado de cosas, eso ya no podía preocuparme demasiado.)

En la puerta, el Micchino había reunido a dos partiquinos, a quienes hizo envolver en nuestros abrigo y mandó subir al coche que conducía Pierre. Nosotros nos quedamos media hora más en el edificio, y salimos por otra puerta. Me dijo que era una precaución que ahora le parecía necesaria, pues su

misterioso perseguidor no le había perdido pisada en todo el día y toda la noche anterior.

Fuimos caminando, en la tarde avanzada. La embajada inglesa no estaba lejos. Cruzamos lentamente el puente Mayor, asegurándonos esta vez de que nadie nos siguiera.

No quiso adelantarme detalle alguno de su plan. Ya me enteraría cuando hablásemos con el Mogano. Por ahora, debía aceptar su palabra: era el remedio ideal para los problemas de Amanda. Pero ¿por qué Amanda?, quise saber yo. ¿Por qué había que remediar su problema?

Me dirigió una rápida mirada triste, y asintió con incoherencia.

Lo único que yo necesitaba saber era que nuestra fuga sería simultánea al estreno, y este tendría lugar, por supuesto, tal como estaba planeado... salvo un pequeño cambio. Quedé pensativo. El aire fantástico del crepúsculo peterburgués, ya pura noche clara, hacía sonar irreales sus palabras, tanto como mis pensamientos.

«Hay un problema», le dije, «Zoukov tiene una mano muy larga. Si lo engañamos de algún modo...»

«Lo engañaremos, en efecto», me dijo.

«En ese caso, su venganza puede hacerse sentir muy lejos.»

Me dijo entonces que no debía temer nada. Una vez que saliéramos de aquí, yo podría cambiar de nombre, de personalidad, de historia. De todos modos, «Lionello Venutti» era un apodo, y mi producción musical hasta ahora no había sido más que refritos sin verdadera importancia artística. (Me resentí ligeramente de que hablara con tanta franqueza, pero no pude ofuscarme.) Era mi oportunidad de iniciar una nueva vida, un nuevo estilo, esta vez de veras artístico. Ese sería mi mejor ocultamiento. Zoukov nunca podría encontrarme. El Micchino se comprometía a pagarme espléndidamente de modo que no tuviera inconvenientes prácticos.

No quiero escribir más por el momento. Hoy tenemos un correo, que llevará estas últimas cartas. En la próxima, que seguramente le escribiré ya fuera de Rusia, le pintaré por entero nuestro plan. Si ha salido mal, creo que no recibirá carta alguna, ni volverá a vernos. Pero no quiero preocuparlo. Me despido aquí mismo, trémulo. Su

LIONL. VNNT.

Padre queridísimo:

Esta vez es tu hija rediviva la que te escribe, una brevísima esquelita antes de salir para el teatro. En más de un sentido he vuelto a la vida: giro en una aureola de gloria menor. Por ejemplo, creí que nunca volvería a escribirte, y ahora lo hago. Estas palabras que voy trazando muy de prisa me parecen un fenómeno mágico. Es como si las escribiera otra. No sobrellevo más mi propio peso; de ahí la sensación de superchería que me produce todo lo mío. Sucede que el Micchino se ha hecho cargo de mí, y con gusto he dejado todo el problema en sus manos. Sé que lo resolverá a la perfección. Es más: sé que en cierto modo ya lo ha resuelto. Esta misma noche nos iremos. La función en la ópera que espero, el estreno de la *Dánae*, será el umbral de un escape que, según me ha dicho Piero, será definitivo. Creo absolutamente en él, y no quiero preguntarme nada.

No es solo el alivio de las circunstancias lo que me transforma, sino algo mucho más profundo: hemos hablado, y sé que ahora me cree. Tuve que repetir todo lo que repetí tantas veces. Ahora me cree. Miro atrás, y me veo bajo la forma de un loro, repitiendo eternamente, como una condenada en el infierno, el mismo repertorio. Entre el pasado y el momento actual se ha producido un corte inesperado. Y me resulta sumamente raro hablar y no oír esa resonancia de mis palabras, en lo hueco. Ahora las siento hundirse en el algodón mudo de la atención. Creo poder datar el instante en que el Micchino creyó absolutamente en mí. (Y debo decirte que nunca he mentado.) Fue cuando, explayándome sobre las cualidades de demente del monstruo de mi marido, le conté lo siguiente: Denys, entre sus manías, tiene la de inventarse cojeras nuevas y distintas por temporadas, sin que jamás haya tenido ningún defecto en ninguno de los pies ni piernas. Pues bien, cuando aquí se empezó a hablar del famoso marqués de Hauteclouque y sus actividades criptoelegantes, alguien me comentó que había oído que este personaje tenía un pie metálico, en cuyo hueco ocultaba documentos o quién sabe qué objetos secretos. Las fábulas no necesitan ser verosímiles para correr. En ese momento no presté mucha atención (ni le he dedicado mucha después), pero quizá sin quererlo participé del horror de esa coincidencia, y eso me preparó mal para el descubrimiento de que el maldito me había seguido.

Ese detalle lo convenció definitivamente: no de que yo le estuviera diciendo la verdad, pues ya lo había visto él con sus propios ojos, sino de algo más abarcador: de que mis palabras eran oro puro, un oro cuya valuación había cambiado drásticamente de un instante al otro. Pues no siempre el oro es valioso. En París oí hablar de tribus salvajes donde se lo desprecia.

Pero el Micchino a su vez ha sido oro que me ha transformado por su contacto, por el toque de su atención benévola: tanto que ahora creo comprenderlo a él, y por primera vez en mi vida. Siempre me había detenido en el umbral de la comprensión de Piero, siempre había visto en él un misterio que escapaba al trabajo del pensamiento. Pues bien, ahora veo que su misterio no se explica: se asume. Así de simple. Y deben asumirlo los demás, yo misma. A partir de hoy, seré «la mujer misteriosa». Queda atrás la inmensa cháchara con que traté vanamente de explicarme; todas mis palabras quedan atrás. Porque el misterio consiste precisamente en pasar a la acción. ¿Y qué otra cosa es el Micchino sino la acción plena y máxima del arte de la música en el mundo? ¿Con qué palabras detener su preciosa concentración de realidad? Es por eso quizá que parece tan irreal, ese fantasma alto e impredecible, dos veces más largo que cualquier ser humano común. Simplemente, se extiende mucho en la realidad de los acontecimientos, y su interlocutor percibe siempre que los discursos serán inútiles ante su persona, nunca lograrán rodearlo, como esas filacterias que rodean a las Vírgenes en las ascensiones. ¡Sí, es la acción misma la que nos devuelve al mundo, y me hace callar!

Así sea la acción teatral. De eso se trata, en realidad. ¿Acaso todas esas repeticiones en las que pasé tanto tiempo era otra cosa que las «vueltas sobre vueltas» con que la escena se hace notoria a través del tiempo? ¿Hasta que alguien cae en la cuenta de que la realidad de la ficción se escapa del mundo y se estrella contra los astros del cielo nocturno? Mi vida entera ha sido un teatro, y fui su heroína sonámbula, creyendo que el espectáculo estaba en otra parte. Ahora de pronto paso al centro de la escena, las candilejas me iluminan con una luz que, paradójicamente, me hace invisible. Ya no le temo al duque ni a la zarina ni a todos sus boyardos. La zarina no ha hecho más que crear su propio teatro. ¿Qué otro objeto tendrían si no sus decretos imponiendo el lujo en los uniformes de las fuerzas armadas? Qué estúpida perversa. Los más humildes recuperamos la realidad cuando los grandes se ponen en evidencia. Dentro de un rato estaré en el teatro; pero lo teatral ha subido sobre el mundo como una marea. Ni siquiera le temo a mi marido. Denys pretendió hacer una gran representación que me incluyera. Ha fracasado a último momento. Mi

teatro es sutilmente mayor, porque ya no hablaré más; no hablaré de él. Denys no ha sido sino un tema de conversación de una joven histérica que no hacía otra cosa que hablar, que no lograba pasar a la acción. No lo veré más, no volverá a molestarme.

Sí, mi queridísimo papá, ahora cambiaré de estilo: Quizá incluso me vuelva más grandilocuente, pero no te alarmes. Sucede que se necesita un aparato casi extravagante para que la platea comprenda qué es lo que pasa. No basta con una nube: es preciso el dibujo multiplicado de una nube, el dibujo tridimensional, móvil, recortado, movido como un títere, una nube-marioneta que haga muecas y se agite gritando, para que el hombre del palco caiga en la cuenta de que va a llover, de que se va a mojar; y la lluvia, en ese caso, no significa más que un detalle corriente y natural. ¿Acaso no llueve en el mundo?

Dentro de media hora estaré en el teatro. Ya creo oír por el corredor la voz de mis amiguitas, a todas las cuales he invitado a venir conmigo, siguiendo las instrucciones del Micchino. De ese modo no llamará la atención que Pierre saque el coche grande de viaje. Mis baúles están hechos, lo mismo que los de Piero y el Lionello. No bien nuestro cochero me haya dejado en el teatro, volverá a cargarlos, y a recoger a Hélène y a sor Hildeeve con su niño, a quien le hará mejor que a nadie un cambio de clima. Nos esperará en el patio de la ópera y partiremos en medio de la noche, incógnitos. Eso es todo lo que haremos. Creo que son unas pocas leguas, de aquí hasta Copenhague. No veo el momento de haberme marchado. Estos instantes son como un sueño en un tiempo invertido. Los estoy recordando por anticipado, desde un futuro que ya vislumbro con dulce añoranza. No te mentí cuando dije que había renacido. Dejo caer un instante la pluma para soltar una carcajada. Doblaré esta carta y la meteré en un bolsillo de mi capa.

Siento, como cuando era niña, la excitación incomparable del momento de salir para el teatro. Toda mi vida he estado saliendo para el teatro, pero es lo mismo. Estoy maquillada, con mi mejor peluca y todas mis joyas. Mi vestido increíble susurra mientras escribo, como si quisiera dictarme una redacción especialmente delicada... ¿Acaso en toda la vida una no dominará esta deliciosa expectativa?

Sí, son mis amigas, ya están aquí. Debo despedirme. Adiós, adiós, vuelo hacia ti, padre queridísimo. Tuya, con miles de besos tu

AMANDA

Querido maestro y amigo:

Felizmente, todo ha terminado. Esta carta partirá hacia Trieste dentro de pocas horas, llevada por los puntuales correos daneses iré a Copenhague a despacharla, en la excursión que hago todos los días a la ciudad acompañado del joven Alessandro; llevamos una semana aquí, instalados en una villa de las afueras, y si no le escribí antes fue para poner orden en mis ideas, para terminar de reconstruir lo mucho que ha sucedido, encontrar un hilo en la confusión, y comunicárselo con la mayor claridad. Dudo de que mis cartas anteriores hayan llegado a destino, pero en el fondo eso no tiene importancia: si se ha perdido alguno de los capítulos de nuestro peregrinar, le bastará con enterarse del final e imaginarse lo anterior. Aunque no puedo dejar de pensar que las cartas están en su poder: siempre hay que confiar en la supervivencia de un papel escrito, en su arribo infalible al destinatario. Aun así, trataré de ser amplio y explícito. Ya no caben los sobreentendidos.

Ante todo, le diré que el adverbio con el que inicio esta misiva debe matizarse necesariamente, pues he de anunciarle la pérdida, para el canto lírico, de una de sus grandes figuras. La muerte por la violencia ha venido a interrumpir la carrera de una voz legendaria, y no podemos sino lamentarlo. Me cuento entre los privilegiados que la oyeron hasta el final, que gozaron de su cristal hasta el preciso momento en que la sangre lo empañó definitivamente. Pero eso se lo contaré más adelante.

Pues bien, estamos aquí, en el ilimitado Elsinore, después de una jornada de cuatro días en coche, instalados gracias al cuidado minucioso y discreto de un amigo de usted, el caballero Om Berditt Vigoaren, que se enteró de nuestro advenimiento por un cadena de circunstancias casuales con las que no pretendo aburrirlo, y salió a nuestro encuentro para rogarnos que aceptásemos su hospitalidad. Lo hicimos, claro está, con gusto. Teníamos demasiado de qué reponernos como para ver con buenos ojos la caótica instalación en una posada, aunque las de esta ciudad son buenas. Para mayor comodidad nuestra, el caballero nos ha facilitado su villa cercana a Copenhague, un lindo palacete en una colina, un tanto desinstalada debido a la ausencia de dos años del país de su dueño, que viajaba por el sur y acaba de volver. Esos inconvenientes se reducen gracias a la sobreabundancia de excelente servidumbre.

Del viaje no le diré mucho, en parte porque transcurrió en una suerte de ensoñación constante. Poco a poco sentimos cómo salíamos del terrible invierno ruso, todo en blanco y negro, para pasar a uno más irisado, aunque no menos frío. Todo empezó a parecernos gradualmente menos artificial, y comprendíamos con asombro en qué atmósfera extraña habíamos estado viviendo. La naturalidad a su vez se volvía una nueva extrañeza, y no despegábamos los ojos del paisaje en las ventanillas del coche, como niños.

El invierno danés es, en efecto, muy diferente del ruso. Hemos visto árboles florecidos, incongruentes en medio de la nieve. En una ocasión, cerca del mar, vimos el azul del cielo, del que nos habíamos olvidado. Y aquí celebramos con una demorada curiosidad fenómenos como el de la lluvia o el viento, que se nos antojan fantasmagorías. De todos modos, no contamos con quedarnos más que unas pocas semanas. Nuestra compañía se dividirá en este punto, pues yo sigo mi propio camino.

Paso al relato de nuestras últimas horas en Petersburgo. Le anticipo que lo sorprenderá.

La idea que había concebido el Micchino, ahora puedo decírselo, era hacerse reemplazar durante el estreno, y nada menos que por el Mogano (¿quién si no?) cuya presencia casual en la ciudad era una benevolencia del azar que convenía aprovechar. En las horas de su ausencia disimulada... terminaría con Hauteclouque. ¿Le parece brutal? No necesito decirle que todo lo que hice por disuadirlo fue inútil. Su idea era firme, y tan amplia la gama de justificaciones, que se confundían con el universo mismo. Yo mismo terminé por encontrarlo natural y posible.

Claro está, para que el Mogano entrara en la conjura, fue necesario intercalar un par de mentiras. Ignoro qué argumentos, exactamente, usó el Micchino para convencerlo, ya que se explayó en privado. Es muy probable que haya coincidido en su persuasión la teoría que parecía tener el Mogano sobre las sustituciones. Por si usted no lo sabe, le diré que desde hacía años él se hacía representar por cantantes a sueldo, y no pisaba un escenario. Si bien esto lo ponía a tono con la idea, le daba cierto riesgo suplementario pues ignorábamos si su voz estaba en condiciones, no digamos ya de reemplazar a la del Micchino en una ópera, aun cuando fuera ante el público más beocio (el de Rusia), sino tan siquiera de hacer un papel medianamente convincente cantando. He visto casos de castrati cuya voz se disuelve absolutamente en cierto momento de su madurez. Pero cuando le transmití estas dudas al Micchino, se limitó a encogerse de hombros y hacerlas a un lado.

La mañana misma del estreno le llevamos toda la partitura, a la que echó un vistazo sumario. Me he acostumbrado ya al poco interés que muestran estas grandes figuras de la escena por la música escrita, y a su gran memoria. Pero me creí en la necesidad de insistir, siquiera con timidez, en que aprendiera sus partes. Con gusto le habría tomado una prueba, pero por supuesto no tuve el coraje de sugerirlo. Afortunadamente, no hubo que hacer enmiendas en el vestuario que había preparado sor Hildeeve, pues sus cuerpos son idénticos. Acordamos cómo entraría al teatro por la noche (yo lo conduciría directamente desde una de las puertas laterales a su camerino, donde se encerraría), y el Micchino se marchó a preparar la otra faz de la acción. Respecto de si Hauteclouque asistiría o no al estreno, éramos de opiniones opuestas. El Micchino mandó a Pierre, en compañía de un pope amigo suyo, a averiguar entre la servidumbre del marqués.

No iría. Se quedaba en casa. Bien pensado, debí reconocer que era lo lógico. Dada su posición habría despertado sospechas inconvenientes si se presentaba en la ópera, donde ya se sabía que tendría lugar un discreto intercambio político. Su propio juego consistía en esperar; en inventar su juego y abstenerse de intervenir en los ajenos. Además, no se lo había invitado oficialmente. Solo entonces me enteré de que el acceso al estreno había sido cuidadosamente regulado por el duque.

De modo que poco antes de la hora en que comenzaba la función, ya de noche cerrada, el Micchino y Alessandro partieron en un cochecito que manejaba el primero, por caminos apartados y embozados. Yo quedé a cargo de allanar los detalles de la sustitución en el teatro, donde había pasado todo el día. En el podio me sustituiría el Venturi. Esto dio lugar a ciertos intercambios con el príncipe Zoukov, quien no veía razones para el trueque a último momento. Pero Venturi había sido mi asistente (y su espía) durante los ensayos, por lo que estaba perfectamente al tanto de toda la partitura. Y yo supuestamente debía ocuparme del traspunte y la atención personal del Micchino, que no aceptaba a otra persona.

Así quedaron las cosas hasta que se abrió la sala y empezó a llenarse. Zoukov se había pegado a mí de modo inconveniente, quizá sospechando algo. Logré zafarme gracias a que debió ir a la puerta de entrada a recibir a la soberana y los dignatarios. Me escabullí a la puerta lateral y por allí, al mismo tiempo que entraba la zarina por la escalinata del frente, entró el Mogano, cubierto con una capa negra, y lo conduje directamente a su camerino, donde dos de sus asistentes comenzaron a vestirlo y pintarlo de inmediato. Esto era un alivio. Por supuesto, si él no hubiera venido todo nuestro plan caía. Cerré

la puerta del camerino y me quedé haciendo la guardia. Hubo un ir y venir constante por los pasillos. Ya empezaba la introducción; mandé comunicarle al Venturi que repitiera *da cappo* toda la obertura, pues de otro modo la estrella no haría tiempo para su primera entrada, al promediar el primer acto. Zoukov se presentó, excitado. Le dije que el Micchino se estaba vistiendo, y no quería que lo molestaran. Él debía transmitirle detalles del besamanos, dijo, y aunque me ofrecí como intermediario insistió en comunicárselos personalmente. Lo invité a acercarnos al escenario, para ver cómo se desarrollaba la acción. Creí conveniente apartarlo, aunque así dejara expedita la puerta del camerino. Me ayudaba el hecho de que el Micchino se hubiera mostrado poco en la ópera, y apenas hubiera conversado unos minutos con el príncipe. No sé si este advirtió mi nerviosidad, o sospechaba algo por otros canales, pero no se apartó un instante de mi persona. Cuando nos asomamos entre bambalinas a lo que sucedía en el escenario, tuve un sobresalto: la acción había avanzado más rápido de lo que esperaba. En efecto, el Venturi conducía a toda velocidad. Mandé a decirle que disminuyera el ritmo, pero de cualquier modo, faltaban escasos segundos para la entrada de Dánae. Me aparté corriendo de Zoukov y corrí al camerino. Me asomé y le dije al Mogano que ya debía salir a escena. Zoukov me había seguido. «¡Ya sale!», grité sobresaltado al sentirlo asomarse sobre mi hombro. Nos quedamos esperando en el pasillo. Oí como en sueños el último dúo antes de la pequeña introducción que anunciaba a Dánae. Al ritmo que llevaba mi reemplazo en el podio, todo eso se escurriría en un abrir y cerrar de ojos. Lo cual podía favorecernos al fin de cuentas: no bien saliera el Mogano del camerino, habría que precipitarlo a escena y el príncipe no tendría tiempo de notar la sustitución. Mientras lo pensaba, se abrió la puerta y lo vi salir.

Mis temores habían sido infundados. Estaba frente a una inmensa mujer bellísima, de casi dos metros y medio de alto, con el rostro perfectamente blanco de pintura y el gesto perfectamente calmo de quien se halla a mil millas de distancia. Sin mirarnos siquiera pasó rumbo al escenario, al que entró sin detenerse, y en el momento preciso. Yo mismo quedé estupefacto. No sabía si realmente conocía toda la partitura de memoria, o si le daba lo mismo.

Eché una mirada de soslayo al príncipe, y lo vi abrumado de asombro. Pese a toda su desenvoltura, ahora se hacía obvio que era la primera vez que veía de cerca a una gran figura del canto. Me siguió como un autómatas hasta el borde externo del escenario, desde donde presenciábamos la acción. La Dánae dominaba la escena, el teatro entero, con su presencia sobrehumana. No había

modo de reconocer en su rostro rasgo alguno, ni del Micchino ni del Mogano. Era una máscara abstracta. La sustitución había sido perfecta, y no solo para quienes nunca habían visto al Micchino en escena, sino incluso para mí. El Mogano hizo caso omiso de las aceleraciones insensatas del Venturi. Cruzó la escena en diagonal, con pasos lentísimos, ignoró la seña que le hizo el director con la batuta y dejó morir las primeras notas del acompañamiento de su aria. La sala había quedado en un silencio completo, todas las miradas fijadas en la Dánae del enorme vestido azul. Se miró las uñas, alzó la cabeza, le hizo un gesto a uno de los partiquinos para que se hiciera a un lado, e inició abruptamente el aria, dejando que la orquesta se las arreglara para ponerse al unísono. No pude menos que sonreír; eran los típicos modales heroicos que solo se permitían los astros. Antes de empezar a cantar, el público quedaba sobre aviso de que estaba frente a un semidiós.

Después vino la sorpresa de su voz. Era perfecta, sorprendentemente juvenil, límpida, y de una potencia inesperada. Todo lo oído hasta entonces en el teatro caía ajado y muerto. Ahí estaba, lo auténtico e insustituible, la gran voz que podía destrozarse copas y vidrieras, increíblemente sensual, rica hasta lo más profundo de sus inflexiones submarinas y pura hasta el éter enrarecido de las alturas, donde ninguna emanación había llegado nunca. Me arrebató, como a todo el público. Su técnica estaba más allá de la técnica; la sorpresa que provocaba estaba más allá de la sorpresa. Creo que podría haber muerto de emoción estética, de no haber oído meses antes, en Viena, al Micchino. Ahora comprendía la indiferencia de este ante mis temores. Cuando se llega a este punto, en efecto, no hay decadencia posible.

A todo esto, el Micchino y Alessandro se introducían en el palacio del Té. (Esta escena la reconstruyo más bien libremente, de acuerdo a informes fragmentarios y muy casuales. Pero creo no apartarme demasiado de la verdad.)

Habían dejado el coche en un rincón del parque y se habían acercado a pie al palacio, por uno de los lados, ocultos en los abundantes montículos de nieve. Pocas ventanas estaban iluminadas, y escogieron para entrar un área a oscuras. Quiso la suerte que fuera la sala de música. Forzaron una ventana, lo que no fue difícil dado el vigor de tenazas de los dedos del Micchino, y se colaron sin ruido. Iniciaron un largo recorrido, subiendo y bajando escaleras, atravesando salones oscuros y largos corredores, sin hacer el menor ruido y sin encontrar a nadie. Se dirigían al ala opuesta del edificio, donde habíamos estado en nuestra visita anterior. Igual que esa noche, había luna, que les mostraba tenuemente el camino. Cruzando el eje del palacio, es decir la

enorme recepción, entraron al sector iluminado y calefaccionado, donde debieron redoblar las precauciones. Se oían voces alejadas, abajo, pero estos salones estaban tan vacíos de gente como cargados de mobiliario. Esto último fue providencial pues en cierto momento oyeron pasos y tuvieron apenas tiempo suficiente para deslizarse atrás de un biombo. Vieron a un lacayo que avanzaba con una jarra de agua en una bandeja. Aunque el interior estaba caldeado, el hombre llevaba un pesado capote. Pasó sin verlos. Se quedaron ocultos unos minutos, y lo vieron volver. El Micchino dedujo que había subido al estudio: Hauteclouck debía de pasar los días enteros ahí. Esperaron a que el lacayo se perdiera de vista y sonara un picaporte remoto, para seguir adelante. El Micchino señaló una puerta de una sola hoja que parecía de un armario; la abrió con un movimiento no por decidido menos ausente, como todos los suyos, sin hacer ningún ruido. La escalera estrecha estaba oscura, y no se filtraba luz por los bordes de la puerta del estudio, lo que debía de indicar que el dueño de casa estaba en otra parte. Pero el Micchino tenía tanta seguridad de hallarlo como si hubieran concertado una cita. Lo dejó a Alessandro vigilando abajo y subió de un par de saltos. Apenas tocó la puerta entró como una sombra y cerró.

Lo primero que sintió fue un frío glacial. Las puertas-ventanas estaban abiertas. La psyché estaba en su lugar, reflejando la luz de la luna sobre la figura arrebujada en un sillón. Esta figura volvió la cabeza vivamente hacia el intruso. El Micchino, al apreciar la escena en su conjunto, notó que una línea oscura cruzaba de arriba abajo el óvalo del espejo. El marqués se incorporó a medias, pero volvió a sentarse, todo en un único gesto espasmódico como si estuviera conteniendo el aliento. Tenía una taza de té humeante en las manos y estaba envuelto en una capa de piel que, no sin sorpresa, el Micchino reconoció como suya. Fue lo primero que dijo: «Esa capa es mía».

«¿Ha venido a reclamarla?», le respondió el barón con una risa nerviosa.

«No, no, para nada...» El Micchino se adelantó. Tomó una de las sillas, la colocó frente a su interlocutor, del que no apartaba la mirada, y se sentó. Le preguntó si no tenía frío.

«Oh, le llama la atención», dijo Denys con una voz que el Micchino nunca le había oído antes, chillona, amanerada, la voz de una vieja: «Estoy fraguando mi última invención», dijo señalando el espejo. Al ver que el Micchino miraba frunciendo el ceño, cambió el tema de conversación: «Pero ¿qué ha venido a hacer en mi humilde morada, si no es indiscreción? Además, no creo haberlo oído anunciar».

«Fue una entrada un tanto sigilosa, barón... O secreta, si usted prefiere. Vine a poner fin a sus maniobras con esa inocente.»

La risa cascada del barón resonó en el frío.

«¿Inocente? Esa pequeña embrollona tiene toda la experiencia del mal. Es invencible: no creo que necesite paladines. Hasta he pensado en divorciarme de verdad...»

Soltó una risotada. El Micchino, que hacía meses que no sonreía, no lo hizo ahora. El barón movió las manos, y la tacita, ya vacía, brilló con los rayos lunares que reflejaba la psyché. «No, no mi joven amigo», dijo, «no creo que nuestro enredo pueda tener un final preciso. Ni siquiera toda la nieve de Rusia bastaría para cubrir la lengua de esa niña malhadada.»

«¿Cuáles son sus relaciones con el duque?», lo interrumpió el Micchino.

El barón lo miró sorprendido:

«¿Qué puede tener que ver eso? No creí que le interesara. Un matrimonio fallido es toda la política que uno puede necesitar... Pero eso», agregó con sorna, «tampoco ha de interesarle. ¿Sabe que una vez amé a un castrato? Un lindo napolitano de pelo rizado y voz celestial. Creo que eso completa mi retrato».

Volvió a reírse. Se levantó y fue hacia la mesa, con una cojera muy pronunciada. Se sirvió té, lo bebió de un sorbo, se sirvió otra taza y fue dificultosamente hacia la psyché. Cuando ya estiraba la mano para tomar el objeto alargado que colgaba sobre la luna, el Micchino se le adelantó con un movimiento fluido. El barón retiró la mano de inmediato y soltó una risa, ahora mucho más nerviosa. «Oh», dijo, «es un pequeño juguete.»

El Micchino examinó el objeto. Era una espada, una larguísima espada de hielo de dos filos. Era toda de hielo transparente, y su espina la constituía una hilera de cucharitas de té de plata. La empuñadura, también de hielo, tenía dentro una cuchara colador a resorte, y el protector una tacita con platillo, todo recubierto de grueso hielo. Esto explicaba por qué las puertasventanas estaban abiertas, y por qué había traído una jarra de agua el criado. El barón debía de haber estado moldeando y fraguando esta curiosa espada desde hacía horas: el perfecto pasatiempo imbécil de un loco. Siguiendo un impulso repentino, la tomó por la empuñadura y la descolgó. Era muy sólida y pesada. El hielo, cuando se ha hecho muy poco a poco y a una temperatura extremadamente baja, puede llegar a pesar más que el hierro. La levantó contra el cielo y contó las cucharitas, que brillaban oscuramente en el corazón del acero helado. Los filos demoraban la luz nocturna.

El barón lo miraba, repentinamente hechizado y espantado. Esa espada descomunal era del tamaño exacto para el Micchino, que la sostenía con la liviana seguridad con que él retenía en su mano trémula la tacita de té. Y quizá vio algo más: esa determinación ausente, indiferente, en los ojos del Micchino, que se volvió hacia él diciéndole:

«¿Qué le hizo pensar que nuestra comedia no podía tener un desenlace?».

Y antes de que el barón atinase a responder, con un solo movimiento limpio y veloz, alzó la espada, la echó atrás en toda la extensión de sus brazos larguísimos, y descargó un formidable golpe horizontal sobre el cuello de su interlocutor. La cabeza del desdichado barón Denys saltó por la ventana antes de que el cuerpo se desplomara. El ruido de la tacita de porcelana al romperse en el suelo fue sordo, un tintineo alfombrado.

El Micchino miró a su alrededor. La empuñadura de la espada le helaba la mano. Pensó en soltarla, pero tuvo una idea mejor. El té humeaba en el samovar sobre la mesa. Con la punta de la espada le quitó la tapa y metió la hoja en el líquido hirviente. La sintió derretirse precipitadamente. La fue hundiendo a medida que se deshacía. Oía caer dentro del recipiente, una a una, las cucharitas de plata. Dejó caer la empuñadura también, y se quedó un instante inmóvil. El arma homicida ya no existía. Se marchó.

Mientras tanto en el teatro promediaba el segundo acto. No había habido inconvenientes. El Mogano, siguiendo una tradición hoy día caduca, permanecía en escena aun cuando no fuera su momento de actuar. Manifestaba el más completo desprecio por las convenciones escénicas. En un verdadero festival de virtuosismo, parodiaba las arias de los demás cantantes, se paseaba lentamente abanicándose, por delante de los actores, hacía callar a la orquesta cuando se le antojaba, con un gesto que el Venturi no se atrevía a desobedecer, y cantaba prodigiosamente, por momentos logrando agudos tan indescriptibles que en la sala se alzaba un susurro espantado. En el intervalo se encerró en su camarín, después de oír con suprema distracción el programa del besamanos que le comunicó el príncipe Zoukov, quien se mostraba amedrentado y tímido ante él.

Ya era hora de marcharme. Si me había preocupado en algún momento la suerte del Mogano al finalizar la representación, ese temor se había disipado. Saldría limpiamente a flote, sin necesidad de hablar, y volvería a su alojamiento como había venido. Me demoré unos minutos más, por mera curiosidad profesional y estética: quería oírlo en la gran aria de las Musas, en la que me había esmerado especialmente. Inmediatamente después, me

escabulliría, cosa que me sería sumamente fácil porque todo el teatro estaba pendiente de esta fantasmagórica aparición.

En el momento en que entraban las musas al escenario, por el lateral opuesto a donde me hallaba yo, hubo una conmoción entre bambalinas: todo el mundo corría hacia el otro lado. Pude ver que había un cuerpo tirado en medio de un charco de sangre, y unos gritos se filtraron entre la música. Pero esta seguía (el Venturi es la clase de director más difícil de detener) y las musas comenzaban su serie de pequeñas arias introductorias a la gran aria de Dánae. Me pregunté si debía ir a ver qué sucedía. No fue necesario, pues un peón vino a decirme que una de las musas había sido apuñalada. El príncipe Zoukov había ido a los palcos, y nadie se atrevía a interrumpir la representación. Di órdenes enérgicas de no hacerlo, y de no tocar el cadáver. Concentré mi atención en lo que sucedía en escena.

Efectivamente, una de las musas no correspondía al elenco. A pesar de la pintura facial no tuve dificultades en reconocerla: era Donato y súbitamente comprendí que el niño debía de habernos seguido desde Viena, y había sido la sombra misteriosa que perseguía al Micchino, quizá en busca de una oportunidad de matarlo. Y al fin se había decidido por esta pública y sublime oportunidad. Quedé paralizado. El Mogano escuchaba a las Musas abanicándose con gesto de hastío. Cuando le tocó el turno a la que representaba Donato, inició el canto con voz ligeramente trémula al comienzo, pero más y más firme. Apartándose de las indicaciones del *metteur en scène*, salió del grupo y se aproximó a Dánae con pasos lentos, sin dejar de cantar. Creo que nunca he oído una voz más bella. Era la voz de la vida y la muerte, el susurro del salto al vacío, el silencio de lo definitivo. En su textura ardían todas las naves del mundo. El Mogano abrió sus ojos inmensos y lo miró. ¿Quién era este castrato apasionado que cantaba con tanta desesperada belleza? Echó la cabeza atrás, como si se bañara en la voz. En ese momento, vi con horror que Donato extraía de su gran vestido de aparato un estoque de metro y medio de largo. Ya estaba muy cerca del Mogano. Un instante antes de que descargara el golpe, le vi los ojos, y sé que comprendió que no se trataba del Micchino. Las pupilas dementes se velaban de confusión... No había dudado ni remotamente de que se trataba de su antiguo amigo... En cambio a este desconocido no tenía motivos para matarlo... pero por supuesto la inercia del melodrama triunfó. Le atravesó el corazón de un solo toque largo y fino, asestado con esa tremenda potencia muscular que tienen los castrati.

La orquesta se silenció inmediatamente. Todo se congeló un largo instante. El público miraba con la boca abierta. Si el teatro es la vida llevada a un grado más alto de nitidez y rotundidad, aquí estaban ante el teatro más completo que nunca se hubiera ofrecido a público alguno. El equívoco mismo, del que quizá yo era el único plenamente consciente, le daba a la escena un espesor de misterio que hacía esperar el desenlace... Pero no habría desenlace. El príncipe Zoukov tendría que llamar en su auxilio todos sus modales de gran señor para explicar de algún modo convincente la presencia de dos muertos, uno en medio del escenario y otro entre bambalinas. Supuse que él también habría quedado congelado, quizá en el mismísimo palco de la zarina. Era mi oportunidad perfecta para desaparecer. Tardarían un buen rato en descubrir que el muerto no era el Micchino. Salí caminando sin prisa. La salida más próxima estaba al extremo del corredor, debajo mismo del escenario. Debía bajar por una escalerita de hierro. En el momento en que desaparecía mi cabeza del nivel del suelo oí los pasos a la carrera del príncipe, y los gritos de «Telón, telón». En fin, eso ya no me concernía. Durante un buen rato ni siquiera pensarían en mí. Recorrí el pasillo, con la piel erizada, abrí la puerta, y el frío del exterior me reavivó.

Todos los demás me esperaban ya en el coche. Amanda había salido del teatro en el entreacto, de modo que no sabía nada de este último acontecimiento, que me había dejado mudo y del que preferí no hablar por ahora. El coche grande y cómodo se cerró sobre mí, y de inmediato nos pusimos en marcha. Sor Hildeeve tenía a su niño en brazos; la criatura sollozaba por momentos, y dormitaba otros. Amanda no habló, pero la noté más nerviosa que por la mañana. De pronto advertíamos que era muy posible que el Micchino hubiera tenido inconvenientes, que no lo encontráramos en el punto preestablecido. En ese caso, no sabíamos absolutamente qué hacer. Todo había sido planeado pensando en un éxito sin fallas. Decidí, sin decir nada, que si no estaba esperándonos iríamos al palacio del Té. Eso en cierto modo podía significar meternos en la boca del lobo, pero al menos serviría para clarificar la situación. Amanda pondría objeciones, pero yo haría valer mi autoridad, o mejor, le diría que seguía instrucciones del Micchino.

Atravesábamos la ciudad de Pedro y pensé: por última vez. La luna lo iba mostrando todo, palacio tras palacio, con su candor inexorable y lento en sombras, y todo se revelaba imposible. Yo no volvería nunca, ni me faltarían motivos para estar ausente... pero la ciudad no seguiría existiendo sin mí. Comprendí que Petersburgo era el calco de un sueño, y no podía subsistir sin

un soñador; yo me transformaba en ese soñador al irme. Ya empezaba a contarme a mí mismo la historia.

Cruzamos el puente grande, con estruendo de piedra. Abajo estaba el Neva, helado y quieto, un solo bloque de hielo sobre el que se podía patinar más de una vez. Y desde el centro elevado del puente tuvimos una fugaz visión de la ciudad, un lujoso remolino blanco oscuro incrustado en el cielo negro.

Unos minutos después salíamos al camino del oeste, mullido por las últimas nevadas.

Vi que la luna se alzaba hacia un banco de nubes: dentro de unos minutos se haría la oscuridad más completa. Confiaba en la memoria de Pierre para dar con el cruce donde nos debían esperar. Por mi parte, no saqué los ojos del camino hasta ver, a lo lejos, el bulto de un coche pequeño, y junto a él, cuando nos aproximamos, dos sombras altas, inconfundibles. En el momento en que Pierre detuvo a los caballos la luna subió tras los nubarrones, y fueron dos presencias adivinadas, largas y plegables, las que abrieron la portezuela, se ubicaron entre nosotros, y cerraron. Por la velocidad con que partimos fue como si hubiéramos abierto un par de alas.

No nos veíamos las caras. Me ofrecí a encender una linterna portátil que había en el coche, pero el Micchino dijo que no era necesario. Probablemente él tiene más visión nocturna que el común de los mortales, lo que le daría una función a la forma peculiar de sus pupilas. Lo oí inclinarse hacia donde estaba Amanda y decirle, con menos gravedad de la que habría podido esperarse: «¿Sabías que eres viuda?».

Siguió un breve suspiro sarcástico de ella, y después nada. El crío en el regazo de Hildeeve lloraba y se dormía; Alessandro se durmió pronto, mecido por el vaivén del coche, y no tardó en seguirlo Amanda. Horas más tarde volvió a haber un poco de luz, cuando la luna salió por el otro lado de esas nubes de púrpura, y vi que el Micchino estaba despierto. Destapé mi botella de coñac de viaje y le ofrecí un trago. Yo también bebí, y poco después me dormía.

Y arriba, en el pescante, Pierre nos llevaba, agitaba el látigo sobre los caballos, los hacía precipitarse hacia lo más negro de la oscuridad; él era nuestro protector, nuestro guía, el pequeño jorobado, el cochero misterioso que conocía al detalle los caminos del cielo y por inferencia deducía los de la tierra. Toda la noche avanzamos, y en la tardía mañana estábamos en una ciudad de la que ni siquiera averiguamos el nombre, y corrimos todo el día,

cambiando con frecuencia de animales, y toda la noche siguiente, y el otro día...

No pretendo explicar lo que pasó. Ignoro infinitamente las causas, apenas si entiendo de encadenamientos fortuitos. Soy apenas un músico, y ya lo dice el refrán, «una nota no explica a otra». He tratado de hacer un relato, pero sin hacerme ninguna ilusión sobre el sentido.

El viaje fue sin incidentes. En estas latitudes las fronteras propiamente dichas no existen, y con todas las tropas en el sur mal podría guardarse la policía imperial en estas vagas regiones. Pasamos por aldeas de lenguas extrañas, indescifrables, pasamos por países curiosos y helados, Hildeeve dejó al niño al cuidado de unos campesinos, cansada de las exigencias de su cuidado; por otra parte, parecía enfermo. Dejó con él los treinta disfraces de gato que le había cosido, y como algunos de ellos estaban bordados con piedras preciosas, servirán para mantenerlo. Después nos entretuvimos en fantasear lo que sería de aquel niño. Un expósito veneciano (nunca lo sabría), criado en una aldea finlandesa, cuando creciera le contarían que lo había traído hasta allí un grupo extraño, que viajaba en un lujoso coche azul conducido por un jorobado. Lo imaginábamos ya un hombre, examinando los minúsculos trajecitos de gato, recamados de gemas, todos en las telas más raras... ¿Qué podría pensar?

Pero, de hecho, proseguía yo mi reflexión, ahora secretamente, ¿qué podíamos pensar nosotros? El misterio era lo que nos constituía de los pies a la cabeza. Pierre era misterioso: rezaba constantemente en el pescante, y decía tener visiones. La vieja Hildeeve, cosiendo con sus dedos momificados a pesar de los saltos del coche, era misteriosa: no le había dicho a nadie para qué había querido a ese niño, ni ahora nos explicaba por qué se había desprendido de él. Alessandro, el pequeño sonriente, *l'ami de tout le monde*, también tenía su buena dosis de misterio: con sus doce o trece años, le faltaban unos cuantos para saber si valdría para cantar de veras. Mientras tanto, esperaba sonriente, servicial. Y el Micchino, sobre todos ellos, origen e irradiación de misterio.

Y ahora Amanda. Creo que ella es la más misteriosa de todas. De pronto ha abandonado sus intentos por hacerse entender: nunca lo habría conseguido, por otra parte. Y la renuncia la embellece. Ya en Dinamarca, ha sellado con el Micchino un pacto, como mi relato y como toda la aventura, menos asignable a la razón profunda que al encadenamiento por contigüidades mágicas. Pero no le hablaré de ella. Me ha pedido que despache con la mía una carta suya.

Pues bien, son todos. Y yo.

Porque (le ruego que postergue por un minuto su sonrisa) también en Lionello hay algo intrigante. No por ese juego de cifrados musicales en los que puse esperanzas tan pueriles. Quizá haya algo en mí más enigmático de lo que yo mismo he sospechado hasta ahora. Por lo pronto, soy un artista: mi persona es un jeroglífico. ¿Cómo he podido pasar tanto tiempo sin recordarlo? He vivido en el movimiento de una u otra pasión, creyendo en la verdad de lo verdadero y en la realidad de lo real, mientras que el artista debe agotar todas las pasiones a la vez y entrar en los sueños con la máscara sutil de la indiferencia. Debería haber observado mejor al Micchino.

Por lo pronto, he decidido seguir el consejo que me dio hace unas semanas, en Petersburgo. Me cambiaré el nombre, me inventaré un pasado, quizá el de niño prodigio —soy muy buen violinista, creo habérselo dicho alguna vez—. Toda sustitución es posible, incluso la de uno por uno mismo. Y la sustitución no es un juego sin consecuencias, todo lo contrario, como me han demostrado los hechos. Empezaré una carrera musical nueva, posiblemente en París... Pero no me extenderé, aunque tengo algunas ideas. No le diré a nadie mi nuevo nombre, ¡ni siquiera a usted! Y después nadie sabrá nada de mi pasado. Si alguna vez llegamos a vernos, simularemos no conocernos. En su cortesanía reconoceré el recuerdo de nuestro pequeño pacto.

De hecho, quedará solo una huella, y será precisamente la de la sustitución. En Viena pude notar que su oído es perfecto: ¿podrá reconocer la música de quien ha sido otro? ¿Qué indicios sutiles quedarán en mi obra? No puedo imaginarlo, y cuando lo intento me río, con una gran carcajada muy apropiada para el cristalino aire danés, y la transparencia que atraviesa mi risa es toda la liberación que pretendo, y en la que espero maravillas inauditas en términos musicales.

Nada más. No me queda sino despedirme, y esta vez para siempre. No solo de usted, sino de su querida esposa Milena y de sus bellos hijos, a los que recordaré siempre con afecto. Si hay un proyecto que sí puedo revelarle, es el de casarme y tener muchos hijos, tantos como usted, o más. Mi tarjeta, entonces, bajo mi nuevo nombre, dirá: músico, y padre amantísimo. *Adieu, adieu*, mi buen amigo.

LIONELLO VENUTTI, ex.

Queridísimo padre:

Lionello te ha escrito, y aprovecho el mismo correo para enviarte unas pocas palabras escritas de prisa, y advierto que mis últimas cartas son breves, brevísimas como relámpagos, e iluminan en lo que a mí respecta el mismo paisaje tranquilo. Mejor que relámpago debería haber dicho «arco iris». Supongo que Lionello te habrá escrito los detalles de nuestra escapada, tan novelesca, y con gusto he descargado en él la tarea de redactar esos incidentes, porque no estoy para minucias. No creo que en el futuro relate nada a nadie. Me basta con describir mi paisaje interior, que refleja el del mundo. Además, el motivo de esta carta es otro. Quiero hacerte un anuncio que posiblemente te sorprenderá, y que no demoro una línea más: Piero me ha propuesto matrimonio, y he aceptado. Lo amo, y ahora sé que siempre lo he amado. Su presencia ha sido toda mi vida la única realmente importante, la presencia perfecta, aun cuando no lo viera; y no es solo efecto de su fama, que ocupa el mundo como el aire ocupa una casa. Antes bien, creo que su fama es un epifenómeno de ese don magnífico de la presencia con que ha sido adornado por las musas. Cuando su voz se eleva, todo empalidece, todo se vuelve irreal. Su realidad es permanente, lo que de pocos seres humanos puede decirse con propiedad. Ahora, de pronto, veo que cualquier otra posibilidad que no fuera la de aliar a la suya mi vida, sería tan ilusoria como lo ha sido todo en mis extravíos sucesivos. ¿Cómo no aceptar su oferta, si representa el paso necesario de mi perfeccionamiento? Él es tan superior, tan inconmensurablemente superior a cualquier otro hombre que yo haya conocido, que no comprendo cómo pude no advertirlo hasta ahora.

Pero sucede que me había hecho una idea equivocada sobre cierto punto esencial, y creo necesario explicarme, así sea brevemente, para que sepas a qué me refiero.

Debido a la irrefrenable manía de explicación que ha dominado toda mi vida, me han quedado muchas cosas en blanco. El ruido de mis explicaciones obstruía la audición de los datos más básicos de la vida, que cualquiera podría haberme dado. Solo ahora empiezo a percibir la magnitud de mi ignorancia. ¡Y yo me creía filósofa!

Desde mi más tierna infancia he estado en contacto con cantantes castrati, en razón de tu trabajo de empresario. Y como si eso fuera poco, crecí junto al Micchino, que ha llegado a ser el máximo exponente del tipo. Es increíble que nunca me haya preguntado por la razón exacta de su peculiaridad. Prefería pasar por alto la cuestión, o postergarla en una nebulosa de fantasías. Me imaginaba, vagamente, que eran una especie propia, intermediaria entre lo masculino y lo femenino, seres nacidos del canto que a través de ellos se manifestaba, así como nosotros, los demás, procedemos del plasma de la vida. Y no es que tuvieran poca importancia sobre mi persona, o que me fueran indiferentes; más bien todo lo contrario. Yo misma me formé en su espejo: los veía todas las noches en el escenario, a esas soberbias mujeres-diosas, al lado de las cuales las sopranos mujeres, que con dificultad les llegaban a la cintura, eran pálidos simulacros. Y sus voces, sobre todo sus voces indescriptibles, que para mí representaban la esencia misma de la música, la música fuera de la música. Me hice mujer sobre su modelo heroico, y ni por un segundo descendí al detalle realista. (Tiemblo al preguntarme si no habré hecho lo mismo en todo. En ese caso, debo de saber menos que la última campesina. Pero quizá no sea así. Este es un caso especial, y mi ignorancia tuvo algo de defensivo.)

Pues bien, ahora Piero me ha explicado cómo es en realidad. La realidad es simple y prosaica: una pequeña operación en la infancia, que dirige el crecimiento por otro camino. Pero precisamente de eso se trata: mi propio crecimiento, más que alterado, fue enteramente detenido por mi errónea confianza en la razón de la lengua. Una vez que, de niña, supe decir todas las palabras, creí saberlo todo. Actué como una mágica primitiva. El Micchino se levanta contra el lenguaje como un ángel vengador, con la espada en llamas... ¡Cómo pude ser tan sorda a la lección de la música! ¡Cómo es posible que solo ahora, en el umbral de mis dieciocho años, empiece a percibirla!

Mi nuevo matrimonio no tendrá explicaciones, aunque a primera vista parecería exigir las más que cualquier otro. En cierto modo, ya me encuentro fuera de la sociedad. O mejor dicho: miro en dirección a la sociedad contemporánea, y no la veo. Se dice que estamos en el siglo de la cortesía. Mis modales se reclaman de una cortesía astral. Estoy asida a la cola de ese aerolito que es el Micchino. Y no sé adónde nos dirigimos.

Hildeeve ha comenzado a coserme un guardarropas nuevo. Pronto iremos al sur, y quiero ropa enteramente distinta de todo lo que he tenido hasta hoy. ¡Ojalá estuvieras con nosotros! Hacemos deliciosos paseos por los alrededores de Copenhague, vamos a ver el mar... Estoy descubriendo la

belleza del invierno. Piero me ha regalado una capa de martas maravillosamente cálida. El paisaje danés es delicado, calado en el aire como en un marfil. Los días son pequeños, minúsculos, como lo eran en Petersburgo, pero aquí están abiertos al cielo, y corre la brisa. Hemos ido a escuchar un concierto en una sala pública, una suerte de oratorio luterano, que cantaban hombres de negro. Alessandro canta para nosotros por la noche, y el Lionello toca composiciones nuevas en una espineta que había en la villa. Nuestro anfitrión, el señor Vigoaren, nos ha traído un mirlo de regalo, un mirlo polar que canturrea una melodía rara. Lo tenemos suelto en la casa, y siempre que abrimos una puerta logra escaparse y se revuelca en la nieve como un niño, y después vuelve a entrar. Si hemos cerrado dejándolo fuera por descuido, toca a la puerta con el pico.

Dentro de una semana partiremos hacia Viena. Según parece, es preciso tener una dispensa especial del Papa para poder casarnos, debido a la peculiaridad de Piero. Tú te encargarás de gestionarla. Sé que no te faltan amigos papistas. Pierre se escandalizó cuando nos oyó comentarlo. Nos dijo que él mismo podía encarnar momentáneamente al Papa y darnos su dispensa, para después reasumir su papel de cochero. Se lo agradecemos, pero por el momento preferimos los métodos convencionales. Si se trata de un documento, como sospecho, tendrás que ir a recogerlo tú a Roma, pues Piero ha hecho el juramento de no volver a pisar esa ciudad de melómanos. No veo el momento de abrazarte, y mostrarte en persona mi nueva felicidad. ¡Ni siquiera me lamento de mi matrimonio anterior! A fin de cuentas, fue una experiencia saludable. De no haber sido por el horror del matrimonio, nunca habría captado la sutileza de su verdad. Tu hija, tu hija, tu hija,

AMANDA

EPÍLOGO

ROMA

Su Alteza Divina, Serenísima por más de un motivo (entre ellos la resignación), el papa Clemente XII, encontraba insípidos los caracoles del almuerzo, y eso lo entristecía. Desde hacía no menos de medio siglo había venido degustando esos moluscos, y otros que flotaban en las aguas apasionadas del Tíber o se arrastraban en los oteros del gran plano fluvial, y ahora... los encontraba insípidos. ¿Ahora? ¿O siempre había sido así? No podía decidirlo. Miró uno de los cuerpecitos hialinos en la punta del tenedor de oro, y lo devolvió con desaliento al plato. Probablemente hacía muchos años que no les sentía sabor alguno. Tenía los labios secos, finos como pliegues de papel alisados con la uña. No necesitaba mirarse al espejo, sus dos manitos de pájaro, recogiendo migas del mantel casi independientes de su voluntad, eran las de un hombre en la margen opuesta, la más lejana, de la humanidad. Había sido joven alguna vez, henchido de músculos sanguíneos y nervios afelpados en la carne; pero después había sido nombrado Papa. Jugueteeó un momento con el tenedor: ¿por qué le daban uno de oro para comer moluscos? Los demás tenedores tenían cuatro púas, pero este era el tridente que usaba el diablo para sacar a las almas de su concha, tanto más nacarada que las que pulía el agua del río eterno de la ciudad. Tuvo ganas repentinamente de comer una manzana, una de las manzanitas frías con olor a rosa de las huertas de San Pedro. Estaba seguro de poder sentirle el gusto, de recobrar en ella todas las sensaciones propias de la humanidad, en el momento de hincarle el diente. Pero su persuasión era la flor misma que esperaba la caída de los pétalos, en una brisa cálida, para dar el fruto que sería esa manzana... Le echó una mirada al criado, un jovencito de jubones lilas estacionado en el umbral, con un ojo y los dos oídos en alguna discusión de palafreneros en el extremo del corredor, y la más hastiada predisposición a atender entre un servicio y otro los deseos de este anciano malhumorado, el

momentáneo interventor de Dios. Bien podía interrumpir su colación aquí, entre el tercer y cuarto plato, para pedir una manzana. Pero Su Infallibilidad decidió no hacerlo. Y no había apelación: la manzanita roja voló como un proyectil al limbo, de un salto preciso. Una vida entera de hacer valer sus deseos, por curiosos que fueran, lo volvía prudente respecto de las tentaciones de consumir uno más. La serie nunca estaba completa, y valía más dejar un suspenso. El pergamino blando de las mejillas sufrió la convulsión microscópica de una sonrisa, no del todo desprovista de un sarcasmo sumamente privado, como era privado todo en la vida de un papa, al pensar que estaba volviéndose un asceta. De hecho, nada le costaría darle holganza a sus cocineros, si llegaba a admitir que todo era insípido. Quizá... dejó vagar la fantasía... Llegaría a alimentarse de frutas del bosque, como un anacoreta... Alzó la mirada y la fijó ociosamente en una bella Anunciación colgada frente a su cabecera entre dos paños de mármol. En ese momento entró el lorenés que lo servía: reemplazó, en el lapso de un parpadeo, el plato casi intacto de caracoles por unas tortolitas humeantes. Otra prueba para su creciente insensibilidad. Se dijo que comía por hábito. Volvió a mirar al criado de bombachos lila, y no pudo dejar de percibir su parecido con el ángel pintado frente a la Virgen. Seguramente el modelo había sido un muchacho como él, y su belleza un homenaje de amor del pederasta del artista. A eso se remitía siempre la belleza, al fin de cuentas: a una eternidad trivial que nunca dejaba de asociarse a lo pasajero de las eras. Ese cuadro tenía doscientos años, y tanto el bello jovencito como su demiurgo eran polvo desde hacía mucho, muchísimo tiempo. Lo que le hizo recordar una de sus tareas de la tarde, con un escalofrío de disgusto. Se pondría en ridículo, de nuevo. El año anterior había promulgado la Constitución contra los masones, y Europa entera no había visto en ello otra cosa que un síntoma de la credulidad sin límite de la decadente prole del pueblo latino. Él mismo había dudado desde el comienzo de la existencia real de los masones, pero la fuerza de los hechos lo había llevado a firmar el documento. Y ahora este enojoso dislate. No quería pensar en lo que vendría después. Pero de Italia solo podían esperarse embates crecientes de sinrazón, de esta tierra de soberanías tan confundidas como lo estaban los sexos en los cuerpos italianos. Además, su burocracia personal estaba en manos de ineptos. Con un suspiro, atacó la primera de las tórtolas. ¡Deliciosa! ¿Qué especie de milagro se había producido?

El Papa estaba en su despacho. Miraba azorado a un hombre que salía. Una carpeta de marroquí estaba sobre la mesa. ¿Qué significaba todo eso?, se preguntaba. Hizo un esfuerzo, y recordó que el hombre era uno de sus dignatarios. Un caballero vitruviano, de unos cincuenta años. Había pasado ante sus ojos como una aparición. Le parecía chino. Tardaba en reaccionar, sobre todo a esa hora. Se sentaba, por ejemplo, y veía entrar a un chino de rojo en su despacho, depositar una carpeta en la mesa, dirigirle la palabra, y salir. Después pensaba.

De hecho, se dijo, uno siempre piensa después. La realidad se precipita sin mucha coherencia. Es preciso ser joven y flexible para entender el momento que pasa. El momento, concluía Clemente (que en realidad se llamaba Lorenzo: a veces se lo repetía interiormente, para no desconcertarse demasiado: era una verdad a mano), el momento es precioso, y afortunadamente portátil. Ahí estaba él, sin ir más lejos, despertando al momento de la presencia de su dignatario (¡Cozés! Hasta se acordaba del nombre) un instante después de que él cerraba la puerta. No importaba.

Dos sacerdotes estaban sentados contra la pared. De haber estado solo se habría dormido. Ellos debían de estar dormidos, con los ojos abiertos. Reflexionó que no todo era poder: él, que se suponía que lo tenía todo, entregado por las manos del Señor, no podía despertar la atención de estos figurones. Por supuesto, no quería hacerlo. Sin duda alguna, no querer hacer las cosas era uno de los trucos favoritos de Dios.

El parsimonioso protocolo de santidades proseguía. Se abrió la puerta, y entró su primado, el cardenal Bassini. Su cojera era alarmante. Peor que ayer. Bassini dormía toda la mañana. Cada día se levantaba con una pierna ligeramente más corta que el día anterior. ¿Cómo debería hacer para caminar con elegancia? A esta altura, pensó el Papa, debía de serle imposible disimular. Una pierna terminaba donde estaba la rodilla de la otra. Era grotesco.

—Su Santidad —bisbiseó el cardenal.

Le besó el anillo con un chasquido. Pobre cojo, pensó el Papa: no es necesario que haga ruido, estoy despierto. Antes había creído que era inteligente. Ahora comprobaba que era un imbécil. Y viejo, inmensamente viejo, igual que él.

—No dormí bien —dijo Clemente.

—Encontré una rata en la capilla de Su Santidad.

—¿Qué? —dijo el Papa. Bassini tuvo que repetir su observación. Los dos eran igualmente duros de oído. Pero se hacían entender, aunque más no fuera

por sus intenciones.

—Debo ir al jardín —dijo el Papa en latín. Podría haber sonreído. Dar un paseo era la peor de las condenas para este lisiado. Iría balanceándose como un gargolón. Lo vio cruzar las viejas cejas peladas. Estaba persuadido de que hacían de la contemplación de la naturaleza una cuestión eucarística nada más que para molestarlo. Hoy día, solo la Máxima Santidad podía obligarlo en ese sentido. Para colmo había que bajar prolongadas escaleras. Uno de los curas se adelantó a darle el brazo, pero dijo en voz bien alta:

—No, no. Iremos solos.

Siempre había alguna cuestión de Estado que contemplar, privadamente. Y era muy bueno tomar sol. Salieron, y fueron escalón tras escalón por la ventosa galería descendente. En realidad, Bassini se las arreglaba bastante bien. Peor para él: lo haría caminar el doble. Les abrieron la puerta al jardín. A esa hora todos los religiosos debían abstenerse de mirar por las ventanas. Hicieron unos pasos, trabajosos, y el Papa se apartó, mientras su Primado quedaba, vacilante y como asido a una brisa. No se alejaba demasiado para no demostrar descortesía. Que el Papa defecara al aire libre no era, a fin de cuentas, más que una costumbre como otra cualquiera. Clemente se liberó prestamente, y volvió a su lado. Se dijo que, de veras, sentía deseos de caminar y desentumecerse un poco. Era una penosa casualidad que su acompañante tuviera una pierna tanto más abreviada que la otra.

Era una linda mañana de primavera. No hacía demasiado calor, ni demasiado frío. Una campanita de alarma sonó en la vieja cabeza: ¿tampoco estaría sintiendo la temperatura? No, no era eso. El clima era realmente ideal. El cojo a su lado jadeaba, cubierto de sudor. Con una suerte de obviedad caritativa, el Papa se sintió bien al mirarlo. El instante de cojear era puntual, no como los demás. Se sentía despierto al fin. Todos los días haría este paseo, se propuso.

Y era realmente la primavera. Había flores. Le resultaban curiosas, desde que tenía un defecto en la visión. Podía ver con nitidez microscópica las cosas a cierta distancia, pero, de algún modo que no se explicaba del todo, podía verlas poco. Después se desvanecían de su atención. Y cantaban los pájaros. Si uno se lo proponía, los oía con toda claridad. Era imposible no hacerlo. Uno de ellos estaba muy cerca. Se concentró en él: un canto tosco, campesino, pero agradable gracias a la repetición. A partir de cierta edad, se dijo, lo único que interesa en serio es lo que se repite. ¡Ojalá volvieran a contarme las viejas historias!, pensó. Por eso rezaba.

Pero el pajarito no era humano. No le interesaba la música, ni su melancolía. Simplemente se posaba en un árbol, en uno de los minúsculos limoneros papales, y lanzaba sus advertencias, con el único propósito de hacer visible el aire. ¡Si yo fuera ese pajarito!, pensó el viejo Clemente. Echó una mirada, a su compañero de paseo. El pobre Bassini seguía a su lado, avanzando sobre sus dos piernas desiguales. ¿Se haría cortar adecuadamente el ruedo de la sotana? Si no, se gastaría muy pronto del lado corto... El Papa se perdió en una ensoñación: hacer que una monja se ocupara de ese trabajo, podía ser una minucia pecaminosa. Era muy poco, pero de esos mínimos se alimentaba la población del infierno. Claro que pensar en el tema era una minucia del mismo género, por lo que lo apartó de la cabeza.

—Pues bien —dijo bruscamente—, hablemos de eso.

—¿Su Santidad se refiere al evirato Micchino?

Clemente no dijo nada. El cardenal prosiguió:

—Vendrán esta tarde. Su Santidad les ha concedido esa audiencia...

—¡Bag! No fui yo. Pero da lo mismo. No sé cómo podríamos habernos zafado, de todos modos.

—Permítame, Su Santidad, que le recuerde que examinamos los antecedentes...

—Sí, sí —hizo un gesto con la mano: no era de eso de lo que quería hablar. La jurisprudencia teológica era irracional, y además contradictoria—. Dime, ¿es cierto que la yegua alemana los recomendó?

—¿Se referiría Su Santidad a la princesa palatina?

—No, a la otra. ¿Cómo se llama? La judía.

—¡Ah! ¿La zarina Ivanovna? Sí, ella también.

—¡Pero si esos turcos no son cristianos siquiera!

—¡Qué indignante era recibir correspondencia de desconocidos!

—Me permito recordarle a Su Santidad que la zarina es catolicísima como el que más.

—Es curioso... que media docena de testas coronadas gestionen la dispensa de matrimonio de un castrado. ¿No tendrán otra cosa que hacer?

El cardenal soltó una risita respetuosa.

—Le aseguro que tienen mucho que hacer, Su Santidad. Por ejemplo, la guerra.

—¡Bizancio, Bizancio! ¡Cuánto mal nos has hecho! —exclamó el Papa alzando los bracitos escuálidos.

Estaban en el centro del jardín. Clemente tuvo el súbito temor de haberse extraviado, aunque se hallaban rodeados de muros con ventanas. Se dio vuelta

y vio a unos frailes jardineros. Les lanzó una bendición. Sería mejor volver. Era la hora de la siesta. De hecho, tenía muchísimo sueño.

—Esto de los castrati —dijo medio dormido—, es curioso. Una vez conocí a uno... —Lo pensó un largo momento, entre nieblas—. Todos esos del coro de mi capilla, ¿serán de verdad?

—¿A qué se refiere, Su Santidad?

—Quiero decir, ¿no serán un fraude?

—No lo creo —dijo Bassini, que ya no tenía muchas ganas de hablar. Estaba rojo como un camarón, por el esfuerzo de cojear, y cubierto de sudor.

—Este mismo que veremos hoy... ¿será de verdad? ¿Qué me dices?

—Su Santidad, ¿para qué habría pedido la dispensa si no lo fuera?

—Estás en lo cierto.

Su Santidad fue desnudado solícitamente y se durmió de inmediato, bajo una sábana y un cobertor azul. Tuvo un sueño, cosa que no sucedía a menudo. Quizá fue el último sueño de su ancianidad.

Soñó con un gallo. Se vio a sí mismo tomando de una cajita preciosa un minúsculo gallo blanco, del tamaño de un pollo recién nacido, pero perfectamente formado, con la cresta levantada, y de pronto el grito claro y fuerte. En el sueño pensaba: He aquí un fenómeno inusual. Debo ocultarlo, porque podrían tomarlo por un indicio del demonio. Y sabía que no era tal cosa, más bien todo lo contrario. Ese gallito era su ángel. Volvía a guardarlo y cerraba la caja... Y en ese momento recordaba que había perdido la llave, la única llave que podía volver a abrir esa caja. Sentía una profunda ansiedad. Había perdido a su animal, nunca más podría verlo. Acercaba una oreja a la caja, en un intento vano de oírlo. No... Creía oír algo, muy lejano... Pero estaba seguro de que no volvería a oír esa diana tan cristalina.

Con la facilidad de los sueños, pasaban muchísimos años, todos los de su papado, y muchos más. Ahora recorría lo más desierto de la Libia septentrional. Cojeaba, avanzaba muy poco a poco entre las arenas, duras como el mármol. Se encontraba con unos pastores que lo miraban con desdén. Les decía: «Soy rey, por mandato del Gallo». Como se reían de él, se abrían las vestiduras y mostraba, en el pecho, unas plumas blancas. Los pastores, entre los que había algunas mujeres, lo miraban con disgusto. Él mismo, súbitamente, sentía desvanecerse su euforia, y ocultaba esas plumas, que en el fondo a él también le resultaban inmundas. ¿Cómo pude prestarme a esta mascarada?, se preguntaba angustiado. Recordaba a su gallito perdido, y

pensaba: Solo él podría salvarme. Porque los pastores se habían trocado en bandoleros otomanos, y lo habían atado. Se preguntó si lo crucificarían. Estaba muy oscuro. Pero salió la luna y pudo ver que clavaban la cruz. Por suerte, pensó, la levantaron muy lejos. Simularé ser cojo y tendrán que cargarme.

El resto del sueño era confuso. Y lo olvidó todo un instante después de despertarse. Había dormido apenas media hora. Se quedó inmóvil un rato, sin pensar en nada. Siempre que se despertaba sentía una inmensa confianza en su capacidad de dormirse. Lamentablemente, ese sentimiento se disipaba no bien transcurrían unos minutos. Una monjita que sabía de magia le había hecho unos pases, el año anterior, para ver de curarlo del insomnio. Pero había sido en vano, como no podía sino haber esperado. Era estúpido creer en la magia. En su fuero íntimo, estaba persuadido de que no chocaba con la verdadera religión, ya que esta deja en blanco la mayoría de los aspectos prácticos de la vida. El verdadero inconveniente de la magia era su inutilidad. Aunque quizá, si probase con magias verdaderas, egipcias... Debería haberlo hecho antes, pensó. Él mismo, si dispusiera de todas sus facultades mentales, como cuarenta años atrás, podría haber hecho algo. La lógica indicaba que el insomnio debía ser permeable a un ensalmo bien concebido. Esa monjita era una perfecta nulidad.

Tiró del cordón que colgaba de la cabecera, y vio sacudirse ligeramente todo el baldaquín. Oyó una campanilla al otro lado de la puerta cerrada. Pensó con melancolía: Seguramente moriré en esta cama, durmiendo la siesta, y no llamaré.

Lo vistieron y pasó a su oratorio. Se arrodilló frente al crucifijo y rezó, rápido y lento, y por momentos rapidísimo. Sentía la cabeza perfectamente hueca, y el movimiento de sus labios, el susurro mismo, la llenaba de aire. Cuando rezaba más de media hora seguida sentía un suavísimo mareo que le agradaba. Era como levitar. Tenía los ojos fijos en Cristo, pero no lo veía. En el pasado había llegado a ver con toda claridad la carne del crucificado, y había estirado las manos para tocarlo... Hoy, en los pensamientos de su senectud, consideraba más correcto mostrar indiferencia. Al menos, era una forma de cortesía, y el amor, bien tamizado, se resuelve infaliblemente en cortesía.

Ahora el Papa estaba sentado en su sillón, con el sombrerito morado y la corta capa blanca, en su salón de audiencias privadas. Bassini se hallaba a su lado

de pie, y una decena de personajes de todos los días se demoraba en alguna tarea. El sol de la tarde entraba por la ventana, y Clemente miraba con fijeza la piedra de su anillo. Se lo habría dicho pensativo, ensimismado, pero en realidad mantenía su habitual concentración distraída, y de vez en cuando movía un poco las manos ligeramente trémulas, como si hiciera cambiar de posición a su anillo, criatura de mal sueño, que hubiera llorado en el caso de sentirse incómodo. Y pensaba: No debo comportarme como un niño. Era un pensamiento que le volvía a la mente con curiosa insistencia, últimamente. Y alarmante, por momentos, pues nunca las cosas salían como las esperaba. Siempre había un átomo de pueril en todo lo suyo. ¿Estaré envejeciendo?, se preguntaba. En fin, quizá ya lo había hecho.

Sorprendió una sonrisa velada en dos obispos que conversaban. Él, que no advertía nada de lo que sucedía a su alrededor, ahora veía algo que querían ocultarle. Estaba sensibilizado al ridículo, lo temía más que a nada. Eso le trajo a la memoria lo que sucedería de inmediato: ese castrato que venía a besarle la mano. Seguramente estos obispos esperaban, sin nada que hacer aquí, para ver la escena, que no debía de producirse todos los días. En su papado no había sucedido nunca. Era un tanto chocante, dar la venia a un matrimonio que no podría procrear, pero así eran las cosas. Eso le trajo a la mente una idea inesperada, que dejó salir a flote como permitía que lo hicieran todas sus ideas, con absoluta libertad íntima: su madre, había sido impregnada. Se preguntó qué le resultaba extraño en esa idea. Es más, todas las madres, de todos estos hombres que lo rodeaban, con sus sotanas y anillos, habían sido impregnadas. Según decía, se trataba de una pequeña operación química. Curioso. Realmente curioso.

Se abrió la puerta frente a él, y entraron los tres visitantes. El sujeto era realmente notable: altísimo, delgado, con los ojos inmensos y los pómulos ahuesados, como todos los castrati. Pero este tenía una apostura especial, un aura de soberbia indiferente, de suprema seguridad, que el Padre Santo bien hubiera deseado para sí. A su lado, una niña pequeña y delgada, con ojos de nerviosa y pelo rubio muy fino. Clemente conocía el tipo: le haría la vida imposible al pobre muchacho. Parecía tan tensa como si estuviera al borde de un ataque de llanto. Y tenía las mejillas encendidas. Aunque no tanto como el caballero mayor que la flanqueaba al otro lado. En este fijó su atención el Papa. No recordaba quién le había anunciado que podía ser, pero por su tipo adivinaba que se trataba de un noble austríaco, con esos hermosos ojos de un verde amarillento y la cara abotagada de viejo borrachín. Él sí, era luterano. Tenía que serlo. Soltó un suspiro de alivio que hizo que Bassini le dirigiera

una rápida mirada de reojo. Pero no podía evitar la dicha que sentía cuando estaba frente a un auténtico hereje. ¡Ojalá hubiera conocido a un gnóstico! Lamentablemente, había llegado demasiado tarde.

Extendió la mano para que la besaran. En fin, ya estaba hecho. Ahora querrían conversar. De pronto se sentía totalmente vacío. Le habría dado lo mismo estornudar. No tenía nada que decirles. Pensó un instante:

—Aprecio sobremanera el arte de la música —dijo.

—Es nuestro caso asimismo, Su Santidad —dijo el joven.

El viejecito en el trono asintió con una sonrisa triste.

—Hace años, la voz del Agostino me transportaba —dijo.

—Oh —dijo el joven—: lo he oído yo también.

—¿No le agradó? —Había notado cierta reticencia en la réplica.

—Quizá no tanto como a Su Santidad.

El Papa se encogió de hombros. Si había algo que no le interesaba en lo más mínimo, era la música. Cambió de tema:

—Es un hermoso día.

—En efecto —dijo el viejo—. La primavera en Roma es la más agradable de las estaciones.

Intervino el Bassini:

—Sin embargo, hoy es un día húmedo. Hay miasmas.

Al Papa le había agradado el modo en que había hablado el caballero luterano. Dijo:

—No, no. Este día es un don divino.

—Como todos los días —dijo el Bassini con crueldad.

—Los viejos, ya ni siquiera podemos quejarnos del mal tiempo —dijo el Papa en un impulso triste, y de inmediato se preguntó si habría sido lo correcto.

—Aquí tiene un bello sol —dijo la jovencita con voz aguda.

Clemente la miró con atención. Era de la clase de mujeres en la que se exacerba la crueldad de los hombres.

—Espero que sea muy feliz —le dijo.

Ella se ruborizó y bajó la vista. Todos miraron el rayo de sol que entraba por la ventana.

—¿Su Santidad querría beber un vaso de agua? —le dijo Bassini.

—Invite a nuestros visitantes, por favor.

Había una garrafa sobre la mesa a un costado del pequeño estrado, y uno de los lacayos sirvió tres vasos. Solo el caballero mayor aceptó, y lo vació de un sorbo. El Papa lo miró con atención:

—¿Sabe? Me hago traer agua de la Fonte Nana. ¿No es deliciosa?

—Creo que es perfecta, Su Santidad.

—Sí, así es.

La conversación languidecía. Él no quería tomar agua, pero de todos modos aceptó un vaso y bebió un sorbo. El agua era lo único perfecto, lo único que se mantenía inmutable a lo largo de la vida.

El Bassini dijo:

—Los jóvenes se marcharán al África después de las bodas.

—¿Por qué? —preguntó Clemente genuinamente sorprendido.

—Harán un viaje de placer, por Egipto —dijo el luterano.

—Oh —dijo el Papa con un suspiro seco. El agua lo había dejado soñador —. Me gustaría conocer Egipto. ¿Volverán a contarme lo que vean?

El castrato inclinó la cabeza, sin sonreír:

—Lo haremos, Su Santidad.

El Papa se sumió en una breve reflexión, que le hizo perderse lo que siguió del diálogo. Era absurdo, pensaba, viajar por el mero placer fútil de conocer otros sitios. ¿Qué era el Egipto sino un lugar lejano, que no se visitaba? En realidad, debía confesar que no entendía su época. Él mismo se había visto obligado a mantener una red de informantes en las cortes extranjeras, sin ver la utilidad que podía reportarle. Quizá el nacimiento del espionaje de Estado fuera un acontecimiento histórico, pero para él no era más que una extravagancia. Además, servirse del espionaje era reconocer el fin de la gran burocracia que había sido el trono mismo de la Iglesia. Pero si existían los masones... Si existían los castrati... Fuera como fuere, dada su posición él no podía haber hecho otra cosa que dar su bendición a todas las novedades. Y si el espionaje era un *fait accompli*, esta idea de viajar por placer tenía que serlo también, pues era su contrapartida privada. Así giraba el mundo y la historia. Tenía algo de carnavalesco.

Por otro lado, Egipto era una tierra llena de misterios. ¡Si él tuviera sesenta años menos!

Salió de su ensoñación con una frase que sonó incoherente (los demás habían vuelto a hablar del clima):

—En Egipto, me han dicho, existe un animal curioso, que se llama cocodrilo.

Los otros asintieron, y se quedaron callados. El Papa notó que tenía urgentísimos deseos de orinar, y trató de apresurar la despedida. En esos casos, se movía nervioso, y todos sabían que había que abreviar. Pero esta vez el Bassini se tomó su venganza. Porque Clemente había olvidado los regalos.

¿Cómo pude olvidarme?, se dijo el Papa. Tendría que mirar el suyo por lo menos. Hizo un gesto imperioso hacia la mesa, y le alcanzaron un pequeño cuadrito. Se lo tendió al joven castrato. Lo admiraron convenientemente, se lo pasaron los tres de mano en mano. Suspiró: ¿Por qué eran tan desconsiderados? ¿Por qué no se iban de una buena vez? La jovencita se adelantó y le dio una cajita. Adivinaba lo que era: una cajita de música. Estaban de moda, eran la única moda de este siglo prosaico. La abrió de prisa, para terminar pronto, y tuvo la agradable sorpresa de no oír nada. Había un elefantito de marfil que se movía lentamente de un extremo al otro de la caja, cuyo interior imitaba un paisaje.

—Oh, es muy hermoso —exclamó embelesado.

El luterano se adelantó con el ceño fruncido:

—No entiendo. El mecanismo debe de haberse descompuesto. Tenía una musiquita...

—¡No, no! —dijo Clemente con un gesto breve de la mano—. Me gusta así. —Cerró la caja y la volvió a abrir. El elefante recorrió su pequeño camino, y el Papa sonrió. Se controló de inmediato. Al fin, pensó, me porté como un niño. Suspiró, poniéndose trabajosamente de pie. La vejiga le estallaba. Mientras le besaban la mano pensó que era inevitable, esa puerilidad.

8 de julio de 1983



CÉSAR AIRA. Nació en Coronel Pringles en 1949, y desde 1967 reside en Buenos Aires, donde estudió Derecho y Letras. Desde 1970 se dedica a la traducción, donde es muy bien considerado, y comenzó a publicar sus propios textos en 1975. Colabora con ensayos y crítica literaria en varios periódicos y revistas y ha sido traducido a varios idiomas. Es autor de novelas cortas, relatos, obras de teatro y ensayo, y se caracteriza por su estilo muy personal, original y de tipo experimental. A lo largo de su carrera ha recibido numerosos premios y galardones, como el Konex a las Letras, y ayudas a la creación, como una beca Guggenheim en 1996. De entre su obra habría que destacar títulos como *Cómo me hice monja*, *La cena*, *El tilo* o *Los misterios de Rosario*, entre otros, ya que Aira es un prolífico y variopinto escritor.

CÉSAR AIRA

Canto castrato

